ANDREA D. MORALES

Bajo la luz del faro

Selecta



Bajo la luz del faro

Andrea D. Morales

Selecta

Capítulo 1

La muerte. Algunos la definirían como un ente malicioso que, según el conocido dicho, está tan seguro de su victoria que nos concede toda una vida de ventaja. Aura no la concebía como un esqueleto adornado por una capucha negra y una enorme guadaña. Esa imagen le parecía tan tétrica como irreal. Nunca se había parado a pensar en cuál sería su forma y si la tendría, o, al menos, hasta aquel preciso momento.

Conducía a una velocidad nada excesiva, pero su concepción parecía haber cambiado, tenía la ligera sensación de que el paisaje que se movía a través de las ventanillas de su coche lo hacía de forma vertiginosa. Los árboles se fusionaban unos con otros en diferentes tonalidades de verdes y marrones hasta crear una especie de cortina en movimiento; junto a ellos, la carretera grisácea y sinuosa había sido reparada hacía poco. Ya nada quedaba de los baches y socavones que de normal provocaban pequeños saltos en sus neumáticos, que hacían que su cuello se lastimase y que ella farfullara diferentes maldiciones. «Por fin se han tomado algo en serio en este pueblo, aunque solo sea arreglar el camino», pensó la joven, que acababa de colocarse uno de sus mechones rubios tras la oreja.

Las curvas, en su defecto, seguían siendo tan cerradas como de costumbre, y si, a su derecha, la sucesión era de robles y abedules, a su izquierda, su vista se perdía en un precipicio que la hacía temblar

al imaginarse cayendo por él. El quitamiedos nunca le había parecido lo suficientemente seguro como para evitar que sucediera un trágico accidente, aunque, a decir verdad, no tenía constancia de que se hubiera producido alguno.

Estaba resoplando, no podía negar lo cansada que se encontraba tras un viaje de casi siete horas y lo deseosa que estaba por tirarse en una cama mullida a dormir. Si solo esos dos estados hubieran ocupado su cuerpo, al menos habría gozado de algo más de tranquilidad, pero no, Aura era una coctelera de emociones burbujeantes y revueltas. Solo faltaba que la sirvieran en una copa y le pusieran un par de aceitunas y una sombrillita.

Tuvo que pisar el freno al percatarse de que empezaba a acercarse a Luar y que todos sus pensamientos se estaban concentrando en el acelerador. No podía apartar de su mente la razón por la que estaba volviendo a aquel pequeño pueblecito costero de A Coruña, que había sido su hogar. Nana. Aún recordaba la voz monótona y vacía de su madre a través del auricular de su teléfono. Sabía que algo malo había ocurrido porque ella nunca la llamaba a una hora tan temprana como las ocho de la mañana. No estaba equivocaba. «Nana ha muerto, Aura, necesitamos que vuelvas a casa cuanto antes». Se le había paralizado el corazón en aquel mismo instante. El dolor que sentía en el pecho había mutado al remordimiento por pensar que Nana había sido muy poco oportuna. «Vuelve a casa cuanto antes», algo muy fácil de decir cuando su madre no tenía que hacerse un trayecto de siete horas en coche, pedir días libres en el trabajo y abandonar su vida.

Frustrada y odiándose a sí misma, Aura dio un volantazo. Un cérvido había aparecido de entre la espesura del bosque y, sin importarle que estuviera en juego su vida, se había precipitado a la carretera asfaltada. Gritó y giró el volante, intentando no atropellar al animal. Con las manos aferradas al mando circular del vehículo, Aura vio cómo sus veintiocho años pasaban por delante de sus narices. La criatura oyó el rechinar de los neumáticos contra la calzada, abrió sus grandes ojos y se esfumó lo más velozmente que pudo. Para cuando el coche terminó de frenar, se le había quebrado la voz, su corazón tamborileaba a un ritmo cardiaco y el aliento estaba retenido en sus pulmones hinchados.

«La muerte», pensó, «He estado muy cerca de no contarlo,

exactamente igual que Nana». Aquella aparición se le antojaba un mal augurio. No quería ser paranoica, pero cualquiera diría que la Parca iba detrás de la familia Riveiro. No estaba dispuesta a dejarse arrastrar al mundo del Más Allá, tenía muchas cuentas pendientes, tanto en Luar como en Madrid.

Una vez serenada, Aura continuó su camino y no tardó más que un par de minutos en entrar en la esfera de cristal llena de recuerdos que era aquel pueblo.

¿Qué clase de hechizo habían lanzado a Luar para que siguiera siendo tan bonito e inalterable con el paso de los años? Ni aunque lo hubiera intentado se habría contenido, Aura miraba a través de las ventanillas aminorando la velocidad, embelesada por una belleza que ya no recordaba y siguiendo un camino que conocía demasiado bien.

Luar se había construido sobre una orografía complicada, las cuestas eran empinadas y las bajadas enormes pendientes. Las callejuelas más pequeñas, largas y serpenteantes, solo permitían el paso a dos personas, por lo que entrar con vehículo era una apuesta imposible. El asfalto no parecía haber llegado al pueblo, que seguía vistiéndose con los adoquines mal puestos de los que emergían briznas de hierba. Podría haber sido un paisaje de película, pero era un pueblecito de Galicia cuyas casas más antiguas se autoproclamaban como tal mediante sus ladrillos vistos, y las más nuevas, pintadas de blanco griego. Entre tantas callejuelas que subían y bajaban, los escalones desgastados que conducían monte arriba por un sendero casi interminable pero salpicado por el verdor de la primavera y el colorado de las amapolas, las plazuelas, el ayuntamiento y el templete que se había construido años atrás como espacio de celebraciones para la orquesta, Aura oyó el rugido del mar. Rememoró el chocar de las olas contra los acantilados, la espuma blanca impregnando las rocas, dejando entre los rescoldos toda una fauna marina, especialmente cangrejos.

Aquel pueblecito costero olía a salitre, a limón y a pescado fresco, se teñía con los colores del atardecer cuando el sol caía, y su arena era tan suave como la piel de un recién nacido. La brisa era benigna, el gemido de las gaviotas nada estridente, y la vida discurría como de costumbre, sin prisa pero sin pausa.

El aparcamiento estaba tan repleto que le costó encontrar sitio.

Supuso que se debía a que el fallecimiento era el negocio que nunca estaba en crisis, al fin y al cabo, a todo el mundo le llegaba su hora, incluida a Nana. Bajar del vehículo y estirar las piernas le resultó reconfortante, aunque un aguijonazo en las rodillas casi le hizo perder el equilibrio. Se incorporó enseguida y enfiló hacia la entrada del edificio color teja.

«Tanatorio» rezaba el cartel. No se detuvo a mirar los nombres de la pantalla informática que anunciaba las salas en las que descansaban los fallecidos, al igual que tampoco la del responso. Se dirigió directamente a la parte trasera, donde sabía que la aguardaría su familia. Tras un par de pasillos, allí estaban, en efecto, su madre y su padre. Ella con su impresionante melena veteada de mechas de color miel, su nariz respingona y la cabeza gacha. Vestía de negro y sostenía contra su pecho una urna del mismo color tenebroso, decorada por unas franjas cobres que la dotaban de un aire muy elegante. «Nada propio de Nana», pensó Aura al recordar el estilo sencillo de su abuela, que para casaba con la caja que contenía sus cenizas. Su padre mantenía la camisa de cuadros arremangada y sus usuales pantalones negros, perfectos para la ocasión.

—Llego tarde —fue lo único que se le ocurrió decir al toparse con aquellos dos rostros tristes que parecían haber envejecido desde la noticia.

Estaba ahogada, no se había dado cuenta de que sus pasos habían ido adquiriendo prisa hasta llegar al final del pasillo, lo que había acelerado su respiración y producido ciertos jadeos en su habla.

Carmiña, así se llamaba su madre, negó con la cabeza en un gesto que no era tanto de decepción, sino que indicaba que no pasaba nada. Sabía que había sido un recorrido muy largo y que Aura había intentado llegar lo más pronto posible. Desde que la llamó a las ocho de la mañana de aquel martes, había pasado un día entero, Aura había tenido que poner en orden sus asuntos en la empresa en la que trabajaba, perdiéndose así parte de la despedida. Por perderse, se había perdido hasta la cremación.

—No pasa nada, cariño, lo entendemos —dijo su padre, estrechándola entre sus brazos.

Llevaban dos horas esperando en aquel edificio lleno de cadáveres y plañideras que iban y venían, todas vestidas de luto y con pañuelos

blanquecinos que secaban sus lágrimas tan saladas como el océano que bañaba las costas de Luar. Habían matado el tiempo, nunca mejor dicho, organizando todo el papeleo pertinente. El primer día se ocuparon del certificado de defunción, de inscribir el fallecimiento en el registro y, por supuesto, de la licencia para la cremación. Así que solo les quedó llamar al abogado e informarse de las últimas voluntades de Nana y su testamento.

Lo importante era que por fin había llegado, la familia Riveiro estaba al completo.

—Se me ha cruzado un ciervo —respondió Aura en una especie de gemido, luchando por abandonar la calidez del abrazo paterno que había dejado de resultarle reconfortante.

Notó cómo sus palabras producían efecto en él, la alejó de su cuerpo aún con las manos pegadas en sus hombros, y la miró con extrañeza.

—¿Un ciervo?

—Un ciervo —ratificó, como si aquel comentario fuera de lo más normal dada su situación—. No ha pasado nada, no tienes de qué preocuparte, pero he tenido que dar un buen volantazo. Suerte que el precipicio ya había terminado, sino a saber…

—No seas pájaro de mal agüero, Aura, y menos en estos momentos —intervino Carmiña, que se enjugó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas y le cedió la urna a su hija—. Ya hemos tenido suficientes desgracias por un buen tiempo.

La firmeza de su voz no dejó indiferente a nadie. Aura tuvo que aceptar el frío del contenedor de cenizas; la negrura de la tapa la tenía absorta hasta tal punto que su mirada se perdió en la brillantez de esta, recién pulida. No podía creerse que dentro de aquel minúsculo recipiente se hallara la mujer que había sido su abuela.

«¿Ya está? ¿Hasta aquí llegamos?», se preguntó con desazón. «¿Lo que queda de nosotros es lo mismo que la colilla de un cigarro?».

El silencio masivo que reinaba en el lugar solo era paliado por los pasos de los visitantes y el llanto desconsolado de los familiares que intentaban asimilar la pérdida. Aura hacía años que no pisaba aquel lugar, se le antojaba igual de escalofriante que la primera vez.

—Será mejor que vayamos a casa. Necesitas descansar —susurró David a su mujer, quien asintió enmudecida ante el propio peso de su

cuerpo

Extendió ambos brazos y, como si estos fueran las alas de un pájaro, resguardó a las dos mujeres de su vida en el camino hacia el aparcamiento. Carmiña se dejó mimar por su marido, buscando el calor del hogar y la firmeza de lo conocido, acurrucándose en el hueco de su pecho. Por el contrario, Aura mantuvo la mirada en el objeto que portaba con un ceremonial digno de la realeza británica, lo aferraba a su pecho al igual que haría una madre con su bebé. La energía no se crea ni se destruye, es física básica, se transforma. Tenía la esperanza de que en las cenizas de Nana aún residiera algo de energía, que no hubiera escapado con el calor del horno crematorio y que pudiera traspasarse a ella. Una milésima de Nana, un ápice, una molécula o un átomo. Aura no entendía de esas cosas, pero lo mínimo que absorber de su abuela le habría bastado. Por eso no se despegaba de la urna.

—¿Cuál es tu plan? —preguntó su padre una vez que hubieron divisado el coche.

Aura se volvió para observar a sus padres, estaban tan unidos que podrían haber formado un organismo unicelular. Carmiña había ocultado sus irritados ojos bajo unas enormes gafas que podrían haber sido la envidia de cualquier actriz de los años dorados de Hollywood, pero ese supuesto glamur se opacaba por su apariencia similar a una rama a punto de quebrarse por la fuerza del viento.

—Voy a casa con vosotros. Necesito que alguien me alimente y me haga una buena taza de café para dormir a pierna suelta. No creo que pueda resistir mucho más despierta después del viaje.

Su padre asintió.

—Sí, será lo mejor. Hay cosas que tenemos que hablar en un espacio más privado. —David miró a su alrededor en una imitación bastante pésima de un agente de la C.I.A, asegurándose de que nadie hubiera oído su comentario.

Aura pensó que los dos eran unos maniacos, ella disfrazada en un intento de ser Elizabeth Taylor, y él creyéndose James Bond, pero así eran ellos. A aquellas alturas de la vida, ya no podía extrañarse. Además, hubiera sido imposible que Carmiña no se hubiera parecido a Nana, por eso había heredado esa forma de ser tan particular y divertida, aunque la combinaba muy bien con el aire conservador y

prudente de su propio padre.

Capítulo 2

Si le hubieran dado a elegir, Aura habría optado por no recibir más noticias en mucho tiempo, pero por desgracia eso no era posible. Había recorrido las callecitas de Luar siguiendo el coche de sus padres, y, en esos momentos en que estaba sentada en el cómodo sofá que tan bien recordaba —beige con rayas anaranjadas—, se preguntó de qué tenían que hablar. Debía ser una charla larga y tendida a juzgar por la bandeja que su madre había colocado en la mesita, tres tazas llenas de café, tostadas con mantequilla y mermelada de fresa y melocotón. Las tragedias cierran el estómago de muchas personas, pero no de la familia Riveiro y, desde luego, no el de Aura.

«Qué gusto volver a estar en casa», pensó la joven, acomodada en el blando sillón, con las piernas cruzadas y las manos ocupadas en la taza humeante. Aquella era una de las ventajas de volver. Adoraba Madrid, la capital del país, una ciudad cosmopolita y llena de rincones por descubrir, cuna de artistas, *influencers* y demás terminología moderna que no terminaba de controlar. Lo único que todavía le daba dolor de cabeza eran las líneas del metro, y el hecho de saber que si necesitaba una ayuda urgente su familia y amigos más cercanos no podrían echarle una mano, se hallaban a siete horas de allí. Había aprendido a desarrollar una autosuficiencia que llegaba hasta tal nivel que a sus conocidos les seguía sorprendiendo, y no porque no supieran

que sería capaz de ello, sino porque nunca pensaron que Aura podría olvidarse de Luar. Es genéticamente imposible que olvides cuál es tu hogar, la cuna en la que naces.

Habían pasado tres años desde la última vez que había bendecido al pueblo con su presencia. Sorprendentemente, se sentía una forastera, una sensación que la había golpeado desde el momento en que sobrepasó el famoso cartel de «Bienvenidos a Luar». Era consciente de ello, había observado el paisaje de una forma peculiar, con el asombro de aquel que acaba de descubrir un mundo mágico y con la nostalgia de aquel que reconoce que ha regresado al sitio al que pertenece.

El ruido que hacía su madre al sorber el café la trajo de vuelta a la realidad. Desviaba sus ojos marrones desde el líquido negro hasta el rostro de su hija para, a continuación, echar un ligero vistazo a la urna que había colocado en un rincón del salón. Le llamaba con insistencia, impidiendo que su atención se centrara demasiado en otros asuntos. A Aura le había costado soltarla unos segundos de más cuando su madre le indicó dónde dejarla, su cerebro tuvo que emitir la orden a sus brazos y manos un par de veces para que estos actuaran. Al librarse de ella, las extremidades cayeron a cada lado de su cuerpo, como si pertenecieran a las de un cadáver, plomizas, sin nada que sostener, sin Nana entre ellas.

—¿Vas a dejarla ahí? —preguntó Aura mientras mordisqueaba una tostada.

Madre e hija volvieron a posar la mirada sobre el contenedor circular; si te acercabas mucho, el negro pulido actuaba de espejo reflejando la tristeza de los rostros.

—No. Hemos hablado con el abogado para conocer las últimas voluntades de Nana, y deseaba que tiráramos sus cenizas en el mismo lugar que el abuelo.

A nadie le sorprendió. Aquella pequeña cala desierta a la que los dos enamorados solían ir juntos y pasear de la mano hasta el fin de sus días era digna de ser inscrita como la octava maravilla del mundo. Que Nana hubiera deseado descansar en un lugar que no fuera ese ni siquiera era concebible. Sus restos serían depositados en la playa, el oleaje marino y el viento costero harían el resto, llevándosela en distintas proporciones a conocer parajes diferentes. Aura tenía la

sensación de que sus cenizas se mezclarían con las de su abuelo en algún momento y, así, permanecerían unidos incluso después de la muerte.

—De eso tenemos que hablar —dijo su padre, aprovechando el momento.

Aura tuvo que deshacerse de la imagen idílica que había ocupado su mente y de aquel remolino negruzco de partículas que se habían unido y que otrora habían sido parte de las dos personas a las que más había adorado.

—Me gustaría hacerlo yo, si os parece bien a los dos. Podemos ir esta noche o mañana por la mañana, bien temprano, y echar las cenizas mientras amanece.

—Antes de eso hay otros asuntos que debemos solucionar. Hemos intentado dejar el papeleo lo más atado posible, pero al estar dentro de la herencia de Nana, tendrás que ir al abogado a echar un par de firmas.

Una familia tan pequeña era un cuchillo de doble filo. Una bendición no tener que soportar a personas indeseables en las cenas de Navidad y Año Nuevo, pero también una maldición, porque eso suponía cargar con todas las responsabilidades del papeleo burocrático. Lo bueno por lo malo. O, en ese caso, lo malo por lo bueno.

—Es jueves. —Evaluó sus posibilidades—. Puedo acercarme al abogado en un rato, a muy tardar mañana por la mañana. Me gustaría volver a Madrid este sábado, tendré que encargarme del trabajo pendiente de los días perdidos.

Carmiña, que había estado concentrada en el aperitivo y su propia tristeza, saltó como si tuviera un resorte recién activado en su interior.

—Eso es muy pronto, ¿no crees? —Intentó modular el tono de voz para que no sonara tan inquisitivo—. ¿Es que en esa editorial en la que trabajas no pueden darte una semana de descanso? No te tomas vacaciones desde que empezaste, y de eso ya hace casi cinco años.

—No tengo tiempo para vacaciones, mamá.

Cada vez que hablaban, ya fuera por teléfono o por WhatsApp, siempre se repetía la misma pregunta. «¿Cuándo vas a coger vacaciones y venir a vernos?», «Algún día de estos, por ahora no puedo». Carmiña estaba harta de ver cómo su hija retrasaba su vida en

pos de una oportunidad laboral que nunca llegaba.

«Trabajar para vivir, no vivir para trabajar, Aura». No servía de nada cuánto se lo repitiera, ella nunca la escuchaba, de ahí procedían la mayor parte de sus desavenencias como madre e hija.

—Y tampoco para venir a Luar y ver a tu familia. O lo que queda de ella.

Un silencio incómodo se instaló en el salón de la vivienda. Eso había sido un golpe bajo, demasiado sucio para tratarse de su propia madre. Aura pensó que, si se atoraba con la tostada, podría salir del paso victoriosa; no fue necesario. Su padre intentó calmar las aguas evitando que la sangre llegara al río, algo que ocurría muy a menudo cuando se trataba el tema del trabajo.

—Será mejor que nos relajemos, estamos muy tensos con todo lo que ha sucedido y podemos decir cosas de las que luego nos arrepintamos.

A David le caería una buena bronca por la noche por actuar como mediador y abogado del diablo.

—¿Qué es exactamente lo que tengo que firmar?

—Los papeles de la herencia. Nana te lo ha dejado todo, incluyendo la casa y la barca del abuelo.

—Eso es imposible —dijo a medio camino de atragantarse con el café que se le había ido por otro lado al escuchar aquello. Tuvo que carraspear un poco para eliminar el sabor amargo de la garganta—. Su heredera es mamá. ¡Mamá, di algo!

Carmiña la miró de reojo.

—Los hijos heredan directamente a no ser que la persona haya dispuesto lo contrario y decidido dejarle sus posesiones a alguien concreto. Tengo cincuenta años y mi vida ya está resuelta, Aura. Así lo ha dejado por escrito Nana y así ha de hacerse. ¿No crees que tenía una buena razón para ello? ¿No es justo que al menos te dignes a cumplir con su última voluntad?

En esas palabras siseadas subyacía un mensaje oculto que supo descifrar a la perfección. Era un reproche velado que le recordaba expresamente que su ausencia de tres años, lo que hacía un total de 1.095 días, traía consecuencias. No había estado durante ese tiempo y le tocaba suplirlo, pagarlo con acciones. No había nada más efectivo que el reproche de su abandono hacia Nana. Esas eran las bazas que

tanto jugaba su madre.

Ya era castigo suficiente saber que sus errores tenían un alto precio, que en un parpadeo las personas desaparecen porque la vida es un hilo fácil de sesgar. No necesitaba que la fustigaran más de lo que ella ya lo hacía desde que había recibido la noticia, porque desde entonces solo pensaba en la pérdida.

—Tengo toda mi vida en Madrid. ¿Qué voy a hacer con la casa de Nana y la barca del abuelo?

—De momento, ir a firmar al abogado y pagar el impuesto de sucesión —dijo dignamente.

—¡Esto es una locura! —Aura se levantó en un intento vano de hacerse oír—. No quiero la casa, renuncio a ella, quedáosla vosotros.

—No vamos a quedárnosla, vamos a respetar la voluntad de Nana, al igual que tú.

La voz monótona de su madre solo conseguía hacerla rabiar aún más. Estaba ahí, sentada en el sofá, con una pierna cruzada sobre la otra, sorbiendo lo poco que quedaba de café, sin un asomo de preocupación en su rostro, solo arrugas. No había reparado en ellas hasta aquel preciso momento; bajo la pálida luz de la lámpara, los surcos en torno a su boca, ojos y frente eran destacables, la dotaban de un aspecto envejecido que no poseía minutos antes, o quizá sí. Ni un aire de aquella actriz famosa de Hollywood que había adoptado al salir del tanatorio. Estaba cansada y resoplaba con delicadeza y frustración.

Estallar como una bomba de relojería no haría que su madre cambiara de opinión. Aún no conocía un método que funcionara e hiciera que cejara en su empeño y diera el brazo a torcer. Discutir con ella era gritarle a una pared que no poseía oídos para escucharte ni boca para responderte, así que miró a su padre.

—Puedo reformar la casa entera y llenar las páginas webs de anuncios para venderla, y no lo conseguiré. Nadie querrá comprarla, esto es un pueblo perdido y alejado de la mano de Dios. La gente solo viene a Luar para veranear.

—Deberíamos dejar la conversación para mañana —advirtió su padre.

—No piensas tomar partido. —La decepción emergió en forma de suspiro. Se cubrió la mano con la boca y centró la mirada en la urna,

que parecía devolverle el reflejo de una faz deformada en una horrible mueca: la suya—. Está bien, firmaré los papeles. Ya veré qué es lo que se me ocurre para poder deshacer todo este caos y volver a Madrid el sábado.

Aura echó un último vistazo a sus padres todavía sentados, aunque él ya se encontraba recogiendo pausadamente los últimos retazos de la merienda improvisada que ella sentía que más bien había sido una encerrona.

—Tómatelo como una prueba, cariño.

La joven de pelo trigueño no se giró para responder a su padre, cogió la pequeña maleta que había traído consigo y empezó a subir las escaleras hacia el piso superior.

—¡No puedes irte a Madrid, Aura! No vamos a hacernos cargo de la casa de Nana. Y ve a visitar a Samuel y María, con algo de suerte seguro que consiguen que encuentres el sentido común.

Aura había oído el grito de su madre por una simple razón, nadie podía huir de la voz atronadora de Carmiña cuando la alzaba una octava por encima de lo permitido. Era como una sirena de un refugio antiaéreo, imposible de pasar desapercibida.

Se encerró en su habitación con un portazo que recordaría a sus padres que estaba enfadada, irritada y exasperada ante aquella situación, y que al mismo tiempo les haría rememorar su adolescencia. Con dieciséis años se creía más adulta de lo que era, soñaba con comerse el mundo y más de una vez el mundo la engulló y la escupió sin piedad alguna. Así era exactamente cómo se sentía, como si hubiera sido ingerida y regurgitada. Una pasta de cereales ya masticada, azucarada y deshidratada.

Se sentó en la cama y pensó que no desharía la maleta, no tenía intención de quedarse mucho tiempo. «Solo hasta el sábado», se recordó a sí misma mientras retiraba de su campo de visión el equipaje y se tumbaba en la cama bocarriba. Miró con detenimiento el gotelé blanquecino de su techo, su objeto de entretenimiento cuando siendo adolescente llegaba borracha a casa. Siempre le había parecido de lo más estúpido todo aquel amasijo de protuberancias en paredes y techo, pero reconocía que era útil y gustoso pasar por ahí la mano cuando se hallaba ebria. «Es para que no se desconchen tan fácilmente y se vean menos los golpes», decía su madre, pero ella seguía sin verle

el sentido. La casa de Nana no tenía gotelé, y tampoco parecía haberlo necesitado nunca. La vida era una ironía constante, no quería una casa con gotelé y eso era justo lo que tenía: una casa sin gotelé.

Un aguijonazo le apretó el costado y la boca se le llenó de un sabor amargo imposible de identificar. Aquella habitación que no había cambiado un ápice la envolvía en un recuerdo tan familiar que un par de lágrimas escaparon de sus ojos. Ahí estaba la colcha rosa que su madre le había comprado por insistencia, los archivadores con los lomos desgastados y a punto de explotar debido a los apuntes del instituto, el póster de Romeo + Julieta pegado a la pared con una especie de chicle viscoso, un tarro de flores secas que había acumulado polvo, un montón de libros que podían haber hecho ceder la estantería... Dieciocho años encerrados en una habitación alejada del tiempo, impoluta, sin contaminación alguna por el cambio que ella misma había experimentado. Ya no era capaz de reconocerse en algunos de esos objetos, pero sí lo hacía en las fotos colgadas en el tablón de corcho. Una Aura de cuatro años le devolvía la mirada con un brillo inocente mientras bebía limonada en el porche de Nana, quien sonreía y acariciaba el pelo rubio de la pequeña como si se tratase de un tesoro de valor incalculable. El nudo de la garganta se apretó con más fuerza y Aura emitió un sollozo lastimero.

Tuvo que alejarse del panel marrón lleno de fotografías para no desbordarse. A continuación, abrió la ventana y dejó que la brisa estival aliviara un poco su pesar. Desde la noticia de la muerte de su abuela no había derramado ni una sola lágrima; no es que no lo sintiera, y tampoco que no estuviera triste o lamentara su pérdida. Pero le dolía de una forma tan honda y real que ni siquiera sabía cómo expresar lo que verdaderamente sentía. Si comenzaba no podría parar, y temía que eso sucediera. ¿Podía alguien fallecer por deshidratación al llorar?

Optó por hacerle caso a su madre, aunque fuera por primera vez en su vida, porque como dice la película de *Enredados* de Disney: «madre siempre sabe más», así que mandó un mensaje de WhatsApp.

> Estoy en Luar. Os veo mañana en la café de Martiño
> a las 10.30.

Se acurrucó en la cama con los pantalones desgastados que había utilizado para su viaje de siete horas, y la camiseta blanca con el logo de Pepsi. Cómoda, quizá demasiado. Puede que en otras circunstancias hubiera sentido algo de vergüenza al ir vestida de semejante guisa. Cuando llegó la confirmación de su mensaje, Aura ya estaba completamente dormida.

Capítulo 3

El sueño no había sido reparador, qué más hubiera querido ella, sin embargo, había cumplido con la misión de permitirle un descanso decente. Cuando el sol de la mañana traspasó la ventana e incidió sobre sus párpados cerrados, Aura se dio la vuelta en su antigua cama, intentando huir de los rayos de luz. Fue una estupidez, el verano estaba a un mes de comenzar y los días cada vez se hacían más largos.

Abrió los ojos, desorientada, no tenía ni la más remota idea de dónde se encontraba a pesar de que cada esquina de la habitación le sonaba. No fue hasta que consiguió expulsar el sueño de lo alto cuando reconoció su dormitorio, lo que la llevó a recordar que estaba en Luar y Nana había muerto. Llevaba varios días repitiéndose esas palabras nada más levantarse. «Nana ha muerto. Ya no está», pero era mucho más fácil cuando estaba en Madrid, alejada del ambiente que habían compartido.

Entre bostezo y bostezo, alargó la mano hasta alcanzar el móvil que había abandonado en la mesita de noche, sus dedos rozaron una superficie que no era madera. A su derecha, un libro que nunca había visto le daba los buenos días. «Eso no estaba ayer ahí cuando me acosté», pensó la joven, incorporándose para así examinarlo más de cerca. El volumen era de pasta dura y de un precioso color turquesa, rematado con unas letras doradas y brillantes.

—*La sirenita* —leyó en voz alta—. Hans Christian Andersen.

Era una lectora ferviente y estaba segura al cien por cien de que aquel tomo no pertenecía a su colección, de haberlo hecho lo habría reconocido al instante. Parecía una joya entre toda la bisutería barata de mercadillo que había acumulado en su adolescencia, y al lado de los libros de tapa blanda —sus favoritos—, sobresalía sobremanera. Aquel no era su sitio y, sin embargo, allí estaba. Aura paseó los dedos por la cubierta, no esperaba que en la hoja de cortesía se hallara una dedicatoria manuscrita. Podría haberse quedado ciega y, aun así, siempre sabría que esa letra cursiva y vacilante era la de Nana.

Sigue la luz del faro, mi niña.

Aura cerró el libro con sequedad, emitiendo así un sonido muy bibliotecario, lo que impidió que la primera lágrima se derramara sobre el límpido papel. Se la secó con la mandíbula temblorosa y un nudo en la garganta que temía que se desenredase y provocara un caudal de agua salada. Se levantó de la cama, se adecentó lo máximo posible, lo que la llevó a cambiarse los pantalones por unos de chándal grises y una camiseta de mangas cortas pistacho. Con el libro bajo el brazo, descendió las escaleras.

En el piso inferior, sus padres se hallaban enfrascados en un desayuno consistente en zumo de naranja, café, tostadas y un mar de papeles. Aura, que ya no estaba acostumbrada a levantarse con compañía, y que nunca los había visto desayunar juntos, a excepción de los fines de semana, se sorprendió ante aquella estampa familiar.

—Días libres por fallecimiento —le contestó su madre como si leyese su mente.

Aura asintió. Carmiña trabajaba de peluquera; en otro lugar, quizá, se habría dedicado a hacer decoloraciones y teñir a jovencitas de colores vibrantes, pero allí solo se encargaba de permanentes, moldeadores y demás peinados arcaicos. David, en cambio, era profesor de Ciencias naturales en el instituto del pueblo.

—Hemos quedado con el abogado a las doce y cuarto. ¿Te parece bien? —dijo su padre. Aura aceptó—. ¿No desayunas?

—No, he quedado con Samuel y María en Martiño.

—Gracias a Dios… —murmuró su madre con la mirada fija en el

impreso.

La joven se recogió el pelo en una coleta e ignoró el comentario. Era demasiado temprano para empezar una discusión con la mujer que le había dado la vida y que, desde luego, parecía empeñada en que la abandonara de buenas a primeras. Si tenía que volver a escuchar palabras mordaces, se apuñalaría con el cuchillo de la mantequilla ella misma.

—¿Alguien podría decirme cómo ha aparecido esto en mi mesilla de noche?

Aura sostenía en alto el libro de encuadernación aguamarina, en una postura que podría haber servido de inspiración para pintar un cuadro de Moisés con la tabla de los diez mandamientos.

—Es un regalo de Nana —dijo su madre al ver el objeto para luego volver a centrarse en sus asuntos—, se me olvidó dártelo ayer y no quería despertarte, así que lo dejé ahí.

—Bueno, no es que me hayas descubierto América dada la dedicatoria…

—No sabía que iba con dedicatoria incluida, pero si ya sabías la respuesta, ¿para qué has preguntado? ¿Esperabas acaso que hubiera aparecido por arte de magia? Mmmm…, ¿cómo se llama eso que das en clase a los niños? —le preguntó Carmiña a su marido, con el ceño fruncido en un intento de recordar la palabra exacta—. ¿Aparición espontánea?

David se rio y negó con la cabeza, le parecía adorable que, después de treinta años casados, Carmiña todavía intentara sorprenderlo tratando de retener en su memoria todas aquellas palabrejas y teorías científicas que le importaban un comino.

—Generación espontánea. Arquebiosis o abiogénesis.

Aura suspiró en voz alta y puso los ojos en blanco.

—Me voy a tomar un café antes de que consigáis matarme, que es lo que me faltaba.

—¿Vas a salir así?

La mirada escrutadora de su madre la inspeccionó de arriba abajo. Parecía estar tomando nota de cada uno de los elementos que conformaban su vestuario, que estaba por descontado que no le gustaba.

—Sí, mamá.

—No sabía que ahora se llevaba la ropa deportiva.

«No contestes. No contestes», se repitió a sí misma, controlando la ira asesina.

—Estás muy bien, Aura, arreglada pero informal. —Su padre levantó ambos pulgares, dándole el visto bueno.

Aquello no tenía nada de arreglado, pero sí todo de informal. Lo mismo podría haber ido a hacer *footing* que a vender droga a un barrio marginal de Madrid, pero no estaba de humor como para dedicar su tiempo en cubrir las ojeras moradas que se abrían paso debajo de sus ojos y tampoco para elegir un modelito. Lo cierto era que había hecho la maleta de una forma tan básica y simple que, a excepción de aquel pantalón de chándal, unas cuantas camisetas, ropa interior y un vaquero, no tenía nada más. No obstante, agradeció la valoración positiva de su padre por el apoyo que suponía.

Se negó a conducir, sobre todo teniendo en cuenta que Luar era tan pequeño que en dos días podía recorrerse a pie, aunque eran necesarios tres para visitar sus rincones más hermosos y recónditos: las calas. Eran las diez y cuarto de la mañana, el pueblo ya había cobrado vida desde hacía una hora y estaba rebosante, o al menos lo que podía considerarse como tal. Aura fue callejeando, evitando los rostros de sus antiguos vecinos con la intención de no tener que dar explicaciones, todo el mundo sabía por qué estaba allí, pero no deseaba tener que hacer frente a toda una artillería de pésame. Nadie desea que le recuerden que ha sufrido una pérdida, no de forma constante.

La cafetería de Martiño, famosa por llevar el nombre de su dueño, el cual ya se había jubilado más que de sobra, tenía un toldo de rayas verdes y blancas que impedía que el calor llegara hasta la terraza al aire libre. Las puertas marrones con cristales dejaban ver el interior, una barra del color oscuro de la madera con un barrote dorado, unos taburetes altos y un par de mesas dispuestas en torno a los ventanales, de manera que los consumidores pudieran ver a los transeúntes. Antes incluso de llegar, Aura distinguió la figura de dos ancianos que desayunaban afuera, gesticulaban enérgicamente y reían. Dos mesas más allá, un hombre mayor, acompañado de uno más joven de barba morena, leía el periódico mientras un crío masticaba con insistencia la tostada con tomate y jamón, relamiéndose los labios y chupándose los

dedos.

Entró y allí, al fondo en la esquina, donde solían reunirse con asiduidad desde el descubrimiento de la cafetería, se encontraban María y Samuel. Ella se había cortado el pelo negro por encima de los hombros, llevaba una camiseta roja y una falda de cuero, y con las gafas de sol aún puestas, despedazaba una de las servilletas de papel en un acto de nerviosismo extremo. Por su parte, Samuel parecía tranquilo hasta el punto de que más que sentado estaba tirado sobre la silla, extendiendo sus largas piernas hasta el espacio vital de su amiga. Con los brazos cruzados sobre su pecho miraba por el ventanal.

—¿Llego tarde? —preguntó Aura, apoyándose en el respaldo de la silla de Samuel y dejándose caer en la que estaba libre.

El hombre se sobresaltó al escuchar aquella voz detrás de él, y María sonrió como cómplice al ya haber visto a Aura acercarse a ellos en total silencio.

—¡La hija pródiga ha vuelto! —voceó Samuel, y colocó ambas manos alrededor de su boca para que actuaran de altavoz—: ¡Un aplauso de parte de todos!

María se encogió de hombros con una risita y participó en el alarde entusiasta de palmadas al aire durante un par de segundos. Aura ya debía haber sabido que aquello sucedería, que sus amigos armarían una especie de alboroto porque, después de tres años de llamadas telefónicas, WhatsApp y Skype, nada había cambiado entre ellos.

—Tres cafés y tres tostadas, por favor —pidió el muchacho al camarero.

—¿Ya no trabajas aquí?

—Claro que sí, pero me he pedido el día libre. —Cerró la boca en cuanto llegó su compañero. Cuando el camarero se retiró, se inclinó hacia ellas con gesto cómplice—. Por cierto, tenemos que buscarnos una nueva cafetería en la que vernos. Adoro Martiño, pero me tiro aquí la mayor parte del tiempo trabajando, y paso de quedarme también cuando no estoy sirviendo anís a los vejestorios y coñac a las Marías —susurró.

La muchacha de pelo negro le dio un puntapié por debajo de la mesa al oír aquella última frase. Samuel se contrajo del dolor, retiró las piernas estiradas y se sentó como una persona decente.

—¿Cuándo has llegado? —Se interesó ella mientras removía el azúcar de su café.

—Ayer. Siete horas de coche, un ciervo que casi logra que me caiga por el precipicio de un volantazo y una discusión maravillosa con mi madre sobre la herencia de Nana.

—No llegaste para la cremación.

Aura negó con la cabeza mientras tomaba el primer sorbo del líquido lleno de cafeína. Esperaba que consiguiera activarla lo suficiente para resistir el tercer asalto contra su madre desde que había pisado Luar, y que se produciría en la oficina del abogado, sino antes, después.

—Fue imposible. Tuve que dejar un par de cosas del trabajo hechas, pedir días por fallecimiento, hacer la maleta y el viaje. Sé que me he perdido el velatorio y la cremación.

—Nosotros estuvimos allí, bueno, nosotros y todo Luar. Nana era muy especial para el pueblo, no puedes ni imaginarte lo lleno que estaba el tanatorio de coronas de flores. —María aferró la mano solitaria de Aura, que se encontraba sobre la mesa. Fue un apretón reconfortante, una muestra de afecto—. Hubo que elegir con cuál iban a quemarla, las demás han sobrado y no sé qué habrán hecho tus padres con ellas. Lo sentimos mucho, Aura.

Era sobrecogedor imaginarse la estampa. A todos los vecinos reunidos en el tanatorio formando un mar de lágrimas, abrazados, a sus padres en el ojo del huracán, a sus amigos preguntándose por qué no llegaba, por qué no estaba allí. Un paraje de flores muertas y recogidas, lazos con inscripciones de lamento, un eco de llanto descarnado y una cristalera en la que una anciana espera a ser devorada por un fuego como si fuera un bizcocho que sube en el horno.

¿Qué había sido peor, estar o no estar?

—¿Qué pasa con la herencia?

—¡Samuel, joder! —María le asestó un codazo que hizo bailar su cuerpo—. Una piedra tiene más sentimiento que tú.

Él no se dio por aludido, se encogió de hombros y comenzó a untar la mantequilla en el pan recién tostado.

—No pasa nada, tranquila. Sinceramente, lo prefiero así, voy a tener que escuchar lo mucho que todo el mundo lamenta su pérdida, y

no sé si estoy preparada. Es más, a las doce y cuarto tengo cita con el abogado.

—Por lo de la herencia… —adivinó Samuel con la boca llena—. Que es por lo que te has peleado con doña Carmiña, el azote de los rebeldes.

Aura tuvo que taparse la boca con ambas manos para evitar lanzar varios perdigones de comida y babas a la mesa. María no había contenido la risa, soltó una carcajada desternillante y tuvo que secarse las lágrimas que brotaban de sus ojos marrones. De la pena a la alegría, del llanto a las risas. Estaba bien romper a llorar por algo que no respondiera a una tragedia.

Samuel le había puesto aquel apodo cuando, con dieciséis años, tuvieron que escaparse de la pueril e inocente fiesta de pijamas que habían hecho en casa de Nana para ir hasta A Coruña a una fiesta. Obviamente, el escape a lo Houdini no salió nada bien, y es que, aunque Nana y su marido no se enteraron, Carmiña sí que los cogió *infraganti* a la seis de la mañana mientras volvían a casa en un autobús. Los gritos se escucharon por toda la comunidad autónoma, y así Carmiña pasó a ser el azote de los rebeldes, que eran aquellos tres «mosqueteros» que se habían creído más inteligentes que sus mayores.

Una vez que las risas se hubieron calmado y las anécdotas de años atrás hubieron aflorado, el desayuno fue culminando a la par que la conversación se relajaba y adoptaba tintes menos añejos y dulces.

—No sabía que te iban las lecturas infantiles —dijo Samuel que, mientras se limpiaba las migas de las manos, se había percatado del volumen turquesa que Aura había traído consigo.

—¿Qué? Ah, esto… Es un regalo de Nana antes de morir.

Con toda la confianza que les había otorgado los años juntos, el joven de pelo castaño se hizo con él sin pedir permiso alguno.

—¿*La sirenita*? —El tono de su voz mostró desconcierto—. ¿Sabéis que la historia de verdad es algo más trágica que la de Disney?

—¿No es suficientemente traumático que una mujer sea mitad boquerón y mitad humana y, encima, se quede muda? ¡Además, es supermachista! —estalló María en un alegato de lo más revolucionario —. Pensadlo. Úrsula y Ariel son enemigas, ¿por qué tienen que odiarse siempre las mujeres? Y Úrsula intenta quedarse con el príncipe a sabiendas de que Ariel está enamorada de él y no puede decirle que es

ella quien lo salvó del naufragio porque no tiene voz.

—Menudo discurso. Mi pregunta es: ¿Ariel no sabía escribir? Podía haberle escrito al príncipe que era ella y haberse dejado de tanta tontería.

Samuel sacó un bolígrafo de sus pantalones y escribió sobre la servilleta, de forma bastante ilegible, un: «Mira, la sirena soy yo, tolai».

—Sebastián es lo mejor de la película…

—¿Dejamos la charla sobre Walt Disney para otro momento? —intervino Aura mirando con la ceja enarcada a sus acompañantes—. Gracias. ¿Sabéis de alguien que pueda hacerle una reforma a la casa de Nana?

Samuel y María se miraron extrañados para luego dirigirse hacia la muchacha rubia que terminaba con los pozos de su café. Aura tuvo que explicarles, esa vez sí, lo que su madre le había desvelado la tarde anterior, que había heredado la casa de Nana y la barca de su abuelo, y, por supuesto, lo que eso suponía.

—Así que tu intención es contratar a alguien para que haga la reforma de la casa de Nana mientras tú estás en Madrid, para luego venir algún fin de semana a ver si todo marcha en orden y, una vez que esté terminada, venderla, ¿no es así? —Aura asintió, algo que no terminó de gustarle a su amiga, quien frunció el ceño y los labios—. No lo veo, lo siento, pero no.

María se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—Entiendo que es un poco arriesgado no estar presente durante las obras, pero no puedo quedarme aquí hasta que hayan finalizado, no puedo abandonar mi vida en Madrid. Mis padres se niegan a hacerse cargo de la casa, así que había pensado que quizá podríais hacerme el favor de pasaros de vez en cuando para ver qué tal van los obreros.

Samuel soltó una carcajada teñida de sarcasmo.

—Rotundamente no.

—Solo será echarle un vistazo, por Dios. Yo lo haría por vosotros si me lo pidierais.

—Es que ni siquiera pensamos que estés haciendo bien vendiendo la casa de Nana. ¿Qué vas a hacer con la barca?

—Venderla, ¿no lo ves? No quiere recuerdos de su antigua vida,

solo quiere acabar aquí y salir pitando para Madrid.

Aura soltó una especie de ruido, mitad gemido, mitad grito intenso, debido a que su paciencia disminuía a la velocidad de un Ferrari. «¿Por qué todo el mundo quiere hacérmelo tan difícil?», pensó. Se encontraba a dos minutos de arrancarles las cabezas a sus amigos.

—A ver, uno, ¿qué voy a hacer con la barca? No me voy a bajar a Almería a hacer espetos en la playa, ¿no? —dijo mirando a María para, a continuación, volverse hacia Samuel—. Y dos, no quiero dejar atrás mi vida en Luar, es que tengo un trabajo y una vida en Madrid. Además, deberíais apoyarme, se supone que sois mis amigos.

—Y porque somos tus amigos no vamos a dorarte la píldora —le explicó él—. Cuando la cagas la cagas, y eso es ley, y tú ahora eres una mierda enorme.

—No estás siendo nada sutil, tío —le llamó la atención María, que siempre había sido algo menos directa que su amigo.

—Necesita un golpe de realidad. —Chasqueó los dedos frente a ella y con el dedo índice apuntó a su cara—. Aura, mírame, la estás cagando, haznos caso.

—Hitler tuvo más apoyo durante la Segunda Guerra Mundial, gracias.

Aura se levantó, airada. No le cabía en la cabeza que sus amigos de toda la vida le negaran su ayuda cuando más lo necesitaba.

—No querrás que seamos Mussolini y Japón, ¿no?

—¿Recuerdas cuando empezaste a salir con Teo?

Aura bufó, ya sabía por dónde iban los tiros de Samuel. Lo mejor para todos era no nombrar a Teo, además de no ser el santo de devoción de sus amigos y, a aquellas alturas de la vida, tampoco el de ella, era una enorme mancha en su historial amoroso. El nombre le sabía agrio con solo oírlo. Recordaba con precisión cuando Samuel y María se dedicaban a burlarse de ella creando títulos de libros infantiles por el hecho de que el muchacho se llamaba Teo. Teo va al parque. Teo va al zoo. Teo aprende a leer. En su caso, adquirieron un matiz más picante.

—Pues ni eso fue una cagada tan gorda como la que estás por hacer.

—Sois la hostia. —La palabra escapó de su boca y sonó con

contundencia—. Pagáis vosotros, por haberme insultado y llamarme «mierda».

María alzó las manos en un gesto que anunciaba que ella era completamente inocente, pero a ojos de Aura ninguno de ellos lo era. Se sentía traicionada, así que agarró el libro de *La Sirenita* y abandonó el local con un mohín en los labios y la mirada rabiosa. Cualquiera que se hubiera atrevido a cruzarse en su camino podría haber sido fulminado por sus ojos marrones y el fuego que lanzaban. Aura se había convertido en un horno crematorio más ardiente que el del propio tanatorio, que podría incluso reducir a cenizas una cordillera entera.

Capítulo 4

El camino hacia la oficina del abogado se convirtió en un martirio que no habría podido soportar ni el santo más fiel y devoto. A aquellas horas era imposible dar más de cuatro pasos sin tropezarse con algún conocido que la interceptase y la sometiera a un interrogatorio de tercer grado. Todo el mundo parecía decirle lo mismo, era como si hubieran memorizado un repertorio de frases para la ocasión. «¿Cómo te encuentras, hija?». «¿Cómo lo llevas? Ha sido un golpe muy duro para todo el pueblo, ninguno nos lo esperábamos». «¿Te estás quedando en casa de tus padres o de Nana? No deberías estar sola en estos momentos tan duros». «Has vuelto para quedarte, ¿no? Después de esto es normal que necesites estar cerca de los tuyos». «Que alegría verte por fin en Luar, aunque sea en unas circunstancias como estas. Una pena…». Intentó escabullirse dando el menor número de datos posibles.

Abrumada por tanta atención —nunca había sido muy dada a ella—, con el inicio del calor pegándose a su piel y haciéndola sudar, y con el sentimiento de desengaño en el cuerpo, Aura llegó a la oficina. Miró su reloj. Las doce y veinte. Llegaba tarde, algo que odiaba, pero que no había podido evitar con los vecinos reclamando su atención y parándola cada veinte metros.

Era gris y sobria, exactamente como ella había pensado que sería

cualquier oficina de abogados, y más la de un pueblo tan pequeño. Olía a desinfectante con un poco de limón, y el reloj que colgaba de la pared, y que decoraba la estancia junto con un paisaje marino de una de las populares calas, sonaba estridente al cambiar el segundero. En el brillante mostrador, una mujer, que rondaba la cuarentena, atendía el teléfono con un rictus de impaciencia. A Aura no le dio tiempo a acercarse y preguntar, echándose el teléfono a un lado e impidiendo que su interlocutor la oyera, la secretaria dijo:

—¿Aura Riveiro? La están esperando, pase.

Al contrario que en las películas americanas, la sala era minúscula, ni una mesa enorme en la que un hombre vestido de traje de chaqueta y con gafas se sentaba, ni una cristalera con persianas correderas desde la que observar el exterior, y mucho menos el aire burocrático pero *chic* de las comedias románticas. Más bien era una mesa redonda, un hombre de calva incipiente que recordaba haber visto y sudaba a borbotones intentando poner el aire acondicionado, un cuadro colgado con su título, un dispensador de agua y una cajonera metálica repleta de ficheros.

Carmiña se giró al oír el chirrido de la puerta. Cuando Aura vio los pantalones y la camisa blanca de su madre, sintió no haberse arreglado un poco más, estaba completamente fuera de lugar. Quizá, después de todo, llevara razón, no era la vestimenta adecuada para ir a abrir un testamento, por muy cómoda que fuera.

El señor Gómez se relamió los labios y se dispuso a empezar una vez que Aura tomó asiento al lado de su padre, quien estrechó su mano y la mantuvo así durante toda la conversación, insuflándole fuerza. En su fuero interno, la joven lo agradeció, llevaba un día de perros y lo que más necesitaba era un poco de comprensión. Respiró hondo y la reunión dio comienzo.

—Estando aquí presente, doña Carmen Riveiro Sánchez, don David Fajardo Comitre y doña Aura Fajardo Riveiro, nos disponemos a abrir el testamento de doña María del Mar Sánchez Botana.

Oír el nombre completo de su abuela hizo que le diera un vuelco al corazón, el estómago se le plegara sobre sí mismo y las yemas de los dedos le hormiguearan. Si se hubiera ahorrado el desayuno, no hubiera sentido semejantes náuseas. Hacía mucho tiempo que nadie la llamaba así, María del Mar. Siempre había sido Nana para todos,

excepto para la mujer que la trajo al mundo. Los recuerdos florecieron en su memoria como las orquídeas al llegar el mes de abril, de repente Nana le susurraba al oído todas aquellas vivencias que solía contarle cuando se quedaban en el porche a solas, bebiendo limonada y cosiendo juntas. Una infancia marcada por la posguerra, pero que a ella se le antojaba feliz a pesar de la hambruna, la pobreza y la ausencia de libertad que caracterizó a dicho periodo de la historia. Volvía a imaginar a Nana de pequeña corriendo por las callejuelas del pueblo, jugando a la rayuela, cosiendo caireles bajo la atenta mirada de su madre, enamorándose por primera vez.

La palabra alemana *fernweh* hace referencia a la nostalgia que siente alguien por un lugar en el que nunca ha estado. Si hubiera un término que pudiera extrapolarse a una vida que nunca había vivido, Aura sabría exactamente qué nombre ponerle a ese sentimiento de añoranza.

No fue cómodo escuchar de boca de un hombre ajeno a la familia las últimas voluntades y el testamento de Nana, era lo más parecido a un allanamiento de morada. Aquel hombre regordete que sudaba por las axilas todo un río hasta empapar la camisa y provocar dos charcos amarillentos en ella, estaba invadiendo la privacidad de su abuela y, encima, le pagaban por ello.

—La señora María del Mar Sánchez Botana ha dejado por escrito que sus cenizas se esparzan por la cala de las rocas.

—Era algo que ya sabíamos, mi madre siempre lo comentó.

—Tenga cuidado cuando lo lleve a cabo, el Estado está un poco molesto con esta materia y en algunas comunidades autónomas se imponen multas de hasta 750 euros por lanzar residuos al mar.

—Sí, habíamos oído algo acerca de esto.

—No creo que aquí en Luar vayamos a encontrar mucho problema —dictaminó David, que sabía de lo que hablaba. Nadie se opondría a que los restos de Nana fueran esparcidos por la cala, al fin y al cabo, no era más que un compuesto de celulosa, sales de calcio y potasio, taninos, fosfatos y carbonatos, entre otros elementos. Las cenizas funerarias podían ser utilizadas como fertilizante, y, en su opinión, así debería hacerse, de manera que de la muerte naciera una nueva vida.

Resuelto el asunto de las cenizas, algo que ya todos tenían bastante claro dado que Nana se había tirado quince años

asegurándose de que todos supieran que quería acabar en el mismo lugar que su Marcelo, y tras las pertinentes firmas, el señor Gómez se aclaró la voz.

—Yo, doña María del Mar Sánchez Botana, viuda, domiciliada en Luar (A Coruña), Galicia, y con DNI 66732694-E, en pleno uso de mis facultades mentales y físicas, por medio de la presente otorgo mi testamento como expresión inequívoca de última voluntad.

Aura había estado reteniendo el aire en sus pulmones, este volvió a fluir en cuanto escuchó las siguientes palabras:

—Lego todas mis posesiones a mi nieta Aura Fajardo Riveiro, la que es considerada mi heredera en todos los efectos y, por tanto, también las de mi marido Marcelo Riveiro Quiroga.

El mundo giraba a una velocidad que no era capaz de seguir, de repente era como si hubiera caído por el agujero de la madriguera del conejo, un hoyo muy profundo y negro que tiraba de ella y la absorbía. Por mucho que pataleara, gritara e intentara volar moviendo los brazos como si estos fueran alas llenas de plumas, seguía precipitándose hacia el vacío. El golpe con la realidad fue tan contundente que se planteó incluso que pudiera emerger un moratón en alguna parte visible de su cuerpo.

Aura ya no pudo seguir escuchando la retahíla de palabras del abogado, su mente estaba demasiado lejos de allí y lo único que le impedía desligarse por completo de la realidad era la mano de su padre, que se había aferrado a ella con más ahínco. La apretaba en un intento desesperado de encontrar algo de consuelo.

El señor Gómez le tendió a Aura el papel que acababa de recitar cual heraldo. La joven intentó fijarse en todo, pero tenía la lengua pastosa y el corazón le temblaba casi tanto como la mandíbula al ver por primera vez el nombre estampado de Nana y su fecha de nacimiento y defunción. Unos papeles con clips que recogían datos sobre la vida de aquella dulce y estrafalaria mujer, y sus últimos deseos: que ella heredara todo lo que tenía. «Todo lo mío es tuyo», solía decirle Nana. No pensó que aquella frase tan simple pudiera esconder tanta verdad.

Firmó sabiendo que su rúbrica suponía aceptar todo lo que Nana había planeado para ella. El libro turquesa que había escondido bajo la mesa, en su regazo, le devolvía la mirada.

Sus padres habían decidido hacerse cargo del impuesto de sucesión, y Aura no había tenido otro remedio que aceptarlo. Todavía quedaba un buen trámite burocrático por medio en cuanto a las escrituras de la casa, pero esta ya era suya. Aura tenía un hogar en Luar y no era precisamente el de sus padres.

—Dime la verdad —dijo Aura nada más salir del abogado. Su madre la miró con exasperación—. Estáis todos compinchados, ¿no?

Carmiña no recordaba que su hija fuera tan dramática, era más, nunca lo había sido. La mujer que se alzaba ante ella no era más que una versión deformada de la jovencita rubia y alegre que ella había criado, siempre descalza, con la melena al viento y un libro entre las manos, deseosa de saltar desde el acantilado y fundirse con las olas del mar, dispuesta a ayudar a los demás. Algo había corrompido el aire puro de su niñita.

—¿Con esta edad con quién se supone que voy a compincharme?

—No lo sé, dímelo tú. Con Samuel, con María, con papá, con Nana…

La enumeración de culpables sonaba absurda incluso para sus oídos, pero sentía que ya no podía parar. Estaba furiosa, dolida, decepcionada, atrapada en una jaula cuyos barrotes se le clavaban en la piel. De haber podido gritar, lo hubiera hecho. Gritar era bueno, Nana lo decía muy a menudo, que cuando no había palabras para expresar lo que el pecho bombeaba, entonces solo quedaba una opción. Gritar muy alto, a pleno pulmón, hasta que el corazón desacelerara.

—Sí, con Nana —bufó su madre—, ayer por la noche estuvimos hablando a través de la ouija… Por Dios, Aura, no digas tonterías.

—Ya os lo he dicho, no voy a quedarme aquí, mi vida está en Madrid. Este intento vuestro de retenerme…

La joven no pudo terminar el discurso que había ido elaborando durante su paseo hacia la oficina, su madre tomó la palabra y la cortó de inmediato. Odiaba cuando hacía eso.

—Pues lo siento mucho, tendrás que quedarte hasta que todo el papeleo esté en orden y hayas vendido la casa. —Su voz se suavizó al darle un último consejo a su hija—. Piénsatelo bien.

—¿Porque si no me arrepentiré toda la vida?

—Tú misma lo has dicho.

Carmiña miró a su hija con tristeza. Vender esa casa sería deshacerse del hogar de tres generaciones de mujeres, podía reformarla de arriba abajo, cambiar los muebles, tirar todas las pertenencias que encontrara y, aun así, esas paredes seguirían impregnadas de los recuerdos de la familia Riveiro. Le habría gustado decírselo, pero guardó silencio, esperaba que en algún momento ella pudiera descubrirlo por sí misma. Tampoco le comentó que un error como ese la perseguiría, no era necesario, ya lo sabía. Renunciar a su esencia por convertirse en alguien que no era no la haría feliz. El camino más fácil, la mayoría de las veces, no es el indicado.

Capítulo 5

El camino con sus padres se había bifurcado en todos los sentidos. Había pasado tanto tiempo lejos de Luar que pensaba que estos ya apenas la conocían, que se negaban a aceptar que su niña había cambiado y se había convertido en una mujer independiente que no necesitaba estar pegada al lado de ellos como si fuera Peter Pan y su sombra. «¿No será el síndrome del nido vacío?», pensó Aura. «Pues a buena hora les da el ataque de amor, justo cuando tengo hecha mi vida. Qué inoportunos. ¿No habría sido más lógico que hubiera sido a los dieciocho cuando me marché a estudiar Literatura a Madrid?».

Obligarla a permanecer en Luar no obraría un milagro, no traería a Nana de vuelta, no haría retroceder las manecillas del reloj para volver al pasado, no les concedería el tiempo perdido. Esos tres años se habían ido, no regresarían ni aunque se postrara de rodillas en la iglesia del pueblo y rezara fervientemente. Podía hacer un círculo satánico y llamar al Diablo, y no aparecería para que firmase un contrato. ¿Le vendería su alma por ver a Nana una última vez? Por supuesto. El problema era que Aura era atea, no creía en el cielo ni en el infierno, ni en Dios ni en el Diablo. Ningún ser sobrenatural iba a personarse para chasquear los dedos y concederle una nueva oportunidad. Nana era cenizas, cenizas encarceladas en una urna insípida y elegante que no representaba su espíritu, igual que Luar la

había encerrado a ella.

No tuvo mucho más tiempo para darle vueltas a todas esas ideas que iban pululando por su mente, enredándose entre ellas y formando una madeja bastante difícil de deshacer. Al alzar los ojos vio que había llegado hasta una de las calles principales de Luar. Fue caminando por la cuesta empinada mientras observaba el hilo de establecimientos que se sucedían. La floristería de la familia de María, un par de cafeterías y *boutiques*, ópticas, farmacias, varias librerías y bares. Todo seguía congelado en el tiempo a excepción de una empresa que no reconocía y no recordaba haber visto jamás. Reformas Hiráldez era un negocio con una placa blanca inmaculada efecto mármol, por lo que las letras resaltaban en el relieve, superpuestas.

«¿Cuánto lleva esto aquí?», se preguntó al recordar que ninguno de sus amigos había hecho mención a la tienda al preguntar por un lugar en el que se ocuparan de las obras de la casa de Nana. Estaban jugando sucio intentando que no se marchara. Tenía razón, estaban compinchado con la madre que la había parido y sobre la que deseaba despotricar.

Se asomó a la cristalera. El interior estaba desierto, pero el cartel de «abierto» le daba la bienvenida, así que sin pensárselo dos veces entró. Total, no tenía nada que perder, en caso contrario le iba a tocar desplazarse hasta A Coruña para contratar a alguien. Y, a decir verdad, no deseaba volver a casa y enfrentarse nuevamente a la guerra abierta contra su madre.

La blancura de aquel espacio la hizo sentirse como en un anuncio de detergente, demasiado moderno para lo rústico que era Luar, parecía insultante que el siglo xxi hubiera llegado al pueblecito en forma de negocio de reformas. Los azulejos resplandecientes, la silla metálica y alta, el fino portátil que se encontraba en el mostrador, el cual estaba completamente cubierto de papeles, agendas y muestrarios. ¿Por qué no habían mantenido el aire tradicional de cara al exterior al menos? ¿Quién se había atrevido a romper el particular ambiente del pueblecito costero?

Estaba arrugando la nariz en un gesto de fastidio, segura de que a Nana no le gustaba aquel establecimiento. La pregunta era: ¿había alguien en todo Luar al que le gustase?

—Buenas tardes, soy Eric, ¿en qué puedo ayudarte?

Aura se dio la vuelta para encontrarse con un hombre un par de años mayor que ella. El pelo liso y castaño le caía sobre los ojos, de manera que a veces tenía que apartarse aquellos mechones que impedían su visión, manteniendo el resto tras sus finas orejas. Podía haber dibujado un ángulo perfecto gracias a la rectitud de su nariz romana, que hacía juego con la poblada barba que cubría una marcada mandíbula. Ese aspecto serio se diluía con la camiseta grisácea de pico y los vaqueros.

Durante unos instantes lo miró sin decir nada, con la certeza absoluta de que lo conocía de algo, intentando descubrir de qué, tirando así del fino hilo de sus recuerdos.

—¿Perdona? ¿Me estás vacilando? —contestó ella.

El hombre, que seguía esperando una respuesta, se quedó sin saber qué decir, su mirada extrañada evidenciaba que no tenía ni idea de a lo que se estaba refiriendo su nueva clienta. Aura, que no tardó en percatarse de que él abría y cerraba la boca cual pez fuera del mar, levantó el libro turquesa y le enseñó las letras doradas que componían el título.

—Ah —dijo con un atisbo de tranquilidad, y le mostró su mejor sonrisa—, no, la verdad. Si tuviera que hacerlo, te diría que me llamo Sebastián. Flanders es un nombre que no termina de ir conmigo, además, tampoco te lo creerías.

Eric guardó las manos dentro de sus bolsillos en un gesto bastante desenfadado.

Solo fueron un par de segundos, Aura cerró los ojos y lanzó un hondo suspiro. «Soy una imbécil», se reprochó a sí misma. La tensión acumulada en su mandíbula y sus músculos, fruto de las discusiones con su madre y sus amigos, amén de la decepción y la tristeza, la habían convertido en un arma mortal. Caminaba a grandes pasos, con el ceño fruncido y los puños cerrados. Le dolían los dientes de apretarlos tanto, y disparaba contra todo aquel que osase dirigirle la palabra, siempre con la escopeta cargada, a punto de defenderse y herir a quien fuera. Iba dejando cadáveres a su paso, un sendero de sangre y devastación.

—Discúlpame, parezco una pirada, lo sé. —Se llevó la mano al pecho en señal de sinceridad. Se sentía ridícula—. Es que he tenido un día algo turbio, de esos de los que no paras de encadenar putada tras

putada y todo parece…

—Una tremenda putada —terminó él.

Aura elevó los brazos y los dejó caer de nuevo.

—Desde luego eres la primera persona que se indigna con mi nombre, aparte del resto de mi familia cuando se enteró de que mis padres no iban a ponerme como a mi tatarabuelo.

Al menos, era un hombre con humor, lo cual agradecía. De haber recibido ella semejante contestación de parte de un posible cliente, de buenas a primeras habría pensado que era un enajenado mental o un maleducado de cojones. Y porque el trabajo es el trabajo, y de eso Aura sabía mucho, ya que había aguantado lo inaguantable, que si no… ¡a tomar por culo!

—Soy Aura, un placer.

La joven le tendió la mano y él, saliendo del mostrador que lo defendía como si se tratara de una fortaleza y lo alejaba de los clientes, se la estrechó.

—La nieta de Nana, ¿no es así? —Sorprendida, a la joven no le quedó otra que asentir—. Tu abuela siempre hablaba de ti, eras su tema favorito de conversación, casi podría decirse que ya te conozco… —Eric se mesó la barba y volvió a fijarse en ella—. Aunque a decir verdad te noto un poco cambiada con respecto a sus historias.

Aura se evaluó discretamente a sí misma en el reflejo de un material desconocido que proporcionaba un brillo plateado a todo el mostrador. Miró como quien no quiere la cosa, para finalmente encontrarse con un aspecto que dejaba mucho que desear. Por segunda vez en aquel día, sentía que su indumentaria no encajaba en ninguna parte, a excepción de en el salón de su piso en Madrid o en el gimnasio.

—Era una gran mujer.

El tono de pesar del dependiente la trajo de vuelta de sus alucinaciones de moda y glamur. Estaba segura de que a Gigi Hadid nadie le habría objetado ir en chándal, las revistas lo apodarían como «sport chic», pero ella no era Gigi Hadid.

—Me viene muy bien que conozcas a Nana porque precisamente estaba buscando a alguien que pudiera encargarse de forma rápida y eficaz de la reforma de su casa. Me gustaría poder venderla.

—Vale. Puedo ocuparme de ello. —Eric volvió a su sitio inicial.

Abrió una agenda de color negro y apuntó en una página en blanco el nombre de la joven—. ¿Qué es lo que estás buscando? —le preguntó alzando la mirada y encontrándose con sus ojos oscuros.

—¿Una reforma?

Se encogió de hombros en un aire tan inocente que un sentimiento de compasión invadió a Eric, que asintió con un amago de risa a punto de emerger de su garganta.

—Está bien, parece que no tienes mucha idea de esto, así que dame tu número de móvil. Me pasaré a ver la casa el lunes y veremos qué es lo que hay que hacer.

—¿El lunes? —La angustia de su voz fue palpable.

—Mañana es sábado y yo no trabajo, también tengo una vida. Ve pensando mientras tanto qué es lo que quieres.

«Irme a mi casa», pensó Aura frustrada. Todos sus planes se desmoronaban al igual que una torre de naipes. Volvía a ser Alicia en el país de las maravillas, completamente perdida, sin saber qué dirección tomar. ¿A dónde había ido el conejo blanco? Ni idea. El reloj continuaba avanzando y por más que corría no llegaba a su meta, la cual se alejaba con cada paso que daba.

Aceptó porque no tenía otro remedio, y ambos acordaron citarse a una hora prudente en la casa de Nana para así tomar cartas en el asunto.

«Podía haber sido peor», se dijo a sí misma, «podía haberte dicho que hasta dentro de un mes no podía empezar con la obra… Sé positiva. Lo principal, que es encontrar a alguien que se encargue de ello, ya está hecho».

Tenía miedo de pulsar el botón de llamar. Una palabra sencilla. Cinco letras. El color verde. El emoticono de un teléfono descolgado. Y, sin embargo, deseaba no hacerlo, o, más bien, deseaba no tener que hacerlo. Respiró hondo, se armó de valor y, mientras caminaba con la mirada fija en la pantalla brillante del teléfono, llamó. Los primeros sonidos automáticos y nada estridentes se sucedieron en su oído. «No contestes, no contestes», rezó. ¿A quién quería engañar? Si no contestaba, aquel sufrimiento se alargaría más.

—*Dígame* —dijo una voz grave, monótona y electrónica. Cualquiera podría haber supuesto que se debía a la conexión, pero no, esa era exactamente la voz de su jefe.

—Buenos días, Pedro, soy Aura. Siento llamarte a estas horas, debes estar ya comiendo.

Un silencio bastante incómodo se instaló entre las líneas, poniendo tan nerviosa a la joven que estuvo a punto de tropezar con el empedrado en mal estado. Se imaginaba a su jefe bufando, sentado en su mesa con una fiambrera llena hasta arriba de arroz blanco y filete de pollo a la plancha, la dieta estricta que este exigía en un intento totalmente vano de mantener una vida sana. No le importaba cuánto le dijeran que para conseguir aquello también era necesario olvidar el sedentarismo, él estaba demasiado ocupado como para salir a andar o apuntarse a un gimnasio. Con aquel enorme trasero siempre pegado a la silla de su despacho era imposible que las comidas hipocalóricas de su mujer surtieran efecto.

—*No te preocupes.* —El sonido de su masticación la distraía—. *Es lo que tienen los entierros, consumen tiempo y energía.*

«Si solo fuera eso…».

Aura suspiró. No intentó explicarle a aquella voz que Nana no iba a ser enterrada y que, desde luego, su cremación estaba agotando más que su tiempo y su energía.

—Era para decirle que no voy a poder volver antes del martes, hay muchos papeles que firmar y tengo que hacerme cargo de un par de asuntos. —Esperaba no tener que volver a repetir esas palabras en unos días—. Lo siento mucho.

—Está bien, lo entendemos. No queremos que se alargue mucho tu estancia en Galicia, ¿vale? Te necesitamos aquí cuanto antes. Le pediré a tu compañera que te vaya pasando algo de trabajo al correo y así vas adelantando.

—Gracias.

No le dio tiempo a despedirse, la comunicación se cortó enseguida y el pitido que anunciaba el fin de la llamada la instó a colgar. Se quedó con la palabra en la boca, le habría encantado preguntarle a Pedro si alguien había leído el pequeño relato que había escrito hacía un año y del que todavía esperaba contestación, ya fuera positiva o negativa. El pensamiento de que quizá no estuviera haciendo lo

suficiente como para que la tomaran en serio fue tan rápido que apenas pudo alcanzarlo. ¿Todavía no se había ganado la oportunidad de que la publicaran y dieran a conocer la cantidad de historias que guardaba en su mente?

Llevaba cinco años trabajando en Ediciones Tarquín y nadie se había parado a darle una orden que no fuera: tráeme un café, corrige estos impresos, envía un mensaje al escritor, prepara el contrato y envíalo cuanto antes, haz un par de fotocopias y clasifícalas, llama a los ilustradores… Cinco años. Cinco largos años sin vacaciones, aceptando que era el último mono de aquella enorme empresa que producía libros en serie, y, para más inri, libros malos, libros pésimos. ¿Por qué estaba participando en ello? ¡Ah, sí! Porque necesitaba fervientemente que alguien le diera la oportunidad de contarle al mundo todo lo que tenía que decir, y no deseaba convertirse en profesora de Literatura. La enseñanza no era lo suyo.

Creía recordar que alguien dijo que vivir del arte era morirse de hambre, ella bien lo sabía, ahí estaba subsistiendo con un salario base, leyendo historias que no eran suyas, publicándolas, llevando cafés, oyendo en las reuniones, y viviendo en un pequeño piso con dos compañeras que se habían convertido en amigas. Y a pesar de todo ello, un brote de esperanza seguía germinando cada mañana al ir al trabajo, y no solo porque Pedro consiguiera hacerle creer que era necesaria en la empresa y que era un engranaje más de aquel mecanismo. No. Pensaba fervientemente que un día todas sus acciones tendrían una consecuencia fabulosa: ser escritora. Tenía que creer en ello, cejar en su empeño supondría una rendición, y si algo le había enseñado Nana, era que había que saber cuándo rendirse: nunca.

Capítulo 6

Por alguna extraña razón no hizo falta que reuniera a sus padres en torno a la mesa del salón, Carmiña se encontraba leyendo un libro mientras David revisaba toda una montaña de exámenes, porque como él decía «el trabajo del profesor parece simple, pero no termina cuando toca el timbre a las dos de la tarde».

El mantel de la mesa y los cubiertos advertían que la estaban esperando para poder comer todos juntos, como haría cualquier familia. Así que simplemente tuvo que sentarse en su correspondiente sitio mientras Carmiña abandonaba la lectura, *El jardín olvidado* de Kate Morton, para poder servir un plato enorme de pasta recién cocida con sal, pimienta y rodajas de tomate al horno. Olía de maravilla, y sabía mucho mejor. El don de la buena cocina era una herencia transmitida mediante ADN, Aura lamentó haberlo perdido al mudarse a la capital. No era que su dieta se basara en comida precocinada ni mucho menos, pero no gozaba de tiempo libre así que optaba por cosas tan sencillas como un sándwich si tenía que almorzar en el trabajo. Era lo que popularmente se llamaba cocina de supervivencia, lo sucinto para creer que eras Arguiñano cuando en realidad estabas haciendo un huevo frito con sal y pimienta, lo justo para no morirte de hambre y que te encuentren tirado en el suelo mohoso del piso.

A decir verdad, podía currárselo más. Había personas que

dedicaban todo el día del domingo a preparar la comida de la semana, *tuppers* y *tuppers* bien cocinados y ordenados en el frigorífico, saludables y variados, con verduras coloridas y recetas novedosas. Lo había intentado dos semanas y luego aceptó que no seguiría con ella, lo archivó en su mente como fracaso y continuó con su vida. Tardaba más en cocinar que en comer, no le salía factible invertir todo el domingo en ello para luego engullir como un pollo en un descanso de quince minutos.

Sus papilas gustativas se estaban dando un homenaje, en Madrid cocía los espaguetis y abría una lata de tomate que vertía encima. Lo había echado de menos, ¿para qué iba a mentirse? Era la cocina de su madre, y como la comida de una madre y una abuela no hay nada. Todo el mundo lo sabía, por eso cada persona pensaba que como en casa en ningún sitio. Entender que no volvería a probar las croquetas de Nana le asestó un golpe fatal, por un momento los espaguetis se hicieron una bola insípida en su garganta y solo el agua salada de un par de lágrimas conseguiría hacerla pasar. Esperaba haber sido capaz de retener en su memoria todas las recetas que le había ido enseñando con el paso de los años. Nana no apuntaba nada, todo lo grababa en el cerebro, su mayor aliado, así que no había un archivo o libreta que consultar en caso de necesidad. Era de esas mujeres ancianas que defendían las tradiciones orales.

Aura se aclaró la voz y dejó el tenedor apoyado en el plato.

—He pensado que voy a instalarme en casa de Nana los días que esté aquí. —Había dicho días, no tiempo. Tiempo suponía plantearse que era un periodo indefinido y, de momento, no quería pensar en ello.

—¿Estás segura? —preguntó su padre—. No tienes por qué irte de casa, ¿verdad? Díselo, Carmiña.

—Puedes quedarte aquí toda la vida si es lo que quieres, pero tendrías que cambiarnos los pañales a tu padre y a mí cuando seamos viejos.

—No iban por ahí los tiros, pero gracias, mamá. —No iba picar en el anzuelo que le había tendido. Esa vez no—. Digamos que así tengo la oportunidad de evaluar en qué estado se encuentra la casa y qué cambios serán los necesarios. He quedado con el hombre que va a encargarse de ello el lunes que viene.

—¿Ya has encontrado a alguien? Vaya… Qué rapidez, no pierdes el tiempo. —Carmiña enredó los espaguetis en su tenedor con la ayuda de una cuchara, una manía que a Aura siempre la había puesto histérica.

—Sí, es lo que tiene acostumbrarse a trabajar contrarreloj.

—Lo cual es malísimo para el cuerpo. Ya sabes: estrés, ansiedad… —enumeró su padre—, no tienes por qué exigirte tanto, párate a respirar las flores del camino.

Ahí estaba el lema *Happy Flower*. Si sus padres hubieran vivido en Estados Unidos, habrían formado parte del movimiento *hippie*, pero en España la cosa se reducía a una palabra clave y algo peyorativa: perroflauta. Venía siendo lo mismo, pero claro, sonaba peor. Es más, no era una teoría, era una realidad contrastada gracias a los álbumes familiares en los que unos jovencísimos David, con melena al viento y camiseta despintada, y Carmiña, con un vestido de croché, reían en la playa. ¿Qué había sucedido con la *hippie* de su madre? Aura lo desconocía, no quedaba ni un ápice de ella. Probablemente hubiera sido devorada por la señora que tenía delante.

—Bueno, mañana y pasado lo tenéis libre, es sábado y domingo. Podríais echarme un cable.

—Verás, Aura, no vamos a ayudarte ni siquiera a eso. Déjame terminar, por favor —dijo Carmiña elevando la palma de su mano en un gesto autoritario, lo que obligó a la joven a que cerrar la boca—. Hemos pensado que llevas muchos años lejos de tu familia y de Luar, es un buen momento para que recapacites sobre ello, conozcas todo lo que ha ido sucediendo en el pueblo, reconectes con Nana y, bueno, así te mantienes lejos de Madrid.

No reconocía a su madre o quizá no quería creer lo que había salido de sus labios y por eso mismo no la reconocía. La observaba atónita, con el ceño fruncido y los ojos agudizados. Negó varias veces.

—¿Es un castigo por no venir a veros en tres años? Me parece increíble. Nunca pensé que fuerais tan crueles. —Había más dolor en su voz que incredulidad.

—Vamos, cariño, no somos la Inquisición y tú no vas directa a la hoguera por hereje. —Su padre siempre era el poli bueno—. Es una oportunidad que te está dando el Karma para que rememores tu vida aquí, para que te evalúes a ti misma, para que pongas en orden tus

prioridades y decidas el camino que debes tomar.

—No sabía que ahora erais psicólogos.

—No, pero somos tus padres y sabemos qué es lo que te conviene y qué es lo que necesitas. En eso consiste la maternidad.

El bufido provocó que el ambiente se caldeara un par de grados por encima del fuego infernal que ya lo caracterizaba en cada discusión. Estaba segura de que a esa temperatura había muerto Juana de Arcos.

—Bueno, hay padres que matan a sus hijos —mencionó con retintín, retando a su madre con la mirada.

—Y no es que tú acabaras dentro de un horno, ¿verdad? —Carmiña alzó la ceja y sonrió.

—Lo hubiera preferido, a decir verdad.

—Oh. No pasa nada, aún estamos a tiempo de solucionarlo.

—Carmiña… —La voz cansada de David frenó el siguiente ataque.

Durante unos segundos, ambas se observaron mutuamente sin apartar los ojos la una de la otra en un combate a muerte de ceños fruncidos y palpable decepción.

—No es el palacio de la realeza, solo te llevará un par de semanas —mencionó su madre, rompiendo el gélido silencio que se había instalado en la mesa—. Además, tú eres muy eficiente y estás acostumbrada a trabajar contrarreloj. Demuéstranoslo.

Su madre le había lanzado un reto. Años atrás, Aura ni siquiera se habría molestado en intentarlo, no porque no fuera capaz, sino porque demostrarle algo a alguien que no eres tú mismo es una pérdida absoluta de tiempo y esfuerzo. Esa vez pensaba que era una bajeza.

—Que sepáis que me parece muy retorcido que utilicéis todo esto para retenerme aquí contra mi voluntad. No os denuncio a los servicios sociales porque ya soy mayor de edad, que si no…

—Bueno, a los dieciséis te fuiste a vivir a casa de Nana una buena temporada —le recordó su padre—. Qué mala adolescencia nos diste, hija… Quizá esta vez también sea una fase.

—Que tengo veintiocho años, joder. —El impacto de la palma de su mano contra la mesa hizo temblar la vajilla con un sonido metálico—. A ver si lo vais asimilando.

Solo tenía una maleta y no había sacado nada de su interior. Fue terriblemente sencillo subir escaleras arriba, cogerla y meterla en el

maletero del coche. Cuando sus padres vieron sus intenciones, David se levantó de la mesa como si una aguja hubiera pinchado su trasero.

—Vamos, cariño, no es necesario que te vayas así. Quédate, hablemos del tema.

«Son como el perro del hortelano», pensó Aura, «ni comen ni dejan comer. No quieren que vuelva a Madrid, pero tampoco que me vaya de su casa».

No le contestó, no era necesario, era obvio que no pensaba estar bajo el mismo techo que ellos. Si la obligaban a quedarse, lo haría, pero sería con sus propias condiciones, siguiendo su ritmo de vida. Con veintiocho años no pensaba dejarse llevar por las órdenes de alguien que no fuera su jefe. «Mierda, Pedro… Voy a tener que pedirle días de asuntos propios», se lamentó. Parecía que todo Luar estaba colaborando para que la despidieran de su trabajo y no consiguiera su objetivo, incluso Nana, y eso que estaba en el Más Allá.

Poner un pie en aquella casa suponía viajar en el tiempo sin hacer uso del DeLorean, ni Marty McFly en *Regreso al Futuro* fue tan eficaz yendo a 1955.

El porche crujió con el primer paso, los vellos de su nuca se erizaron en cuanto reconoció aquel sonido tan familiar. El color cálido de la madera, el banco de mimbre con los cojines que Nana había hecho utilizando retales de diferentes estampados que tenía perdidos en su caja de costura, la mesita metálica y negra, con el cristal aún lleno de surcos de vasos, una vela consumida y un farolillo que Carmiña había traído del Ikea de A Coruña. Y, por supuesto, el poto, un bonito y verde poto que Aura había plantado cuando tenía cuatro años en el colegio y que a partir de entonces acompañó a todo el vergel al que su abuela dedicaba horas de cuidado. A veces se acordaba de él, lo que le llevaba a pensar que, si ya había plantado un árbol, solo le quedaban dos de las tres metas de la vida: tener un hijo y escribir un libro.

Tenía miedo de no ser capaz de pasar del porche, ya le estaba costando demasiado controlar aquel remolino de sentimientos que estaban devastándola por dentro y removiendo la infraestructura de su

muro de contención. ¿Cómo podía evitarlo si en cada centímetro de aquella pequeña plataforma hecha de tablones de madera se encontraba Nana? La veía sentada en el banco con una taza de café y un buen libro, con la sonrisa apareciendo por encima de las páginas impresas y una carcajada pugnando por salir de su garganta. Estaba ahí, con una jarra llena de agua, regando las hortensias, las petunias y la hedera que se enroscaba en torno a las vigas. Estaba ahí, con la colcha sobre los hombros mientras cosía cuidadosamente un vestido nuevo para su nieta, con las gafas a punto de precipitarse del puente de su nariz.

Por primera vez en su vida, Aura entendió la frase de «tengo que cerrar los ojos para no verte en todas partes», y no la extrapoló a una relación amorosa y romántica. El dolor le punzó el pecho.

Tuvo que respirar muy hondo y aferrar con fuerza las llaves, que no paraban de bailarle entre los dedos, ya se le habían aguado los ojos y no atinaba a insertarlas en la cerradura. El olor dulzón que siempre había caracterizado a su abuela le abofeteó las fosas nasales, olía a canela, a manzana, a sábanas limpias… Olía a hogar. Aura cerró la puerta y dejó la maleta en el recibidor. Ya se ocuparía de ella más tarde.

Restregó sus botines contra la alfombra de hilos granates y naranjas, y dejó las llaves en el cuenco de barro que ella misma había hecho con la ayuda de su abuelo, el cual reposaba en un mueble de madera lleno de cajones. Presidía el pasillo un espejo y un perchero que todavía conservaba algunas rebecas de Nana. Sabía que, si se acercaba a oler aquellas prendas, ya no podría deshacerse del peso que cargaba sobre su corazón, no habría marcha atrás, abriría las compuertas de la pena que llevaba combatiendo desde hacía días. Así que inició un paseo por la casa que siempre la había acogido.

El salón con las butacas y el sofá de estampado floreado, los cojines que siempre recordaba, la mesita baja colocada en el centro, el televisor de caja ancha y grande que le parecía de lo más anticuado. En un rincón descansaba la máquina de coser, lista para iniciar su tarea en cualquier momento de no ser porque faltaba el pie de su dueña. La estantería repleta de volúmenes era el rincón favorito de Nana, quien había conseguido recopilar toda la colección de Agatha Christie y Julio Verne, cuentos populares y libros que se alternaban

con novelas románticas que Aura nunca consiguió digerir, de misterio como Sherlock Holmes, y algunas más modernas. Ambas lo compartían como el tesoro más precioso del capitán J. Flint. Y allí, en la última balda de cedro, la sabiduría mágica que su abuela había acumulado en forma de letras: libros de espiritismo, magia y naturaleza. Porque Nana podía tener la apariencia de la abuelita de Caperucita Roja, pero cualquiera que la conociera de verdad —y en Luar eran todos sus habitantes— sabía que aquella mujer de ojos oscuros y mirada penetrante era tan mística que hasta el Stonehedge la envidiaba.

Nana creía en el universo, en su fuerza, en que todo sucedía por una razón, en la bondad humana, en que la naturaleza daba más de lo que recibía y era maltratada. Creía en los astros, en la luna y su luz perlada, en el brillo de las estrellas que guiaban a los marineros en la Antigüedad, y en un montón de dioses ya extintos que nadie recordaba. Creía que podía ver el futuro de alguien con solo mirarlo a los ojos, que un té con miel podía arreglar un corazón roto y que las almas se reencontraban en un Más Allá. Creía en rituales absurdos y en esas «cosas de viejas», como no pasar debajo de una escalera, echar sal a su espalda si esta se había derramado sin querer, y defendía que los gatos negros no daban mala suerte. ¿Cómo iba a dar mala suerte un animal? «Absurdeces y supersticiones», solía decir entre risas, sabiendo que ella ostentaba el título de emperatriz de las locuras. Nana era sinónimo de fe.

Aura se tapó la boca en un intento de retener el llanto que preveía, le temblaba la mandíbula casi tanto como el corazón. No importaba a dónde mirase, aquella casa estaba tan impregnada de recuerdos que tardaría un siglo en poder evaporarlos todos. Tampoco estaba segura de querer hacerlo, y aquello empezó a abrir un agujero, al principio minúsculo, en su fortaleza. No estaba segura de poder hacerlo. Ya no se sentía segura de nada.

El resto de estancias fue más de lo mismo. En la cocina, la hornilla de gas seguía funcionando a la perfección, con un color blanco que la hacía anticuada. Las cortinas de limones, la mesa de madera, las sillas verdes menta con asientos de esparto y cojines hechos a mano para evitar pincharse el trasero, los manteles de ganchillo, las cacerolas de flores y la tetera redonda. Los platos de porcelana con dibujos

floreados y una fina línea azul en el borde, los utensilios de madera, el cuenco con naranjas y limones. La radio a la que le costaba sintonizar cadenas sin interferencias, las macetas de albahaca, romero, tomillo y perejil en la ventana, con los tímidos rayos del sol incidiendo en su verdor.

La habitación de sus abuelos nunca había sido terreno vedado, estaba completamente abierto a la niña curiosa que habían acogido como gorriones en su nido. No era extraño encontrarla hurgando entre los cajones de la cómoda o en el armario, averiguando qué tipo de joyas adornaban a Nana y la única corbata que poseía su abuelo, que siempre había rechazado eso de ir en traje de chaqueta. «Un marinero se viste con la sal del mar, no con camisa y corbata», se quejaba. No le sorprendió encontrarse con toda la ropa de este aún dispuesta en el armario, al lado de la de Nana, como si él no se hubiera marchado hacía quince años. La foto de boda en la mesilla de noche junto con un jarrón de flores y una lamparilla, la cual llevaba mucho tiempo sin funcionar, y un libro a medio leer que nunca terminaría. ¿Cuántas cosas quedaban a medias cuando nos íbamos? ¿Cuántas acciones sin concluir? ¿Cuántos sueños sin cumplir? Nana jamás descubriría el final de la historia que leía antes de que su corazón decidiera que ya era suficiente.

La cama, cuyas sábanas siempre eran planchadas como un ritual, estaba guardada por un enorme cuadro y, aunque podía haber sido robado de la Galería Uffizi, era solo una reproducción de la magistral obra de Botticelli. La efigie de una silueta la miraba atentamente, una mujer desnuda y de piel lechosa nacía de una concha marina, sus partes pudendas quedaban ocultas por su mano y una hermosa cabellera dorada. A su izquierda, Céfiro insuflaba un soplo de viento mientras cargaba en sus brazos a Cloris, la diosa de las flores. A su diestra, la Primavera cubría con un manto púrpura a Venus.

Se sentó en la cama, arrugando la colcha que todavía la cubría y que le otorgaba un aspecto cálido y reconfortante. Miró por la ventana recién abierta, había retirado los visillos blancos para que la claridad del día entrara y era capaz de ver la planicie de hierba que se extendía ante la casa dando lugar a un camino algo abrupto debido al inicio de la zona de descenso rocosa. No tenía que girarse para ver el mar en calma, sus olas chocaban contra el precipicio levantando una espuma

que no alcanzaba a divisar, pero que era capaz de imaginar. Olía a libertad.

Durante aquellos minutos de calma, Aura pensó que preferiría que le arrancaran la piel a tiras antes que tener que renunciar a todo lo que la rodeaba.

Capítulo 7

Aquel viernes por la tarde, Aura decidió instalarse en la habitación que años atrás había sido de su madre, que luego se convirtió en la de invitados, y cuya propietaria finalmente fue una niña rubia y de ojos color tierra. Esta seguía conservando resquicios de cada persona que había pasado por ella, como si se tratase de un museo. El despertador metálico. Un lienzo en el que Aura había pintado con óleos una casa y a toda su familia. El peluche de Carmiña de cuando era pequeña. Un cesto lleno de revistas de lo más antiguas y una pila de CD de música.

Deshizo la maleta, sabedora de que tendría que permanecer allí como mínimo hasta el martes, así que no merecía la pena estar incómoda y pasar el fin de semana en la ociosidad que la corroía al igual que el agua al hierro. Así que tras haber ubicado sus escasas pertenencias en la silla de la esquina en la que se habían ido acumulando los vaqueros ajustados de su adolescencia, se recogió el pelo en una coleta alta, respiró hondo y comenzó el trabajo duro.

Hasta entonces tenía entendido que, cuando algún familiar moría, especialmente abuelos, los hijos del difunto y los hijos de los hijos, es decir, los nietos, iniciaban una ceremonia consistente en limpieza profunda del piso. Era un martirio que ellos mismos se autoinfligían y que, parecía ser, servía como expiación de las horas que no se habían pasado con la persona en cuestión. Durante el zafarrancho de limpieza

se lloraba, se lamentaba la pérdida, se descubrían secretos ocultos, como joyas que se creían vendidas en un Compro Oro, se recordaban momentos, se tiraba un montón de mierda, y se repartía la herencia que no había quedado escrita en los documentos legales. Por esa regla de tres, a Aura le habría tocado compartir la penitencia con su madre y su padre, y a falta de más familiares, habría enredado a María y a Samuel para que le echaran una mano. Por desgracia, su puñetera madre —no había otra forma de catalogarla— había levantado una cruzada en su contra, así que le tocaba apechugar sola. Eso significaba que un trabajo que podría haberse finiquitado en un plazo de un fin de semana, a ella iba a llevarle ¿qué? ¿El doble? Puede incluso que el triple.

Desde luego no podía compararlo con los mineros que se dedicaban a picar los interiores de las cuevas, pero elegir qué se quedaría, qué sería vendido y qué iría a la basura era una tarea tediosa y complicada. El sentimentalismo acudía cada vez que se topaba con algún objeto que le recordaba a su infancia, a Nana, a su abuelo o, simplemente, a tiempos mejores. Porque, como dice la famosa canción, cualquier tiempo pasado nos parece mejor y, en la niñez, la mayoría de las veces se cumple dicho patrón.

Aura no paró de plantearse su incapacidad para meter ochenta años de vida en un montón de cajas y bolsas, las cuales aún tenía que conseguir. ¿A eso quedaba alguien reducido cuando moría? ¿A un montón de propiedades que su descendencia tachaba de inservible? No le quedó otro remedio que analizarlo todo y hacer una especie de lista mental, pensando que quizá, con algo de suerte, no necesitara tanto tiempo para ocuparse de aquel deber que sus padres le habían impuesto cual castigo. Craso error.

En aquel fin de semana, que en total fueron cuarenta y ocho horas tan largas como el andar de una oruga, Aura examinó con ojo crítico, o lo que ella creía que era, cada lugar de la casa, evaluando así el nivel de desperfectos para poder rendir cuentas ante Eric. Los programas de reformas de Divinity se habrían reído de ella a carcajadas limpias porque el principal problema en su incursión en ese mundillo era que no tenía ni la más absoluta idea de nada. Por el amor de Dios, si había alquilado el piso de Madrid teniendo en cuenta factores tan simples como que tuviera un presupuesto decente y no se

cayera a pedazos… La pregunta que le había formulado Eric sobre qué quería seguía rondando por su cabeza, y todavía no había encontrado respuesta. Iba a necesitar más ayuda de lo que pensaba.

Además de ocupar el tiempo en creerse Jonathan y Drew Scott, los gemelos del programa *La casa de mis sueños*, se sumergió en un bucle de recuerdos que no permitieron que conciliara el sueño y que comenzara una larga temporada de insomnio. Cuando sus párpados se cerraban, Nana iba a visitarla, estaba tan fría como un tempano de hielo, amoratada, cadavérica y silenciosa. Entonces se despertaba con lágrimas en los ojos y se negaba a volver a dormir. Tenía que bajar a la cocina para hacerse una taza de té con miel, y permanecía allí, sentada en las sillas de color menta, mirando a su alrededor, como si se tratara de un recién nacido que abre los ojos por primera vez.

Para su sorpresa, el lunes se marcó en el calendario con facilidad, que es lo que suele pasar cuando vives absorta en tareas agotadoras y constantes, que las horas pasan y tú te consumes como la llama de una vela en la intemperie. Estaba tan acostumbrada al estrés de la vida en Madrid que la tranquilidad de Luar y el resto de sus habitantes la desquiciaba por completo. Necesitaba mantenerse ocupada, y lo cierto era que no tenía otra elección.

Cuando el timbre de la puerta sonó, Aura se sobresaltó al igual que lo haría un perrillo asustado. Bajó las escaleras con toda la ligereza que tenía, la cual era poca porque estaba bastante oxidada, casi igual que su jefe, y abrió la puerta. Allí fuera le estaba esperando Eric, con la mirada fija en el porche, una caja de herramientas en la mano y un gesto de asentimiento en los labios. Supuso que le gustaba lo que veía, y no le sorprendía, Nana siempre había cuidado de aquel rinconcito tan verde y floreado.

—No está nada mal, eh —dijo el recién llegado a modo de saludo antes de dar un par de toquecitos con sus nudillos a la viga más cercana—. Tampoco me sorprende viniendo de Nana. Estrafalaria por fuera, con buen gusto por dentro, una mezcla un tanto extraño pero que funciona.

—Buenos días, y gracias por el piropo decorativo. —Aura se

apoyó en el umbral de la puerta—. Supongo que eso es una buena señal.

Con un simple gesto lo invitó a pasar.

—No cantes victoria, aún tengo que ver el interior —la amenazó divertido—. Espero que hayas hecho los deberes.

Aura ocultó la leve sonrisa que empezaba a emerger de su rostro. «Los deberes…, dice». Y había tenido que revisarse algunos programas de reformas para saber qué era el amianto, algo que le preocupaba sobremanera desde que lo había descubierto. ¿Tendría la casa de Nana amianto?

De haber estado allí, María le habría propinado un codazo para regañarla por estar pensando en sustancias que probablemente aparecían en la tabla periódica —un examen que habían suspendido y tuvieron que recuperar en sus años mozos— y no estar prestando atención a la compañía. Por suerte, no tenía la vocecilla de su amiga diciéndole «Céntrate en lo importante. Dile qué no has hecho y que tendrá que castigarte, chica mala». Meneó la cabeza con la finalidad de deshacerse de los pensamientos. Solo llevaba en Luar cuatro días y sus amistades ya habían conquistado el terreno de su cerebro. «¡Maldita sea, María! Tú y tus perversiones… Sal de mi cabeza».

Se echó a un lado y permitió que Eric se internara en aquel foco de recuerdos con forma de casa de dos plantas. El hombre entrecerró los ojos y murmuró algo que Aura no pudo oír en cuanto llegó al salón y descubrió todo aquel caos que la joven había provocado como si fuera un monzón en la primera quincena de junio. Había arrasado con todo a su paso, y comenzaba a pensar que había más motivos para temer a la chica rubia que a Atila, de quien se decía que la hierba no volvía a crecer por donde él pisaba. Solo emitió una especie de silbido, muestra de sorpresa.

—¿Por qué está todo esto como si hubieran volcado un contenedor de basura en el salón? —Aura enrojeció hasta las orejas—. Ya no estoy tan seguro de que me guste la decoración de Nana…

—Estoy haciendo limpieza, ya sabes.

Aura se abalanzó sobre una de las cajas que había dejado en mitad de la estancia para colocarla sobre uno de los sillones con algo de trabajo. Todavía le quedaba mucho por hacer, y todos los libros que se hallaban desperdigados por el suelo no hacían más que recordárselo.

—Cualquiera lo diría… ¿Cuál es el antónimo de hacer limpieza?

Ella puso los ojos en blanco y resopló. Una cosa era juzgar el estado de la construcción en sí, y otra meterse directamente con su forma de desmontar una vida de setenta años y todas las consecuencias que eso traía: los cincuenta de Carmiña y los veintiocho de ella misma.

—Para que haya orden, primero tiene que haber caos —se defendió.

—No creo que el caos estuviera muy de acuerdo con que utilizaras su nombre para esto. Pero bueno, está bien, espero que lo tengas en cuenta cuando empiece con las obras —le avisó Eric mientras echaba un vistazo al lugar—. La gente se queja de que la casa está sucia en mitad de la reforma y siempre tengo que explicar que es lo que tiene una reforma…

—Me lo apunto.

No iba a ser necesario, realmente. Vivía en un piso compartido con dos amigas y, en sus años de universidad, había cohabitado con cinco personas, estaba acostumbrada a mierda ajena, a gritos, a olor a fritos a altas horas de la madrugada, y a un montón de polvo —del que causa alergia, no del otro—.

—Voy a comenzar por ir examinando las habitaciones, necesito ver los desperfectos y tomar notas.

Aura lo acompañó en su viaje particular por el primer piso y escaleras arriba, una odisea bastante sencilla y poco laberíntica. Durante su labor de bricolaje, esperó callada y observó cómo actuaba Eric, este se dedicó a hacer un montón de movimientos que a ella le parecieron un intento de prepararse para una maratón, lo que le resultaba muy gracioso. Se agachaba, se levantaba, se ponía de cuclillas, se tiraba en el suelo… Cuando la camiseta se levantaba sin querer y un mínimo de piel morena asomaba, Aura giraba la cabeza y centraba la vista en cualquier cosa que no le resultara impactante porque, por alguna extraña razón, esos dos centímetros de cintura le provocaban sensaciones contradictorias. Entre excitación, sorpresa, vergüenza e incomodidad. ¡Y eso que en el piso de estudiantes un día se encontró con una compañera y su ligue saliendo de la ducha en pelotas! Casi se había muerto de un infarto y de los colores que le habían subido a las mejillas. La cuestión era que, si fijaba la mirada en

ese resquicio de piel, al final acabaría descendiendo hasta su trasero.

Con cada golpecito que daba a los muebles, paredes y vigas, le recordaba al personaje de Scrat, la ardilla prehistórica de la mítica película de *Ice Age*. Tuvo que morderse la lengua un par de veces para no decirle: «¿Comprobando si la bellota es buena?». Le sacaba al menos cinco años, existía la posibilidad de que no entendiera la referencia cinematográfica. O sí.

Desde que había concretado con él la hora de la reunión, Aura estuvo temiendo la evaluación. No estaba preparada para recibir un informe que catalogara aquella casa de siniestro total, eso significaría tener que derruirla hasta los cimientos y levantarla de nuevo, una gran inversión de tiempo y dinero, cosas de las que carecía.

—Casi seguro al cien por cien de que ese armario es hogar de termitas —le dijo él señalando el ropero del cuarto en el que ella se estaba hospedando—. ¡Enhorabuena! Tienes compañeros de habitación.

—¡Ja! No he visto ningún bicho y llevo durmiendo aquí dos noches. Si hubiera termitas me habría dado cuenta, ¿no? Habría oído algo, yo que sé, el roer de la madera o…

Eric dio una pequeña patada al armario con sus botas negras, y la parte de debajo de este se descolgó por completo, lo que reveló una montaña de serrín y un montón de insectos de color blanquecino. Aura profirió un grito escandaloso y saltó sobre sí misma. De haber gozado de confianza, se habría aupado en los hombros de él.

—¡¿He estado durmiendo con eso?! —Un escalofrío recorrió su cuerpo—. Dios, qué asco.

—Tranquila, no creo que se hayan desperdigado por toda la casa, más bien, parecen dueñas de tu habitación.

—No pienso seguir durmiendo aquí.

Eric siguió tomando notas, más mentales que físicas, porque en ningún momento abrió su caja de herramientas, cogió el móvil ni apuntó algo en una supuesta libreta. Su cerebro iba calculando todo el desastre que había permanecido en aquella casa, y, a pesar de su concentración, que era casi absoluta, sus ojos oscuros aún tenían tiempo para desviarse hacia la joven que se encontraba a su lado cruzada de brazos. La notaba nerviosa, probablemente por el tema termitas. Chica afortunada, no iba a tener que fumigar.

La primera vez que la vio le pareció entre una lunática violenta y una narcotraficante que buscaba venderle heroína, pero es lo que suele pasar cuando entras en una tienda y te pones agresiva al oír el nombre del dueño. Era imposible que aquella indumentaria de polígono y chándal no la asemejara a una mujer deprimida tras romper una larga relación, solo le faltaba el tarro de helado. Toda una americanada, o Chenoa tras su desamor con Bisbal. Por alguna extraña razón, en aquellos momentos el aura que la rodeaba era mucho más limpia y luminosa, como si acabara de salir de una larga sesión de spa. Eric no pudo evitar pensar en la fuerza enérgica de Nana y en que Aura la había heredado. Siguió investigando cada rincón de la casa con su presencia pegada a su espalda y el aroma a jazmín en sus fosas nasales, con la firme tentación de desear averiguar de dónde provenía, aunque tenía la teoría de que era de su largo pelo rubio.

Ella siguió atenta a cada uno de sus movimientos y a la piel morena que se asomaba por debajo de su camiseta según la posición que este tomara.

—A ver —carraspeó el hombre frunciendo el ceño—, esas escaleras hay que cambiarlas, cualquier día podrían ceder y te quedarías con un pie dentro, algo muy incómodo. Quizá no cambiarlas enteras, pero asegurarlas desde luego que sí. —Las señaló con el dedo —. Eso ya como tú vayas viendo. El armario de las termitas, la pintura desconchada de las paredes, las puertas, los arreglos de la cocina, el tejado…

—Menuda lista —bufó Aura, abrumada por aquella cantidad de reparaciones.

—He visto casas peores, tranquila, al menos la tuya no está a punto de venirse abajo.

—¿Eso significa que puedo vivir en ella mientras trabajas?

—Sin ningún problema, aunque te aconsejaría que, cuando llegue el momento de las paredes, optemos por pintura inodora para que no te intoxiques o que vayamos pintando por zonas. La otra posibilidad es que nos dé igual eso porque te mudes a otra casa de mientras, aunque solo sea durante la semana de pintar, o bien que te mueras de la intoxicación. Lo malo es que, si estiras la pata, no cobro.

Aura alzó una de sus cejas en un gesto interrogativo. Sí, su concepción de él había sido correcta. Tenía sentido del humor.

—Era una broma. Puedes respirar.

«Este tío está chalado», pensó.

—Presupuesto y tiempo que vas a tardar —exigió.

—Puedo hacerlo todo lo rápido que quieras, pero solo te diré que algunas cosas llevan un tiempo y a veces merece la pena esperar. Roma no se construyó en un día, ¿no? —Se encogió de hombros.

—Dime que ahora no vas a decirme eso de que las cosas de palacio van despacio… —suplicó con desesperación.

—Las cosas de palacio van despacio.

—¿Cuánto de despacio?

—Como mes y medio, dos meses, puede que tres…

—¿Estás loco? Para entonces no me habré muerto de inhalar la pintura, me la habré bebido directamente a ver si así acaba este sufrimiento. Eso es demasiado. No puedo quedarme aquí dos meses para una reforma, tengo trabajo en Madrid.

—Lo siento entonces.

Eric se dio media vuelta y, con un par de pasos, llegó hasta el vestíbulo.

—¿Cómo que lo sientes? ¡No me jodas! —Aura lo siguió con paso acelerado hasta el porche, entre rugidos y enormes zancadas

No. No. Iba a dejarla así. Se negaba en rotundo a tener que desplazarse hasta A Coruña a buscar a otra persona que se encargara de las malditas y desquiciantes obras, se negaba a empezar de cero otra vez, y que registraran la casa, y que juzgaran su orden —o desorden—, y que le dieran presupuesto y tiempo.

—¿No vas a hacérmela? La reforma, digo —aclaró, como si su frase hubiera dado lugar a un malentendido.

Él se giró con una sonrisa que se negaba a ocultar, mostrando su divertimento ante aquella corrección tan pueril, el hecho de que la joven se hubiera tornado del color de la grana tampoco ayudó. Se mesó la barba y simuló meditar la respuesta. Aura, por su parte, le lanzaba una mirada de reproche digna de la señorita Rottenmeier.

—Bueno, supongo que, si quieres un trabajo chapucero y mal hecho, deberías buscarte a otra persona. Mi plazo son dos meses mínimo. ¿Lo tomas o lo dejas?

La mano tendida y su ceja enarcada eran una clara incitación. Podía haberle dicho que no lo necesitaba, pero no podía hacerlo

porque hubiera sido la mayor mentira que habría salido de su boca. Tener que buscar a otra persona que se hiciera cargo de la reforma sería una pérdida de tiempo; además, Eric vivía en el pueblo, era un punto a su favor. Uno de los muchos.

—Roma no pacta con chantajistas, que lo sepas.

Eric soltó una carcajada que inundó el cálido ambiente de la mañana.

—¿No era con traidores?

Aura tuvo que aceptar, así que tomó su mano y la estrechó, no sin antes recordarle que quería verlo al día siguiente. Él le prometió que así sería, que aquel día iniciaría todos los preparativos y se pondría manos a la obra, nunca mejor dicho.

Capítulo 8

En mitad de aquel mar desordenado de libros que había ido rescatando de su sitio en la librería, limpiando el polvo que se había adherido a la madera de la estantería, y ordenándolos según la clasificación de: esto me lo quedo y esto no, tuvo la tremenda idea de llamar por teléfono. Tampoco era que tuviera otra opción, la tardanza de la reforma iba a mantenerla alejada de la civilización dos meses. Y eso siendo optimista. Quisiera o no, tenía que volver a llamar a su jefe para darle la noticia, algo que no iba a gustarle y que, desde luego, a ella tampoco le satisfacía en absoluto. Todo aquello se había convertido en un auténtico dolor de muelas.

«¿La colección de Julio Verne?», se preguntó mirando las cubiertas rojas de todos aquellos volúmenes mientras se debatía si pulsar el botón de llamar. Le costaba ardores en el estómago y un par de retortijones tener que hablar por teléfono con Pedro, solo de imaginarlo se ponía mala en el peor de los sentidos. Se iba literalmente de varetas al baño. No era que le temiera, era un buen hombre, era simplemente que… temía a Ediciones Tarquín, o más bien, temía que prescindieran de ella. Ya había presenciado con anterioridad cómo la empresa se deshacía de gente que no le era de utilidad tras un largo periodo de prueba. Explotar becarios se les daba muy bien, no pagaban, los despedían —si es que podía despedirse a un

becario—, y luego pedían otro. Y así enlazaban jóvenes que entraban y salían de la editorial sin cobrar un duro y currando como cabrones. No quería ser la siguiente en salir por la ventana del despacho de Pedro por una patada en el culo.

Ya había empezado a colocar los libros de Julio Verne en la caja de descartar cuando se armó de valor.

—Pedro, soy Aura, otra vez… —dijo con cierta reticencia, sabiendo que lo que le iba a pedir quizá fuera demasiado—. Te llamo para hablar sobre mi estancia en Luar.

—Oh, dime que mañana vuelves a Madrid, esta oficina es como estar en la franja de Gaza, parece que nadie encuentra los documentos que hiciste antes de irte. ¿Dónde metiste el contrato del escritorzuelo ese?

¿Sorprendida de que a Pedro le costara funcionar sin ella? Por desgracia, no. Tenía bastante razón en su comparación. Aquella oficina era la franja de Gaza por descontado, volaban proyectiles por encima de sus cabezas y siempre salía alguien herido, normalmente ella.

—¿Cuál?

—Sí, hombre, el de la novela esa que la muchacha estaba enamorada de un chico que conoció de pequeña y que se muda a su lado, que es su vecino… La de que su madre tiene cáncer… La de que la intentan violar en las obras de un edificio como venganza por el novio…

Aura resopló al otro lado de la línea. «Menudo bodrio». La recordaba a la perfección porque la había leído. No entendía cómo podían llegar a publicarse libros tan semejantes, era cierto que ya todo estaba escrito y que, a veces, era difícil ser original, pero por Dios, aquello era una película de sobremesa de Antena 3. De las malas, más concretamente. De esas que hacen que hasta las abuelas se queden sopa.

—Ah, sí, era una autora, no un autor —lo corrigió—. Debería estar en el fichero de la derecha de tu mesa. —La joven escuchó a su jefe rebuscar dentro del cajón metálico—. Pedro, lo que intentaba decirte es que necesito más días.

El ruido cesó enseguida.

—¿Estás de broma?

—Me temo que no. Tengo que firmar papeles, y la reforma de la casa no estará terminada hasta dentro de dos meses y por desgracia no

cuento con mucha ayuda en este terreno.

—No puedo darte dos meses por fallecimiento y tampoco por asuntos propios.

Aura utilizó su última baza, y se sintió una traidora y una desagradecida por ello. Recordarle a su jefe que realmente no era el dueño de Ediciones Tarquín, sino una marioneta más que se creía con más poder del que tenía, que llevaba cinco años trabajando con ellos y que no había tenido vacaciones en todo ese tiempo fue más duro de lo que se podía imaginar. No había faltado ni un solo día al trabajo, incluso estando con gripe había hecho acto de presencia. Sabía que su madre le diría que estaba en su derecho, que las vacaciones y días libres le pertenecían al igual que a cualquier otro trabajador, que ella no era una hormiga obrera. No obstante, ella no sentía precisamente eso. Era como morder la mano que le daba de comer.

Tenía los dedos cruzados en un gesto infantil, deseosa de que Pedro fuera compresivo y cediera.

—Tengo que hablar con los de arriba, Aura, solo puedo decirte eso.

—Puedo ir trabajando desde aquí en mi portátil e ir mandándoos informes y contratos, solo tendréis que buscaros a otra persona que haga el café y fotocopias.

«Que sea vuestra criada y perrito faldero», se calló.

Tenía la mente en la conversación telefónica y en ese «te llamaré cuando sepa algo» de Pedro. Jamás hubiera pensado que estaría histérica por recibir una llamada de su jefe, y menos sobre algo que no estuviera relacionado con el relato que ella había enviado hacía un año. Desde luego, en cuanto a eso, ya había perdido la esperanza, pese a que normalmente solía repetirse la famosa frase de la princesa Leia Organa como si fuera un mantra: «la esperanza es como el sol, si solo crees en él cuando lo ves, nunca superarás la noche». De momento, estaba sumida en la más absoluta oscuridad, habría sido de gran ayuda que alguien hubiera encendido una vela para alumbrar su camino, la encargada de ello ya no estaba. Iba a caminar en las tinieblas una larga temporada.

Finalizada la conversación, Aura dio un último paso, envió un mensaje de WhatsApp a una de sus compañeras de piso.

Necesito un favor. Tengo que quedarme aquí dos

meses, ¿puedes mandarme por correos mi ropa, mi portátil y el cargador a Luar?
Ahora te envío la dirección. Gracias.

No tardó mucho en recibir la contestación pertinente. Un sí rotundo que consiguió arrancarle un suspiro de tranquilidad. En una semana tendría sus pertenencias con ella. Estaría bien contar con algo más que un pantalón de chándal y un par de camisetas básicas. Y, mirando el lado positivo, no estaría totalmente desconectada del mundo gracias al portátil, lo que también le permitiría trabajar.

Aura abandonó el móvil para centrarse en la tarea de los libros. Había descartado definitivamente la colección de Julio Verne, cedería la caja a la biblioteca del pueblo para incrementar así las opciones de lecturas de los más pequeños, aunque dudaba de que alguno de ellos quisiera ojear *Veinte mil leguas de viaje submarino*. No hubiera sido su elección a los diez años. Todavía no tenía claro qué hacer con la de Agatha Christie, a Nana le encantaban los crímenes, tanto era así que, si había un cadáver de por medio en la historia, se la leía, aunque fuera un truño. Se la leía en un parpadeo, en una noche. Y en cuanto empezaron a adaptar las novelas en formato serie, se las bebió. Imaginar esas hileras de libros de tapas duras y esmeraldas, que Nana había comprado a través de El círculo de lectores, en otras estanterías le enturbió el ánimo. Dejarlos en la casa muertos de risa era una injusticia. Los libros son como los órganos, merecen una segunda oportunidad, dotar de vida otro cuerpo.

Su abuela tenía la costumbre de escribir en la primera página su nombre y apellidos, a veces su firma, y el día en que compró el volumen. De pequeña, no entendía qué necesidad había de hacerlo, Nana le había explicado que no era una necesidad, pero que así dejaba claro que el libro le pertenecía, que tenía un dueño, y, si en algún momento lo prestaba, siempre sabrían a quién devolverlo. «Quedarse con libros ajenos debería ser un delito», le había dicho. Esa sentencia se le quedó grabada en la mente, por eso, durante sus años de universidad, Aura jamás devolvió un libro tarde a la biblioteca, lo que suponía un apercibimiento. Del mismo modo, siguiendo su ejemplo —

las tradiciones se maman en casa—, empezó a firmar cada una de sus adquisiciones literarias.

Entre las páginas de la colección de Agatha Christie se encontraban flores secas, recetas de cocina, listas de la compra y muchas anotaciones. Un sobre escapó de *Asesinato en el Orient Express*. Estaba plegado sobre sí mismo por la mitad, algo arrugado. Lo recuperó del suelo con rapidez, mirando a ambos lados, como si estuviera espiando el correo de una persona ajena, que era realmente lo que estaba haciendo. Abierto y fechado hacía tan solo unos meses atrás, no había ningún símbolo que indicase si se trataba de Hacienda, el banco o un organismo de otro tipo. Su abuela era desordenada, eso no cabía duda, pero tampoco como para meter una carta del dentista en uno de sus libros. Aura no luchó contra sus instintos, simplemente sacó el papel y lo leyó.

—No me jodas —dijo en voz alta.

El sentimiento de vértigo hizo que se mareara, de repente sus pies ya no estaban tocando el suelo y sin darse cuenta su trasero se posó en el sillón despejado. Estaba consciente, pero habría deseado que aquello fuera una terrible pesadilla. La letra del escritor masculino bailoteaba delante de sus ojos con nombre incluido. «José».

«Calma. Calma», se tranquilizó. Abrió la boca al igual que haría un pez y recordó tomar oxígeno por ella, casi se le había olvidado respirar. «Espera, así no era». Expulsó el aire y se dispuso a seguir los ejercicios que una amiga le había indicado para que no entrara en un círculo de viciosos pensamientos que la llevarían a un infarto de miocardio. ¿Le estaba doliendo el brazo derecho? Lo mismo sí que era un infarto e iba a caer ahí redonda en el suelo cuan largo era. «Inspira y expira. Inspira y expira». En mitad de las respiraciones pausadas, Aura se obligó a releer la carta. No quería pecar de tonta, de inocente, de pava, o de tener mala comprensión lectora —que era más difícil y menos probable—. Una vez que terminó, volvió a releerla y así hasta cinco.

Que no. Que no. Que por mucho que la leyera y leyera, las palabras escritas no iban a transformarse en otras, el mensaje no iba a cambiar y el emisor no iba a ser un señor que no se llamase José. Había lo que había. Una nota de amor. Una declaración.

Nana tenía un amante.

Amante no era, quizá, la mejor definición, pero no sabía de qué otra forma catalogar a ese hombre que no era su difunto abuelo. El cura dijo hasta que la muerte los separe, y con la muerte ya de por medio, Nana conservaba la ropa limpia, planchada y colgada de las perchas dentro del armario, y la foto de la boda aún resplandecía en el tocador cual plata recién abrillantada. Todo eso debía significar que no había superado la pérdida. ¿Lo había olvidado, a Marcelo, el gran amor de su vida? Eso hubiera sido como si Romeo no se hubiera sacrificado por Julieta, como si Julieta se hubiera casado con Paris y renunciado a Romeo. El primer amor no se olvida.

En un impulso descontrolado, arrugó el papel dentro de su puño hasta convertirlo en una pelota malformada y se secó las lágrimas que manaron sin permiso. Estaba enfadada consigo misma por sentirse traicionada, estaba enfadada por sentir que Nana traicionaba la memoria de su abuelo, y estaba enfadada por sentir que no sabía absolutamente nada de la vida de su abuela. ¿Quién era José? ¿Por qué le mandaba cartas a Nana preguntándole si le había gustado el ramo de flores que le había enviado e invitándola al cine? Y lo más importante, ¿qué le había respondido ella? ¿Era eso una cita? ¿Cuántas se habían producido? ¿Por qué? ¿Por qué después de tantos años?

La cabeza le daba vueltas. No era estúpida, su reacción era desmedida, la de un hijo que descubre que sus padres divorciados han rehecho su vida y cree que tiene derecho a exigir una explicación.

Con la ira bullendo en su interior como el agua en una cazuela, registró cada uno de los libros de Agatha Christie. Si había una, tenían que haber más. Así encontró al menos una docena, luego continuó con los de Julio Verne y, así, con toda la librería del salón, dejando un paisaje desorganizado y desalentador. Todo estaba manga por hombro, y ella tenía una especie de instinto que la presionaba a ordenar cada rincón, no obstante, en aquel momento era incapaz de escucharlo. Quería despejar las dudas, la incógnita, saber qué se estaba cociendo en su propia familia mientras ella era ajena. Había estado viviendo en la inopia. ¿Qué le dolía más, que hubieran decidido no hacerla partícipe de los últimos acontecimientos con respecto a la vida amorosa de Nana o que Nana estuviera saliendo con un hombre desconocido? Cabía la posibilidad de que nadie lo supiera,

que fuera un secreto, pero era poco probable. En Luar no existían misterios entre sus habitantes.

Solo una persona podía tener la respuesta a sus interrogantes.

Capítulo 9

Entró como si fuera una horda vikinga a punto de saquear una aldea costera del Mediterráneo. Con el pelo recogido en un moño enmarañado, las aletas de la nariz hinchadas y las mejillas arreboladas, Aura penetró en la floristería de la familia de María. Todos aquellos que la vieron caminar por Luar a grandes zancadas pensaron que la tormenta no tardaría en descargar. «Ahí va la reina de los hunos, no hay quien la pare», pensó Eric, quien pudo vislumbrarla a través de la cristalera de Reformas Hiráldez.

Viveros Edén era bastante similar a internarse en una selva frondosa, solo que las flores y plantas variaban tantísimo que la flora de los diferentes climas se mezclaba cual *bol* de cereales. Un caleidoscopio de colores brillantes. Rojo. Azul. Amarillo. Rosa. Verde de distintas tonalidades. La gama cromática no tenía nada que envidiar a los grandes cuadros de paisajes reconocidos como *Los nenúfares* de Monet, y los aromas desplegados en el ambiente provocaban picores en la nariz a los alérgicos. Poder elegir entre aquella cantidad de vegetación era un placer culpable que Nana había admitido, que Carmiña gritaba a los cuatro vientos y que a Aura le costaba reconocer.

María se encontraba allí, en medio de aquel vergel, ocupada en cortar los tallos extremadamente largos del ramo que estaba por

hacer, caléndulas, margaritas, lirios y nardos. La señora aguardaba paciente a que terminara de envolver el conjunto en un papel marrón y lo atara con un cordel.

Aura saludó a su amiga con un gesto de cabeza, y María, parapetada tras el mostrador sobre el que se alzaban algunas cajas de semillas y pequeños cactus, se lo devolvió con una sonrisa deslumbrante. A la espera de que culminase la tarea, dio una vuelta sistemática por aquel museo vegetal para así matar el tiempo mientras tanto. Tratar con los clientes, y más siendo un pueblo pequeño, requería amabilidad y disponibilidad. Si tenías que permanecer quince minutos charlando con una señora sobre las travesuras de su nieto, lo hacías, porque al final te compraba dos tiestos grandes, una bolsa de semillas para su actividad en la jardinería y unas flores para su nuera. Y a partir de entonces, su marido todas las semanas acudía para comprarle a ella un ramo de flores. ¿Conclusión? María podía tardar en despachar a la mujer dos minutos o veinte.

Perdida entre la maleza, movía las manos en un gesto de nerviosismo bastante impropio de su persona. Jugaba a adivinar las especies con la única finalidad de mantener ocupada su mente y alejar de ella los pensamientos intrusivos que avivaban la hoguera encendida del enfado. Había llegado un momento en que ya no reconocía cuál era el sentimiento predominante. ¿Era de verdad ira? Porque la boca le sabía a decepción y el corazón de piedra le pesaba tanto que arrastraba los pies. Si el suelo hubiera sido de arena y albero, habría creado un camino distinguible y fácil de seguir.

En la jungla en la que se encontraba —metafóricamente hablando—, se enfrentaba a sus peores enemigos en una batalla campal liderada por su madre, jefa de las tribus aledañas, que comandaba a los demás caciques, quienes seguían sus órdenes. Su propio padre, María y Samuel. Si sus progenitores se habían negado a ayudarla y sus amigos habían guardado silencio cuando ella había preguntado por alguien que pudiera ocuparse de la reforma, era porque estaban boicoteándola. En ese maldito juego sucio, ¿qué más le estaban ocultando? Era como abrir una senda a base de machetazos entre lianas y fango pantanoso para descubrir una verdad dorada que nadie deseaba desvelarle, que guardaban con recelo. Si daba un paso en falso, volaban las flechas y los dardos envenenados. Ya solo faltaba

que le asaltara un jaguar…

—Deja de caminar o acabaré perdiéndote la pista. —La voz de María la alcanzó por la espalda, y ella se abrió paso entre las grandes hojas que la ocultaban.

Se había recogido el pelo en una coleta tan pequeña que los mechones escapaban de ella. La camiseta negra de los Ramones había quedado anudada en la zona del vientre, y se le vería el ombligo de no ser porque un delantal que, otrora había sido blanco, le cubría desde el pecho hasta las rodillas. Aura se fijó en las tijeras que sobresalían del bolsillo delantero del mandil, y en las uñas sucias.

—Esto parece Parque Jurásico, estoy por pedirle a mis padres que me dejen colocar un par de dinosaurios de plásticos por el mostrador.

—¿Quién es José?

No le importó dejar a su amiga con la palabra en la boca, necesitaba una respuesta y sabía que ella la tenía.

—¿El marido de la Virgen María? —respondió con sorna ante la imagen furibunda de la rubia—. Iba a decir que el padre de Jesucristo, pero en verdad ese es Dios, así que… No sé, ya sabes que yo el tema del catolicismo no lo llevo muy arraigado, ese es más bien Marcos.

—He encontrado un par de cartas dirigidas a Nana de un tal José. Y a no ser que sea precisamente ese José y ahora esté engañando a su centenaria esposa, la madre de Jesucristo, estoy perdida, así que dame una pista, Watson.

Aura sacó la muestra del crimen, los papeles arrugados que había intentado aplanar de su bolsillo y que llevaban la firma de aquel hombre extraño. Le habían estado quemando durante todo ese tiempo, como si las palabras fueran leña y su enfado, el combustible. María ni siquiera los miró, enterró las manos en las aberturas del delantal de jardinería y emitió un quejido de frustración. Se avecinaba una conversación peliaguda, le habría gustado que Aura se apiadara de su pobre alma y la hubiera acosado en otro momento, en alguno en el que también estuviera Samuel para dividir culpas.

—Relájate, Sherlock Holmes, que pareces el sabueso de los Baskerville.

—En una carta dice que le compró flores. ¿Quién es? Tú tienes que saberlo. —Su tono era casi suplicante. Cualquier atisbo de rabia había desaparecido bajo un manto de dolor—. ¿Desde cuándo salía

Nana con un hombre que no fuera mi abuelo?

María suspiró tan hondamente que temió revelar cada uno de sus pensamientos.

—Si sigues suspirando así, vas a desinflarte como un globo —le reprochó.

—Ya no puedo ni suspirar. Qué suerte —se quejó la muchacha.

Que Aura desconociera todo lo que había ido sucediendo en aquel pueblecito gallego no hacía más que asegurarle que estaba perdida, era como un pollo sin cabeza, dando vueltas y chocándose contra las paredes. Se lamentó más que nunca de que la chica que tenía delante no se pareciera a la niña que había conocido, ni física ni psicológicamente. Todo rastro de pureza, bondad y alegría había sido teñido por una amargura que ni la ralladura del limón.

—Antes de nada, prométeme que no vas a enfadarte con nosotros. —Aura elevó una de las cejas—. ¿Qué? Últimamente estás muy irascible, perdona si queremos salvarnos el culo y que no nos linches.

—Lo prometo. No me enfadaré con vosotros, actuaré como una persona racional pese a saber que mis dos mejores amigos me han ocultado que mi abuela estaba siendo cortejada por un señor que se llama José y que no es el de la Biblia. ¿Te parece bien?

—Supongo que es mejor que nada. Es de su clase de cerámica, o al menos lo era —desveló.

—¿Desde cuándo Nana iba a clase de cerámica?

No podía negar que estaba sorprendida y, aun así, no le extrañaba imaginar a su abuela con las manos hundidas en aquella masa fría de barro creando vasijas con el torno, como en *Ghost*.

—No sé el tiempo exacto, no voy anotando en una libreta lo que hace cada persona del pueblo, la verdad.

Sí, definitivamente sí. La capa superior de sentimientos que recubría con una pátina amarga a los demás era la decepción. Lo peor no era que se hubiera apoderado de ella, sino que no sabía a quién enfocarla. ¿Quién la había decepcionado? ¿Nana por volver a enamorarse? ¿Ese tal José, fuera quien fuese? ¿Su madre, su padre, María o Samuel? Quizá, la decepción provenía de ella misma, quizá era el propio foco. Causante y destinataria de la tragedia.

Negó un par de veces con la cabeza, dio media vuelta sobre sus propios talones, al igual que lo haría una bailarina de ballet, y anduvo

por el húmedo laberinto natural que era el vivero. María la llamó un par de veces a medida que aumentaba sus pasos para seguirla. Aura hizo oídos sordos. No se detuvo hasta que su amiga la agarró por el antebrazo y tiró de ella, lo que la obligó a girarse y a mirarla a la cara.

—Lo siento. —Fueron las disculpas más tontas que había pronunciado jamás—. Aura, llevabas tres años sin aparecer por Luar, siento comentarte que tú no eres la única que ha continuado con su vida. Nana iba a clase de cerámica y allí, parece ser, conoció a José, que sabes perfectamente quién es, trabaja en el kiosco. Así que digamos que no se conocieron allí, sino que intimaron allí, y llevaban saliendo un año y medio. Por cierto, José le mandaba rosas blancas y peonias, y estuvo en su cremación, compró una corona enorme y temíamos que se desmayara con tanto llanto.

José, ese hombre nuevo en la vida de su abuela, había asistido al tanatorio a darle el último adiós. Él había estado. Ella, no. Y, por algún extraño motivo, ese derecho que creía poseer de pedir explicaciones se desvanecía como la niebla de primeras horas de la mañana.

—¿Algo más que yo no sepa y que no os hayáis dignado a contarme?

—Samuel está saliendo con Claudia, y Marcos y yo ya tenemos las invitaciones de boda.

Marcos y María. La doble M. Una pareja que había nacido en el instituto. Con dieciséis años ya estaban completamente locos el uno por el otro, era difícil verlos separados y a menudo se murmuraba que sus labios estaban unidos con pegamento de contacto. Él era una de las personas más sensatas que Aura había conocido en la vida, siempre tan respetuoso, inteligente y con la nariz entre libros y probetas en la clase de ciencia. Que saliera con la muchacha de pelo negro y pantalones con tachuelas —María había pasado una fase gótica bastante intensa— los había lanzado al estrellato como una pareja de lo más variopinta.

—Te dije que te ayudaría con todo el tema de la boda y que estaría encantada de ser tu dama de honor y escribirte el discurso. —Pese a la falta de tiempo de la que disponía en su día a día, Aura ya había hecho un par de esquemas de lo que quería decir—. ¡¿Y cómo que Samuel está con Claudia?! Nos caía fatal de pequeños.

—Pero tú no estabas aquí, y apenas coges el móvil porque siempre estás trabajando, no importa cuánto te llamemos, hay veces que ni siquiera conseguimos que contestes hasta que han pasado tres o cuatro días. ¡Es como si desaparecieras de la faz de la tierra! ¡Como si la puñetera editorial te engullera! Así que he continuado eligiendo las cosas, por muy raro que te parezca, el tiempo pasa para todo el mundo y yo quiero casarme cuando llegue el otoño.

—¡Pero ahora estoy aquí! —La voz tembló tanto que temió que se rompiera en cualquier momento—. ¡Estoy aquí!

«Y no basta», se tragó las palabras junto con las lágrimas que inundaban sus ojos.

Aura se mordió el labio inferior, intentó desviar la mirada del rostro conocido que tenía enfrente y que se dirigía a ella con sinceridad. La sutileza que tanto había caracterizado a su amiga había dejado paso al reproche, ¿o quizá simplemente estaba siendo directa? Algo que había aprendido de Samuel, quien era capaz de asesinar con su cinismo.

El silencio las cubrió con un manto invisible. Aura podía ver el arrepentimiento en María, y María vislumbraba la dolencia de Aura, que supuraba un hililo de sangre invisible por las balas recibidas en los últimos días. Aura, siempre tan sensible, siempre tan optimista y bondadosa… Había sobrevivido a la metralla exclusivamente porque su estancia en Madrid la había hecho soldado, armarse con una coraza dura. Salir a la guerra a pecho descubierto era algo que hacía muy a menudo, cuando todavía era Aura de Luar, y no Aura de Madrid.

Las relaciones son complicadas, no querer herir a alguien no significa que nunca vayamos a hacerlo. Somos seres humanos y el ser humano comete errores. A veces, sin intención ni maldad, hacemos daño a personas que queremos. A veces, eso abre una brecha que se transforma en abismo y que es imposible de sortear; otras, se cose con esmero y se espera a que los hilos no se deshilachen. No vuelve a la normalidad, los remiendos son visibles y palpables, recuerdan la herida, pero la amistad sigue funcionando, arropa en igual medida durante las peores tormentas.

—¿Cómo estaba? —logró preguntar.

Otra persona hubiera necesitado que le especificaran el sujeto de la pregunta y el momento en concreto, pero María sabía qué era lo

que Aura quería saber. Buscaba un poco de paz para su alma atormentada. De no haberlo preguntado, lo habría visto en las ojeras que decoraban su rostro, en esas noches en velo que le pesaban hasta hundirla, en la arruga del entrecejo.

La culpa la corroía como el empuje de las olas desgasta las rocas de los arrecifes, comiéndose paulatinamente las paredes que lo construyen, erosionándolo con las mareas y la fuerza del viento.

—Le habían puesto el vestido que tanto le gustaba, el de flores de margaritas con fondo azul marino. Tu madre bromeó diciendo que, si hubiera elegido una falda y una camisa negra, Nana habría vuelto en forma de fantasma para putearla cada noche por haberle puesto ropa sosa y anodina.

Era capaz de ello, de presentarse en espíritu solo para darle un par de buenos sustos por la noche como venganza por haberla vestido de negro. El negro era un color que Nana detestaba, al contrario que su madre, a la que se le antojaba muy elegante y perfecto para cualquier ocasión. Por eso la urna no encajaba con las cenizas de su abuela, un paquete de galletas campurrianas la habría hecho más feliz. Si hubiera llegado a tiempo para la cremación, habría pedido que le dieran los restos en una bolsa de plástico bien cerradita con un nudo, para luego volcarla en el paquete vacío de dulces. La habría dejado allí dentro hasta el momento de volar mecida por la brisa marina.

—Llevaba el collar de perlas que le regaló tu abuelo —continuó María, con la mirada fija en el recuerdo— y la alianza, aunque antes de llevársela tu madre pidió que se las retiraran y se las quedó. Parecía que estaba dormidita. Cuando me lo dijeron no me lo creí. No quería verla porque bueno… Prefería recordarla llena de vida, y no así.

—¿Rígida y azul?

Así se suponía que se quedaban las personas una vez que fallecían. Tiesas como mojamas por el rigor mortis. Macilentas, violáceas por la falta de riego sanguíneo. Una carcasa vacía.

María emitió una sonrisa y negó.

—La habían puesto muy guapa, le pintaron los labios de coral, como a ella le gustaba. Samuel insistió mucho y al final me asomé a la vitrina. Y era verdad. Parecía que se había quedado dormida en una de sus butacas después de leer o coser un poco más de lo normal, con

una sonrisa muy dulce. Como si en cualquier momento fuera a abrir otra vez los ojos y a reñirnos por haberla despertado o haber hecho una trastada que la llevara a discutir con Carmiña, el azote de los rebeldes. Te lo prometo, estaba dormida.

A Aura se le encogió el corazón. La habría velado en su última noche solo para narrarle en un susurro pausado cada uno de los cuentos que ella le había contado cuando de pequeña se acurrucaba entre las mantas de punto y exigía uno más.

—¿En paz?

—En paz. Arropada en sueños.

Capítulo 10

Había transcurrido una semana desastrosa que a Aura ni siquiera la había pillado desprevenida. Había dejado de encajarlo todo como «un mal día» porque de ahí pasaba a ser «una mala semana» y, cuando se diera cuenta, sería «un mal mes» y, si seguía así, incluso «un mal año». A menudo pensaba que ya tenía completo el cupo de desgracias, así que la vida le sonreiría un poco. En aquellos días solo había tenido ojos para los muchos imprevistos y dificultades que seguían interponiéndose en su camino, como si se trataran de enormes piedras. No le quedaba otro remedio que rodearlas y resignarse.

Entre todas aquellas catastróficas desdichas, podía contarse el hecho de que se hubiera visto obligada a cambiar de su dormitorio al de sus abuelos, ya que el que le había pertenecido estaba siendo devorado por termitas. Cada vez que pensaba en aquellos bichos blancos y asquerosos sentía un escalofrío. Por fortuna, y era consciente de que una pizca de suerte le endulzaba el café, no había necesitado fumigar. Con tirar el armario era más que suficiente. Primera y única vez que Aura deseaba deshacerse al completo de un guardarropa. Lo que hubiera dentro tampoco pensaba salvarlo. Todo a la basura. Y cuando decía todo era, literalmente, to-do. Antes muerta que pasar un minuto más con esos gusanos come maderas.

La mudanza había consistido en mover la poca ropa que había

traído y que en aquellos momentos se había incrementado gracias a la llegada de una caja con sus pertenencias. «Agradecida de por vida», pensó la joven al abrirla, «de tanto lavar y ponerme las bragas iban a acabar más desgastadas que la carretera de entrada al pueblo».

Pero lo que en realidad le preocupaba no era tanto que hubiera estado estirando la ropa como si fuera una vagabunda, sino descansar en el colchón de Nana. Descansar era un eufemismo porque no lo conseguía por mucho que lo intentara, el insomnio se había adherido a ella como la arena de la playa a la piel mojada, y por mucho que se secara no se despegaba. Se pasaba las noches en velas cual búho, examinando los recuerdos que cruzaban su mente al igual que estrellas fugaces, inalcanzables, luminosas y veloces. La almohada aún guardaba el suave aroma del pelo canoso de su abuela y cuando este llegaba a su nariz, sentía que se acabaría rompiendo en mil pedazos.

En el amplio ranking de cosas que le habían hecho daño a lo largo de esos veintiocho años, se encontraban, de manera ascendente, como si se tratase de una pirámide: la vez en que descubrió que los Reyes Magos no existían y tremendo berrinche se cogió. La vez en que por una caída tonta se rompió el brazo y le tocó estar todo el verano con una escayola mientras Samuel se bañaba en la playa y María le hacía compañía porque las amigas están para eso. El fallecimiento de su abuelo hacía ya quince años. Teo. O, más bien, Teo y sus mentiras, porque iban en un *pack*. Y en aquellos momentos en que miraba el pasado —a toro pasado todo es menos sacrificio y más carcajada—, se daba cuenta de que quizá no conocía tanto a Nana como ella misma había creído. La Nana de sus recuerdos jamás habría traicionado la memoria de su abuelo.

Nunca pensó que Nana pudiera ser cortejada por un hombre que no fuera él. Hasta entonces, ni siquiera había parado a preguntarse si su abuela mantendría la viudedad durante lo que le quedaba de vida. Es decir, ¿por qué no iba a hacerlo? ¿No eran así cómo funcionaban las relaciones antiguamente? Te casabas con el mozo del pueblo que te rondaba desde que tenías trece años y él, dieciséis, y te casabas con diecisiete, bien jovencita, instruida en las labores hogareñas porque mujer que no sabe cocinar, coser y limpiar, mala mujer es. ¿Quién la iba a querer? Y a veces, te casabas incluso ya encinta, cubriéndote el vientre abultado con la esperanza de que nadie cuchichee sobre el

estado de buena esperanza. No es apropiado tener hijos fuera del matrimonio. Y cuando él muere, después de una larga vida trabajando y criando una camada de vástagos, enviudas y te enlutas. Te vuelves azabache, ónice, Bernarda Alba. Así hasta que Dios dicta sentencia, o quien sea que gobierna allí arriba, y dice: te toca.

En la creencia absoluta de que vivir se halla al alcance de los jóvenes, Aura había perdido la vista, la posibilidad de que una mujer de setenta años también deseara continuar con lo que fuera que le deparara. Y mejor bien acompañada que sola.

¿Había sido egoísta? En palabras de su madre, la excelentísima Carmiña, la respuesta era un sí rotundo. Aura se sentía engañada, como si Nana hubiera llevado una vida paralela, pero claro, la única que no conocía aquella relación era ella. Su madre se lo había dejado bien claro cuando ese mismo día había ido a verla, un acto que se podría haber ahorrado. El ansia de respuestas le quemaba en las manos del mismo modo que las cartas ardían en el bolsillo de su pantalón y las lágrimas, en los ojos.

—Tenía derecho a vivir su vida con setenta años tanto como tú exiges vivir la tuya con veintiocho. No puedes reprocharle nada.

No era que estuviera haciendo precisamente eso, lo único que quería saber era por qué no había tenido noticia alguna de que Nana se veía con un hombre. La traición seguía drenando su corazón a gran velocidad cada vez que pensaba en ello. ¿Cómo podía conservar cada una de las prendas que su abuelo había vestido en su armario y, sin embargo, dejar que otro hombre entrara en su corazón? Estaba segura de que eso no funcionaba así. No se puede amar a dos personas al mismo tiempo.

Carmiña, como siempre, tenía la respuesta perfecta y llevaba razón porque, aunque Aura no deseara admitirlo, ella siempre tenía razón. Es uno de esos superpoderes del que gozan muy pocas personas.

—No ha sido un secreto. ¿De verdad crees que puede guardarse algo así en un pueblo tan pequeño como Luar? Es imposible, aquí no hay asuntos personales, todo es de dominio público, ya deberías saberlo. Nana nunca se ha ocultado porque no había nada de lo que avergonzarse. No había nada que ocultar. Encontrar a una persona que te haga feliz y con la que poder compartir tu vida es algo muy

complicado, por eso, cuando te topas con ella, sea a la edad que sea, no importa la opinión de los demás ni el tiempo que te quede. Simplemente vives.

—¿Así de simple?

Era mentira. Nada era así de sencillo, Aura lo había comprobado de primera mano. Creer en esa visión idílica y bucólica era un autoengaño por el que ella no iba a pasar. Un engañabobos. Patrañas para edulcorar el mundo a los niños.

—Sí, Aura, sí —espetó su madre en un tono que delataba cansancio—. Así de simple. Mi consejo…

Aura bufó.

—Sí, lo sé, no me lo has pedido, pero como soy tu madre y por alguna razón en tus primeros meses de vida no te metí en el horno y te cociné, algo de lo que a veces me arrepiento, para tu infinita desgracia, te toca escuchar mis consejos.

—Eres doña Doy consejos que para mí no tengo.

—Como todo el mundo. —El gesto de mano airado de su madre le restó importancia al ataque—. Olvídalo, no te centres en ello como si fuera algo personal, algo que Nana te ocultara o no quisiera contarte. Te llamaba todas las semanas y los cinco minutos que hablabais por teléfono se dedicaba a preguntarte por ti y tu trabajo. ¿Cuántas veces le preguntaste tú qué era de su vida?

—Ninguna —reconoció en un susurro doloroso.

—Ahí lo tienes. Ninguna.

Enmudeció ante las certeras palabras de su madre. No había invertido ni dos escasos segundos en preguntarle a Nana si algo en su vida había cambiado, ¿cuántas probabilidades había de que lo hubiera hecho cuando ella tenía setenta años?

—No seas infantil, todo esto no trata de ti y el mundo no gira a tu alrededor, Aura, por Dios. Asúmelo y supéralo.

A Aura, todo aquello seguía sonándole a reemplazo, y tardaría un poco en entender que a veces el amor discurre en líneas paralelas, que se puede seguir amando a alguien que ya te ha abandonado y continuar tu vida con otra persona distinta.

Las obras ya habían comenzado y el desastre que había considerado como tal se había multiplicado exponencialmente. De repente, se encontraba viviendo entre escombros y pensó que era lo más parecido a estar dentro de una novela postapocalíptica, todo ese matiz hogareño y sutil que le recordaba a su infancia había desaparecido bajo una cortina de polvo. Su padre le había ofrecido volver a casa si se veía sobrepasada por la situación. En un primer momento Aura se emocionó, pero David no se estaba refiriendo a volver a Madrid. Declinó la oferta sabiendo que bajo aquel techo se encontraría de nuevo con su madre, esa mujer de melena perfecta y con un ligero perfume a limón y a laca. No estaba preparada para lanzarse misiles con ella, pero tampoco para coger el teléfono rojo. La Guerra Fría tendría que esperar. Aún no estaba segura de cuántos asaltos aguantarían.

Se afanaba en barrer como si le fuera la vida en ello, ignorando la voz interior que le susurraba que era inútil, el polvo de la reforma brotaría del mismo modo que las flores en primavera. «Es imposible mantener esta casa limpia», pensó soltando un bufido y examinando la cantidad ingente de basura acumulada en el recogedor. Había amontonado las cajas con los libros que pretendía donar en una esquina del salón, y moverlas para retirar la suciedad en aquella zona era igual que el castigo de Sísifo de la mitología griega: desesperante. No importaba a dónde mirase, era como un poblado chabolista, y, si se hubiera encontrado alguna rata correteando entre sus pies, no se habría sorprendido, aunque sí muerto del asco. Intentaba ver el lado positivo, al menos se había deshecho del armario lleno de termitas, así que no tenía más compañeros de vivienda. Aunque, a decir verdad, había sido Eric Hiráldez el encargado de sacarlo de allí y llevárselo bien lejos. Aura no quería saber a dónde.

Además de librarse de esos bichejos, Eric se llevaba consigo las puertas y dinteles de madera y, por tanto, la privacidad de cada una de las habitaciones. Había transformado toda la casa en un espacio en el que encerrarse era imposible y Aura se sentía un poco observada.

—¿No te dije que el caos se incrementaría cuando empezaran las

obras? —Se rio al verla pelearse con la escoba y el recogedor, que se rebelaba contra ella y se volcaba, desparramando nuevamente lo ya barrido.

Aura cesó en la labor y le dedicó una mirada furibunda que derretía glaciares. Eric pensó que la causa del calentamiento global se debía más al constante ceño fruncido de la chica que al efecto invernadero, el agujero en la capa de ozono, la desforestación y la explotación, entre otros factores.

—¿Y qué hago? ¿No limpio? ¿Me dedico a dejar que hagas y deshagas lo que te dé la gana mientras esto se llena de mierda y yo vivo en la inmundicia durante dos meses? ¡Menudo planazo! —Colocó la mano libre en su cadera mientras con la otra sujetaba la escoba—. Claro… como tú no vives aquí.

—A juzgar por cómo tenías la casa cuando vine la primera vez, pensé que un poco de suciedad de reforma no iba a molestarte tanto.

—Estaba haciendo limpieza —le recordó por enésima vez.

No estaba de humor. Si volvía a insinuar algo sobre que la casa estaba hecha unos zorros, iba a estamparle el recogedor en esa atractiva cara. Hacía lo que podía, y lo hacía lo mejor que sabía, con la poca ayuda de la que disponía.

Se levantaba a las siete de la mañana, desayunaba, se ponía al día con el trabajo y el papeleo pendiente que su jefe necesitaba urgentemente y que perdía cada dos por tres, lo que aumentaba la pila de tareas. A las ocho y media llegaba Eric, él trabajaba y ella se dedicaba a no importunarlo mientras seguía arreglando el salón, lleno de objetos con los que no sabía qué hacer. ¿Cómo se separa los recuerdos de la basura, lo servible de lo inservible? Una pausa para comer y reponer fuerzas desde las dos de la tarde. Y a las cuatro, Eric volvía para continuar con el curro.

—Puedo llevármelas en la furgoneta a la biblioteca si lo que quieres es deshacerte de los libros —se ofreció tras echarle un vistazo a las cajas acumuladas—, solo tienes que decírmelo. No me importa echarte una mano. Estoy seguro de que me costará menos que tirar el armario.

—No hace falta. Ya lo haré yo. —A Eric le sonó igual de seca que una lija.

El hombre miró aquellas tres cajas enormes que sobrepasaban en

altura a la muchacha y duplicaban su peso y se preguntó si tenía algún superpoder que le ocultaba. Aura adivinó sus pensamientos y chasqueó la lengua.

—No me mires así. Puedo sola, en serio.

—No lo ponía en duda, estoy seguro de que encontrarías la forma hasta de traer un elefante. Solo me he ofrecido por ser amable, porque al final son tres cajas que puedo meter en la camioneta y bajarme al pueblo esta misma tarde cuando me vaya a casa. De esa manera evito que tengas que bajar tú únicamente para ello.

Aura se cruzó de brazos y lo observó, retándolo con la mirada. Él alzó las manos en señal de rendición.

—Te lo agradezco, pero…

—Puedes tú sola.

—En efecto. —Alzó la barbilla con dignidad.

Llevaban dos días compartiendo espacio, y en ese pequeño periodo de tiempo, Aura ya se había percatado de que los meses que quedaban por delante a causa de las obras iban a ser agotadores y moviditos, probablemente, incluso curiosos. Eric Hiráldez tenía un peculiar sentido del humor, por encima de eso sobresalía el inestimable don que Dios le había otorgado para sacarla de sus casillas. No era que buscara sus puntos débiles para presionar hasta que ella saltase al igual que un resorte, eso era más propio de Samuel, lo que le divertía mucho. Lo de Eric respondía a que era el lado positivo de un imán, y Aura, el negativo. Y todo el mundo sabe lo que sucede cuando ambos polos están juntos. Se atraen de forma irremediable pese a sus diferencias.

Aura no deseaba acercamiento alguno. Lo que de verdad quería era no sucumbir al cansancio, salir sana y salva del berenjenal en el que Nana la había metido, y no solo en el aspecto físico. Con aquel hombre pululando con total libertad por su casa, abierta y sin intimidad, iba a ser una odisea que no se le fundieran los plomillos.

—Espera —lo llamó antes de que saliera de la habitación—. ¿Quieres un café?

Se dio la vuelta despacio, rodeado por un aura teatral de lo más cómico, que a Aura le arrancó una sonrisa a regañadientes.

—¿Me ofreces un descanso? —Fingió sorpresa—. Pensaba que tenías tanta prisa en que acabara con esta reforma que hasta sacarías

un látigo para azotarme con él, que me prohibirías comer e incluso beber, y me atarías al árbol o al porche como si fuera un perro.

—Esto no es una construcción faraónica y yo no soy esclavista.

—Es más, creo que los esclavos ni siquiera se dedicaban a erigir pirámides, pero bueno…

Eric dejó la puerta con la que cargaba apoyada en una pared, se limpió las manos con un par de palmadas y se secó el sudor de la frente. Con un sutil gesto le indicó a Aura el camino a la cocina que ella tan bien conocía, y siguió sus pasos.

—¿Tienes el látigo? —continuó indagando él—. Es por saber si en algún momento vas a sorprenderme con él. Te aviso que los castigos físicos no son lo mío, el refuerzo positivo funciona mejor.

Aura agradeció estar dándole la espalda porque, mientras él parloteaba sobre supuestos escarmientos e incitación al trabajo forzado, sus mejillas habían adquirido un color rojizo. La sangre de su cuerpo se había concentrado en la zona de su cuello y cara, las cuales notaba arder. No dudó de que hubieran aparecido algunos parches colorados en el escote, una reacción física que siempre la había delatado cuando estaba nerviosa o alterada.

Él había notado la tensión que se había apoderado de su cuerpo. Ni Medusa la hubiera petrificado de una forma tan eficaz, estaba rígida y andaba como si le hubieran metido un palo por el culo.

—Creo que el refuerzo positivo solo se utiliza con los perros…

—Un insulto muy velado, gracias —le contestó Eric, quien había optado por sentarse en una de las sillas de color menta de la cocina—. Bien jugado.

Aura le sonrió y puso la cafetera en la hornilla, junto con un cazo lleno de leche. La llama azul crepitó y comenzó a calentar los líquidos. Estaba muy equivocado si pensaba que no era capaz de contestar a sus bromas, era ducha en el tema, había sido curtida por Samuel, al que durante muchos años había acusado —especialmente en la adolescencia— de ser más pesado que un kilo de mierda en las pestañas.

Había apoyado los codos sobre la mesa y parecía muy concentrado en observar el tradicional sistema de la cocina de gas. Nana defendía que la vitrocerámica y los cucharones metálicos le daban un regusto diferente a la comida, a la antigua usanza era mejor.

—¿Ahora qué? —preguntó con un suspiro.

Tenía la mirada fija en el resplandor de la llamarada mientras la leche aromatizaba la estancia con un dulzor que a Aura de pequeña siempre le había dado arcadas.

—¿No quieres cambiar la instalación? Es tan antigua que podrían rodarse aquí escenas de *Cuéntame*. Plantéatelo, en vez de vender la casa que te la alquilen los de Televisión Española, les sale factible para otras series de época. ¿Cuál más tienen?

—Deja de intentar sacarme dinero, señor Hiráldez, eres más caro que el cirujano de las famosas. Como siga así voy a tener que hipotecarme solo para pagarte la puñetera reforma.

Los padres de Aura habían accedido a sufragar dos tercios de los gastos, ya que de lo contrario ella sola no habría podido ni contratar a alguien para llevarla a cabo por mucho que hubiera echado mano de sus ahorros. Como se negaban en rotundo a implicarse en los asuntos de la herencia, al menos el pago le servía de consuelo.

—Yo lo decía por tu comodidad.

Desde afuera y a través de la ventana se observaba una tierna escena. Una muchacha rubia que soplaba el café que acababa de servir mientras asentía a un monólogo improvisado por parte de un hombre que gesticulaba como un actor de cine. Él había dejado la taza sobre la mesa con el fin de que esta no resbalara de sus manos y formara un estropicio. Y ella sonreía.

Capítulo 11

—Siempre tienes el ceño fruncido. —Indicó el suyo propio.

—Qué va.

Eric le dedicó una mirada cargada de cinismo.

—Lo estás volviendo a hacer.

—¿El qué? —Empezaba a frustrarse, así que le sirvió el café, que él tomó con gusto entre sus manos, y ella se sentó enfrente.

—Fruncir el ceño.

Aura palpó la zona donde las arrugas se concentraban, justo ahí, en el entrecejo. Vale. Sí que lo estaba frunciendo. Tuvo que obligarse a relajarlo, fue más duro de lo que creyó y el gesto no se le antojó natural. Puede que tuviera razón y se hubiera acostumbrado a ir con ese rictus de tensión que le daba un aire de enfado perenne, unas cejas poco amigables que podrían haber pertenecido a uno de esos dibujitos de manga.

—Mucho mejor —la felicitó en cuanto recuperó una pose menos iracunda—. Ni que fueras Gruñón de los siete enanitos de Blancanieves.

La falsa sonrisa que le dedicó, de dientes blancos y comisuras elevadas y tirantes, hizo que Eric riera. Desde luego, era la peor actriz que había visto jamás. Menos mal que no se dedicaba al teatro o al cine, si no se iba a morir de hambre, estaba visto que fingir emociones

no era lo suyo.

—¿Cuánto tiempo llevas en Luar? No puedes ser de aquí, no te recuerdo desde nunca y en el pueblo nos conocemos todos.

—No soy tan forastero como piensas.

No había nadie más forastero que ella en esos momentos. Llevaba tanto tiempo lejos de su hábitat natural que se le había olvidado que Luar era sus raíces, alimentada por el agua salada del mar Cantábrico y los nutrientes de la tierra húmeda.

Enarcó una ceja y lo miró expectante.

—No, en serio. —Dio un sorbo al café humeante y apoyó los codos en la mesa—. Mi familia de parte materna era de aquí, pero de eso hace muchos años.

La madre de Eric había nacido en Luar, al igual que su madre y la madre de su madre, porque escapar de un pueblecito pequeño en el siglo anterior era una odisea que muy pocas personas estaban dispuestas a enfrentar. Si ya era complicado para un varón, para una mujer se hacía un calvario. Pero los padres de esta decidieron que peor era no buscar oportunidades, así que en cuanto llegó al mundo, se mudaron a A Coruña. Y allí habían hecho su vida porque el abuelo de Eric quería dedicarse a la fotografía y en Luar la cosa estaba complicada —por no decir que tenía más posibilidades de que le tocara la lotería que de cumplir esa idea—. Así que Eric nació y creció en A Coruña, y no había pisado Luar hasta hacía año y medio, cuando su madre había fallecido tras luchar arduamente contra la leucemia.

—Nos vinimos porque A Coruña la teníamos muy vista. Reconozco que la idea fue de mi padre, la casa se le quedó muy grande, decía que se le caía encima, y yo tampoco estaba en mi mejor momento. —La miraba fijamente mientras jugueteaba con la cucharilla y los sonidos metálicos que esta producía contra la porcelana de la taza—. Así que nos trasladamos a Luar y montamos el negocio aquí, una vez que mi tío prometió hacerse cargo de Reformas Hiráldez allí. Es un tema familiar, ¿sabes? El padre de mi padre era ebanista.

En Luar se llevaba mucho heredar oficios, era más, su abuelo había sido pescador porque su padre lo había sido, y Nana había sido costurera porque su madre se dedicó a ello. En las ciudades grandes, eso no pasaba, cada uno escogía su destino, los estudios que cursaría, la profesión que ejercería. Allí, en cambio, era distinto. Las tradiciones

pesaban como si fueran yugos.

—No teníamos nada que perder y necesitábamos un cambio de aire. Vamos, que cogimos el petate y nos vinimos. Y de momento no nos ha ido precisamente mal, aunque es cierto que el negocio de A Coruña da más dinero que el de Luar, pero eso ya lo sabíamos cuando tomamos la decisión, no es algo que nos haya pillado de nuevas.

—Conmigo os vais a hacer de oro.

—Con todo lo que yo le haría a esta casa… —Miró a su derredor, imaginando el color de las paredes, las encimeras de mármol, los electrodomésticos de color plateado—. Puedes darlo por seguro.

Aura quería una reforma, pero una reforma mínima, lo esencial, lo sucinto, lo que llevara menos tiempo para así poder volver a Madrid, lo necesario para dejar la casa en unas condiciones que pudiera permitir que una inmobiliaria la tasara y vendiera correctamente. Tenía un gran potencial, Eric lo sabía, le parecía una lástima no sacarle partido, dejarlo todo a la mitad por las prisas y la desidia. Estaba en una localización perfecta, tenía un buen terreno, la infraestructura era buena y, pese a ciertas remodelaciones, se notaba el cuidado que habían puesto en ella y su mantenimiento. Heredar la casa de Nana era que te tocara la lotería.

—Lo siento muchísimo. —Se atrevió a decir Aura después de un par de segundos en los que el silencio quedó amortiguado únicamente por sus respiraciones y los sorbos de café—. Debió de ser muy duro.

—Las enfermedades se lo llevan todo —reconoció con voz pesarosa—. La salud de quien la padece, de quienes la acompañan, de la familia, de los amigos… Te dejan en los huesos. Las jornadas en el hospital son el día de la marmota, nunca acaban, un círculo vicioso, una y otra y otra vez. El calendario pasa rápido, te descuenta los días en un abrir y cerrar de ojos; cuando te das cuenta, han pasado dos meses y no recuerdas haber hecho nada más que estar en vela, imaginando situaciones hipotéticas de desconsuelo, planificando un futuro negro que no quieres que llegue y no has disfrutado de ningún momento.

»Morir nos vamos a morir todos, pero la muerte de una crónica anunciada es una angustia.

Eric lo recordaba como una tortura, un espejo en el que su madre se veía en una depauperación continua sin poder evitarlo, sabedora de

que su hijo y su marido veían el mismo reflejo que ella, pese a que tratara de poner al mal día buena cara. El tiempo y su discurrir inexorable, las manecillas, el tictac en una resta angustiante, los granos que caen en el reloj de arena formando una montaña que se convierte en dunas de desierto. Nunca había sentido tanta impotencia, el querer y no poder. La reparación era su trabajo, ¿no? Tiraba tabiques —que no nasales—, construía muros, ponía suelos, puertas, escaleras. Lo que otrora era ruina, al pasar por sus manos, renacía. Sin embargo, no podía arreglar lo que más deseaba.

«Esas herramientas no pueden con todo», le había dicho su madre. Dejó de intentarlo, dejó de invertir fuerzas en solucionar un problema que escapaba de sus habilidades y competencias, se centró en capturar momentos, por muy fugaces que fueran.

Si ella tuviera que recordar esos momentos, se habría roto a mitad de la historia, habría sonado autómata, adormilada hasta que la voz se fragmentara y las lágrimas acudiesen. Habría aparentado ser fuerte, capaz, hierática como las pinturas egipcias, hasta que el dolor se acentuase y la herida se abriese nuevamente para dejar ver el hueso astillado. No habría mantenido el tipo. Eric, en cambio, hablaba en un tono monocorde, pausado, desmadejando la telaraña de recuerdos de una vida que parecía lejana. Incluso, había sonreído. Eso, dedujo Aura, era estar en paz con uno mismo. Un estado que ella no había alcanzado todavía, soñaba con Nana y su piel fría cual carámbano de hielo, porque los muertos no tienen riego sanguíneo y Nana debía estar fría. Y cuando ella le decía, asustada: Nana, estás helada. Nana respondía: pues anda que tú.

Al mirar su mano sobre la mesa, estuvo tentada de acercarse, tomarla, regalarle una de esas caricias de consuelo que tan a menudo aportan, al menos, un ápice de paz. Sus dedos se deslizaron sobre la mesa, pero no llegaron hasta los de Eric, una pared invisible hizo que recularа, así que su mano se quedó ahí también, sobre el mantel, a unos escasos centímetros de la suya. Reconfortar física y espiritualmente, un don que no poseía, al contrario que su abuela, un don por el que habría pagado millones en ese mismo instante.

—En fin… Otro día te cuento el lado bueno de la vida. —Se levantó con un sonoro gruñido, similar al de los ancianos cuyas espaldas se quejan. Agarró las dos tazas como si estuviera en su propia

casa y las depositó en el fregadero—. No estás tú ahora para escuchar tragedias teniendo en cuenta que lo de Nana está tan reciente, si no vamos a formar un club entre los dos que se va a llamar: La Pena Negra.

Se giró, posó las manos sobre el respaldo y lo observó, apoyado en la encimera, con los brazos sobre el pecho y una sonrisa en los labios.

—Tiene más bien nombre de grupo de música de *pop rock* de los ochenta, cuyo temazo principal es *Ella me ha dejado y ahora estoy hecho mierda mientras bebo en un bar de moteros*.

—Suena bien. Lo hubiera pegado en La Movida. Espero que hayas interiorizado la filosofía que acabo de enseñarte, joven *padawan*.

—¿Qué filosofía?

—Que hay que disfrutar de los pequeños placeres de la vida. Que *tempus fugit*. Madre mía, ¿y tú eres la que ha estudiado Literatura?

—Todo eso ya lo sabía, maestro Kenobi. La cuestión aquí es que Luar es un precioso pueblecito costero que se mantiene exactamente igual que hace cincuenta años, con ese encanto particular que tiene el pasado, y tú, con tu negocio de apariencia moderna, lo has roto.

—Sí, fue lo más criticado a nuestra llegada, no voy a mentirte. —Se encogió de hombros—. Pero tú no eres la más adecuada para abanderar la causa, ¿no es así? —Aura volvió a fruncir el ceño y él se dio por victorioso—. Estás deseando volver a la capital y al siglo xxi.

—Ya, mmm… No es por eso.

—Claro, tú qué vas a decir… En fin, recuerda que el miedo lleva a la ira, la ira al odio, el odio lleva al sufrimiento…

—Y el sufrimiento al lado oscuro —terminó por recitar Aura—. ¡Ea, a trabajar! Ya has tenido suficiente descanso por hoy. ¡A construir lo que sea que construyeran los esclavos!

—¡Pirámides no eran, lo vi en el Canal Historia!

El grito le llegó hasta la cocina, tuvo que morderse el labio inferior para contener la carcajada. Mientras fregaba las tazas, el cazo y la cafetera, veía cómo Eric salía de la casa llevando consigo puertas, jambas y dinteles para colocar en la camioneta y más tarde restaurar. Con las manos sumergidas en el agua del grifo y las pompas de jabón que se habían ido formando y que, por casualidad, olían a limón, Aura se percató de que aquel hombre había activado un interruptor en su interior que ella desconocía por completo. No recordaba que estuviera

ahí, lleno de telarañas y polvo, esperando a que alguien llegara y lo pulsara, pero así era. Existía y funcionaba. Estaba en *on.*

A la hora de aligerar —porque si no se aligeraba, se moría en los laureles y eso significaba retrasar la reforma y limpieza de la casa—, optó por internarse en el reino de Narnia siguiendo la estela de C.S. Lewis y los hermanos Pevensie. Es decir que, dado que no podía dormir en su cuarto y se había mudado oficialmente al de sus abuelos, se puso a registrar los armarios para donar ropa, tirar la que estuviera hecha polvo y ver si había algo rescatable. Lo bueno de que lo *vintage* estuviera de moda era que se arramplaba con las prendas que hacía años no se habría puesto nadie por ser una antigualla. La moda es cíclica, todo vuelve, y ella solo esperaba que los vaqueros de tiro bajo no resucitasen jamás.

La ropa se fue acumulando por montones en la enorme cama de matrimonio hasta crear un paisaje demoledor, y las perchas de robusta madera quedaron desperdigadas en el suelo dificultando el poder moverse sin tropezar con los ganchos de metal que, si no la atrapaban, se clavaban en sus pies descalzos. La división de aquel enorme arsenal en vestidos, camisas y pantalones parecía las rebajas de un centro comercial. Era una suerte que aún contara con un par de cajas vacías en la planta baja. Durante las siguientes horas se dedicó a elegir qué ropa de Nana podía modificar y cuáles eran imposibles de convertir en algo que ella pudiera llevar según su edad y gusto. Y así continuó con la de su abuelo, descartando y almacenando en los cartones de mudanza que tenía planteado ceder a un centro de beneficencia. Bailando al ritmo de Counting Crows y su *Mr. Jones*, una de las canciones favoritas de su padre y que le recordaba a sus vacaciones de verano.

Cuando alzó la vista, el reloj ya había marcado las once de la noche, Eric se había ido a las ocho, y pese a que tenía un dolor en la espalda que la hacía languidecer y masajearse los riñones constantemente, no paró hasta culminar la tarea de selección. Una vez que hubiera acabado, iría a la cocina y cenaría un sándwich. Hizo recuento de todo lo que iba a quedarse: la camisa blanca y vaporosa,

la falda de flores estilo *hippie* que le había regalado Carmiña, todos y cada uno de los jerséis de punto que Nana se había tejido para sí misma, el vestido rojo con lunares blanco que la hacía tan folclórica como Lola Flores, y el de margaritas, los pantalones de pinzas caqui, unos vaqueros gastados que le irían un poco grande, un par de camisas de su abuelo y sus corbatas.

«Ha sido un buen rescate», se dijo satisfecha mientras examinaba lo inusualmente vacío que había quedado el amplio armario sin todas aquellas prendas. «La gente le dará un buen uso».

A la mañana siguiente, Eric se encontró con que se habían añadido varias cajas más al cúmulo que ya había en el salón y pensó que aquello empezaba a ser la fortaleza de un niño pequeño que aún está dispuesto a luchar contra los dragones de su imaginación. Tuvo que buscar el origen de aquel tac, tac, tac que parecía nacer de un rincón de la sala. Una figura delgada y encorvada se concentraba en pedalear y mover con parsimonia y concentración una tela de lunares bajo la enorme aguja de la máquina de coser, la que provocaba aquel ruido. La cascada de pelo rubio ocultaba su rostro, diseminando el inconfundible olor a jazmín por la habitación. A Eric le pareció una de las imágenes más impactantes que había visto en mucho tiempo. Era como ver hilar a las Moiras de la mitología griega; si aquella joven hubiera cortado el hilo dorado de su vida con unas tijeras, no habría podido objetar nada en absoluto.

La calidez de su sonrisa y el contraste de su mirada cansada terminó por desorientarlo. No parecía haber dormido demasiado, era más, quizá ni siquiera hubiera dormido a juzgar por los surcos violáceos que se extendían en sus ojeras. La contundencia y violencia de Atila, rey de los hunos, había desaparecido por completo de su cuerpo, dando lugar a una serenidad más propia de la reina hada Mab. Si Shakespeare la hubiera conocido, se habría fijado en ella y Mercucio la habría retratado a la perfección en sus versos. Anotó mentalmente que para calmar a Aura lo único que había que hacer era darle una enorme lista de tareas que la agotaran, era incapaz de dejar nada a medias. ¿Habría desayunado al menos? Iba a tener que

obligarla a hacer un descanso.

—No sabía que supieras coser —dijo él rompiendo la burbuja de tranquilidad en la que estaban inmersos.

—Sorprendentemente, me acuerdo de lo que me enseñó Nana, supongo que es como montar en bicicleta, algo que no se olvida.

¿Se estaba volviendo loco o incluso su tono de voz se había vuelto menos agresivo? Claro que si tenía la batería de su cuerpo al nivel uno, era normal. Lo mismo caía rendida en cualquier momento sobre la máquina y se cosía un dedo sin querer a la tela. Por desgracia, no tuvo tiempo para seguir comprobándolo, la conversación se vio interrumpida por unos gritos que llegaban desde el recibidor. Aura reconoció de quiénes procedían y, mientras dejaba su tarea de costura a medio realizar, Eric volvió a sumergirse en las obras de la casa, lamentando la intromisión de los inesperados invitados.

Capítulo 12

María y Samuel ya habían cruzado el umbral del porche y dejaron atrás el exterior de verde hierba con camioneta y coche aparcado, al que se había sumado el de Samuel, que había pasado a recogerla porque María era de las que pensaba que si alguien podía llevarla, ¿por qué no abusar de la confianza? Y entre ellos había mucha. La joven se había escaqueado del curro familiar, lo cual no le resultó complicado. Al contrario que Samuel, que tuvo que cambiarle el turno de mañana por el de la tarde a su compañero en la cafetería de Martiño. ¿La razón? Aura los invitaba a desayunar. Un hecho insólito que ninguno pensaba perderse y, mucho menos, Samuel, que aceptaba lo que fuera con tal de que él no tuviera que apoquinar un solo céntimo y más tratándose de comida. Por eso mismo llevaban años reuniéndose en Martiño.

Tomando como excepción el ruido que reinaba en el interior y que allí fuera había una camioneta con herramientas con el nombre de Reformas Hiráldez, la explanada de flores que rodeaba la casa no había sufrido ni una sola transformación. Todo seguía igual que cuando Nana seguía viva. La perspectiva de inalterabilidad cambió en cuanto pusieron un pie en la casa, cuya puerta ya estaba abierta debido a las idas y venidas de Eric. Con una mueca que variaba desde la sorpresa hasta el desagrado, María y Samuel contemplaron con

atención el estropicio reinante, los recuerdos se hicieron trizas al igual que el hogar en el que habían pasado su infancia.

—Una escombrera tiene mejor pinta que esto —comentó Samuel en cuanto observó las cajas acumuladas en una torre nada estable y volutas de polvo en el ambiente. Aquello era lo que hacía que le picara la nariz.

Samuel estornudó con tanto énfasis que hasta María se encogió sobre sí misma, ya avisada con anterioridad por el sorbido de nariz y los párpados entornados del muchacho.

—Por el amor de Dios —exclamó Aura—. ¿Es que en este pueblo nadie llama a la puerta?

Miró el reloj que llevaba en la muñeca, habían llegado temprano, demasiado temprano, algo inusual.

—Ya deberías saber la respuesta, y hablando de puertas, ¿dónde narices están?

—¿Vas a hacer un *loft*? —preguntó Samuel con una voz nasal y aguda que recordaba a la de los payasos de la tele. Examinó los huecos que antes habían ocupado, en ellos solo quedaban marcos vacíos que conectaban cada una de las estancias.

—¿Qué? ¡Claro que no! —Aura les hizo un gesto con la mano para que la siguieran hasta la cocina—. Se las ha llevado Eric, no sé qué de un barnizado y algunos picaportes rotos. Estaban fatal y había que arreglarlas. Supongo que no tardará más de una semana en traerlas de vuelta y ponerlas en su sitio, o eso espero porque aquí hay menos intimidad que en *Gran Hermano*.

—Sí, creo que la del baño estaba arañada —continuó parloteando Samuel mientras intentaba deshacerse de la capa de polvo de sus zapatos.

María adelantó a su amigo por la derecha, lo dejó atrás y se posicionó al lado de Aura. Entrelazó su brazo con el de ella y se acercó en un gesto de complicidad, estaban tan pegadas que no hacía falta que compartieran susurros. Los chismorreos era uno de sus pasatiempos favoritos y más cuando se trataba de Aura, que tenía tan mala puntería como una escopetilla de feria. En sus ansias por ser escritora, le había azuzado más de una vez que dejara de buscar oportunidades en Ediciones Tarquín y se lanzara a la aventura de narrar sus múltiples desventuras amorosas.

—Así que has conocido a Eric Hiráldez… —Arqueó las cejas.

«Allá vamos… Ya estaba tardando», resopló.

—Sí, y, desde luego, no ha sido gracias a vosotros cuando os pregunté si sabíais de alguien que pudiera hacerse cargo de la reforma. —María puso los ojos en blanco, no le interesaban lo más mínimo los reproches de Aura. No le dio tiempo a abrir la boca, la joven se adelantó con una mirada de advertencia—. Ni se te ocurra… María de la O. Está en el piso superior y puede oírnos, así que ahórrate las sugerencias.

Sin opción a rebatir, hizo un gesto que insinuaba que sus labios estaban cerrados gracias a una cremallera imaginaria. No tendría de qué preocuparse, no soltaría ningún comentario indecente, o al menos mientras él estuviera bajo el mismo techo que ellas, aunque eso le costaría un cólico porque, como Nana decía: «aguantarse los comentarios es malo, salen bultos».

—Yo solo voy a decir —murmuró a riesgo de recibir una mirada inquisitoria— que está más bueno que mojar pan en salsita.

—Y tú, muy salida para estar a punto de casarte.

—¿Estás segura de que has limpiado? —Samuel pasó el dedo por encima de la encimera y arrugó la nariz. Un nuevo estornudo sobresaltó a las chicas.

—No paráis de quejaros, y sí, he limpiado, don Sibarita. —Por si acaso, Aura pasó un paño húmedo por la mesa de la cocina y, a continuación, les ofreció una taza de café—. Y que conste que habéis sido vosotros quienes queríais venir a ver qué tal iban las obras.

—Joder, pero pensábamos que irían mejor.

—¡Acabamos de empezar! ¿Qué esperabais? Esto avanza a ritmo de tortuga, es mi infierno personal.

Tanto era así que a menudo pensaba que, si hubiera sido ella la que hubiera fallecido y no Nana, ese estaría siendo su castigo eterno. Encontrarse con el Demonio en la cocina, un ser diabólico, vestido de rojo, con dos cuernos en la cabeza y dos patas de macho cabrío no habría sido una sorpresa dadas las circunstancias. Ya podría prestarle su tridente para pincharle el trasero a Eric Hiráldez y que se diera un poco de prisa.

El café estaba listo. Debido a que era un momento especial —en realidad no tanto—, Aura había encargado *croissants* recién hechos y

calentitos del obrador de Luar, de esos que se huelen a metros de distancia cuando llegas a la esquina de la calle en la que se encuentra la tienda. Podía haber hundido la nariz en ellos y estaba deseando hincarle el diente.

—Son la leche —masculló Samuel con la boca llena—. No sabía que habías madrugado para ir a por ellos.

—No lo he hecho. Le mandé un mensaje a Eric por la mañana y le dije que había encargado una bolsa de *croissants* recién hechos, que si no le importaba pasarse a por ellos y subírmela.

María y Samuel se miraron asombrados ante el alarde de sinceridad. Aura se encogió de hombros, no le parecía nada extraño ni fuera de lugar. Total, le cogía de paso… No era que le hubiera pedido que le bajara la luna y las estrellas, además, así también había desayunado él por el camino.

—Podíamos haberlos traído nosotros —sugirió Samuel.

—Habérmelo dicho antes.

Mientras Aura y Samuel discutían, María sorbía con los ojos cerrados el café que parecía despertarle hasta su alma dormida. Normalmente se le pegaban las sábanas y el reloj acababa de dar las nueve y cuarto de la mañana.

—¿Sigues con esa idea en la cabeza? ¿Reformar la casa, venderla e irte? —quiso saber una vez que ya se hubo espabilado.

Aura asintió como respuesta, toda la energía que había acumulado hasta ese momento se había desplomado, dejándola exhausta.

—Es que todo esto me parece una locura. La casa, la barca, el libro, que aún no me he leído porque no es que tenga mucho tiempo libre, ya que me paso todo el día currando desde el portátil y limpiando este maldito desastre que crece por horas. ¿De dónde salen tantas pelusas? ¿Acaso hay aquí un puto ecosistema? Ni siquiera sabía que había termitas en el armario de mi antigua habitación. ¡Termitas! —repitió por si no la habían escuchado correctamente. Exhaló un suspiro y dejó caer la cabeza sobre sus manos—. Estoy deseando volver a mi vida normal.

Al alzar la mirada, se encontró con que sus amigos estaban compartiendo una idea conjunta de la que no era partícipe. Era imposible que no se hubiera dado cuenta, los años juntos habían creado una relación en la que solo hacía falta mirarse para saber qué

estaban pensando unos y otros. Por eso, Aura había parado a María antes de que soltase algún comentario inapropiado sobre Eric. Por eso, sabía que estaban aguardando a soltar una bomba como si ellos fueran el Enola Gay.

—Díselo. —Samuel le hizo un gesto con la cabeza mientras apuraba el café.

—¿Decirme el qué?

—Hazlo, María, te toca, yo ya le eché la charla el día que llegó.

La joven soltó un bufido. Aquella tarde había sido catastrófica en cualquier sentido y no tenía intención de que volviera a repetirse, no cuando se encontraba cansada y los efectos del té ya se habían disipado de su cuerpo, dejando un cadáver andante que ni los mejores actores de *The Walking Dead*. Todavía no había superado el descubrimiento del novio de Nana, ni la charla con su madre, ni la conversación con María. Por no haber, a veces se preguntaba si en algún momento había sido capaz de superar al propio Teo. Quería izar la bandera blanca de rendición, dejar de recibir ataques y respirar tranquila, aunque fuera veinticuatro horas.

Eso no le valdría de excusa, Samuel y María habían llegado pertrechados con una cantidad de argumentos que estaban a punto de dejarla boquiabierta.

—Está bien —se resignó—, soltadlo. Yo os invito a desayunar y vosotros venís con una pancarta de «Intervención» como si fuéramos los de *Cómo conocí a vuestra madre*.

—¡Ja! Que más quisieras… —se mofó Samuel mientras se adueñaba de otro *croissant*. Emitió un gemido de satisfacción y señaló el dulce—. Es que están que te cagas, eh.

Un codazo ejecutado por el muchacho y que tuvo como objetivo a María, quien dio un respingo en su asiento, la incitó a hablar. Habían acordado, durante el recorrido en coche, que sería ella la que trajera a Aura de vuelta al planeta Tierra, que Marte quedaba muy lejos. Él era demasiado directo, cínico.

—Que tú no tienes vida desde hace años, Aura. Lo siento mucho, pero es verdad —dijo la joven manteniendo la mirada fija—. Te fuiste a Madrid para estudiar literatura, todos lo entendimos y te apoyamos, pero dinos, ¿qué haces en esa editorial? No haces nada, y lo sabemos. Estás metida ahí, en esa oficina, encerrada, haciendo contratos y

llevando cafés, llamando a autores y fotocopiando contratos que pasan delante de tus narices sin llevar ninguno tu nombre. Llevas años diciendo que Ediciones Tarquín será tu vía, la oportunidad que esperas, la puerta que se abrirá ante ti, pero no se abre ni una ventana. ¿Quién te publica a ti? Nadie. Ni siquiera has vuelto a escribir. Te pasas la vida entre cuatro paredes, trabajando para otros.

Parpadeó varias veces, se recostó sobre el respaldo de la silla y sus manos, antes posadas en torno a la taza de café, cayeron por su propio peso, abandonando la mesa. Ella ya conocía la realidad y, por muy dura que fuera, oírla de los labios de las personas a las que más quería fue más doloroso de lo esperado. Saberlo no era afrontarlo. Y saberlo tampoco te hacía estar preparada para ello.

—Entiéndenos, que aquí todos curramos para alguien, eh. Que a mí poner cafés cada mañana no me hace especial ilusión. Tengo muchas anécdotas, pero ser camarero es poco excitante.

María empezó a preocuparse al ver que no reaccionaba, que se quedaba ahí, callada, sumisa, obediente, aceptando un golpe recién recibido que la había dejado con los labios dibujados en una fina línea y los dedos temblorosos.

—¿Aura?

Por un momento, pensó que se había propasado, que había sido una pésima idea y que a Samuel había que quitarle el bastón de mando porque cada vez que proponía algo la liaba muy parda. Entonces Aura abrió los labios.

—Sí tengo vida, y sí escribo, esta mañana os he escrito un mensaje.

—Sí, un mensaje maravilloso. —Samuel sacó el móvil para leer las palabras que le mostraba la reluciente pantalla—. «Yo tengo café en casa, ¿queréis desayunar dulce o salado?». «Ok». Una novela que te publicarán y se convertirá en *best seller*. ¿Cómo vas a titularla? ¿*El sagrado café de doña Aura Riveiro*?

—Por favor, continuad metiéndoos conmigo —dijo con fingida alegría mientras daba un golpe en la mesa con las palmas de la mano y se estiraba sobre la superficie de madera como haría una gata al desperezarse—. Me encanta que me azotéis como si fuerais Christian Grey.

Aura soltó un sonoro gemido para darle mucho más realismo a la

escena, momento en el cual Eric cruzó por el pasillo y se topó con aquel excitante quejido nacido de los labios de la Bella Durmiente. Su cuerpo reaccionó por sí solo, parándose en seco, y, debido a la nula intimidad por la falta de puertas, Samuel y María estallaron en unas risas disimuladas. Aura no pudo saber que se encontraba ahí, asistiendo al espectáculo. El arqueo de cejas de María se lo dijo todo. Se giró, rezando en su fuero interno para que no fuera cierto, y, efectivamente, era cierto. Eric la miraba con una sonrisa divertida y un asentimiento que le concedía su más sincera aprobación.

—Por Dios, teniendo eso de referencia literaria, es normal que no te publiquen —mostró Samuel su desagrado en cuanto Eric volvió a esfumarse.

—Como el marqués de Sade, ¿mejor? —lo desafió ella, que había comenzado a enrojecer debido al encuentro fortuito.

Samuel se encogió de hombros con una sonrisilla en los labios, vocalizando una palabra: «*Touché*».

—Lo que queremos decir es que has cambiado —prosiguió María, retomando la conversación—. No hay ni rastro de la Aura que conocíamos, siempre sonriente, con el pelo suelto, con vestidos y los labios rojos; siempre dispuesta a divertirse, a ir a la playa o a tirarse desde el acantilado y nadar en el mar.

—Incluso desnuda —les recordó su amigo.

Alguien tenía que trazar una línea bien visible y poner varios rótulos con luces de neón que indicara dónde estaba para que Samuel dejara de obviarla y traspasarla de forma constante. Nunca sabía cuándo era el momento de cerrar el pico.

—La gente cuando crece cambia. Ninguno de nosotros somos exactamente igual que cuando teníamos quince años. Sin ir más lejos, Samuel está saliendo con Claudia, y eso que la odiábamos en el instituto.

—Claro, porque ella ha cambiado a mejor, no a peor, amiga mía.

—No es justo.

Pensaron que gritaría o, mínimo, que se cagaría en sus respectivas madres y los echaría a patadas de casa de Nana porque, encima que les había dado de desayunar, ellos habían ido con intenciones oscuras. Estaban compinchados con Carmiña, aunque no lo admitirían a no ser que los subieran al potro de torturas, y María ni por esas. De haber

sido así, no se habrían quejado, se lo merecían. Se estaban ganando a pulso un par de bofetadas e insultos por someter a su amiga a la estrategia de acoso y derribo.

No llegó nada de eso. El mar estaba en calma y los arrastraba con la corriente, la voz de Aura no se tornó marea embravecida, no los golpeó ni los hizo encallar. No recibieron ni un mal gesto de su parte. Un experto marinero habría estado sobre aviso, porque las tormentas también empiezan con un tiempo apacible.

—No, de verdad. No es justo. Es válido cambiar, todos cambiamos de opinión y de parecer. Lo que nos gustaba a los dieciséis no es lo que nos gusta ahora, hemos pasado por miles de fases en la típica búsqueda adolescente de lo que somos realmente. ¿Os acordáis cuando Samuel llevaba los pantalones cagados y paseaba los calzoncillos por todo el pueblo? Ahora no los lleva y no por eso deja de ser Samuel. Y a María le dio por una decoloración terrible que le dejó el pelo asqueroso y rubio pollo, y mi madre tuvo que arreglárselo en la peluquería. Y no por dejar de desgraciarse el pelo ha dejado de ser María. ¿Por qué todo el mundo puede evolucionar y yo no? ¿Por qué a mí se me castiga por ello y se me obliga a retroceder al pasado? ¿Vosotros podéis tener veintiocho y de verdad yo tengo que volver a los dieciocho?

Aura se levantó, exhausta, sin apartar la mirada de ambos, que habían enmudecido ante el discurso. En algún momento había dejado de sentir esa decepción que días antes le constreñía hasta los pulmones imposibilitándole respirar con normalidad. Puede que, además de tener lleno el cupo de desgracias, también estuviera a rebosar el de decepciones. Puede que algo hubiera hecho tope.

Capítulo 13

Había una vez... en el fondo del más azul de los océanos, un maravilloso palacio en el cual habitaba el Rey del Mar, un viejo y sabio tritón que tenía una abundante barba blanca. Vivía en esta espléndida mansión de coral multicolor y de conchas preciosas, junto a sus hijas, cinco bellísimas sirenas.

Así empezaba la historia, o al menos la que Aura había heredado de cubierta turquesa y letras doradas. Se había iniciado en la lectura por múltiples razones: necesitaba leer algo que no fuera papeleo burocrático y del trabajo, María le había insistido en que en algún momento iba a tener que leer el libro de Nana porque probablemente la recomendación se debiera a un motivo concreto; y por último, no era capaz de meterse en la cama y mirar el techo. En caso de hacerlo —ya lo había probado en más de una ocasión—, pese al cansancio que derretía su cuerpo entero y que la hacía caer con aplomo sobre el colchón, no conciliaba el sueño. Daba vueltas y vueltas viendo pasar las horas. Fijarse en la lisa techumbre —cada vez agradecía más la ausencia del gotelé—, arropada por las sábanas y con el silencio de la noche, suavizado por el rugido del mar y la brisa estival, convocaba pensamientos ensartados unos tras otros. ¿Se estaba equivocando con la decisión que había tomado con respecto a la venta de la casa de

Nana? Todos los que se hallaban a su alrededor estaban convencidos de que sí. Pero, claro, también creían conocerla a la perfección y saber cómo debía vivir su vida, porque, según ellos, Aura había perdido el rumbo. Lo que más le gusta al ser humano es, en definitiva, decirle a los demás cómo deben actuar.

Con el único fin de agotar su mente —su cuerpo ya lo estaba sobremanera—, se sumergía en la lectura. Era un cuento infantil, no tardaría mucho en terminarlo, o eso pensaba. Y lo más importante era que le recordaba a Nana, a todas las historias que le había susurrado en voz baja cuando el cielo se oscurecía, los deberes ya estaban hechos, los dientes cepillados y ella se acurrucaba debajo de la manta a la espera de una nueva aventura con voz de vieja.

Desde que se había iniciado en su lectura, no había podido escapar ni una sola noche de un sueño tan repetitivo como una canción de cuna. En mitad del puerto, se encontraba con una mujer que tenía sus ojos castaños, su melena rubia y la piel blanca como la leche. Por mucho que tuviera su rostro, no era ella, Aura lo sabía. Lo corroboraba en cuanto esta se giraba y veía como la joven que navegaba en la vieja barcaza de su abuelo se zambullía en el mar y, a continuación, emergía con una cola llena de escamas resplandecientes del color de la aguamarina. Y, así, noche tras noche, en un bucle infinito Aura asistía a la hermosa sirena que se zambullía en las frías aguas del Cantábrico.

No era algo desagradable, era más, aquel espejismo fantástico le concedía una suerte de calma, pero no podía negar que era algo repetitivo. La primera vez había pensado que se debía al cuento, conforme fueron pasando los días, la idea de que quizá su subconsciente intentaba decirle algo germinó en su mente. De ser así, no estaba siendo nada claro. Ella necesitaba un cartel propio de una autopista y unas letras enormes que le dijeran qué camino tomar. Si podía elegir, también prefería un arsenal de conos que delimitaran la salida. Interpretar los sueños no era precisamente su fuerte.

Se había prometido a sí misma que averiguaría qué estaba fallando para que su cerebro reprodujese aquel sueño de forma constante, porque lo mismo estaba escacharrado y tenía que ir a que se lo arreglasen. El día en que decidió confesarlo todo delante de una ensalada de rúcula, queso de cabra, tomates y miel, María y Samuel le

recomendaron empezar por seguir las pistas. Era como volver al escenario del crimen; según ellos, tenía que reproducir cada acción, fijarse en los elementos, hurgar en su interior y, así, encontrar la respuesta.

—¿Dónde se producía? —le preguntó su amigo después de haber oído en silencio la explicación de su fantasía onírica.

—En el puerto —contestó ella encogiéndose de hombros.

—Es ahí por donde tienes que empezar a buscar, mi querida Holmes. Eso sí, la próxima vez sueña con algún sitio paradisiaco, no sé, Las Fiyi por ejemplo, así tenemos una excusa para hacernos un viajecito, que el puerto ya lo tenemos muy visto.

En aquel momento habría deseado fervientemente ser Sherlock Holmes, el doctor Watson, Hércules Poirot, Miss Marple o el padre Brown. Cualquier buen investigador de aquellas novelas negras le habría resuelto su crimen personal en unos segundos, al fin y al cabo, aquello no era tan complicado como el asesinato en el Orient Express. Nana también lo habría descifrado en un santiamén, sin necesidad de placa policial o una acreditación de investigadora privada. Tenía un don para los asuntos no terrenales, como los llamaba ella, la magia, el espiritismo y la adivinación. De pequeña, Aura había creído mucho en ello, pero cuando creció la fe se evaporó. ¿Qué sentido tenía que creyera en magia y brujería cuando no creía en Dios? Era una hipocresía.

Nana siempre había recordado sus sueños con todo lujo de detalles, los narraba con atención y pericia y los desentrañaba como en la lonja las pescaderas extraían las agallas del pescado fresco. Aura había heredado esa capacidad, al igual que lo había hecho su madre. Era curioso, cuanto menos, y a veces reconfortante recordar un bonito sueño, no podía decir lo mismo cuando revivía las pesadillas.

«Las mujeres siempre recordamos los sueños mejor que los hombres, Aura», le había explicado una vez. «Ellos no los entienden, no los escuchan. Sueñan, se despiertan, olvidan lo soñado y vuelven a dormir, sin preocupación ninguna, caen como troncos talados. Solo les interesa lo que se puede tocar, lo que se puede ver a simple vista. Pero nosotras… ¡Ay, nosotras! Nosotras recordamos los sueños, en menor o mayor medida. Somos más sensibles a las energías, a lo que murmulla la tierra, a lo que se avecina. Por eso, en la Antigüedad, las grandes

pitias y oráculos eran mujeres».

Nunca supo si eran invenciones de una vieja chalada o la verdad se escondía en sus palabras.

Así que en esas se hallaba, acompañada por un vestido de estampado de limones, unas zapatillas deportivas y un bolso de mimbre en el que llevaba escondido de ojos indiscretos el libro de *La sirenita*, y algo de comer.

Lo más probable era que para mucha gente el puerto no fuera una parada obligatoria en ningún itinerario turístico, solo un lugar por el que debían pasar cuando se dirigían a la playa en coche. No poseía encanto alguno para aquellos que observaban solo con los ojos, pero su abuelo le había enseñado que era algo más que el punto donde se encontraban el agua, el cemento y la madera de las barcas. Era algo más que un paisaje extenso en el que paseaban botas de agua oscuras pisando charcos de suciedad y en el que hombres vestidos con gabardinas desembarcaban kilos de pescado y empujaban carros en los que se acumulaban cajas de mariscos. El puerto desprendía un ápice de magia que ni el hedor de las entrañas de los peces era capaz de aplacar.

Aura caminaba por el muelle de cemento en el que los barcos se disponían como cáscaras de nueces, las bitas impedían que se desplazaran y les permitían un sutil balanceo a través de los cabos atados. Esquivando las redes de pesca amontonadas que creaban una especie de telaraña gigantesca, evitaba tropezar con el gentío que se movía de un lado para otro, trayendo y llevando la mercancía en un trajín propio de aquellas horas matutinas.

El recorrido, que no debía haber durado más de diez minutos, se convirtió en una odisea de veinte en la que los antiguos compañeros y conocidos de su abuelo y sus padres la interrogaron según se cruzaban con la pequeña de la familia. Ni Ulises había tenido que hacer frente a tantos imprevistos en su vuelta a Ítaca, y en el fondo, Aura incluso hubiera preferido encontrarse con la bruja Circe, Esquila, Caribdis, las sirenas y Cíclope antes que con todas aquellas miradas de lástima que percibía en ojos ajenos. Lo entendía, Nana era el alma de un pueblo,

podía sentirla en la fina arena de las calas y también en las rocas de los precipicios, en la brisa veraniega, en los bancos de las plazuelas, en el mercado que se disponía cada domingo… Tenía que cerrar los ojos para no verla en cada pequeño rincón y, aun así, tampoco parecía evaporarse aquella dulce sonrisa de su mente, era como la del gato de Cheshire.

Todo el mundo parecía decirle lo mismo. «Ya sabíamos nosotros que volverías a pisar el puerto, tanto tiempo metida en la casa de Nana ibas a ahogarte de recuerdos, ya necesitabas salir a tocar el mar», le dijo Pilar, a quien se había encontrado dando un paseo matutino. «Por fin haces acto de presencia en el muelle, te estábamos esperando», la interceptó Mauro, el hijo de un antiguo compañero de oficio de su abuelo, que se encontraba a punto de salir a faenar. «Aura, vienes a recuperar la barca, ¿no es así? Ya iba siendo hora, estaba tan parada que iba a hundirse sola del aburrimiento». «Pásate luego por la lonja, te daré boquerones frescos de los que tanto le gustaban a Nana», se ofreció Patricia, la pescadera.

Agradecía todas y cada una de las atenciones que recibía porque sabía que tras cada palabra amable se ocultaba un pésame que temían verbalizar. Todo un conjunto de vecinos que deseaba que la pérdida se hiciera un poco más ligera gracias a su apoyo y compañía, demostrándole así a la pequeña de los Riveiro que se encontraba a salvo entre las enormes y emplumadas alas de su madre pato: Luar. Ojalá hubiera sido un alivio para ella y no un trance que hacía temblar su corazón y sus piernas al mismo tiempo.

Se deshizo de los abrazos, de los besos y de las caricias de todas aquellas manos como pudo, con una sonrisa en los labios y un asentimiento que solo demostraba que era una impostora, una niña pequeña que aparentaba tener la entereza de un adulto y que intentaba comportarse como tal. Últimamente sentía que todo el mundo le daba lecciones de vida y que ella las había ignorado todas, igual que los capítulos de *Barrio Sésamo*. Todos parecían saber qué era lo que ella necesitaba y quería, sin embargo, Aura no sabía nada. Se encontraba pérdida y confusa, rodeada por un montón de preguntas sin respuestas y un camino desconocido que no sabía si quería tomar.

No le costó divisar al final de la pasarela una pequeña barcaza de un verde carcomido, parecía aún más pequeña de lo que recordaba

flanqueada por tantos otros barcos pesqueros. El nombre de la diosa con el que su abuelo la había bautizado ya casi había desaparecido, exactamente igual que la religión politeísta que le había rendido culto siglos antes.

—Aquí estás, Venus —susurró.

Hacía años que no montaba en ella, y parecía tan abandonada como la cala de las rocas donde sus abuelos solían pasear de jóvenes. Aura introdujo un pie en el bote, notó por primera vez y tras más de una década cómo el mar en calma la desequilibraba con suavidad. Por un momento se preguntó si sería buena idea ponerla en marcha, el motor llevaba mucho tiempo sin encenderse y lo mismo ya ni siquiera funcionaba. Con todo su pesar, haciendo acopio de coraje y rememorando las ajadas pero certeras manos de su abuelo, tiró de la palanca y un ruido la sobresaltó. El motor comenzó a vibrar y no pudo evitar que una enorme sonrisa invadiera sus labios.

«Seguro que es una pésima idea, pero tengo que intentarlo», se dijo a sí misma mientras desenredaba el nudo de la bita y se acomodaba en el interior de aquella infraestructura navegante. «Vamos allá, abuelo, deséame suerte».

El viento no tardó en revolver su pelo hasta liberarlo completamente de la goma elástica que lo apresaba en una trenza, los mechones revolotearon hasta nublar su campo de visión y, cuando se dio cuenta, sus ojos estaban anegados de lágrimas. Las carcajadas escapaban de sus labios con cada metro que recorría a bordo de la barca, con una mano en el manillar y la otra en la baranda descascarillada. El salitre del ambiente se pegaba a ella como si se tratara de una segunda capa de piel, vistiéndola junto a las gotas mojadas que perlaban su cuerpo. Desafiando a la inmensidad del mar Cantábrico, Aura no podía creerse que hubiera una época en su vida en la que había olvidado qué era ser feliz, qué era dejarse arrastrar por las ondas expansivas del agua, qué era reflejarse en una superficie tan pulida como aquella. ¿Cómo había podido renunciar a la libertad que le otorgaba el mar?

Los grandes escritores de la historia lo habían retratado con palabras prodigiosas, y era entendible, aquella masa de agua salada, que era desconocida en su mayor parte y ocultaba aún múltiples tesoros, era una fuente de inspiración para los artistas. Charles

Baudelaire escribió: «¡Hombre libre, tú siempre has de querer al mar! El mar es el espejo donde tu ser se mira, en la onda que hacia lo infinito se estira, y de ese amargo abismo tu alma está a la par». Julio Verne lo definió así: «El mar es todo. Cubre siete décimas del globo terrestre. Su aliento es puro y saludable. Es un inmenso desierto donde el hombre nunca está solo, porque siente vida por todos lados». Federico García Lorca dijo: «El mar sonríe a lo lejos. Dientes de espuma, labios de cielo». Y Víctor Hugo: «Las montañas, el bosque y el mar vuelven al hombre salvaje, lo hacen feroz, pero no destruyen al humano».

Aura entendía cada soneto, serenata, poema, canción y párrafo que lo habían descrito, era tan inconmensurable como inefable. No se había percatado hasta entonces de que había estado viviendo atrapada en una selva de asfalto que la había mantenido secuestrada, que había anhelado el agua salada y creía haberla saboreado y olido en cada tramo del Manzanares, pero aquellos meandros no la habían hecho vibrar. Que se había estado asfixiando cuando alzaba la vista y no encontraba el horizonte azulado y las siluetas de las gaviotas recortadas en el cielo del atardecer. Que una vez que habías nacido en la costa no podías vivir en un sitio que no te deleitara con el rugir de las olas. Que aquello era como una enfermedad ponzoñosa, no podías librarte de ella.

Nunca había sentido tan de cerca la presencia de su abuelo, su mano temblorosa guiaba la suya hasta el interior azul turquesa, la miraba con esa sonrisa que siempre la había hecho sentirse especial, con esas arrugas que se formaban en torno a sus ojos y a las comisuras de sus labios.

Apagó el motor en cuanto su vista fue incapaz de posarse en el horizonte, las velas de los navíos del puerto habían desaparecido junto con los palos que las sostenían. Ni un solo ápice de tierra a su alrededor, solo estaban ella, sus recuerdos y el mar, el cual le entregaba una paz que creía que no volvería a encontrar, como si ella misma estuviera hecha de las mismas partículas de H2O. Y allí, tumbada en la antigua barca, Aura extrajo el libro que había guardado aquella misma mañana y, con el ruido del oleaje de fondo y la brisa tenue, volvió a sumergirse en él.

Cuando el sol despuntaba en el horizonte, lanzó un rayo amarillento sobre el mar y Sirenita, desde las aguas heladas, se volvió para ver la luz por última vez. Pero de improviso, como por encanto, una fuerza misteriosa la arrancó del agua y la transportó hacia lo más alto del cielo. Las nubes se teñían de rosa y el mar rugía con la primera brisa de la mañana, cuando la pequeña sirena oyó cuchichear en medio de un sonido de campanillas: «¡Sirenita! ¡Sirenita! ¡Ven con nosotras!». «¿Quiénes sois?», murmuró la muchacha, dándose cuenta de que había recobrado la voz. «¿Dónde estáis?». «Estás con nosotras en el cielo. Somos las hadas del viento».

«No tenemos alma como los hombres, pero es nuestro deber ayudar a quienes hayan demostrado buena voluntad hacia ellos». Sirenita, conmovida, miró hacia abajo, hacia el mar en el que navegaba el barco del príncipe, y notó que los ojos se le llenaban de lágrimas mientras las hadas le susurraban: «¡Fíjate! Las flores de la tierra esperan que nuestras lágrimas se transformen en rocío de la mañana. ¡Ven con nosotras!».

Las horas pasaron sin rozarle del mismo modo que los peces saltaban fuera del agua sin dejarse atrapar por las incesantes gaviotas. Sus ojos continuaron enfrascados en la lectura hasta que el volumen terminó y cerró la tapa, dando por finalizado el cuento que Nana le había legado. Durante un rato se quedó expectante, con la mirada perdida en algún punto del basto mar, pensando en la moraleja de la historia. No había sido uno de esos grandes libros que te dejaban con una sensación agridulce al finalizar y con la única opción de permanecer en silencio intentando no pensar en qué hacer con tu vida a continuación. No, no había sido *La canción de Aquiles* y tampoco *Nuestra señora de París*. No había sido *El señor de los anillos* y mucho menos *Memorias de una geisha*, pero Nana lo había guardado para ella por alguna razón.

Allí sentada, con el libro en su regazo y semejante paisaje edulcorando todos los malos momentos que había vivido desde hacía tres años y que habían alcanzado su cenit con la muerte de su abuela, no pudo dejar de pensar en lo feliz que había sido en Luar. Recordaba las mañanas en el antiguo barco pesquero de su abuelo, aquel que había tenido que vender al jubilarse, y cómo se rodeaba de peces que danzaban desesperados al salir de su entorno acuático. Recordaba las historias de piratas que él le contaba para entretenerla y cuando le daba la mano al pasear por el puerto. Recordaba lo impaciente que era cuando tenía diez años porque a una edad tan temprana el tiempo

pasa muy despacio y todos queremos vivir muy deprisa.

Ya estaba dispuesta a volver al muelle cuando tiró de la palanca y el motor se negó a obedecerla. «No me lo puedo creer, no puedes hacerme esto», pensó Aura con el corazón tan agitado que amenazaba con salirse de su pecho.

—¡No puedes dejarme tirada ahora, Venus! —gritó al borde del colapso.

Incapaz de darse por vencida, Aura volvió a intentarlo una y otra vez. Solo obtuvo por respuesta una especie de gemido por parte de aquella chatarra, un ligero ronroneo que se negaba a llevarla de vuelta a tierra firme. Le temblaban las manos y había empezado a dejarse vencer por el nerviosismo. Si antes había deseado ser un gran investigador de novela negra, en aquellos instantes se hubiera cambiado por el intrépido capitán Jack Sparrow o, mucho mejor, por la valiente pirata Morgan Adams. ¡Qué leches! Si le valía cualquiera, Barbanegra, Mary Read, Anne Bonny, Jack Rackam… Para su desgracia, Aura no era precisamente una bucanera, sino un intento de escritora frustrada que servía cafés en una editorial que nunca la había tenido en consideración.

Ya se había hecho a la idea de que tendría que resignarse a esperar allí hasta que cualquier embarcación se cruzara con ella y pudiera remolcarla hasta el puerto o la orilla. Pensar en dejar la barca y volver a nado se le antojaba un hecho imposible, no tanto por el esfuerzo que tendría que hacer al luchar contra la corriente y el oleaje, que podía traicionarla en cualquier momento, sino más bien porque perdería para siempre aquel recuerdo de su abuelo. No estaba dispuesta a dejar aquella pertenencia a la deriva, no cuando que por fin había tomado una decisión.

El sol comenzó a descender, reflejando en el mar su color anaranjado, lo que provocaba un camino resplandeciente, un brillo que se asemejaba al de los diamantes conforme le da la luz. Aura mantuvo la vista fija en el precioso y serpenteante sendero, la calma que sentía en aquel preciso momento acabó por despojarla de cualquier preocupación. Estaba tan concentrada que no fue hasta que levantó la cabeza cuando se percató de que el faro estaba encendido, su poderosa ráfaga luminaria inundaba cualquier rincón. Aura aguzó la vista y se encontró con que llegaba hasta su propio hogar. Se había

olvidado de que desde el enorme ventanal de la habitación de sus abuelos podía verse aquel cabo que le ganaba terreno al mar, justo donde se había construido el faro para guiar a los barcos.

La voz de Nana sonó cristalina en su mente. «Sigue la luz del faro, mi niña, es imposible perderse si él te guía hasta casa». Las primeras lágrimas brotaron, deslizándose por sus mejillas, y se precipitaron desde el balcón que formaba su mandíbula. De repente se sorprendió a sí misma llorando por las pérdidas de aquellos que la habían cuidado como un pequeño polluelo, y deseó no haberle fallado a Nana y haberse podido despedir de ella. Se le habían quedado muchas cosas por decirle en el tintero.

El ruido del motor poniéndose en marcha sobresaltó a la joven, sumida en su propio dolor. Aura solo tuvo que volver a aferrar el pequeño timón para conducir la embarcación al puerto. Cuando consiguió amarrar la barca a la bita mediante el cabo, ya había oscurecido y el cielo quedaba esculpido por un millón de gemas relucientes y un halo lunar que dominaba la bóveda que otrora había sido celeste. Demasiado entretenida en la inmensidad del firmamento y aliviada por haber vuelto a la civilización, uno de sus pies fue traicionado por un conjunto de agentes: barca, mar, gravedad y la tabla de madera. Y así, con un tropiezo tan tonto que más tarde se reprocharía a sí misma por una vergüenza sin igual, Aura perdió el equilibrio. Intentó aferrarse a un objeto que le diera seguridad, pero su ausencia hizo que terminara zambullida en el agua. Su grito agudo podría haberse escuchado incluso en Madrid.

El agua estaba helada y Aura tuvo que hacer un gran esfuerzo por impulsarse y subirse a la barca para a continuación pisar por fin tierra firme. Estaba tan mojada que, si la escurrían, chorreaba. «Pues sí que me ha dado una buena bienvenida el mar», pensó mientras se sentaba y revisaba el interior de su bolso. Estaba tan inundado como La Venganza de la Reina Ana en el interior del océano, el mimbre había sucumbido y el libro con él. Con los pies balanceándose en el borde de la plataforma y tocando el agua salada, Aura abrió el volumen y se encontró con unas páginas débiles y emborronadas. La dedicatoria de Nana no era más que una mácula ilegible de tinta azul que hacía brotar sus lágrimas, las cuales se mezclaban con las gotas que seguían impregnadas en su piel. La dicha y tranquilidad de las que había

gozado durante su jornada de reflexión se habían esfumado, dejándola desamparada.

Capítulo 14

La ropa le pesaba, o quizá fuera el pecho que se le había llenado de piedras, oprimido de tal manera que tomaba el aire entre los labios como si fuera un sorbo de una bebida caliente que le quemase hasta el paladar. Caminaba con las zapatillas encharcadas, que emitían un extraño sonido, tenía una pecera de agua en los calcetines. Sujetaba el libro contra sí en un gesto infantil, el de un niño que no desea mostrar a nadie qué esconde entre sus brazos, un tesoro oculto de oro y gemas preciosas porque es el de un pirata. Aura no lo protegía de la visión de un adulto metomentodo, se había quedado sin tesoro, engullido por el mar. Esperaba que su corazón calentara la humedad del volumen, que lo devolviera a su estado original. Nana creía en la magia. No había mejor momento que ese para que el mundo conspirara y le demostrara que Nana estaba en lo cierto y ella, como siempre, equivocada.

«Una señal para que crea y lo haré», pensó mientras arrastraba los pies por las calles del pueblo. Ese era uno de sus muchos problemas, que no tenía fe en Dios, pero sí en los milagros. Y el cura de la iglesia de Luar le diría que no hay lo uno sin lo otro.

Terminaba con fuerza el sábado, un fin de semana catastrófico. De repente extrañaba —de una manera casi suicida y preocupante— su pisito diminuto de Madrid, a sus dos amigas y compañeras que, al llegar Aura del trabajo en un día excesivamente delirante, se

disponían a llamar a una pizzería para que les trajera comida a domicilio. Extrañaba el ruido atronador de los atascos, las luces intermitentes y parpadeantes de mil colores que se reflejaban en la ventana de su habitación por las noches, el bullicio de Gran Vía, los codazos en las costillas al cruzar el paso de peatones. Echaba de menos —porque de más, nunca— las prisas, la celeridad, los gritos. Si Madrid se componía de miles de componentes efímeros, Luar era perenne, las hojas de un viejo abeto.

El silencio la perseguía, la suave brisa estival la empujaba en su camino y le erizaba el vello de la nuca cada vez que soplaba y se colaba por las zonas abiertas del vestido, el cual odiaba por momentos. Hacía frío, pese a que al verano le quedaba menos de mes y medio para aparecer con su calor pegajoso de almíbar. La quietud que noches antes la adormecía, en aquellos instantes suponía una angustia. Solo se la oía a ella dar pasos vacilantes, chorreantes, calle arriba. Le daba la sensación de que había empezado a tiritar y que le castañeaban los dientes. Se culpó por estúpida, por salir a perseguir sueños de sirenas como si fuera una cría que aún aguarda impaciente la llegada de los Reyes Magos.

Las luces delanteras de un coche la deslumbraron hasta cegarla momentáneamente; estuvo muy tentada de gritarle al conductor que en un lugar como aquel no podía utilizar las largas, pero no tuvo la oportunidad. La camioneta negra se paró a su derecha y el rostro de alguien a quien empezaba a conocer muy bien le sonrió desde el asiento del piloto. Eric mantenía una mano en el volante y otra en el reposacabezas de su compañero invisible.

—No puede ser —pronunció en voz alta.

Si había alguien a quien no esperaba ver en aquella noche de sábado pasada por agua era a Eric Hiráldez y su ancha sonrisa.

—¿Te has perdido en tu propio pueblo, forastera? Porque tienes pinta de haber… —Eric se fijó mejor en su pelo aplastado y mojado, en el vestido que se pegaba a cada una de las curvas de su cuerpo y en la mirada de tristeza— sido perseguida por el kraken. ¿Qué te ha pasado?

No quería ni mirarse en el espejo. ¿Cuán patético sería reconocer que una antigua barca la había dejado tirada en mitad del mar y que una vez que había podido arrancarla y volver al puerto se había caído

al agua? ¿Cuán estúpido sonaría que había estropeado el regalo de Nana sin querer y que no era más que una niña desconsolada? Sentía que incluso después de haber abandonado este mundo seguía fallándole una y otra vez.

—He estado investigando un asunto privado —dijo guardándose el incidente para sí misma. Si le contaba la verdad, estaría burlándose de ella hasta que las reformas tocaran su fin, y para eso aún quedaba bastante. Se negaba a soportar una batería de bromas durante dos meses.

—¿En el fondo del mar, Ariel? —preguntó divertido y con una pizca de malicia en el rostro—. No creo que hayas encontrado allí a tu amigo Sebastián, esto es Galicia, ya nos lo habremos comido. Deduzco por la caminata que no te has traído el coche. Sube, anda, te llevo a casa.

Aura se quedó mirando la puerta de la camioneta que él había abierto desde el interior para ofrecerle cobijo. Llegar hasta casa de Nana a pie le llevaría al menos cuarenta y cinco minutos, en coche no más de trece, a lo sumo. Había oscurecido, el viento arreciaba, las farolas alumbraban con una tonalidad anaranjada el asfalto y la acera.

—No hace falta, puedo ir andando.

Eric enarcó una ceja al ver como la joven se encogía sobre sí misma para buscar calor en su propio cuerpo y evitar la siguiente sacudida que la hacía tiritar, demasiado orgullosa como para aceptar ayuda.

—Ya, pero es que todavía no es verano y por la noche hace fresco. No es que esté preocupado por el resfriado que estás a punto de coger, pero ya sabes que si te mueres no cobro por la reforma.

Ella sonrió ante su comentario, fue todo lo que necesitó, y él se dio por satisfecho al creer que ya había conseguido que esa mueca de niña abandonada desapareciera por un instante.

—Tanta amabilidad me abruma, señor desinteresado. —Aura subió a la camioneta, cerró la puerta y se abrochó el cinturón de seguridad. Le daba cierto apuro saber que iba a dejarle la tapicería como una laguna, mojada y con olor a marisco.

—¿Qué puedo decir? —preguntó de forma retórica con un suspiro de lo más dramático—. Soy un filántropo… Me gusta ayudar a las personas necesitadas como tú y tus cajas de libro y de ropa. Todavía

estoy esperando a que te decidas a llevártelas, ahí siguen cogiendo polvo por tu terquedad.

El coche se puso en marcha a la misma velocidad que Aura rotó sus ojos hasta volverse blanquecinos. No se acomodó demasiado en el asiento, se quedaba pegada al respaldo y ya sentía bien empapada la zona del trasero. Eric subió las ventanillas, impidiendo la entrada al aire fresco de la noche, y accionó el botón de la calefacción.

—Anda, pon ahí al menos las manos o se te quedarán como cubitos de hielo.

La joven cumplió con lo ordenado. Las acercó a las rendijas y dejó que un agradable calor reconfortara sus dedos entumecidos. Una vez que estos hubieron recuperado un poco su color, procedió a colocar algunos mechones enfrente para que actuara como secador. A Eric se le ensancharon las comisuras de los labios al verla. Aura se percató de ello a través del rabillo del ojo. Carraspeó un poco y entabló conversación antes de que el mutismo los aplastara o que lo hiciera esa media sonrisa.

—No sabía que ahora eras mi madre. Que si coger un resfriado, que si las manos como cubitos de hielo, que si las cajas desordenadas…

—Dios me libre. Pero tengo que pintar las paredes y son un estorbo. Bastante trabajo será cubrir todos los muebles con plástico para no mancharlos como para también estar con las cajas tiradas allí, ocupando espacio.

Eric había decidido que, dado que le corría tanta prisa, lo mejor sería ir rotando en los trabajos, y ya que había desabastecido a la casa de puertas, era el momento perfecto para empezar a pintar. Cuando todo se hubiera secado, entonces y solo entonces, las volvería a instalar en sus correspondientes marcos.

—Gracias. Es justo lo que necesitaba, una regañina que confirmara que no soy capaz de hacer nada correctamente, ni llevar unas cajas ni cuidar de una herencia…

Mantuvo las manos pegadas al volante, aunque su mirada se desvió un par de veces de la carretera con el fin de centrarse en el perfil de Aura y así confirmar si lo que acababa de comentar era un pensamiento real. Se sentía un poco descolocado. No había ni rastro de esa muchacha que era más tormenta que calma, esa versión de

Atila, rey de los hunos, que había visto con anterioridad.

Aura no volvió a alzar la cabeza, el resto del camino se dedicó a sostener el libro turquesa que descansaba sobre su regazo.

—No quería decir eso, ni siquiera pienso que sea verdad —dijo a medida que reducía la velocidad.

—Pues lo es.

«¿Qué clase de sentencia es esta?», pensó él mientras frenaba en la entrada del camino de la casa de Nana, echaba el freno de marcha y se acomodaba en el sillón.

Aura sintió como Eric la escrutaba con la profundidad de sus ojos del color de la madera con la que trabajaba, tan oscuros como el café que le servía todos los días. Él no era consciente de que lo hacía, no podía tener una experiencia extracorpórea y ver la manera en que la observaba. A menudo nos cuesta ser conscientes de ese fenómeno, no sabemos cómo miramos a la persona que nos hace perder latidos, ni cómo nos mira a nosotros.

De lo que sí era consciente era de la tristeza que había en el rostro de la joven, que había dejado de ser Atila y la reina hada Mab para convertirse en la imagen de una virgen que llora lágrimas de cera. Lo único que se le ocurrió fue subir un poco más la calefacción para que dejara de removerse en su asiento.

—Cuando quieras me cuentas qué es lo que ha sucedido para que pienses eso de ti misma, como si fueras una quinceañera sin autoestima ninguna y no una mujer que brega con la pérdida de un familiar cercano y sus recuerdos en cada rincón de la casa en la que está viviendo. No sé dónde ves la incompetencia que te achacas.

Aura vaciló. Se sentía ridícula, sentada en la zona del copiloto, con el vestido pegado al trasero, mitad seca, mitad mojada por el agua del mar, que le había dejado una capa salina en la piel que se vislumbraba blanquecina. Se estaba comportando como una niña pequeña. Puede que tanto empecinamiento por hacerla volver a los dieciocho estuviera dando sus frutos y hubiera adoptado la actitud de una adolescente dramática. Confesarle a Eric que su desolación se debía a que se había empapado y había destrozado el libro de *La Sirenita* era lo más infantil que podía llegar a imaginar. ¿Cuánto iba a tardar en pensar que era tonta del capirote?

—Ha sido una tontería, de verdad —dijo intentando convencerse

más a sí misma que a él—. No he tenido cuidado y he acabado bebiéndome el agua del puerto, llevaba un libro que me había regalado Nana antes de morir y se ha estropeado.

Si lo decía a todo correr, deprisa, sin respirar apenas, no parecía tan grave ni que le afectase tanto, ni que esa fuera su dolencia.

—Siento decirte que mis conocimientos sobre reformas no se extrapolan a libros, pero quizá puedas intentar salvarlo con el secador de pelo.

—No creo que funcione.

Eric le echó un ligero vistazo al volumen que reposaba sobre sus piernas. Ese maldito libro de *La Sirenita* que casi había hecho que Aura se lanzara sobre él a morderle la yugular como un perro rabioso el día en que se presentó en su tienda. Bien se habría dejado él asestar un bocado…

Estiró la mano. Aura siguió cada uno de sus movimientos. Por un momento, pensó que el destino de esta sería la suya propia, o la piel lechosa de su muslo que se dejaba ver por el corte de la falda del vestido. No cerró los ojos, sí entreabrió los labios, deseosa de un mínimo roce, una caricia cálida que no proviniera de la calefacción. Eric también había centrado la atención en su propia mano que se dirigía directa hacia los dedos de la joven, llamados por un antiguo hechizo. Despertó de la ensoñación, que no duró más que un par de segundos. Se desvió en el último momento y dio un par de toquecitos a la portada con el dedo. La burbuja en la que estaban encerrados eclosionó, Aura exhaló un suspiro y así supo que reconocía el libro.

—Bueno, deberías conservarlo aunque quede con las páginas arrugadas y amarillentas. Cuando alguien te pregunte por él, podrás contarle la historia detrás de su aspecto. Además, a juzgar por lo que he visto, los libros de Nana tampoco es que estuvieran en perfecto estado, algunos parecían hechos polvo.

Aura tuvo que paladear antes de poder hablar, se le había secado la garganta.

—Sí. —Sonrió rememorando—. Nana tenía una teoría: que los libros no podían mantenerse intactos como si nadie los hubiera leído y disfrutado, había que manosearlos, llenarlos de flores secas, subrayarlos, doblarles las páginas y prestarlos. Tenían que salir al exterior y tener una vida.

—Ahí lo tienes. Nana sabía lo que hacía. Incluso los objetos estropeados tienen cierta belleza.

—Filántropo y filósofo, lo capto —se burló de sus múltiples talentos y abrió la puerta del copiloto—. Creo que con esta última aventura ha sido suficiente por hoy. Gracias por traerme y ofrecerme consuelo, bueno…, y por el consejo del secador, que está claro que no va a funcionar, pero no seré yo quien te quite la ilusión de tu invento.

Eric soltó una carcajada y a Aura le pareció que era la primera vez que escuchaba cómo su grave voz respiraba, dejando de lado la tranquilidad que tanto lo caracterizaba. Fue un soplo de aire fresco que escapaba de sus labios para envolverla y recordarle que estaba pisando nuevamente un terreno fangoso de saturación emocional. Al bajar del automóvil, se percató de que él la seguía mirando, y la paz que había sentido durante aquellos días volvía a inundarla pausadamente, eliminando el peso que le había provocado la pérdida de un objeto material.

Ya estaba a punto de darse la vuelta y enfilar el camino cuando las palabras brotaron solas de su boca.

—Maestro Kenobi. —Llamó al cristal de la ventanilla con sus nudillos, y él la bajó para oírla mejor, no fuera a ser que el sonido del viento se llevara la melodía de su voz—. Durante unas horas, hoy he entendido lo que querías decir con lo de disfrutar de los pequeños placeres de la vida.

—Sabía que lo harías. —Le guiñó un ojo—. Ahora te toca a ti compartir alguna enseñanza.

—No creo que tenga ninguna.

—No es eso lo que Nana iba comentando sobre ti.

Se quedó con las ganas de decirle que cualquier cosa que Nana le hubiera desvelado sobre ella lo más probable era que fuera una versión edulcorada. A menudo solemos amar tanto a algunas personas que no vemos la realidad sobre ellos, es algo que sucede mucho con las relaciones de los padres y abuelos extremadamente orgullosos de sus hijos, quienes al final no suelen ser como ellos creen. Y eso era lo que sucedía con Nana, lo más seguro era que hubiera cantado alabanzas que no pertenecían a ella. Aura no era el Cid campeador. Tenía muchos defectos y, cuánto más se conocía a sí misma y más rebuscaba en su interior, más errores encontraba. Ante eso, Nana le

habría dicho: «los errores forman parte del ser humano y su hermosa imperfección. Todos cometemos alguno y por eso existe el perdón».

Esperó con la única intención de ver desaparecer la camioneta en la lejanía, con sus luces similares a estrellas caídas del cielo, alejando de ella la presencia de Eric, la cual aún creía seguir notando a un centímetro de sus manos. Dejó el libro secándose en la mesa de la cocina, y volvió al exterior. Aquella noche no se dedicó a la remodelación de ropa rescatada ni a la lectura de ningún libro, ni siquiera a trabajar. Se arrellanó en los cojines del banco de mimbre y, con una antigua libreta sobre su regazo, empezó a desenmarañar sentimientos que desconocía.

La estaba mirando, estaba segura de ello porque podía ver su reflejo en el iris de sus ojos a pesar de la distancia. Estaba claro que era un sueño, nadie podría observarse a sí mismo en aquella lejanía. La joven le sonría con sus dientes perlados y los labios de un rosa tan pálido como el de la flor que le daba nombre al color. Era una de esas sonrisas sinceras que lo abarcan todo con la luz propia de quienes la poseen —muy pocas personas—, una de esas sonrisas que auguran que todo irá bien y trasmiten una calma casi imperceptible.

Era un sueño. Lo sabía porque los cabellos trigueños de la joven se arremolinaban en torno a su rostro debido a la suave brisa veraniega que empezaba a nacer por fin, de una manera peculiar. Sus manos, con dedos de pianistas, largos y huesudos, no apartaron los mechones que enturbiaban la posible visión de la joven. No le molestaba aquel torbellino dorado como la arena de las calas más recónditas de Luar. Volvió a sonreírle, extendiéndole la mano e invitándola a que la siguiera, pero Aura no se atrevió a moverse del asfalto que pisaban sus pies. Se zambulló en el frío mar del Cantábrico, y las gotas salpicadas por sus pies desnudos rozaron las mejillas de Aura, sintiendo la salubridad del reino marítimo.

Era un sueño. No había otra opción. Cuando Aura se miró a sí misma, unas extrañas costras de gama cromática fría: turquesa, azul, celeste, plata, blanquecina…, aparecieron en sus muslos, las cuales podía divisar gracias al vestido de volantes que llevaba puesto.

Supuraban agua y parecían palpitar una sustancia diluida, aunque viscosa. Resplandecían cual escamas.

Capítulo 15

El domingo transcurrió en un suspiro, no precisamente como esos anuncios de Ikea del sofá a la cama y de la cama al sofá —a Aura bien le hubiera gustado—. Sino de esa manera tan particular con la que vuela el último día de la semana, entre pestañeo y pestañeo, un visto y no visto. Aura no amaneció tarde, se levantó a la hora acostumbrada, desayunó, se dio una ducha matutina pese a que al volver a casa ya se había metido debajo de la alcachofa con la esperanza de entrar en calor y eliminar la sal de la piel. Adelantó trabajo pendiente de la editorial, mandando papeleo que sabía que se acumulaba, y se puso en contacto con quien debía hacerlo según su jefe. Ediciones Tarquín no abría el domingo, Pedro no curraba en domingo, los becarios no descansaban ni un domingo. Hacía años que su época de becaria había pasado a mejor vida, sin embargo, seguía deslomándose como si fuera una de ellos. ¿La diferencia? Que ella, al menos, cobraba. Ya podía sentirse afortunada.

En la pantalla del móvil resplandecía un mensaje. El emisor era Eric Hiráldez, y si hubiera sido el Papa Francisco, a Aura le habría impresionado menos.

> Sé que es domingo, pero solo quería saber si estabas mejor y habías sobrevivido al primer día de

pulmonía por tirarte a la charca.
Bueno, y si había entrado a quirófano ya por lo del libro y la emergencia sanitaria.

A Aura le costó media hora responder. Leyó un centenar de veces cada una de las palabras. Escribió y borró, reescribió y volvió a borrar. Y tras asegurarse de que estaba siendo graciosa, pero no tan cercana como podría, respondió.

He sobrevivido, exactamente como te dije que haría.
Aún no he intervenido a Andersen. En un rato lo haré, antes tengo que currar.
Gracias por la preocupación. Nos vemos mañana a la hora de siempre.

Cuando lo revisó, hasta ella misma se dio cuenta de que había sonado sosa, seca y arisca. Sin confianzas, se prometió. Dos meses y se iría a Madrid. Volvería con la casa de Nana reformada y, con algo de suerte, puede que vendida, aunque eso era menos factible. Sana y salva. Eso era lo único que quería. Volver tal y como había llegado a Luar.

El libro se secó en la cocina y luego pasó a sufrir una bocanada de aire caliente expulsada por el secador de pelo. ¿Había funcionado? Tal y como Aura sospechaba, no. No en su totalidad. Seco había quedado, eso era innegable, las páginas, no obstante, estaban arrugadas, plegadas sobre sí mismas, débiles. Se vio representada en el propio cuento, en la pasta de celulosa que conformaban los papeles unidos para crear el volumen. Chuchurrida.

Trató de limpiar, sabedora de que al día siguiente todo se convertiría de nuevo en un auténtico basurero. Las cajas, tan molestas para Eric, seguían ahí, algunas precintadas ya con cinta de carrocero, otras todavía abiertas de par en par, acumulando polvo y dejando los libros y la ropa a la vista. Habría encajado muy bien en el escenario de un mercadillo de película americana. En Estados Unidos, los trastos viejos se venden en el jardín —siempre hay algún pirado que los compra—, y en España, iban directos a la beneficencia. Aquello le recordó a Eric y su supuesta filantropía. Una sonrisa no convocada se

abrió pasó en sus labios al recordar la cercanía de la mano de Eric, el ambiente cálido del coche, la mirada de determinación que la observaba. Un cosquilleo le recorrió la columna vertebral. Desbloqueó la pantalla del móvil, ni una respuesta de Eric. Se mordió el carrillo interno, nerviosa.

La ociosidad de mirar contemplativamente las cajas del salón la enloquecía. Tenía dos posibilidades: sentarse a seguir escribiendo, algo que celebrarían sus amigos, en especial Samuel; o ir preparando la casa para la siguiente tanda de reforma. La pintura. Así que el resto del día que el Señor había ofrecido para descansar, Aura lo invirtió en colocar cinta en todos los marcos de las puertas y ventanas. Así Eric no tendría que hacerlo al día siguiente. Era una suerte que hubiera decidido dejar allí las escaleras porque, de no haber sido así, habría sido imposible.

«Para que luego se queje de mí», pensó la joven una vez hubo terminado, satisfecha por su labor. En su fuero interno, hubiera preferido hacer la tarea con él.

Había tomado una decisión y nadie podría conseguir que cambiara de opinión con respecto a ella. Tampoco era que fueran a intentarlo porque: uno, no había compartido su pensamiento con ningún conocido; y dos, seguramente pensarían que se estaba empezando a involucrar. No le importaba darle la razón a su familia y amigos, pero no deseaba que se ilusionaran con la hipotética idea de que se quedaría en Luar. No era plato de buen gusto romperles el corazón una vez más.

Caminó con paso decidido hacia el salón, que se asemejaba bastante a una especie de burbuja enorme en la que introducirse y corretear, exactamente igual que la pelota de un hámster. Aura había tenido un bicho de esos cuando era pequeña, sus padres tuvieron que sufrir los berridos histéricos que se propagaron por todo el pueblo cuando este se perdió por casa de Nana. Nunca apareció, y su abuela se preocupó de hacerle entender que quizá había huido para volver a casa con su familia, porque mantener en cautividad a un pequeño ratón de cola corta era un acto cruel. Después de tantos años, Aura

estaba segura de que había sido Nana la que había abierto la jaula y dejado al animalillo en libertad. No soportaba todos aquellos encierros y mucho menos el de los pájaros. «No puedes contener a la naturaleza dentro de una jaula, aunque esta sea de oro. Esa no es una vida digna».

—Necesito un favor.

—¿Es algo inmoral e ilegal? —preguntó Eric que había estado cubriendo todo el mobiliario con enormes capas de plástico transparente—. Porque siento confesarte que una vez que dejé los estudios me separé de la hierba. Ahora soy un hombre responsable. —Se colocó la mano en el pecho con solemnidad.

«¿Hierba? ¿De qué está hablando?».

—¿Qué? ¡No! —gritó sorprendida—. ¿Tengo pinta de querer comprar hierba?

Eric no fingió pensar sobre la extraña pregunta que le había formulado la muchacha que, por cierto, parecía mucho más animada que la noche en que la encontró vagando como si fuera la niña de la curva. No había ni rastro de aquella máscara de pena que había cubierto sus facciones como un sudario.

—No ahora mismo, pero cuando entraste por primera vez en la tienda parecías una politoxicómana agresiva. —Puso los brazos en jarra—. Te queda bien haber abandonado el chándal, todo hay que decirlo.

Aura miró la camisa blanca que llevaba arremangada y anudada a la altura del ombligo, que completaba el modelito con unos pantalones y las zapatillas, que se habían secado al aire libre.

—Gracias, pero no, camello responsable. No venía a pedirte ningún tipo de estupefaciente, solo quería saber si podrías dejarme tu camioneta.

El hombre dejó de colocar el plástico transparente sobre la máquina de coser y la miró con incredulidad. De todos los favores que podía haberle pedido, jamás se imaginó que fuera a ser ese: dejarle la camioneta.

—Si necesitas recoger algo, puedo traértelo mañana cuando vuelva —se ofreció, tal y como siempre hacía—. También podría bajar las cajas… No voy a insistir más en ello porque es una batalla perdida.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo yo, es un asunto personal. —

Ignoró el tema de las cajas y sus recogidas.

Aura no estaba por la labor de explicarle qué era lo que tenía pensado hacer, porque probablemente le diría que había perdido el juicio, y puede que tuviera razón. Una pena que ella siempre hubiera llevado mal lo de aceptar que los demás no estaban equivocados.

—Prestarte mi camioneta —susurró con fingida frustración. Se masajeó el cuello y simuló dedicarse a la tarea de cubrir el mobiliario mientras por el rabillo del ojo observaba a Aura menear el pie en señal de paciencia—. Es un paso muy importante, no sé si estoy preparado para ello.

—Es una camioneta.

—Es *mi* camioneta.

—Creo que los politoxicómanos se prestan la jeringa, solo te digo eso. —Alzó las manos en una rendición considerable que hizo que Eric tuviera que aguantar la risa.

—Con ese argumento sobre drogas, no sé si puedo negarme a ello. Me has desarmado. Toma —dijo tendiéndole las llaves que guardaba en el bolsillo delantero de su pantalón vaquero—. Toda tuyo con la condición de que me la devuelvas antes de que me vaya a casa. ¿Podrás hacerlo?

¿Acaso dudaba de su puntualidad? Si hubiera un premio a la persona más puntual del planeta, se lo habría llevado ella, excepto el día en que llegó tarde al abogado para abrir el testamento, y el día en que llegó tarde a la cremación.

La joven cogió el manojo de llaves con una media sonrisa en los labios, el tintineo parecía adherirse a ella como los cascabeles diminutos de las tobilleras veraniegas al andar. Estaba pletórica. Últimamente, nunca se salía con la suya, el mero hecho de que esa vez hubiera sido diferente y alguien hubiera cedido ante ella le hizo dar un pequeño salto de alegría.

—Descuida —respondió mientras se ponía de puntillas y aproximaba sus labios a la mejilla de él.

El inesperado beso que ella plantó en su barba pilló por sorpresa a ambos. Besadora y besado. A Aura, su barba le recordó al césped recién podado. Eric lo sintió como si fuera el roce de una mariposa que sale volando de inmediato.

«Sal de aquí cagando leches», le gritó el instinto a Aura, «loca de

las narices». Obedeció al instante, deseando que no se hubiera percatado de que se le habían subido los colores y que estaba tan avergonzada que, si la tierra no se la tragaba, ella cavaría un hoyo con sus propias manos para enterrarse.

Aun cuando la vio alejarse a través de la ventana dando pequeños saltos mientras descendía por las escaleras del porche, Eric se obligó a recordarse que solo estaba allí de paso y que, en cuanto la reforma hubiera finalizado, Aura se marcharía. Era difícil instalar ese pensamiento en su cabeza cuando todavía sentía el tacto de esa unión, la jugosidad y suavidad de sus labios rosados y el olor a jazmín naciendo de su cabello rubio espiga. Incluso se había fijado en el enrojecimiento de su nariz como fruto de la exposición al sol el día anterior y las motitas que habían emergido con algo más de color en sus pómulos.

«¿La camioneta?», pensó Eric, «pero si podías haberme pedido que te dejara mi alfombra mágica y me habría ido a Agrabah a por ella». Desde luego, si hubiera podido construir una, le habría ofrecido un paseo por las mágicas calas de Luar, pero como no era así, se sentía un ladronzuelo que observaba a escondidas a la princesa, solo que en ese caso, el tigre no era la mascota de la joven, sino parte de su personalidad. «Se irá, Eric. No tardará en hacerlo», se repitió de nuevo con la intención de amansar sus sentimientos.

—¡Conduce con cuidado y ni se te ocurra comerte un bordillo! —le gritó desde la ventana al asomar medio cuerpo por ella. La respuesta que recibió fue el sonido del motor al arrancar y un corte de manga de parte de la conductora—. ¡No te metas por las calles más estrechas y no mates a ningún cérvido o el Seprona irá a por ti!

Capítulo 16

Aura había conducido cantando al ritmo de *Like a virgin* de Madonna, desafinando a un nivel que podía haber roto los cristales de las copas y espejos y haber hecho alzar el vuelo a los pájaros nada más oírla. Aquello no era su fuerte, envidiaba el tono angelical de María cuando entonaba *Dancing Queen* de ABBA, pero eso no le impedía disfrutar de una ducha con concierto incluido en el que los botes de gel y champú le silbaban y pedían otra. Naturalmente, ella declinaba la oferta por el aporreamiento insistente en la puerta de su compañera de piso. Desde que vivía sola —y gracias a Dios porque no podía dejar de pensar que durante un par de días había cohabitado con bichos devoradores de madera—, podía permitirse alargar la actuación musical.

A medida que se fue acercando al puerto, el aroma del salitre y el pescado fresco fue apoderándose del ambiente hasta inundarlo todo. La experiencia de la noche anterior ya había quedado en el olvido y en aquellos momentos se disponía a hacer una visita quizá algo más extensa y oficial. Aura iba a honrar sus raíces.

Dejó la camioneta aparcada y enfiló la pasarela de asfalto en la que se congregaban los barcos pesqueros, fondeados con el ancla en las profundidades y un cabo atándolos a tierra firme. La estampa costumbrista no tenía nada que envidiar a los retratos de los grandes

pintores, cada silueta parda que se extendía en el suelo parecía bailar con la brisa veraniega, y el bramido de los trabajadores se desplazaba con ella. El turquesa del mar coloreaba el escenario. Aura le echó una mirada de desprecio a la pasarela por haberle jugado aquella mala pasada un par de noches antes.

—¡Aura! Dos días seguidos, ten cuidado o acabarás faenando con nosotros —le gritó uno de los amigos de su abuelo, quien se hallaba en su correspondiente barco, terminando de sacar el género recién capturado.

—Una mañana extraordinaria —declaró Tomás, el hijo de este, que trabajaba con él desde que Aura tenía uso de razón—. Han divisado un banco de bonitos en plena migración y han dado aviso bien temprano.

—Si Marcelo hubiera visto esto… —El anciano pareció saborear las palabras al nombrar a su antiguo compañero, con una dulce sonrisa y la mirada anclada en algún retazo de aquel inmenso cielo azul que les cubría—. ¡Doscientos barcos, Aura! ¡Doscientos! Por mi hijo que no exagero.

Tomás asintió, dándole la razón a su padre, y posó una caja en los brazos de la joven para que los ayudara. Aura tuvo que cogerla con ambas manos debido al peso de los bonitos, que tiraban de ella hacia abajo, por lo que tuvo que arquear la espalda y centrar su equilibrio. Aquellos peces de escamas plateadas parecían ser más grandes de lo que había imaginado en un principio, podía llegar a imaginar la sonrisa de su abuelo si hubiera participado en la persecución marítima de la mañana. Habría llevado el pescado a la lonja, saludado a todas sus amistades, compartido con ellos un vino y unas risas, y luego, habría vuelto a casa con sal en la piel y olor a victoria. Habría besado a Nana, se habría duchado para eliminar el mar que aún lo bañaba, aunque hay personas que no lo conseguirían ni en un millón de años, y habrían cenado juntos en el porche.

La añoranza… Para Aura, la añoranza eran esos momentos con sus abuelos. La añoranza olía a limón y sabía a salitre, se oía en el bramido de las caracolas, el mar que escuchas en su interior cuando acercas el oído a ellas. Siempre el mar. El mar que lamía las costas de Luar. Algunos decían que era el sonido del aire vibrando en los tímpanos de quienes oyen. Qué poco encantadora esa explicación…

Qué pobre y triste. Nana la aborrecía. ¿Por qué iba a ser algo tan simple como eso cuando el mar podía estar encerrado en las paredes de la concha? Ahí estaba la magia de la que tanto hablaba Nana.

Aura acompañó a Tomás y Mauro hijo a la lonja, donde Patricia y Belén, entre otras, atendían a aquella cantidad de hombres y mujeres que habían echado amarre en el puerto, sonrientes y deseosos de vender su captura. Las cajas se acumulaban en el suelo pegajoso del que costaba desprender la suela de los zapatos, cubierto también por charcos de agua salada, algunas sustancias viscosas y una suciedad que se había ido concentrando en algunos rincones. Los delantales blancos se habían tornado grisáceos y marrones en ciertas zonas debido a la jornada laboral, al igual que los guantes amarillos colgaban de los enormes bolsillos de estos, a riesgo de caerse. Las redecillas de los moños de ellas daban un aire de lo más medieval a todos los cabellos recogidos si no fuera por el vestuario.

—Nuestro padre ya está mayor —le confesó Mauro, que tuvo que gritar por encima de todo aquel gentío para hacerse oír—, pero se niega a retirarse. Dice que prefiere morirse en el mar y con las redes en las manos.

—Y estáis preocupados —intuyó Aura. Ella también lo estaría.

Los hermanos se desenvolvían con seriedad en la conversación, eran tan diferentes que nadie que no los conociera de hacía años habría podido averiguar a simple vista que compartían genética. Mientras que Tomás iba rapado al completo, Mauro mantenía el pelo tan rizado como una escarola, una cara alargada y un lunar en la mejilla que le daba aspecto de señor del siglo xviii.

Tomás, contundente como su estatura y complexión, hizo un gesto con la mano a un trabajador que se encontraba en la otra esquina de la lonja, revisando los pescados uno por uno y asegurándose de que todo estaba en orden.

—No hay forma de bajarlo del barco. Hemos pensado que podríamos comprarle una barca como hizo Marcelo, así podría pescar por sí mismo, dar una vuelta y dejarnos el trabajo duro a nosotros. —Tomás había tanteado el terreno—. ¿Tienes pensado qué vas a hacer con la de tu abuelo?

Aura suspiró tan hondamente que temió desinflarse.

Ahí estaba su oportunidad. Mauro y Tomás buscaban una barca

para su padre, al que acabarían obligando a jubilarse al igual que ellos hicieron con su abuelo —a los lobos de mar hay que alejarlos a la fuerza de su amada—. Ella tenía una barca vieja ocupando un espacio en el puerto, que costaba dinero, muriéndose del asco. Una barca que la había puteado días antes. Si quería deshacerse de ella, era el momento perfecto. Habría matado dos pájaros de un tiro. Puede que no consiguiera mucho dinero, ya que era más vieja que un bosque y estaba descuidada, pero no tendría que encargarse de ella y habría ganado algo que, estaba segura, acabaría yendo destinado a la reforma de la casa.

Venus se merecía, como mínimo, que le dieran una patada en su culo de madera para así aprender a no dejarla tirada en mitad del mar. Le había costado un susto de la hostia. La vendería, sí. La vendería. Así la tacharía de la lista de cosas por hacer de un plumazo.

Un pinchazo en el estómago y un sudor frío en la nuca, esos fueron los síntomas que la aquejaron cuando pensó en desprenderse de Venus. En entregarla, en renunciar a ella, en alejarla. Había disfrutado llevándola, navegando mar adentro, sintiendo la brisa marina en su pelo y el salitre en las mejillas. Era lo más cercano a ser libre que había experimentado desde hacía mucho tiempo. Era lo más nítido que había sentido a su abuelo desde hacía años.

—Lo siento, chicos. —Sonó más triste de lo que pretendió en un primer momento. Quizá porque lo estaba—. Es una antigualla y el motor está hecho una auténtica mierda. El sábado, sin ir más lejos, me abandonó en mitad del mar mientras probaba si funcionaba o no.

Para su sorpresa, Aura se rio al recordar lo sucedido.

Los marineros compartieron una mirada de fastidio al ser conscientes de que habían perdido una oportunidad que habría sido maravillosa, sobre todo desde el punto de vista sentimentaloide del viejo Mauro, al que le habría encantado tener la barca de su amigo.

—No jodas…

—Putos motores —rezongó Tomás.

—Si os la vendo, vais a gastar más dinero en arreglarla continuamente que lo que habrías gastado en comprar una nueva para vuestro padre. No os sale rentable y para estafar ya está Hacienda.

No les estaba mintiendo, Aura no era una mentirosa, de eso se había encargado a conciencia su madre. Sin embargo, un latigazo de

culpa le arañó la espalda al alegrarse al saber que podía quedarse con esos trozos de madera que formaban la Venus.

—¡Pequeña! —El grito de Patricia hizo que todos se giraran para ver como la mujer de arrugas pronunciadas y mandil blanco llegaba hasta ellos con pasos apresurados, evitando las cajas que formaban un laberinto—. No te pasaste el otro día a llevarte los boquerones frescos que te prometí.

—Perdona, tuve un incidente con la barca de mi abuelo y, cuando volví, ya había anochecido.

—Putos motores —volvió a refunfuñar el hombre.

Aura hizo una mueca y les narró cómo la barca había decidido que era hora de su jubilación y la dejó completamente tirada en mitad del mar sin aviso previo y con pocas posibilidades de volver a nado al puerto. Patricia se preocupó por su seguridad, y ella le prometió que se encontraba bien y que había tenido la suerte de que un amigo la recogiera y llevara a casa. No le pasó desapercibida la mirada interrogadora y pícara de la pescadera, que se había percatado de que Aura había denominado a un hombre como «un amigo», sin usar nombre alguno. En un sitio tan pequeño como Luar, en el que todos se conocían, mencionar a alguien por tu relación con él significaba que algo se estaba cociendo y no era precisamente pulpo.

—Bueno, esta vez no te escaparás sin algo de pescado para la cena, ¿entendido? —Patricia había posado la mano sobre su brazo, transmitiéndole el frío que se había unido a ella por el hielo congregado en las cajas.

La joven asintió y aceptó el ofrecimiento.

—¿Puedo pediros un favor antes de que os vayáis a casa?

«Lo que sea», fue la respuesta de Mauro, el más alto y joven de los dos. Y así fue, entre él, su hermano y ella llevaron la barca de Marcelo hasta la camioneta de Eric, a donde la engancharon gracias a un remolque que le habían prestado dada la situación. Los que los habían visto habían alegado que parecían una procesión de Semana Santa con la jovencita rubia delante dando instrucciones. Una vez que lo engancharon al automóvil, Aura se sacudió las manos con un gesto de orgullo en el rostro y la palmada de los hombres en su espalda.

—Avísanos cuando quieras cambiar la barca por un pesquero, te haremos hueco en el oficio —le dijo Tomás, guiñándole un ojo—. Con

tus buenas redes puedes capturar más que un par de grandes atunes.

—Vamos, galán —se burló su hermano de él—. Tú y tu poesía marinera…

Aura soltó una sonora carcajada. No hizo falta que les especificara que le dieran un enorme beso a la familia de su parte, cuando te crías con gente así esas cosas se dan por hecho. Al igual que no existe la posibilidad de que los vecinos no conozcan tu vida, tampoco existe la de que no te ayuden en caso de necesidad. Quizá era eso lo que le concedía esa aura tan cálida al pueblecito costero, a pesar de la brisa fría del mar Cantábrico y el clima oceánico suave.

«El orgullo de un trabajo bien hecho», pensó mirando la barca. Ya estaba a punto de montarse en la camioneta para irse cuando la intensa voz de Patricia le llegó desde la entrada de la lonja.

—¡¿A dónde crees que vas?! —le gritaba con los brazos en jarra, como si fuera su madre—. ¡Pasa ahora mismo por la pescadería!

No se iba a librar ni rezándole a todos los santos. Alzó las palmas de la mano, como diciéndole «a ningún lado. Soy completamente inocente de lo que sea que me estés acusando». No le quedó otro remedio que internarse en la ruidosa y caótica algarabía de comercio que se asentaba dentro de aquella enorme infraestructura metálica, que concentraba en su interior frío, agua y un olor tan salado que podría haber evitado la siembra de toda España si se esparcía por sus campos. Las zapatillas de Aura resbalaban por la superficie acuosa del suelo, empapándose por completo y adoptando aquello que algunos habrían considerado hedor a pescado. «Otra vez en remojo…», pensó la muchacha al sentir los zapatos inundados como la noche del baño nocturno no deseado.

El mostrador de Patricia estaba a rebosar de compradores, y Aura esperó su turno mientras se ponía al día con las vecinas, que habían llegado con bolsas de rafias y carritos de compra, dispuestas a arrasar con la nueva entrada de carne fresca, tanto de pescado azul como blanco. La mayoría de ellas la agarraban del brazo, asesinando su espacio privado, algo a lo que había vuelto a adaptarse; por el contrario, las conversaciones en torno a Nana seguían abrumándola.

—¿Qué habéis decidido hacer con sus cenizas? —le preguntó una mujer de pelo canoso que se encontraba pidiéndole a Patricia algo de boquerones.

—Supongo que lo mismo que con Marcelo, ¿no? —respondió una vecina por ella, dándole un codazo.

—Yo a mí Guillermo lo tengo en casa conmigo, eso de tirar los restos de los muertos me parece una falta de respeto —se entrometió una.

Fue Patricia quien acabó con aquella reunión de viejas cotillas que deseaban opinar de vidas ajenas y tomar decisiones que a ellas no les concernía, y lo hizo de forma tajante y directa, exactamente igual que si hubiera sido sargento.

—¡A callar todas! —Les chistó llevándose el dedo enguantado a los labios—. No me saturéis a la niña con cuestiones privadas. Ya nos enteraremos cuando hagan lo que crean conveniente… Ni que fuerais vosotras los familiares.

Las mujeres adoptaron una expresión de disgusto al verse privadas de un cotilleo jugoso del que poder tirar, porque ese es uno de los grandes divertimentos de las señoras de pueblos pequeños, opinar sobre vidas ajenas comiendo pipas en el banco de la plaza mayor o tomando un café en el bar. El hecho de que no sucedieran cosas extraordinarias también las animaba a no dejar escapar ni un solo cabo suelto a la hora de vigilar los actos de los demás y sus posibles repercusiones. Era como vivir con un contingente de espías de la KGB, pendiente de cada uno de tus movimientos.

—Ponme un cuarto de almejas —pidió un hombre de bigote espeso y blanquecino, que había ignorado todos y cada uno de los comentarios allí expuestos como si también formaran parte del género. El niño moreno y de mirada traviesa que lo agarraba de la mano le dio un tirón, reclamando su atención; este se agachó y oyó lo que le susurró al oído—. Y pulpo… —dijo con la paciencia típica de los abuelos.

El pequeño sonrió al oír como había pedido lo que él le había desvelado secretamente. El crío miró a Aura y le dedicó una sonrisa deslumbrante que la sorprendió. Tenía más boca que un buzón de correos. Patricia despachó las almejas en una bolsa de plástico trasparente, pesándolas hasta llegar al cuarto de kilo, y, cuando empezó con el pulpo, le preguntó al hombre por su hijo.

—Con mucho trabajo por delante, pero más feliz de lo que ha estado desde hace años, ¿verdad, Daniel? —incitó a hablar al pequeño

con camiseta roja de *Spiderman*—. Estoy esperando a que se decida a contarme el motivo de tana sonrisa y secretito.

—¡Oh! No te preocupes, aquí los secretos no duran nada, ¿verdad, Aura?

Se había quedado embobada observando las mejillas regordetas del pequeño, coronadas por un hoyuelo que le daba una apariencia de diablura.

—Aura —la llamó nuevamente la pescadera.

—Sí, sí —dijo, despertando del ensimismamiento—. Duran menos que en una cámara de torturas, se lo aseguro, caballero.

No profundizó mucho más, una vez terminó su compra, se marchó junto con su nieto, y Patricia apartó una buena tanda de boquerones para Aura, los cuales envolvió en un cartucho de cartón.

—Ya sabes qué hacer con ellos. —Rechazó el dinero de la joven—. Fríelos bien e invita a alguien especial a comer contigo. —El retintín de su voz insinuaba algo muy concreto, era obvio que la pescadera estaba refiriéndose al supuesto «amigo» que ella había mencionado con anterioridad, pero Aura tenía otros planes.

Capítulo 17

Durante todo el camino de vuelta, en el que desvió su mirada constantemente para asegurarse de que la barca seguía perfecta en el remolque y que no la había dejado atrás debido a un movimiento que la desestabilizara, Aura le dio vueltas a aquella frase. «Invita a alguien especial a comer contigo». Comer es un placer, y de todo es sabido que las reuniones con amigos y familiares se hacen en torno a la mesa porque cualquier motivo es bueno para disfrutar de una excelente comida. Por eso, en los cumpleaños de los más pequeños hay pastel, tartas y galletas, y también asisten los adultos. En las primeras citas, la gente sale a cenar a restaurantes italianos y, posteriormente, tras años de relación, se afianza el típico sistema de: «¿Salimos a cenar?», «Hoy no, mejor pedimos comida a casa». «Está bien, llamamos al chino». Las jornadas de piscina empiezan y acaban con una agradable barbacoa al aire libre, y los días de playa, con menú en el chiringuito. Por eso, la gente adora viajar, porque además de conocer otras culturas, puedes probar platos exóticos y descubrir un mundo nuevo de sabores. El picante y las especias de la India, el chili y frijoles de México, el arroz y pescado crudo de China y Japón, la pasta fresca de Italia, la musaka de Grecia, el haggis de Escocia, el skyr de Finlandia…

Quizá fuera hora de que Aura enterrara el hacha de guerra, y ¿qué mejor signo de rendición que una afable mesa dispuesta con unos

boquerones fritos y vino?

Con aquella idea en mente, no dudó ni un segundo más en hacer todo un circuito de compras en el mercado, eligiendo los mejores productos y elaborando toda una lista de ingredientes que iba tachando en cuanto los adquiría. Y una vez que terminó con la tarea improvisada, envió el mensaje de rigor.

Preparo una cena especial y os veo en casa de Nana esta noche, a las diez.
No hace falta que traigáis nada, ni siquiera vino, yo lo pongo todo.
Un beso.

Frenar con un remolque y tanto peso detrás no era nada fácil, y Aura estaba deseando librarse de aquella carga que casi había conseguido chocar contra la parte trasera de la camioneta un par de veces. Tampoco había podido evitar echar un ojo a la compra, la cual había situado en el asiento del copiloto, que se movía de forma incesante. Solo pudo respirar tranquila cuando finalmente colocó el freno de mano, arrancó la llave del contacto y las luces del automóvil se apagaron.

«Me va a matar», pensó cuando vio la hora en su reloj, «llego tarde. Llego muy muy tarde». Sus pensamientos podían haber sido una onda expansiva porque así llegaron a Eric, que parecía haberlos oído en su propio cerebro, aunque en realidad fue el familiar rugido de su camioneta lo que le hizo saber que Aura había vuelto. La joven acababa de cerrar la puerta del coche cuando vio aparecer su figura robusta, Eric se aproximaba con el ceño fruncido, dedicándole una mirada de advertencia a través de los mechones que caían sobre sus ojos como una cortinilla. Incluso así, un 15% amenazante y 85% diversión, se le antojaba irremediablemente atractivo.

El hombre se pasó una mano por la melena y apartó el pelo de su cara para permitirse una mejor visión. Los pantalones vaqueros salpicados de manchas de pintura turquesa y beige lo delataban, y la camisa blanca no se quedaba atrás en cuanto a su nuevo estampado. Podía haber salido del barrio de los pintores de París en aquella época bohemia en la que los artistas vivían de noche entre celebraciones y un trabajo apasionante, que más tarde adquiriría notoriedad. Qué

cojones… En aquellos momentos, Aura estuvo por abalanzarse sobre él y fingir que era Nicole Kidman en *Moulin Rouge* y él, Ewan McGregor.

—Llegas tarde —la acusó él, demostrando lo evidente—. Por favor, dime que no te has llevado mi camioneta para hacer la compra del día.

Aura miró las bolsas que colgaban de sus manos y se encogió de hombros con una sonrisa a punto de convertirse en carcajada. Nunca había visto a Eric de esa manera, normalmente era ella quien solía desesperarse con él por muchos aspectos de la vida, como por ejemplo la reforma, que cada vez parecía alargarse más en el tiempo. No obstante, aquella vez sintió que tenía el poder.

—¿Perdona? ¿La alimentación no te parece un asunto urgente? —se burló de él, adoptando una expresión seria.

—Dijiste que era algo personal que debías hacer tú misma… Para eso podías haber cogido tu coche.

—Ah, bueno, sí. No te preocupes, si la próxima vez quieres ser también mi recadero, puedo pasarte la lista de la compra, pero nada de drogas, ¿entendido? No estoy muy segura de si estás rehabilitado.

Eric estaba a punto de contestarle cuando la joven prorrumpió en una risa desternillante al ver la cara de concentración del hombre que tenía ante ella. Su rostro se relajó al comprender que se trataba de una broma y que, obviamente, le estaba tomando el pelo. «Cazado», pensó él mientras observaba las lágrimas de felicidad resbalar por sus mejillas y la curvatura de sus labios.

—Está bien, joven *padawan*, has aprendido y me has dado una lección.

—Te la debía por lo de esta mañana. —A Aura empezaba a dolerle el bajo vientre por la risa, estaba haciendo una buena tanda de abdominales sin darse cuenta.

—Ahora, por favor, dime que no te has llevado mi camioneta para ir al mercado —le suplicó él, haciéndose con un par de bolsas que ella había estado sujetando—. Porque el hecho de haberme aligerado el trabajo colocando las cintas de carrocero en los marcos de las ventanas y las puertas no hace que te vaya a perdonar, que lo sepas.

—Quejica… Encima que te ayudo. Espera, espera. —Su voz se tornó sombría y, de repente, sin previo aviso, con el rostro

congestionado, se acercó a él.

Eric se sobresaltó cuando la vio observándolo desde abajo, con la estatura que le confería ese metro sesenta que la hacía a su lado un gnomo de jardín. Empezaba a asustarse.

—¿Qué? ¿Qué?

—Ahora no soy yo la que frunce el ceño —se regodeó.

Efectivamente, tenía el ceño fruncido. Eric se masajeó la zona y bufó. El aprendiz se volvía maestro y Aura le estaba dando veinte vueltas. Al menos, había dejado de lanzar miradas furibundas por todo Luar como si fueran maldiciones. Estaba relajada, menos tensa y ansiosa.

—Mi teoría es que o lo has hecho para racanearme dinero de la reforma o que necesitabas este favor y has querido hacerme uno antes para compensar.

—Qué fuerte me parece que creas que yo haría algo así. Anda, ven. —Aura le hizo una seña con la mano y él la siguió.

Rodeando el vehículo, se encontró con una barca carcomida por la suciedad y el tiempo, con retazos de pintura que se despegaban de ella como si se tratara de una serpiente mudando la piel. El nombre «Venus» casi desaparecido del casco le recordó al enorme cuadro que se encontraba en la habitación principal. ¿Era cosa suya o los cabellos dorados de Aura se asemejaban bastante a los de la diosa del amor?

—Era de mi abuelo —le explicó ella—. Es lo que fui a hacer la otra noche al puerto, quería probar si funcionaba. Arranca a pesar de todo, pero me dejó tirada en el mar durante unas cuantas horas. Está obsoleta, lo sé, pero había pensado arreglarla yo misma, darle una buena capa de pintura y, quizá…, poder ponerla a navegar en breve.

—¿Sabes algo de mecánica? —le preguntó él mientras se mesaba la barba rasa. Ella negó con la cabeza—. Pero estás dispuesta a aprender porque no vas a permitir que ninguna otra persona te ayude en esta tarea, ¿no es cierto?

El discurso de Eric era una muestra de que empezaba a conocerla casi tanto como las líneas de la palma de su mano. Aura se sorprendió, aunque no tanto como él. ¿Cuánto tiempo pasaban juntos para que fueran capaces de predecir las reacciones del uno y el otro? Ocho horas y dos semanas habían dado para mucho, parecía ser.

—Bueno, va a ser complicado y creo que quizá no será ni rentable

el cambio de piezas. Es más, prometo solemnemente que, si no hay recambios de motor o se vuelve a joder, la dejaré aquí en el porche y la utilizaré como parterre para las macetas. ¿Qué te parece?

—Que es el parterre más raro que he visto. —A Aura se le iluminó la cara—. Y que quien sea que compre esta casa va a parecerle encantador y original. Sacarás un buen pellizco si lo dejas todo tal y como habíamos acordado.

Sin darse cuenta, sus labios se formaron en un mohín.

Aún quedaba para ello. Había que pintar y dar una segunda capa de pintura. Colocar las puertas. Asegurar las escaleras y el techo. Que Aura comprara un nuevo armario para la habitación que alguna vez le había pertenecido. Todo le pertenecía, era de su propiedad. Su casa. No la de Nana, por mucho que se empeñara en seguir llamándola así. No estaba ocupándose de ella porque su abuela se hubiera ido de vacaciones, no la cuidaba en su ausencia. Era suya. Su casa en Luar.

Durante un par de segundos se quedó ahí, observándola, con una mano descansando en su cintura y la otra cargada con la compra. Los mechones rubios obstaculizaron la visión de la figura hogareña recortada en el promontorio. La inesperada palmada de Eric contra la barcaza, como si se tratase de un caballo, hizo que lo mirara.

—¿Vas a dejar que te eche una mano?

—¡Ni hablar! Como ya has dicho, esto es asunto mío. Tú ya tienes mucho trabajo con la casa como para que te involucres en algo más. Y me gustaría hacerlo por mí misma, demostrar que soy capaz de ello.

—Eso sí que es una pena —se lamentó él con un hililllo de voz—, me estaba acostumbrando a participar en las locuras de la joven Aura Riveiro.

Lo que realmente había querido decir es que era una lástima, porque estaba deseoso de retrasar la reforma todo lo posible. Se había empezado a habituar a trabajar en aquella casa tan bonita con el murmullo incesante de Aura, que le decía cómo quería decorarla y qué ideas había tomado de alguna web que su amiga María le había mandado. A tomar un café en la cocina a la hora del descanso, mirándola a los ojos de color castaño y escucharla parlotear sobre alguna vieja anécdota de Nana. A hacerla reír, a sonrojarla cuando le lanzaba alguna pulla divertida y pícara que ella intentaba sortear con una gracia nada elegante, a hacerla enfadar e, incluso, a ver cómo

cosía en aquella máquina. A veces, aunque él se encontrara en una habitación distinta a la de ella, su mera presencia lo reconfortaba hasta un punto que le parecía casi obsesivo.

Por fortuna, Eric podría gozar de la compañía de Aura un poco más, aunque no fue tan placentero como él esperaba. Entre ambos tuvieron que hacer un esfuerzo sobrehumano para descargar la barca y llevarla hasta el jardín de la propiedad. Una vez que recuperaron el aliento, la joven le desmenuzó al completo el plan que había estado urdiendo concienzudamente mientras hacía la compra en el mercado. Si la hubiera compartido con sus amigos, Samuel habría dicho que era una idea suicida porque enfrentarse a Carmiña el azote de los rebeldes era como ir a la guerra a pecho descubierto y esperar que nadie te disparase. Aura solo esperaba salir victoriosa, en caso contrario, se contentaba con salir viva de la incursión a campo enemigo.

Según Eric, qué era lo peor que podía suceder. Según Aura, que su madre la metiera en el horno y la cocinara como un cochinillo, con manzana en la boca y una botella de cerveza en el culo.

—Es una cena de paz. No podéis estar siempre de uñas y dientes. Fumaos la pipa de los indios. Deja de tratarla como si estuvierais en una batalla campal, reconoce la sabiduría y el poder de tu contrincante, respétala, agasájala y ofrécele ricos manjares —la instruyó—. Así es cómo se firman las treguas. Dándole la mano al oponente y aceptando sus grandes habilidades de guerrero.

—¿Y si me ataca?

—Una sonrisa. Una que le recuerde que eres su vida entera.

—Mi madre no se ablanda con esas cosas.

—Todo padre se ablanda con su hijo, es un instinto primario.

Podría haberlo corregido de la misma forma que lo había hecho con su madre. No todos los padres tienen ese sentimiento, algunos cometen actos atroces. Carmiña no era así, ella lo sabía, y colgarle la etiqueta de «madre que va a asesinar a su criatura» era tan injusta como falsa —aunque había tenido ganas más de una vez—. Durante su primer y segundo año en la capital, había demostrado día y noche que se preocupaba por ella mediante esa insistencia de llamadas y mensajes que le sugerían dejar el trabajo y volver a Luar. Con el paso del tiempo, el tono se fue agriando y el contacto, minimizando, por eso cualquier roce entre ellas daba lugar a heridas y sangre. Luego era

su padre el encargado de sanarlas a ambas, cada una por un lado, con palabras indulgentes y esperanzadoras.

Lo único que debía hacer era escarbar un poco en la superficie de la tierra removida de ese corazón, y para eso tenía que mancharse las manos y hasta los codos si hacía falta. El amor estaba ahí, por muy visceral que fuera.

Capítulo 18

A través de la ventana de la cocina podía vislumbrar la antigua barcaza reposando en la verde hierba del jardín, como si fuera un elemento decorativo usado por los niños de la familia para simular que eran piratas en busca de un tesoro escondido. *Los Goonies* habría sido la gran película que habría incentivado la imaginación de esos críos inexistentes que Aura visualizaba en su mente, recorriendo la propiedad entre juegos y gritos de diversión. Llevarían la ropa rota, un parche negro en el ojo y unos cuantos sombreros de tres puntas, pañuelos rojos y azules anudados a la cabeza, y espadas de plástico como armas mortíferas. Quizá, si uno de ellos se caía al agua, fuera atrapado por el cocodrilo, que se comería su mano, como la del Capitán Garfio. Y entonces habría que darle caza al animal.

Cuando volvió la mirada a sus manos llenas de harina, las efigies de los pequeños desaparecieron y la joven tocó tierra con sus pies, de vuelta al mundo real. Eric se había despedido de ella tras la sesión de ejercicio que se había visto obligado a hacer cargando la barca, y estaba segura de que se había dejado allí parte de sus pulmones y había ganado un buen lumbago. Aura no pudo estar más agradecida y, antes de que se percatara de lo que estaba haciendo, le prometió compensárselo. A él, obviamente, ni se le pasó por la mente rehusar. Y ella ya no tuvo escapatoria.

Durante varias horas se había dedicado a adecentar la casa lo máximo posible, una tarea harto ardua dado que el polvo se acumulaba por cada centímetro que encontraba disponible, amontonándose hasta formar diminutas pirámides de Giza. Los muebles habían sido dispuestos en el centro del salón, como si se tratara del juego de las sillas, de esa forma habían podido pintar las paredes enteras y no a retazos, a lo chapucero. Cubierto el mobiliario por plástico, no ayudaba a amortiguar la atmósfera de caos que reinaba y, por supuesto, las cajas precintadas, cuyo interior contenía ropa y libros para donar, seguían en el mismo sitio desde el primer día: en uno de los rincones. Para más inri, la ventana abierta de par en par no había disipado el olor a pintura, que se le metía en las fosas nasales haciéndolas arder.

«Vale, hay que saber qué guerras se pueden ganar y cuáles no. Una retirada a tiempo también es una victoria», se había dicho a sí misma cuando se dio cuenta de que las manecillas del reloj continuaban con su habitual ritmo y ella aún no había empezado a preparar la cena. Así que había dejado el salón lo más recogido posible, que ya era mucho decir, con sus tres paredes recién pintadas de alabastro y una de turquesa, y se había puesto manos a la obra con el aspecto culinario.

—Buena suerte, la vas a necesitar esta noche —le había dicho Eric —. Mañana me cuentas qué tal ha ido la Paz de las Damas.

Aura había lanzado un suspiro al aire y, habiendo terminado de colocar la mesa de la cocina, donde cenaría con sus padres, pensó que Margarita de Austria y Luisa de Saboya lo habían tenido mucho más sencillo pactando a favor de los territorios de España y Francia en nombre de su sobrino e hijo, respectivamente. Se imaginaba a sí misma sentada en una pose muy solemne y comentándole a su madre con un tono altanero que se negaba a continuar con aquella ofensiva que lo único que hacía era menguar sus fuerzas y desabastecer a su reino.

El timbre anunció la presencia de los invitados con un sonido chirriante que se propagó hasta la cocina. Aura sacó el vino del frigorífico y lo dejó sobre la mesa, había respetado el antiguo mantel de flores de su abuela y por un momento sintió su presencia. «Deséame suerte», le pidió al cielo, «a ver si logro entenderme con la

cabezota de tu hija».

En el exterior, Carmiña y David, ella con una falda vaquera hasta las rodillas y una blusa de flores de media manga; y él con una camisa de cuadros mangas cortas, esperaban a que su hija se decidiera a abrirles y dejarlos pasar.

—Yo solo digo que estoy preocupada, si no ha cambiado absolutamente nada… No sé qué más podremos hacer —compartió Carmiña en un susurro, asegurándose de que sus palabras no atravesaban la puerta de madera de la entrada.

—Algunas cosas llevan tiempo, cariño, quizá necesite… —La conversación se vio interrumpida por el ruido de un manojo de llaves, y cuando el rostro sonriente de Aura apareció en la jamba de la puerta, el silencio se hizo entre ellos—. Nos ha sorprendido mucho tu invitación —dijo David a modo de saludo, estrechándola entre sus brazos y dándole un beso en la mejilla—. Estás muy guapa con ese vestido. ¿Es nuevo?

—¿No era de Nana? —preguntó Carmiña nada más verla, que tenía una memoria envidiable para ciertos aspectos—. Me suena bastante de habérselo visto a ella.

Que la velada empezara con un cumplido suponía un buen comienzo, o al menos si este no hubiera sido lanzado por su padre, que no era nada sorprendente. Aura lo agradeció, se sentía bastante orgullosa de cómo había quedado teniendo en cuenta que hacía años que no cosía y que las manualidades no eran su fuerte.

—Así es, lo he pasado por la máquina de coser, no quería deshacerme de ropa que podía aprovechar. —Alisó la falda de este con sus manos, permitiendo que el estampado de topos blancos sobre rojo se hiciera más patente—. Pensaba que se me daría peor, pero creo que ha quedado bastante bien.

—Estoy sorprendida con tus dotes de costurera… —la halagó su madre, quien inspeccionaba con detenimiento el recibidor—. Ahora solo necesitas un buen corte de pelo para terminar de deshacerte de la mujer que llegó de Madrid en chándal, con las puntas abiertas y ojeras.

«Ya empezamos…». Aura resopló y continuó enfilando el pasillo que los llevaría hasta la cocina. Se armó de paciencia, era solo el principio de la velada y aún quedaban horas por delante. Pensó en

Eric y en sus consejos de filósofo barato. ¿Qué le diría de haber visto la avanzadilla de arcabuceros de su madre? Estaba claro. Que pese a los ataques de la artillería, le había hecho un cumplido, y que ese cumplido era un paso hacia delante. Que menos da una piedra, como quien dice.

Todavía no habían llegado a la cocina cuando escuchó la exclamación angustiosa de su madre, quien se había cubierto la boca con ambas manos en un gesto de lo más teatral al observar el salón por el rabillo del ojo.

—Por el amor de Dios. Esto parece… —No tuvo tiempo de continuar con la frase, David terminó la similitud por ella en un intento de que todo discurriera tranquilamente.

—Uno de los campamentos a los que tu madre y yo íbamos cuando éramos unos jóvenes alocados. ¡Oh, vamos, Carmiña! No me mires así —la reprendió con suavidad al notar el rictus de sus labios —. Hemos estado en sitios mucho peores en nuestros tiempos *hippies*. ¿Te acuerdas de aquella vez en que…?

—Vale, vale. —Suspiró ella—. Nada de rememorar aventuras del pasado. Yo solo quería decir que esto necesita una limpieza bastante profunda. Al menos podríais haber recogido las latas de pintura, los rodillos y la escalera mortífera.

Carmiña no pudo evitar arrugar la nariz, gesto que Aura notó en seguida.

¿Podrían haberlo hecho? Evidentemente. Pero ¿para qué iban a desmantelar el equipo, guardarlo en la furgoneta para que Eric se lo llevara y traerlo al día siguiente, si podían tenerlo siempre allí? La segunda mano de pintura no tardaría en llegar.

—Se ha vuelto una estirada con el paso de los años —le susurró David a su hija, que emitió una risa por lo bajo, la acompañó cogida del brazo y dejó en la retaguardia a su mujer—. Ya verás que todo va bien, tengo la sensación de que el día de hoy sentará un antes y un después en la historia de las mujeres Riveiro.

«Qué más quisiera yo…», deseó la joven. Carmiña no parecía esperarse lo que encontró en la cocina que recordaba con tantísimo cariño, aquella en la que su madre la había encontrado múltiples veces intentando escapar por la ventana o volviendo a horas intempestivas, evitando así el castigo que su padre, Marcelo, iba a

imponerle. De repente, no paraba de verse a sí misma, una joven Carmiña con un pelo muy muy rizado, pantalones largos y acampanados teñidos de distintos colores, y una camiseta raída con un sol pintado a mano, que abría el frigorífico a hurtadillas para paliar el hambre que le provocaba la hierba recién fumada con un hombre un par de años mayor que ella. Aquellos años habían quedado tan atrás que ya apenas rememoraba los errores que ella había cometido en su juventud.

—No has tocado la cocina… —dijo con un deje de nostalgia en su voz, mientras rozaba con la yema de sus dedos las sillas pintadas de verde menta con asientos de esparto.

En los ojos de su madre habitaba una chispa de luz, un candil recién encendido. Aura no contuvo las comisuras de sus labios, que se elevaban al observar el semblante de relajación que había adoptado Carmiña. Fue entonces cuando sus ojos se posaron en la mesa que se encontraba allí delante. El mantel de Nana, el vino recién abierto, los cubiertos envejecidos, los platos de porcelana de flores, las copas de cristal nuevas, y un plato de un verde traslúcido, cubierto por un papel de cocina, guardando así el calor.

—Me parecía el alma de la casa. Eric está empeñado en que cambie la instalación, pero no creo que sea necesario, la hornilla funciona perfectamente y no me importa que sea de gas.

Carmiña y David compartieron una mirada efímera que Aura no llegó a captar, era una suerte que toda una vida juntos les permitiera mantener una conversación sin hacer uso de las palabras, y entonces él pensó que había acertado en la predicción que había compartido minutos antes con su hija. Todo iba a ir bien.

Sirvieron el vino y se sentaron a disfrutar del menú que Aura había preparado, cuyo principal protagonista eran los boquerones frescos que Patricia le había regalado aquella mañana.

—Me han dicho que ayer saliste con la barca de tu abuelo. —Carmiña soplaba sus dedos mientras retiraba la espina del pescado—. Pensaba que ya ni siquiera funcionaría.

—Bueno, está en sus últimas horas, pero creo que con un buen cirujano podría volver a la vida. No tengo mucho a lo que dedicarme hasta que Eric termine de hacer un par de cosas en la casa, así que antes de estar parada mano sobre mano…

Su madre emitió un pequeño gruñido cuando se quemó con el siguiente boquerón, que cayó directamente sobre el plato, momento que Aura aprovechó para servir una fuente de almejas, que rebosaban sobre un líquido rojizo debido al pimentón y el sofrito de tomate triturado, cebolla y vino blanco.

—*Ameixas á mariñeira* —reconoció su padre, salivando más de la cuenta.

—¿Vas a hacerlo tú? —preguntó Carmiña, sorprendida, mientras se limpiaba las manos en una servilleta de tela y reconducía el tema. Aura asintió, con la boca demasiado llena como para contestar—. Cariño, eres licenciada en Literatura, no mecánica.

Su padre estaba demasiado centrado apartándose algunas almejas en su cuenco como para prestar atención a si Aura estaba capacitada o no para asir una llave inglesa y pringarse las manos con el aceite del motor de la embarcación.

—Nunca sabré si soy capaz si no lo intento, ¿no? No puedo perder nada, te aseguro que es imposible que quede peor.

—Eso explica por qué Patricia nos ha comentado esta tarde que te habías llevado la barca —dijo finalmente él—. Están deliciosas, tienes muy buena mano.

—Es gallega. ¿Cómo no va a tener buena mano? —lo reprendió Carmiña con sarcasmo, para a continuación seguir el ejemplo de su marido y probarlas—. No voy a ser yo quien te diga que no puedes hacerlo. No después de ver cómo te estás enfrentando a esta reforma, aunque la casa esté hecha unos zorros. He de admitir que el color del salón le habría gustado a Nana, ¿cuál es?

—El turquesa, creo que el 352, no lo tengo claro…

—Lo importante es que creo que va a quedar muy bien la casa, siempre has tenido buen gusto a pesar del chándal andrajoso. Se venderá bien. ¿Cuándo finalizan las obras?

A Aura empezó a saberle amarga la salsa que acompañaba a las almejas, y por un momento se planteó la posibilidad de que esta se hubiera cortado, algo que tuvo que desechar cuando se percató de que ninguno de sus progenitores lo había notado, sino que migaban pan en ella. No era la salsa.

—Aún no lo sé, se suponía que duraría dos meses a lo sumo, pero al solo trabajar Eric se está retrasando un poco.

—Ya sabes que puedes venirte a dormir a casa si ves que esto se vuelve del todo inhabitable, que no tardará en suceder entre que no existen puertas y habéis empezado a pintar.

David exhaló un sonoro suspiro.

—Estamos haciendo lo que podemos, mamá. Trabajamos en veinte mil cosas a la vez y Eric solo tiene dos manos, no podemos ir más rápido.

—Pues ya sabes, ayúdale con las paredes. Para pintar solo necesitas un rodillo y una escalera, precisamente lo que tenéis tirado en el salón como si esto fuera Leroy Merlín. ¿No eras tú la que tenía tanta prisa por acabar cuanto antes y poder irte de Luar?

Esquivó el misil poniéndose de pie y trayendo el postre, aunque los dientes le castañeaban un poco y no precisamente por el frío. Estaba siendo una tregua un tanto extraña, lo mismo se levantaba la bandera blanca que se agujereaba a base de tiros por una ráfaga de disparos y acababa hecha un auténtico colador. Las trincheras y la mesa de negociaciones, dos escenarios en los que se manejaban a la perfección. «La pipa de la paz», se recordó.

Con el *Requeixo de A Capela* servido y el café terminando de burbujear en la cafetera, que se encontraba en el fuego, Aura colocó el membrillo, la miel y la mermelada para acompañar a aquella variedad de queso tan popular de la zona, que se preparaba con leche fresca y sin cuajar. No obstante, no faltó la usual queja por parte de su padre con respecto al café, no soportaba el descafeinado, y Aura se negaba en rotundo a abastecer a todos sus invitados con un estimulante como tal, y más teniendo en cuenta que era por la noche. A lo mucho, les serviría un té.

La velada discurrió sin interferencias, con una conversación que marchó sobre ruedas, en la que se plantearon diversos asuntos más allá de la reforma, como la inminente llegada del verano, que estaban esperando con mucha ilusión. El solsticio de verano y la noche de San Juan era toda una celebración en Luar, se apilaban troncos y maderas en las calas para formar enormes hogueras cuyas lenguas de fuego tocaran el cielo, y otras más pequeñas que los muchachos saltaban en un alarde de valentía. Se quemaban deseos pedidos en susurros. Se rociaba con agua salada de mar las entradas de las casas. Y lo más importante, se construían casetas y puestos de comida, bebida, juegos

y joyería en el festival de San Juan, todo decorado con hileras de guirnaldas. Era una de las fiestas favoritas de Aura desde que tenía memoria.

Junio estaba a las puertas, llamando con ímpetu. Evitaron pronunciar lo que más temían: que si todo seguía su curso, Aura no estaría allí para entonces. Al contrario que Nana. Admitir que la veía en todas partes de aquella casa en ruinas —no había otra forma de definirla en esos momentos dado su estado— sería abrir un debate para el que no estaba preparada. Por encima del hedor de la pintura, por encima del inconfundible aroma de los boquerones y las almejas, e incluso del café, se encontraba el de Nana, un olor que se había adherido al mobiliario, las paredes, el suelo y el techo, impregnando cada rincón. A veces se preguntaba cómo alguien tan menuda podía ocuparlo todo.

No habían vuelto a hablar de las cenizas de Nana, que seguían encerradas en la urna azabache, a la espera de ser lanzadas al aire veraniego. La única tarea que no podía quedar pendiente cuando ella se marchara a Madrid. Ya le había fallado a Nana en demasiados momentos, en vida y en muerte. Hacerlo una vez más era impensable.

Un extraño pitido alarmó a los comensales, quienes se encontraban embebidos entre los manjares de la cena y la conversación, que no terminaba de ser del todo amena al tratar tantos temas. El timbre acababa de sonar en el exterior. Aura miró la hora del reloj, las once de la noche. El postre estaba servido y no esperaba a nadie, no había más invitaciones. Con una disculpa en los labios se retiró, dejando a sus padres en la cocina, para observar por la mirilla de la puerta quién era la indómita persona que había decidido interrumpir la apacible velada.

Una figura parduzca permanecía de pie en el porche, y si no hubiera sido por los faros delanteros de la camioneta, que se encontraba en el camino, no habría podido distinguir el semblante de Eric sin encender las luces.

«Pero ¿qué…?», pensó extrañada.

Capítulo 19

—Perdona, sé que estás cenando con tus padres y que es un mal momento, pero me he dejado el móvil por algún lugar de tu casa y lo necesito. ¿Te importa que lo busque? No tardaré nada, lo prometo.

Se masajeaba la nuca con una mueca entre el pesar y la disculpa perpetua por interrumpir, con los dientes apretados, como si aquel despiste hubiera ocasionado un problema mayor y el duro trabajo del día se hubiera fundido en un dolor en los hombros.

Aura lo invitó a pasar con un «por supuesto». Apenas habían tenido tiempo de recorrer el pasillo cuando ambos se toparon con Carmiña apoyada en la jamba de la inexistente puerta, observando una escena que la hacía sonreír de una forma especial.

—Eric —lo saludó la mujer—. ¡Qué sorpresa! Llegas justo a tiempo.

Le hubiera sorprendido la familiaridad con la que lo trató si no fuera porque Luar era tan diminuto que sus habitantes se trataban como si estuvieran emparentados, savia del mismo árbol y sangre del mismo organismo.

—Buenas noches, lamento la interrupción, solo venía a por algo que me he olvidado. No se enterarán ni de que estoy aquí.

Esperó que su madre lanzara el siguiente misil nuclear que los

dejara hundidos en el cráter provocado por el impacto. Algo así como: «Oh, sí, supongo que serán las latas de pinturas, los rodillos y las escaleras que están ahí tiradas sin cuidado ninguno». Nada más lejos de la realidad. La bandera blanca ondeaba en la colina que en su descenso daba a las tenebrosas trincheras. Una promesa de paz.

—No te preocupes. —Hizo un aspaviento para quitarle importancia—. Ya habíamos terminado el postre y el café, así que nos íbamos.

Sorprendida, más que sorprendida. Con Eric, Carmiña utilizaba la mano izquierda.

Lo dejó rebuscando en el interior de la casa, como si fuera la suya propia, mientras ella se aseguraba de despedir a sus padres en el porche. No había sido una velada digna de la realeza ni una que fuera a ser preservada en los Anales de la Historia, pero sí pasaría a la posteridad dentro del ámbito familiar como el día en que madre e hija no se gritaron y tiraron la vajilla a la cabeza. No era una victoria que Aura saboreara, aunque el amargor de la garganta se había ido disipando, la decepción no era más que el último reducto de la resistencia que batallaba frente a Luar.

Con el cielo salpicado por diamantes imposibles de alcanzar y una luna que deseaba reflejar su rostro en el mar, Aura abrazó a su padre. Cada vez le costaba más alejarse de él, no quería pensar qué sucedería cuando la casa estuviera restaurada y ella debiera alzar el vuelo destino a Madrid. Abandonar el nido. Otra vez. Pensaba que eso solo sucedía cuando te despedías de tus progenitores para irte a estudiar a la capital o cuando decidías independizarte con unas amigas o una pareja con la que llevabas toda una vida. Pero no, ella viviría una experiencia doble. Lágrimas a los dieciocho, lágrimas a los veintiocho.

Al llegar el turno de Carmiña, quien se había encogido sobre sí misma debido al frío de la noche mientras esperaba a que su marido se retirara para cederle el lugar, el ambiente se hizo un poco más pesado. Durante unos segundos se miraron mutuamente. Qué de tiempo gastado en batallar la una contra la otra…

—Tengo algo que confesarte antes de que te vayas. —Su madre la miró con ese brillo en los ojos tan propio de quién sabe el final antes de que lo pronuncies, el don de ser madre—. El libro de Nana está destrozado —dijo con cierto temblor—, se cayó al agua y se mojó por

completo. He conseguido secarlo un poco con el secador, pero no es lo mismo.

—Lo que se destroza se arregla, aunque no llegue a ser nunca lo mismo, o se deshecha en caso de no tener salvación, lo que queda es el aprendizaje. Con el tiempo averiguaremos si el libro ha cumplido su función.

«Si he seguido la luz del faro», pensó al desviar la mirada y otear el horizonte, donde una luz brillaba cual estrella que indica el norte.

El abrazo en el que se fundieron parecía resolver la guerra en la que llevaban internas desde hacía tres o cuatro años, las ofensivas habían cesado. Aura agradeció profundamente verse resguardada en los brazos de su madre, sin sentir la incomodidad y el deseo irrefrenable de escapar. Cerró los ojos y aspiró el suave aroma que desprendía, a limón y a laca. A perfección y a limpieza.

—¿Sabes lo que deberías hacer cuando ya esté todo en orden? —le preguntó a punto de irse de la mano de su marido—. Limpiar la casa con un palo de santo, a Nana le encantaba eso de desprenderse de las malas energías. No es que yo sepa mucho del tema ni que las note en el ambiente, pero más vale prevenir que curar.

—Vale, *meiga*, gracias por tu aportación mística. No sabía que se heredaban esos dones.

—Aura, un último consejo, que como siempre sé que no me has pedido, pero que vas a tener que escuchar porque la vida es así de injusta con las hijas. Cuando las cosas cambian en tu interior, también lo hacen las de tu alrededor. Prepárate.

¿Prepararse? No sabía si iba a resistir otro giro de ciento ochenta grados que pusiera su vida más patas arriba de lo que estaba, con un montón de plástico cubriendo los muebles, una escalera metálica en mitad de un salón y un trabajo que la apaleaba sin descanso. A la siguiente vuelta que diera la rueda de la fortuna, lo mismo vomitaba hasta echar la primera papilla. Y no estaba ella para limpiar potas de nadie, ni siquiera la suya.

La búsqueda frenética del móvil no tuvo nada que envidiar a la de Indiana Jones y sus múltiples hallazgos, que empezaban a parecer más

fáciles de obtener que la ubicación del dispositivo electrónico. Aura había llamado varias veces para identificar de dónde provenía el sonido, pero al haberse quedado sin batería lo único que se oía era el más absoluto silencio, paliado por los pasos de Eric y ella, junto con los resoplidos de frustración.

El reloj dio la una de la mañana cuando consiguieron divisarlo, se encontraba escondido debajo de unos cojines, y estos, protegidos por el plástico con apariencia alienígena. Para entonces había tenido tiempo hasta de fregar mientras canturreaba *Our last summer* de ABBA; los platos, copas y cubiertos ahora descansaban en el fregadero. Momento en el que Eric había tenido que armarse de paciencia hasta que explotó con un: «Aura, por Dios. ¿Cómo puede ser que suenes como si estuvieran atropellando a un pobre gato?». Ella rio con ganas, no era la primera vez que oía esa comparación, y continuó por lo bajo, ignorando su comentario. Porque cuando las cosas van bien, el canturreo sale a la luz.

Durante un buen rato estuvieron encima del sofá, con la superficie semitransparente pegadas a sus correspondientes traseros y haciendo ruidos cada vez que se movían. Aura le relató el transcurso de la noche y él escuchó atentamente. Se le antojaba gracioso que se enredara con sus palabras, que fuera una persiana y que no se callara ni debajo de agua. Hablaba por los codos, y en eso era igual que Nana.

—Al final todo ha ido bastante bien, no han volado casquillos de balas, ni he visto muertos desangrándose por el camino ni a la policía por aquí —señaló Eric con una sonrisa en los labios y las manos en los bolsillos.

—Reconozco que ha ido mejor de lo que pensé en un principio, aunque los primeros minutos fueron algo tensos. Mi madre se llevó las manos a la cabeza con el desorden, y eso que en sus años jóvenes era muy *flower power*.

—Pues si lo viera ahora le daría un ataque al corazón. Debería engancharme el móvil al cinturón, así dejaría de perderlo por todas partes.

—Como los niños con los chupetes. Lo tendré en cuenta, te traeré mañana un par de pañales y un babero.

—Que rápido te has acostumbrado a tomarme el pelo, joven *padawan*. Ya no hay respeto ninguno hacia los maestros *jedi*… —

Suspiró con fingida decepción—. No me había dado cuenta hasta ahora de lo bien que se te dan los ataques, debe ser herencia materna, un poder que pasa de generación en generación.

Aura abrió tanto los ojos que casi se salieron de sus cuencas.

—No se te ocurra compararme con mi madre.

—¿Por qué? Os parecéis bastante, quizá por eso chocáis tanto.

—Eso es imposible. —Su boca, que formaba un óvalo perfecto, pasó a convertirse en una mueca de indignación—. No podemos ser más diferentes. Somos como el día y la noche. Lo único que tenemos en común es el apellido, por Dios.

—Ya. Supongo que no se puede tener todo en la vida. —Eric se encogió de hombros—. Eres guapa, pero con una percepción pésima de las cosas. ¿Qué le vamos a hacer? ¡Hasta luego, mini Carmiña! —dijo entre risas.

En otras circunstancias, el hecho de que hubiera admitido cierta atracción hacia ella la hubiera hecho enrojecer desde el último mechón de pelo rubio hasta la punta del dedo del pie. Aprovechó que él le había dado la espalda para posar sus manos sobre ella y empujarlo hasta la salida, recorriendo el pasillo, mientras ladraba:

—¡Fuera de mi casa!

—No seas exagerada —se quejó, haciendo fuerza con las piernas y resistiéndose al movimiento, lo que hizo que frenara en seco—. Solo he dicho que os parecéis. Ni que eso fuera el peor de los insultos…

Hizo un esfuerzo que le arrancó un gruñido. No había forma de arrastrarlo a la salida de la casa, era como si lo hubieran petrificado y estuviera empujando a una tonelada de rocas en forma de persona. Que Eric estuviera cincelado en mármol y esculpido por los dioses griegos según María —y un poco de razón sí que tenía—, quizá tuviera algo que ver.

—Que no vas a poder, ratona, te saco dos cabezas y peso el doble que tú. Ni siquiera me has movido aún las cajas del salón, y eso que son más ligeras.

—Las voy a mover solo para tirártelas encima, a ver si así te callas. ¡Pesado, que eres un pesado con las cajas!

Empujó nuevamente. Por un momento, pensó en apartar las manos de su espalda, sobre las que él hacía fuerza. Eso lo desestabilizaría. Daría un par de pasos atrás, como mínimo, al notar el

cambio en su centro de gravedad o que ya no tenía sujeción ninguna. Algo la frenó. Las ganas sorprendentes e irremediables de aferrarse a él, de abarcarlo con los brazos, de ponerse de puntillas y besar su nuca, su hombro. Se descubrió a sí misma más palpando que dando empujones, más que resistiendo el peso muerto de Eric, atontada por la cercanía. Pensó que los dedos viajarían solos por su espalda en una caricia, imitando las cosquillas de las hormigas.

«Hazlo. Deja de pensar y actúa», la incitó la voz de María.

«No seas gallina, capitana de las sardinas», se rio en su mente Samuel.

Que hubiera dejado de presionar su espalda hizo que Eric girara el cuello hacia la derecha con el fin de divisarla por el rabillo del ojo. El silencio de la joven le perturbaba.

—¿Traigo mañana el doble de herramientas para que así puedas empezar con la barca?

La realidad fue una bofetada en la mejilla, Aura despertó con el efecto del agua fría sobre su cuerpo.

—Sí, por favor —alcanzó a decir lo más recompuesta posible—. Y ahora… ¡Fuera!

Aura volvió a empujarlo, esa vez con más ímpetu, y consiguió moverlo un par de centímetros. El recorrido dejó de ser tormentoso en cuanto él cesó en su inamovilidad y se dejó arrastrar por la muchacha, que refunfuñaba a medida que lo echaba de su hogar. El portazo que le regaló en las narices terminó por divertirle la noche.

Eric se quedó en el porche, con los hombros encogidos y una sonrisa en los labios.

—¡Oh, vamos! Aún me debes una por haberte ayudado a descargar y trasladar la barca de tu abuelo, ¿recuerdas? —gritó con la intención de que su voz llegara hasta el interior.

En un par de zancadas se plantó en la cocina, recogió la bandeja de pasteles que también había comprado y que no habían llegado a tocar —en preferencia, por el queso—. Abrió la puerta, se la tendió con un gesto de indignación que no engañaba a nadie, y cerró nuevamente con sonoridad. Apoyada sobre la superficie de madera de la puerta, con la respiración acelerada y el corazón tamborileando en su pecho, contestó como pudo sin que se notara su cansancio.

—Estás más que servido con el postre. ¡Fuera de mi porche!

—¡De eso nada! —le respondió Eric, cuyos ojos se habían posado en la infraestructura que los separaba, como si pudiera observar a través de ella—. Me debes una y pienso cobrármela.

—Eric Hiráldez, será mejor que te vayas, porque si no, pienso azotarte con el látigo de mi indiferencia a partir de ahora.

—¿Otra vez con el látigo, marquesa de Sade? Le estás cogiendo gusto a esto…

El tono travieso de su voz hizo que las mejillas de Aura se tiñeran del color de la grana, era una suerte que no pudiera verla. Sabía lo que su amiga María le diría de estar viéndola en aquel momento, como si se tratara de una cría de quince años, avergonzada al recibir un comentario que no esperaba del chico que le gustaba del colegio. Así que, con la puerta como separación jugando a su favor, reunió el arrojo que durante años había ido asimilando de su cómplice de fechorías y habló alto y claro, a sabiendas de que él aún esperaba una respuesta.

—Más gusto voy a cogerle en cuanto te someta a mis deseos más sórdidos, será mejor que escapes ahora que puedes…

Oyó la carcajada detrás de la puerta, arrastrada por la suave brisa primaveral que aún era fresca y hacía temblar a los más frioleros. Luego, los pasos —ya tan reconocibles para ella— abandonando el porche, un «buenas noches» al que no respondió, se le quedó atragantado en la garganta y, cuando emergió, solo fue un susurro quedo. El motor del coche, las ruedas... El deseo de que no se fuera le quemó en la lengua, en las palmas de los pies al no salir corriendo, en las yemas de los dedos en el contacto aún vigente de la ancha espalda que podía haber abrazado en vez de empujado.

Sentada en el suelo, observaba el inicio de las escaleras. La había pescado, como diría su abuelo. Nana habría cambiado la palabra por hechizado o cautivado, mucho más evocadora. Fuera como fuese, se estaba resistiendo a sus redes o al embrujo, luchaba con todas sus fuerzas contra el sedal que estaba tironeando de ella para sacarla a la superficie. No quería dar la última bocanada fuera del agua, percatarse otra vez de que debía haber sido más lista, más rápida, menos inocente. Que quizá debía haber huido cuando aún tenía tiempo, cuando aún tenía la oportunidad. Que se puede salir viva e indemne, que Aura no quería regresar a Madrid rota cual muñeca de

porcelana que se ha precipitado contra el suelo. Ni quería que le destriparan y arrancaran las agallas en el mercado una vez que Eric le hubiera quitado el anzuelo. Ya había picado innumerables veces, había aprendido la lección. ¿No era eso lo que le había dicho su madre, que el aprendizaje perduraba?

Era ilusa, pero no imbécil. Buena, y de buena, a veces, tonta, lo sabía. Había trabajado en ello para que no se repitiera —el ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra—. Así que lo que tenía que hacer era reunir todas esas experiencias y utilizarlas a su favor, cumplir la promesa que tanto se había hecho tiempo atrás. Que una y no más, Santo Tomás. Se conocía lo suficiente como para saber que si seguía así iba a entrar en un laberinto sin salida. Aquello tenía fecha de caducidad, como los yogures. Mejor no probarlo si no quería sufrir de una diarrea, aunque en este caso el padecimiento fuera un corazón roto.

«Pero hoy me ha llamado guapa», se recordó al morderse el labio inferior.

Capítulo 20

A la mañana siguiente, Eric cumplió con lo prometido, una caja de herramientas de color azul metálico descansaba en la hierba del jardín mientras Aura, sentada cual jefe indio, examinaba cada una de ellas y repasaba la información que había ido adquiriendo la noche antes con respecto a la disciplina de la mecánica, tan desconocida para ella. «Bendito internet. Esto debe ser el mejor invento de la humanidad. Ni la rueda ni la imprenta… Si existe solución para algo, está dentro de esta pantallita con el logo de Google» pensó, haciendo clic en una nueva página.

Durante dos interminables horas, Aura siguió paso a paso las instrucciones de un video tutorial de YouTube que, según ella, le salvó la vida, no sin desesperarse cada vez que tenía que repetir los pasos una y otra vez porque su mente divagaba entre los comentarios que su madre había hecho la noche anterior. «Cuando las cosas cambian en tu interior, también lo hacen las de tu alrededor». Puede que su madre llevara razón, al fin y al cabo, ¿no se sentía diferente desde que pasaba los días en Luar? ¿No se había instalado en lo más profundo de su corazón una especie de paz que aplacaba su alma todoterreno y le permitía dormir y zambullirse en sueños serenos y placenteros? La muchacha de pelo revuelto y venas burbujeantes de estrés y prisas había desaparecido, metamorfoseándose en la persona que era mismo.

Había roto la crisálida. La calma que exudaba por cada poro de su piel hacía que María la mirara de forma rara y Samuel la denominara la «nueva Dalai Lama».

Sus dedos parecían de plastilina, la llave inglesa se le resbalaba constantemente, con un sonido amortiguado gracias a la hierba. Aquello no era su fuerte, desde luego. Tenía las manos llenas de grasa y, después de haberse arrascado la nariz, parte de su cara también, era como el deshollinador de Mary Poppins, solo que en mujer. Se secó el sudor de la frente y la nuca, y exhaló un enorme suspiro que no consiguió satisfacerla del todo. Había desmontado el motor y la barca era una enorme cáscara de nuez infectada por el paso del tiempo y el agua salada. Si su abuelo la hubiera visto en aquellas condiciones, solo habría podido pensar en cómo había podido dejar la generación venidera que sucediera semejante catástrofe. Aura se sentía responsable. Le dolía ver el esqueleto de la casa en condiciones tan horribles, crujiendo por el sufrimiento al ser martilleado y perder puertas, acumulando polvo por los rincones, cediendo ante una nueva capa de pintura maloliente. De igual modo la barcaza, que más que nadar renqueaba en los últimos coletazos de supervivencia, como el hálito que escapa de los labios de un moribundo. «Tengo grandes proyectos para vosotras, de verdad. Solo necesito algo más de tiempo, paciencia y un poco de fe», les rogó con esperanza. «Todo irá bien».

La aparición neblinosa de un par de niños correteando alrededor de una lancha pirata imaginaria en mitad de un mar repleto de peligrosos tiburones volvió a golpear su mente, y, cuando Eric salió al porche para tomarse un descanso, los fantasmagóricos y etéreos críos corrieron a su lado para tirarle de la camiseta blanca llena de suciedad.

Desconcertado, Eric vio cómo Aura se le quedaba mirando igual que si hubiera visto a un espíritu moviendo la tabla de la ouija, la joven se abalanzó directamente a abrir la puerta de su coche. Tuvo que mirar detrás de sí para comprobar que el cuerpo de Nana no levitaba a su espalda cual alma errante. No pudo tampoco preguntarle qué la había asustado de esa forma, la muchacha pisó el acelerador y desapareció en el camino de tierra, huyendo pueblo abajo. Sus intenciones eran honestas, o lo más sinceras que podían ser dado que su pensamiento era acercarse a ver qué tal iba con la barca y ofrecerle

ayuda si la necesitaba, aun sabiendo que la respuesta sería una negación rotunda. Lo que desde luego no había esperado era aquella reacción asustadiza. Lo único que tenía claro es que ni gozando de los poderes de Charles Xavier podría leer la mente de Aura y entenderla al cien por cien. Era un enigma imposible de resolver. Una suerte que siempre se le hubieran dado bien resolver acertijos.

Condujo todo el camino con una extraña opresión en el pecho. Se estaba volviendo loca o había desayunado algo en mal estado, era lo único que podía explicar que viera a aquellas formas pueriles correr hacia Eric y azuzarlo a jugar. La otra opción era que ella estuviese muerta y en verdad hubiera adoptado el papel de Nicole Kidman en la película de *Los Otros*. Si al volver a casa se encontraba a una muñeca maldita cambiando de lugar o soñaba con un hombre de jersey a rayas negras y rojas, había sido absorbida por una película de terror.

Fuera lo que fuese, tenía algo claro, que era tonta. Tonta de remate. Tonta del capirote. Había actuado igual que la noche anterior, había huido. Huir de Eric como alma que lleva el diablo, porque al final del día era lo único que sabía hacer, lo único que sabía que funcionaba con total seguridad. Si huías, el amor no te alcanzaba, o sí, suponiendo que Cupido era un cazador certero y sus saetas daban en el blanco. Puede que le fallara la puntería si ella correteaba en zigzag, ese angelito rechoncho de alas diminutas con su arco y sus flechas de corazón merecían un escarmiento. Así aprendería a no ir enamorando a diestro y siniestro a personas que no lo habían pedido.

Correr le otorgaba seguridad, una distancia prudencial, una barrera desde la que ver el peligro. Cada paso que Eric daba en su dirección traía como consecuencia un par de zancadas que Aura daba en su contra.

Tenía que cruzar varias calles hasta llegar al negocio que buscaba, El anzuelo del capitán, que no era más que una tienda de aparejos de pesca y toda clase de utensilios para dicha actividad. El nombre lo hacía muy atractivo y, cuando algún turista entraba, esperaba encontrar a alguien parecido al capitán Horacio McCallister de *Los Simpsons*, un hombre con barba blanquecina, ojo de cristal y pata de

palo. Quien lo llevaba no era un antiguo lobo de mar, sino un vecino más de los que habían heredado la propiedad de sus antepasados, que había cambiado el antiguo rótulo de Aparejos Luar por uno mucho más divertido, en el que un ancla pintada de azul aplastaba a un cómico pez.

Las paredes estaban cubiertas de redes de arrastre, y el mostrador de madera guardaba en su interior, a la vista gracias al cristal, una colección maravillosa de conchas marinas que habían sido recogidas en la playa. Las manecillas del reloj eran dos sirenas, y el doce, tres, seis y nueve, caracolas. Un cuenco en forma de estrella de mar admitía propinas al lado de la caja registradora, que almacenaba todo su encanto no en billetes, sino manteniendo la esencia de aquellos tiempos antiguos.

—Necesito ayuda —suplicó Aura una vez que consiguió centrar la mirada en el hombre que se había abierto paso tras una cortinilla de cristales verdes que colgaba del quicio de una puerta secreta—. Bueno…, y un motor para sustituir al que acabo de desarmar de la barca de mi abuelo. —Elías la miró por encima de sus gafas y asintió—. También pintura impermeable, barniz… y no sé si algo más, lo cierto es que no controlo mucho sobre el tema —confesó con cierta vergüenza.

El dueño le cedió todo un catálogo de muestras para que fuera eligiendo el color mientras él buscaba en el interior de su tienda lo requerido, lo que no fue nada fácil, especialmente porque tuvo que averiguar con poca información cuál era el tipo de motor que precisaba la embarcación. Colgado del teléfono, y tras una investigación minuciosa y varias llamadas, encargó uno para que lo trajeran desde A Coruña.

—Estas cosas siempre tardan algún tiempo, pero estimo que en una semana estará aquí. ¿Quieres que te lo lleve a casa?

—No será necesario —respondió Aura, levantando la vista del libro de Pantone—. Yo misma me pasaré a recogerlo.

A continuación, la joven señaló las tonalidades por las que se había decantado, Elías lo catalogó de una muy buena elección. El hombre depositó la compra en una bolsa de rafia e hizo la cuenta mediante una calculadora, una libreta y un bolígrafo, a la antigua usanza.

—Me encanta que todo siga como siempre. —Podía haberse referido a la usual forma de llevar el precio de los productos, pero a juzgar por la mirada que echaba a su alrededor, Elías supo exactamente a qué se debía—. De pequeña me parecía que esta tienda era un refugio de piratas.

—¿Sabes que mi padre pensó en añadirle un par de mascarones de proa a la decoración? Mi madre le dijo que era excesivo y que, si las cosas funcionaban, no debían cambiarse, así que lo hemos mantenido intacto. Quería colgarlos en esa pared de allí. —Señaló una de ellas, ocupada por varios cuadros de paisajes costeros—. Era un gran lector, tenía predilección por Pablo Neruda, el escritor chileno. Leyó en una biografía que los coleccionaba y que tenía la casa llena de los mascarones que se encontraba o se vendían de navíos naufragados, y quiso imitarlo.

Fue consciente de que estaba poniendo exactamente la misma cara que si hubiera chupado un limón, es decir, cara de amargor con una mueca.

—Es un poco siniestro, ¿no crees?

Aura no quería ni imaginarse todos aquellos rostros esculpidos en madera observándola cuando se levantara una noche de invierno, en aquella casa que tenía Nana, algo más alejada de las demás, con la lluvia azotando los cristales y el viento colándose por alguna ventana abierta. Alfred Hitchcock podría haber hecho una buena escena a partir de una idea tan tétrica. Y a ella podría haberle dado un ataque al corazón.

—Más bien romántico.

—No creo que tengamos la misma idea de romanticismo, Elías, no te ofendas.

El dependiente se rio.

Había tantas ideas de lo que era romántico como amores existían en el mundo.

—Neruda estaba terriblemente enamorado del mar, por eso residía en Isla Negra. Tenía muchos mascarones, la Medusa, la María Celeste, la Guillermina, la sirena Victoria, la María Rapa Nui, la Venus Cabalgante… ¿No es acaso eso amor? ¿No es romántico vivir en una isla paradisiaca rodeado de rostros rescatados de las profundidades?

—Supongo que visto desde esa perspectiva sí que es romántico.

—Es tan romántico que podría escribirse una novela sobre ello. Piénsalo, es una buena idea. Un lobo de mar solitario y envejecido que está en sus últimos años de vida decide retirarse a una casita en una isla desierta, su refugio personal. Y en ese hogar decorado por mascarones de proa de navíos naufragados, las mujeres esculpidas en madera astillada, carcomidas por el salitre y el agua del océano le cuentan historias pasadas, susurros al oído.

Aura se inclinó hacia delante sin darse ni cuenta, agazapada sobre el mostrador.

—¿Qué historias son esas? —quiso saber, intrigada.

Elías sonrió, sabedor de que la había cazado con su anzuelo y un buen cebo. Se acercó a ella y su voz descendió hasta convertirse en un murmullo, un secreto que desvelaba con misterio.

—Las de las mujeres que pusieron rostro a los mascarones, por supuesto. Las de los capitanes que deseaban volver a tierra firme para amar a esas modelos que habían prestado sus facciones para las sirenas de sus barcos. Las de los propios barcos que se ahogaron.

—¿Eran piratas?

—Y descubridores y conquistadores.

—¿Y ellas?

La cercanía entre ambos se rompió cuando de repente Elías dejó de ser cuentacuentos y recuperó su apariencia de dependiente, alejándose de ella. Cualquier halo de fantasía quedó disuelto.

—Tú eres la que ha estudiado literatura y ha dejado Luar para trabajar en la editorial tan famosa esa… —Hizo un gesto con la mano, que significó que desconocía el nombre. Aura recobró su posición inicial y cerró la boca, otrora entreabierta por la sed de aventuras—. Aprovecha tú que sabes de estas cosas.

»Quizá pueda decirle a Eric Hiráldez que me consiga una para la tienda —dijo, pensativo, visualizando cómo quedaría aquella pared repleta de efigies de hermosas mujeres—. Tu abuelo animó mucho a mi padre a que lo hiciera, puede que ya vaya siendo hora de darle un nuevo aire. ¿Qué te parece?

Aura dirigió la mirada hacia la pared y, a continuación, se encogió de hombros.

—Supongo que no son tan populares como las herraduras de caballo y los tréboles de cuatro hojas para atraer a la suerte, pero

tienen la misma finalidad.

—Por esa regla de tres, quizá sea lógico que todos tengamos uno en casa. Puede que para cuando vengas a recoger el motor tengamos una nueva adquisición.

Fuera como fuese, Aura tenía claro que, por muy prendada que estuviera del mar, jamás colgaría una sirena de madera de un antiguo barco en su salón. Solo de imaginarlo sufría de escalofríos. Prefería los típicos navíos encerrados en botellas de cristal, como el Jolly Roger del capitán Garfio en la película de Robin Williams, o un racimo de conchas unidas por un cordón.

Aún no había abandonado el local cuando dio media vuelta, ya con la mano en el pomo de la puerta, y preguntó:

—Elías, ¿de verdad puedo quedarme con la historia del viejo lobo de mar y los mascarones de proas?

Asintió.

—Toda tuya.

—¿Cómo termina?

—El viejo marinero muere en la cama, arropado por las voces de las almas de esas mujeres que quedaron atrapadas en los mascarones al ser esculpidas.

—¿Y no pueden escapar nunca?

—¿Para qué crees si no que los capitanes de barcos eligieron a sus amantes? Para que los protegieran y acompañaran cada vez que se hicieran a la mar, para que nunca los abandonaran.

Sería una historia triste, desoladora, de esas que te encogen el corazón y te humedecen los ojos, de las que te exigen un descanso y un respiro, o más bien un suspiro, al cerrar el libro, al leer el final. Pensó en todas las mujeres que habían sido consideradas hermosas con el paso de los años, todas ellas inmortalizadas en mármol, en piedra, en lienzo y óleo, en el papel y la tinta de poemas y novelas. Todas musas, inspiradoras de obras maestras que habían pasado a la posteridad. ¿Estarían encerradas ahí como el genio en su lámpara? ¿Y si esa eternidad era el precio de la belleza, el precio del capricho y enamoramiento del artista?

Aura decidió que era mejor ser artista que musa. Y también que, si se embarcaba en la aventura de escribir lo que Elías le había regalado, debía ser después de la biografía de Nana, que le hormigueaba en los

dedos desde su llegada a Luar.

Capítulo 21

De vuelta no pudo evitar hacer una pequeña parada en la biblioteca del pueblo, donde Marisa, una señora que tenía tantos años que podría haber competido con la fundación de Luar, le dio la bienvenida y la dejó divagar entre los pasillos creados por estanterías de madera. «El templo del saber», lo denominaba Nana. «No vayas a la universidad, quédate aquí, hazte bibliotecaria y sabrás más de literatura que el decano ese que te dé un papelucho con un título firmado por el rey».

La primera vez que pisó el templo del saber fue gracias a Nana, que la había llevado pueblo abajo para presentarle los tesoros ocultos después de prometerle que, si se terminaba el desayuno y se portaba bien mientras ella cosía, la conduciría a descubrir un mundo maravilloso. Tenía ocho años y nunca había visto tantos libros reunidos en un solo edificio. Exclamó un «buah» que hizo que su abuela se riera como una posesa, y juntas habían enfilado los pasillos en busca de una lectura adecuada. Aura no se podía creer que tuviera la oportunidad de elegir más de un libro. De normal, sus padres solo le habían permitido comprar uno en la librería y, una vez que lo hubiera terminado, entonces se acercaban un fin de semana después a por otro. Había titubeado, vacilado, no había sido capaz de elegir, había tanta variedad… Fue como si el genio de la lámpara mágica hubiera cumplido sus más fervientes deseos. ¡Fue como ganar la lotería!

¡Había podido llevarse a casa más de un libro, hasta cinco, y gratis! Solo tenía que devolverlos a tiempo. Así funcionaba el trueque. Y todo porque tenía un carné, un carné con su nombre que decía que era miembro, miembro de algo —no sabía muy bien de qué—. Las puertas se abrían para ella. Esa tarjeta plastificada fue mucho mejor que aquella con la que sus padres sacaban dinero en un cajero.

Durante un largo periodo de tiempo, cuando a Aura niña le preguntaban qué quería ser de mayor, ya no respondía rica, sino bibliotecaria. Esa inocencia le sacaba una sonrisa de añoranza, la misma que sentía al pisar con sus zapatillas los suelos por los que de pequeña había correteado. Allí, en la sección de Poesía Hispanoamericana, se encontraba Pablo Neruda esperando a que alguien volviera a leer sus versos, entonándolos ante un amante perdido. *Memorias de África* fue su segunda adquisición, o más bien, préstamo. Gozaba de quince días para deleitarse con aquellas magníficas obras que habían marcado un hito en la literatura.

Con los libros bajo su brazo y caminando rumbo al coche, con la otra mano, cargada y dolorida por el peso de la compra en El anzuelo del capitán, algo llamó su atención. No había reparado en el templete en forma de kiosco de prensa que se encontraba a la vuelta de la esquina, donde los periódicos, enganchados con un cordel y unas pinzas, revoloteaban mostrando las noticias. Un hombre acababa de pagar por una revista y se despedía del vendedor. Sus pies, sin permiso alguno, ya estaban en marcha y Aura cruzaba la calle recta con la mirada fija en el puesto. Para cuando quiso detenerse, era demasiado tarde.

José se escondía en su interior, con un bigote blanquecino y espeso, en contraposición con la escasez de pelo de su cabeza, que lo asemejaba a la morsa de *Alicia en el País de las maravillas*. Tenía un rostro afable, las comisuras curvadas en una sonrisa que mostraba una dentadura postiza cuanto menos. Plegado al igual que las cartas que había mandado a Nana, igual que los periódicos que vendía, sus arrugas eran prominentes. Aura pensó que quizá fuera mayor que Nana, pero no, simplemente se conservaba peor. Su abuela siempre había tenido una piel envidiable y tersa, la grasa de la que tanto se había quejado había procurado que las líneas de expresión fueran mínimas. Ella firmaba por envejecer igual de bien, por llegar a los

setenta igual de activa.

Fingió ojear el género, sería un descaro ir hasta allí solo para quedarse empanada analizando cada uno de sus rasgos, aunque no fuera eso por lo que se había acercado a él. Inspeccionó algunas revistas, y tuvo que mudar los libros de la biblioteca a debajo de la otra axila para así tener algo de movilidad. Entre mirada y mirada de curiosidad, finalmente optó por *La Gaceta de Luar*, un periódico bastante pequeño que habían montado un grupo de amigos desde hacía años y que había llegado a parar a sus descendientes, quienes mantenían no solo el vínculo de amistad. Era interesante, así lo definía Aura, un boletín informativo que se encargaba de redactar artículos de opinión, hacer propaganda de cursos, algún que otro anuncio de venta de un vecino, recogía también quejas sobre la penosa situación de la carretera de entrada al pueblo, entre otros asuntos.

Pagó con un par de monedas, acumuladas en el fondo de su bolso.

—En verdad quería hablar contigo —se sinceró, enrollando el periódico entre sus manos ya desocupadas al depositar la carga en la acera.

—Estaba esperando a que llegara el momento de que te dignaras a aparecer. Tu madre ya me ha contado que no te sentó demasiado bien encontrar una carta mía entre las pertenencias de Nana.

Aura no contestó y José pensó que a ver cómo le explicaba a aquella muchacha tan guapa y que le recordaba a su abuela que era imposible no sentirse cautivado por Nana. La vitalidad que derrochaba era tal que estaba seguro de que los satélites, planetas y estrellas no giraban en torno a los sistemas, sino a ella, atraídos por su magnetismo místico. Aura rechazó el café que este le ofreció, él en el fondo no tenía mucho tiempo y tampoco podía permitirse abandonar más que un par de minutos su kiosco, así que se quedaron tal cual. José salió del interior de aquella estructura que lo protegía como si se tratase de la muralla de un castillo, intentando adoptar una pose más natural e íntima.

—Tu abuela no se sentía sola, quiero que lo sepas, y yo no me sentía solo a pesar de la viudedad. Con el paso de los años crees saberlo todo, a esta edad la vida ya no puede darte muchas más sorpresas, si te soy sincero… ya lo has visto todo, pero te acaba demostrando que te equivocabas. A veces, es tan bonita que parece de

verdad, ¿no crees? —La sonrisa que se adueñó de su apacible rostro hizo más profundas las arrugas de sus setenta y dos años—. Todos los días compraba un periódico, según ella, le gustaba estar informada, aunque luego me confesó que odiaba leer las noticias que no pertenecieran a Luar. «El mundo está devastado a las afueras de este pueblo, somos el último reducto de lo que significa la verdadera humanidad», me dijo un día.

»Nana era muy lista, tenía muchos dones, y entre todos ellos el que más me gustaba era que sabía ver el interior de las personas, el aura que los rodeaba, aunque yo nunca he creído mucho en eso, pero ya sabes cómo era ella. La mía decía que era amarilla como los girasoles, ya ves tú… —El amago de risa ligera dio paso a una tos que arrancaba la voz más grave de su garganta—. Perdona, hija…, ¿por dónde iba? Ah, sí…, lo que te decía… Tu abuela además compraba todas las semanas la gaceta y se paraba a hablar un rato conmigo. Fue una grata sorpresa cuando me la encontré en el curso de cerámica.

José y Nana habían compartido las experiencias que les había regalado una larga vida siendo vecinos y conocidos, y desde entonces algo más que amigos. Se acostumbraron a pasear por el pueblo, a merendar juntos, a ir al mercado, al puerto y a la playa… Ella se reía de cómo las manos de aquel anciano no eran capaces de modelar ni un triste plato de arcilla, las suyas, mucho más hábiles, creaban recipientes de todo tipo. Participaban en las veladas y bailaban juntos al son de la orquesta que el ayuntamiento contrataba durante las fiestas, debajo de una enredadera de luces que cubría la plaza junto con farolillos de papel que aumentaban el encanto de Luar.

Nana fue igual de feliz durante su efímera relación con José como con Marcelo y la familia que habían logrado formar Carmiña, David y la pequeña Aura. La misma intensidad, pero no el mismo amor, porque Nana sabía que todas las personas eran distintas y, por tanto, las relaciones fraguadas.

—¿Era eso por lo que querías verme? —le preguntó el kiosquero tras una larga conversación que había inundado las mejillas de ambos.

Aura asintió.

Conocía a Nana desde la óptica de nieta, desde la óptica de hija de Carmiña y desde la de yerno de su padre. Conocía a Nana desde la visión de sus amigas del pueblo, con las que se reunía cada noche de

viernes para jugar al mus a partir del fallecimiento de su marido, cuando todas empezaban a enviudar. «Ley de vida que los hombres se vayan antes», había dicho su abuela, «yo creo que es por los años que nos quitan ellos entre sofocos y sofocos». Y así conoció a Nana a través de los ojos de enamorado de José.

—Quizá te gustaría venir un día a casa y elegir algo de ella, hay muchas pertenencias que he guardado en cajas, a lo mejor te interesa alguna como recuerdo, además de las cartas que he conservado.

Aceptó. La conocía bastante bien, sabía que, en cuanto Aura oyera la verdadera naturaleza de sus encuentros con su abuela, lo entendería. La recordaba correteando por la plaza con sus amigos de siempre, bajo la atenta mirada de su madre e incluso sus abuelos, pendientes siempre de que no se hicieran daño. No obstante, no esperaba que le ofreciera algo así. Se sentía agradecido por la mujer que había encontrado y aún más por saber que Aura estaba dispuesta a compartir los recuerdos de Nana con él.

Eric no tenía ni que mirar el reloj que se recolocaba en su muñeca una vez que terminaba el trabajo, solía quitárselo siempre por comodidad y preocupación, no quería romper la esfera cristalina que marcaba la hora y que le había regalado su madre unas Navidades. Las campanadas que proferían las manecillas del reloj de pared le anunciaron que eran más de las dos de la tarde, concretamente, las dos y media. Estiró su cuerpo, se arrascó la barba y, tras recoger un poco el estropicio, salió de su lugar de trabajo, aquel que se le antojaba un hogar, quizá porque empezaba a tomar la apariencia de uno. En ese justo momento, el rugido del coche de Aura delató su llegada a través del camino. Esperó en el porche, anclado a las escaleras, con la espalda posada en la barandilla blanca; desde allí la vio descender del automóvil y sacar del asiento del copiloto una bolsa enorme que tiraba de su brazo derecho. Eric rio al ver la mueca de la joven, que resopló del esfuerzo, levantando uno de sus mechones y haciéndolo revolotear frente a sus ojos marrones.

—Si de verdad sigues queriendo que alguien te pinte el dibujo del que hablamos en la pared, creo que tengo a la persona indicada, pero

quizá lo mejor será esperar a que acabemos un poco con todo este desorden. —Su dedo pulgar señaló a la espalda de este el caos estratosférico que reinaba en el interior de la casa y que, si te asomabas, podías ver—. A los artistas hay que dejarlos trabajar en su obra con tranquilidad, por eso de las musas…

—Sí, esas divinas inspiradoras aparecen y desaparecen como quieren.

Aura lo sabía mejor que nadie, desde el incidente con la barcaza y su imprevisible chapuzón había vuelto a escribir, por alguna extraña razón parecía que lo que habían necesitado sus dedos durante tanto tiempo era volver a tocar el agua salada de Luar. Como por obra de magia, Clío, Melpómene, Erató, Calíope, Euterpe, Polimnia, Talía, Terpsícore y Urania la visitaban todos los días, entretejiendo historias a través de sus dedos, las teclas de su portátil y el bolígrafo.

—Bien, hablaré entonces con él. ¡Ah! —Eric se detuvo en seco antes de irse, casi se le había olvidado—. Ha llegado un ramo de flores esta mañana, lo ha traído María, me he tomado la molestia de ponerlas en agua en la cocina.

La muchacha lo miró con extrañeza, y Eric, que no se le había ni ocurrido mirar la nota, pero que sí lo sabía por los labios de María, que no había podido evitar comentárselo con una sonrisa, se cruzó de hombros, aumentando la intriga de Aura.

—Si está bien el libro, te lo pediré prestado —dijo él, refiriéndose al tomo de Isak Dinesen, el pseudónimo que utilizó para publicar la gran baronesa Karen von Blixen-Finecke.

—No puedo prometerte nada, es de la biblioteca.

—Ah, sí… —El suspiro que exhaló sonó profundo—. Ese sitio al que prometiste que llevarías las cajas de libros…

—Lo haré. ¿No eras tú el que decía que las cosas de palacio van despacio? —Ante su silencio, Aura pronunció—: Jaque Mate.

Eric decidió no decir nada sobre su supuesta huida al verla en el umbral de la puerta, prefería no importunarla, pero a juzgar por lo que traía en la bolsa, latas de pintura, libros y el periódico del pueblo, no había sido algo urgente. Aura lo agradeció, se sentía como una estúpida, ¿qué clase de adulto se comportaba así? «Deja de ver fantasmas», se regañó a sí misma con dureza, «va a creer que estás como una cabra». La mirada de Eric, que podía haber sido

escrutadora, se tornó en unos ojos achinados al sonreír, lo que la tranquilizó. Con la promesa de continuar con el trabajo por la tarde, se marchó, y la rubia se internó en la casa ruinosa para descubrir que, efectivamente, en la mesa de la cocina, encima del mantel de ganchillo, había un ramo de flores puestos en un jarrón con agua. Imaginar a Eric cumpliendo con esa tarea tan simple le arrancó una mueca bobalicona. Otro las habría dejado en la encimera. Él, no.

Entre las hortensias violáceas, las dalias rosadas y los lirios amarillos, una tarjeta rezaba: «Gracias por una cena tan maravillosa. Te quiere, mamá».

Aura sonrió amargamente al leerla, sintiéndose la peor hija del mundo por la dureza con la que había estado juzgando a su madre desde su vuelta a Luar. Había tardado en reaccionar y percatarse de que había sido un potrillo alocado que no paraba de cocear a la yegua que la había parido, pero la maternidad es así, durante un tiempo los hijos se vuelven algo desagradecidos e impertinentes.

Aura ya tenía pensado cómo compensar a su madre por los terribles dolores de cabeza que le había causado, y no precisamente durante la adolescencia. Pedir perdón es de gente educada; perdonar, de honrados; resarcirse, de sabios.

La niña de madera no llegó caminando:
allí de pronto estuvo sentada en los ladrillos,
viejas flores del mar cubrían su cabeza,
su mirada tenía tristeza de raíces.
Allí quedó mirando nuestras vidas abiertas,
el ir y ser y andar y volver por la tierra.
el día destiñendo sus pétalos graduales.
Vigilaba sin vernos la niña de madera.
La niña coronada por las antiguas olas,
allí miraba con sus ojos derrotados:
sabía que vivimos en una red remota
de tiempo y agua y olas y sonidos y lluvia,
sin saber si existimos o si somos su sueño.
Esta es la historia de la muchacha de madera.

Aura fue sumiéndose en un letargo profundo, de esos que provocan una dura jornada, internándose en el abismo de los sueños mientras cerraba los ojos paulatinamente por el peso de sus párpados

y sus espesas pestañas, creyendo visualizar a través de la ventana del cuarto de Nana una luz esmeralda. Pensó que se parecía a aquella luz verde que seguía Jay Gatsby, la del final del embarcadero del amor de su vida, Daisy Buchanan. Sus dedos cedieron y el libro se derrumbó sobre su regazo, con las páginas abiertas en el último poema que había leído. El rugido del mar terminó por someterla y, al final, cayó rendida.

Capítulo 22

Nana nació en 1938, más concretamente, el 17 de abril de 1938, aunque su cumpleaños quedó inscrito como una semana más tarde, y, así, en su partida de nacimiento y en su DNI. Por muy anecdótico que sea y extraño que parezca, era algo que sucedía con asiduidad en aquellos tiempos de posguerra, hambruna y pobreza en los que las mujeres daban a luz en casa y posteriormente se dirigían al registro. Con respecto a eso, Nana decía sentirse muy afortunada porque eso significaba que tenía dos cumpleaños, el de verdad y el de mentira. Era la mujer con más suerte y también con más días. Dos cumpleaños, el santo de María, el día de las madres y el de las abuelas.

Su madre, Catalina, se puso de parto en mitad de la cola de la carnicería, cartilla de racionamiento en mano y palpitaciones en las entrañas. La atendió su vecina y una matrona que vivía dos calles más abajo y que no tardó en llegar. Nana tampoco lo hizo. Salió descorchada. Un parto corto o lo que puede entenderse como corto teniendo en cuenta que duró dos horas. Catalina no gritó, le daba apuro alertar a sus vecinos, así que parió entre agonía y gimoteos, con el sudor bañando sus sienes y el camastro. Nana, en cambio, avisó a todo el pueblo con un llanto que demostró que estaba hecha para dar guerra. Igual que lo haría su futura hija, Carmiña, igual que lo haría su nieta, Aura. De mujeres fuertes solo pueden nacer mujeres fuertes, berreantes jabatas.

Hija única de madre costurera y padre pescador, siempre fue el ojito derecho de ambos. De sus años mozos mucho se contaba y mucho se reía. Se pasaba los días jugando en la calle con sus amistades, niñas de su misma edad, con las que saltaba a la rayuela, correteaba de arriba abajo y asistía a las verbenas. La playa la pisaban a todas horas, siempre que podían, descendiendo por los caminos de tierra que por aquel entonces aún no estaban señalizados como ruta turística. Coleccionaba conchas, nadaba en el mar y saludaba a los botes pesqueros. Cuando no estaba en una cala, estaba en el puerto; y cuando no, en la plaza; y cuando no, ayudando a su madre en la costura.

Fue al colegio hasta los catorce años, a un colegio de monjas de Luar, llevado por una madre superiora y muchas sores de las que nunca recordó el nombre. Allí le enseñaron a leer, a escribir, a rezar, a bordar, a cocinar y a limpiar, todo con el manual de la buena esposa. Cualquier niña era instruida desde temprana edad en las tareas que la convertirían en una mujer de méritos, que venían siendo ser obediente y complaciente con el marido, y pulcra en el hogar. Precisamente Nana fue muy ducha en todas sus labores, una niña bien aplicada, pero la letra le bailaba mucho a la hora de escribir y hasta que no llegó a la veintena no encontró placentera la costura y el hilado. Los libros los devoraba enteros y el padrenuestro se lo sabía a pies juntillas. La devoción no la llamó nunca y un día la castigaron sin comer, de pie en los pasillos con las manos estiradas y un libro en cada una, como Jesucristo en la cruz, por decir que creía en la magia. A cabezota no le ganaba nadie, pero con la Iglesia había topado, como diría Don Quijote.

Podía haber seguido un año más en el colegio, no le hubiera importado, pero Marcelo ya le rondaba como rondan los gallos a las gallinas, y el destino dictó sentencia. Para entonces, ella era una chiquilla de catorce, con el pelo castaño siempre recogido en dos largas trenzas, de frente amplia y ancha sonrisa, tan menuda que con un abrazo se le notaban los huesos. Él le sacaba tres años, alto y espigado —lo que sucede en la adolescencia—, tenía las manos callosas de salir a faenar con su padre, también pescador, oficio al que se dedicaría toda su vida. Marcelo la había visto medio millar de veces, la había seguido otro medio millar. Nana no le había hablado nunca, su madre decía que si los hombres no se dirigen a ti, tú no puedes dirigirte a ellos. Así que iba callada, sabedora de que la sombra de Marcelo era la suya, alargada al igual que los cipreses

del cementerio de la localidad.

Poco duró el mutismo. Nana se hartó de la persecución y, pese a los consejos maternos, siempre había tenido la lengua muy larga y una mirada de niña que caza problemas con arpón, clavando las pupilas en su objetivo. Le picaba la curiosidad y también la nariz. Por eso un día se giró y le dijo:

—Si no vas a decirme qué quieres, ya puedes irte por donde has venido, derechito a tu casa, Marcelo.

Marcelo se quedó helado con la contestación. No pudo abrir la boca porque Nana enfiló el camino y siguió andando a grandes zancadas, se encerró en su casa de un portazo y así lo mandó a freír espárragos por pesado.

Capítulo 23

Los viernes se habían convertido en un día sagrado para aquel grupo de tres amigos, María, Samuel y Aura se reunían esa noche en especial para comentar qué tal había ido la semana, tenían que admitir que era necesario, a pesar de que Luar fuera pequeño, no siempre podían verse. Samuel seguía trabajando en la cafetería de Martiño, hora sí y hora también; María se internaba en la selva de la floristería hasta el cierre, y Aura… bueno, Aura estaba muy ocupada con la reforma y todo lo que eso implicaba. La noche de los viernes se acomodaban en el sofá del salón de Nana, encendían el televisor de caja ancha para insertar alguna película antigua, de esas en las que se puede ver el granulado en la pantalla, como *Dentro del Laberinto*, de David Bowie y Jennifer Connelly, de colores añejos. Abrían las cervezas frías que Samuel traía siempre consigo, y utilizaban luego la coctelera que María le había regalado a Aura para hacer alguna bebida alcohólica nueva, y así, entre risas, cotilleos, diálogos de fondo, comida tradicional y bebidas espirituosas, pasaban la noche.

Las fiestas de pijama de las que tanto habían disfrutado de jóvenes se repetían, salvo con una excepción, no necesitaban la supervisión de ningún adulto. «Cosa mala», habría dicho Nana de haberlos visto reunidos en el salón recién pintado, con las cajas todavía amontonadas en una esquina y algo de polvo por la reforma, «como para fiarse de

vosotros tres, que tenéis más peligro que un obús». En aquellos momentos de diversión, Aura siempre se preguntaba cómo podía haberse mantenido tan lejos de ellos.

La relación con sus padres había tomado un nuevo ritmo, así que no les costó fijar un día en el calendario para congregarse en torno a la mesa, exactamente igual que la noche en la que se firmó la paz y Eric apareció de improvisto. Los domingos, día del Señor, empezaron a ser indispensables para la familia Riveiro, que aprovechaba para observar cómo mejoraba día a día la casa de Nana y, por supuesto, la barca que seguía instalada en la verde hierba del jardín, la cual ya contaba con un nuevo motor. Para ser sinceros, Aura había tenido que pedir ayuda, y allí habían estado María y Samuel, manchándose las manos con ella de aceite y grasa, tres mosqueteros que no tenían ni idea de mecánica, pero siendo conscientes de que tres cerebros piensan más que uno.

Junio había llegado con un sol radiante y la promesa de un verano delicioso, tan dulce como los melocotones que se vendían en el mercado; para Aura, empezó con una llamada de teléfono inesperada. Era temprano, las ocho de la mañana, Eric aún no había llegado, y el poco tiempo del que gozaba a aquellas horas lo dedicaba a respirar la suave brisa llegada del Cantábrico y sorber el café caliente. El sol entraba por la ventana, la cortina de limones seguía recogida a cada lado con un lazo, permitiéndole a la heredera de la casa observar el paisaje marítimo que podría haber sido pintado con lápices pastel. Al ver el nombre en la pantalla supo que algo malo estaba a punto de suceder. Para las noticias buenas, todo el mundo mandaba un WhatsApp, en cambio, para las malas se mantenía la tradición de la típica llamada. Suspiró intentando armarse de valor, o quizá de paciencia, y así, descolgó.

Ni siquiera tuvo tiempo de darle los buenos días educadamente, que es lo que debe de hacerse según las madres.

—*Aura, soy Pedro.*

La voz mecánica de aquel hombre regordete sentado en la silla ergonómica de su despacho resonó al otro lado de la línea. Él tampoco

la había saludado. Si bien era cierto que siempre se veía golpeado por la prisa y en contadas ocasiones se dignaba a hacerlo —ni siquiera en persona—, aquello terminó de rozar el mal presentimiento. Nana solía decir que había que hacerle más caso al instinto y menos a la lógica, el instinto es como el miedo, te avisa y, si te fías de él, la mayoría de las veces, aciertas.

—*Siento ser yo quien tenga que darte la mala noticia, pero al ser tu jefe… En fin, ya sabes cómo va la cadena de mando en Ediciones Tarquín, todo se entremezcla y… Sí, gracias, Amanda.* —De buenas a primeras, había dejado de hablar con ella para darle órdenes a una secretaria que desconocía—. *Acuérdate de los contratos, tendrás que hacer al menos doce fotocopias para los autores de la antología. Lo que te decía, siento ser yo quien te dé la mala noticia, pero tu ausencia dura demasiado y no puedo tenerte de vacaciones tanto tiempo, lo siento.*

«No puede ser. No puede estar queriendo decir lo que creo que quiere decir», pensó con cierto sofoco.

—¿Me estás despidiendo? —Le había costado pronunciar aquellas palabras que se habían alargado en sus labios tanto como un chicle de mascar.

Aura se agarró al respaldo de la silla, con fuerza, como si aquello fuera lo único que la sostuviera. Optó por sentarse antes de que su corazón, que bombeaba a una velocidad vertiginosa, se parara y un infarto la dejara seca en el suelo de la cocina.

—*No ha sido mi decisión, créeme, si por mí fuera…*

«Lo sabía», se dijo. Ahí estaba el instinto delatador, la punzada en el estómago, los vellos erizados. Le estaban dando una patada en el culo sin contemplación ninguna, y ¿por qué? Porque no estaba allí para llevarles cafés.

—¡Llevo años trabajando para vosotros! —Estalló más frustrada que ofendida, al borde de las lágrimas—. Fui becaria durante un año entero y no cobraba absolutamente nada, tuve que buscarme otro trabajo para pagar el alquiler, poniendo cafés en un maldito Starbucks. ¡Por Dios! Si allí ni siquiera saben hacer cafés, están aguados… Y ahora, para una vez que os pido vacaciones, no sois capaces de esperarme, aun sabiendo que ha fallecido mi abuela y que no he pedido ni un día de asuntos propios en todo este tiempo.

—*Aura, ya te he dicho que lo siento, no ha sido mi decisión, son*

órdenes de mi superior de planta, ya sabes cómo funciona el negocio… —Por el matiz que había adquirido su voz parecía sentirlo de veras, Aura le habría creído si no fuera porque oía de fondo el ruido de los papeles y las teclas del ordenador—. *Estamos hasta arriba, tenemos por publicar a varios autores que tienen que salir en el plazo de un par de meses y aún no nos hemos puesto con la edición de ninguno de los manuscritos, ni una sola corrección, ¿entiendes?*

¿Para qué? Si iban a salir llenos de erratas.

—Sois la peor editorial que he conocido en mi vida.

—*Aura, yo…*

—No. Déjame hablar, Pedro, me lo debes después de todos los cafés que os he traído, las fotocopias que he hecho, los contratos que he redactado, los gritos que he soportado y sin hablar de todos esos jóvenes adolescentes a los que he visto cumpliendo mi sueño sin esforzarse apenas. Déjame hablar.

Las manos le temblaban tanto que pensó que en cualquier momento el móvil caería al suelo, se rompería y moriría con él la conexión de la llamada. Los años de desplante lucharon por salir a flote y no hacerlo con el espesor del veneno enquistado que la había ido emponzoñando hasta convertirla en una Aura a la que nadie había reconocido, ni siquiera ella cuando se miraba al espejo.

—Sois la peor editorial que he visto —siseó—. Os tiráis a los fenómenos, a los *best sellers* sin importaros nada más que los números de venta y el dinero que consigáis hacer con ellos. No os preocupan los autores, ni el esfuerzo de estos, ni las historias y mucho menos la vocación y la pasión. Os corroe el ansia y la codicia, por eso os decantáis por noveluchas cuya mayor aportación es darle aún más reputación a la *influencer* de turno o al *youtuber* de moda, pese a que sabéis de sobra que lo escrito en esas páginas no merece la pena. Os he visto descuidar ediciones, mandar contratos a destiempo, prometer y no cumplir, llevar a impresión libros con erratas y publicar lo que sea.

»Cuando salí de la universidad, lo único a lo que aspiraba era a seguir con vosotros. Las prácticas habían sido duras, solo me faltó dejar que me despellejarais y utilizarais mi piel para imprimir, pero quería estar con Ediciones Tarquín costara lo que costase. Hubiera dado la vida por trabajar con vosotros, porque me dierais una

oportunidad. Habíais publicado a grandes autores, Isabel Allende, Pérez-Reverte… Me moría de ganas de participar, de ser una más, de formar parte del mayor sello editorial del país. Me equivoqué. Elegí irme con los grandes en vez de a por una editorial que me tratara como si estuviera en casa, que me valorase por lo que puedo aportar.

»Así que gracias. Gracias por despedirme, Pedro, porque de no haberlo hecho vosotros, no sé si habría reunido el coraje suficiente como para irme. Y gracias por no haber leído mi relato, o sí y no haber dicho nada, lo cierto es que no os lo merecéis. No sé en qué momento me he convertido en la Andy Sachs, pero dile al pez gordo que él no es ni de lejos Miranda Priestly. Y si no pilla la referencia, no merece llevar ninguna empresa.

Su antiguo jefe enmudeció, no supo qué contestar ante el discurso que aquella jovencita acababa de improvisar, lo desarmó por completo y le dio una buena dosis de realidad. Él ya lo sabía, Tarquín había perdido el rumbo desde hacía años, sobre todo al convertirse en una editorial tan sumamente importante, pero él no podía hacer nada para impedirlo. La rueda seguiría girando, porque el dinero movía aquel mundo.

Aura colgó. No se despidió porque ya la habían despedido a ella, y, si no, iban a ser demasiadas despedidas. Abandonó el móvil en la mesa de la cocina y se terminó de beber el café, con el trasero pegado en el borde de esta y los pies posados en la encimera.

—No te voy a mentir, Nana —dijo en voz alta, como si pudiera verla ahí, sentada frente a ella en una de las sillas, infusionando la bolsita de té con parsimonia y sin prisa. Las prisas nunca son buenas consejeras y ella lo sabía—. A veces, los sueños se frustran.

Iban a tener que quitarle algo más que el curro para que Aura desistiera, porque por quitarle, Ediciones Tarquín ya le había quitado durante años hasta las ganas de escribir. Y en aquellos momentos en que las había recuperado y las atesoraba como si se tratase de oro en paño, que había iniciado la historia de Nana, y que sentía su presencia revisar cada página escrita por encima de su hombro, no pensaba parar. Tendrían que cortarle los dedos, e incluso así recurriría a la lengua para narrársela a alguien y que la mecanografiara en su lugar, como Dostoievski con *El jugador*.

Hay personas que esperan, como María, Samuel, sus padres o

Nana. Como Luar. Y hay personas que no. Ediciones Tarquín no esperaba a nadie. Y para ellos, Aura era precisamente eso, nadie, Ulises ante Cíclope.

Ya estaba hecho. No tenía trabajo. Por tener, no tenía nada más que una casa en plena restauración, una barca a medio montar, facturas por pagar y una mano delante y otra detrás.

En breve vendía lo difícil: darle la vuelta a la tortilla.

La peluquería estaba abarrotada, algo natural, y Carmiña no daba abasto. Tres mujeres sentadas en unas butacas negras de cuero esperaban leyendo revistas a que un secador enorme con forma ovalada terminara de darle calor a sus cabezas, llenas de papel de aluminio. Siempre que veía eso Aura pensaba que saldrían echando chispas. Dos señoras hacían muecas de desagrado al oler el tinte recién mezclado y que estaba a punto de ser esparcido por sus cabelleras con una brochita. Y otra hablaba con amabilidad con la jefa del local mientras esta le lavaba la cabeza. La edad de la clientela de aquel negocio variaba desde los cinco años hasta los ochenta, Carmiña y Engracia se ocupaban de todas las mujeres de Luar.

Cuando la campanilla de la puerta sonó con un ligero repiqueteo y Aura entró en la estancia, el olor a amoniaco inundó sus fosas nasales y el calor la golpeó de lleno, atontándola un par de segundos. Como si se tratase de una secta lavacerebros, el grupo de mujeres la saludó al unísono.

—¡Hola, Aura!

—Hola —respondió un poco intimidada por la alegría congregada en las octogenarias que bien podrían haber formado un grupo de apoyo al más estilo Alcohólicos Anónimos.

Su madre, ocupada terminando de secar el pelo a una de las clientas, que parecía desear un peinado bien ahuecado de manera que los pájaros la confundieran con un nido con patas, no esperaba verla allí. Hacía más de diez años que no le cortaba el pelo, Aura nunca la había dejado innovar porque tampoco era en exceso atrevida con respecto a su imagen.

—Vaya, vaya. No sé si es que te has dado un golpe en la cabeza o

que te ves necesitada de un corte de puntas urgentemente y no puedes esperar a volver a la capital a que te cobren cuarenta euros por ello.

En otro momento habría puesto los ojos en blanco, Carmiña aprovechaba cualquier situación para lanzar un par de proyectiles contra Madrid para así ir destruyendo la ciudad y el amor que sentía hacia ella en pos de Luar. Con el despido tan reciente, a tan solo un par de horas, el amargor del café aún en la garganta y un bullicio de sensaciones en la boca del estómago que podría haber sido ardor pero Aura en el fondo sabía que no, lo dejó estar. Se sorprendió de que así fuera, se sorprendió aún más cuando algo en su interior deseó poner a parir a la ciudad que la había devorado y escupido sin piedad, a la que la había succionado y extraído su jugo hasta dejarla seca.

Su madre terminó con la mujer que tenía entre manos y le ofreció un sitio delante del espejo. Le colocó una tela negra sobre los hombros, que la cubría por completo, como si fuera la capa de invisibilidad, y a continuación, una toalla por encima, bien arremetida en el cuello de su camisa azul de lunares. Le lavó la cabeza con paciencia, masajeando su cuero cabelludo. Primero el champú, luego el agua. Una nueva dosis de champú. Agua, otra vez. Mascarilla para el pelo. Agua.

Aura había cerrado los ojos en un gesto instintivo, dejando así que el aroma cítrico de los productos capilares la envolviera junto con la suave música de la radio. El masaje capilar hizo que se le destensaran los hombros y la mandíbula. El agua, siempre purificadora, se llevó parte de la tristeza, la mácula grisácea que le había ido tiñendo el alma. Su madre le pasó la toalla por el pelo con cuidado, y la sentó nuevamente frente al espejo.

—¿Lo de siempre? —preguntó ella, toqueteando los mechones mojados—. ¿Las puntas y liso?

La joven miró su reflejo en el espejo, le devolvía la mirada una persona distinta a la que solía ver por las mañanas cuando se lavaba los dientes en el cuarto de baño de su apartamento de Madrid. Algo había cambiado en ella, aparte de no tener un curro que la sostuviera económicamente y sí un agujero en su colchón financiero.

Negó con un gesto de cabeza. Estaba cansada de ese pelo naturalmente rubio, pero siempre igual, a la misma altura. Aburrido. Sin vida. Soso. Predecible. Como ella los últimos años, sosa y

predecible, anodina.

—Corta —le ordenó a su madre, que no podía creerse lo que acababa de escuchar.

Carmiña cogió las tijeras, le preguntó con una mirada si estaba realmente segura de ello. Asintió, y así, casi sin mirar, a Aura le metieron el primer tajo y aquella melena dorada dejó de ser melena. Allí se enteró de todos los cotilleos de Luar, que el párroco estaba enamorado de la frutera; que Amelia, la camarera del bar, estaba esperando un hijo; que Elías había encargado más mascarones de proa para su tienda; que Benjamín y Matilde se habían prometido… El nido de cuchicheo se intensificó cuando comentaron algo sobre los preparativos de la boda de María y Marcos, aprovechando que Aura estaba allí para sonsacar algo más de información.

Corta. Corta. Corta. Despunta. Un mechón más largo. Este más corto. Iguala. Nada de secador. El pelo se seca al viento. Y así, Aura renació, extraída de una concha marina como la Venus de Botticelli. Segura de sí misma y un par de centímetros más feliz.

—Me han despedido del trabajo —le confesó a su madre mientras esta barría el pelo que había caído al suelo—, esta misma mañana.

Carmiña paró en el acto. Sabía lo importante que era para su hija aquella empresa a la que dedicaba días y noches, sin recibir ni un «buen trabajo», «bien hecho» y un «gracias». Le había entregado cinco años de su vida, esperando una oportunidad, que alguien se fijara en ella y decidiera apostar por su talento. Todo en vano. Se sentó en la silla giratoria y se acercó.

—Encontrarás un nuevo empleo, uno mejor, uno en el que te valoren y en el que puedas sentirte feliz y realizada. —Tomó sus manos con afecto, entrelazando sus dedos—. Ya lo verás, cariño, no tienes de qué preocuparte. Ponte a buscar en una de esas plataformas novedosas que tenéis los jóvenes en el móvil, quizá esté esperándote el puesto perfecto. —Aura sonrió al ver cómo su madre intentaba modernizarse con las tecnologías—. Todo pasa por algo.

Si Nana estuviera allí, le diría: «¿No te quieren? Pues que les den bien por culo, que así van más ligeros esos soplagaitas quisquillosos y estirados que no saben lo que se pierden. El karma ya les dará una buena hostia con la mano abierta, que en esta vida todo se paga. todo». Pero Carmiña no era Nana, por mucho que hubiera heredado de

ella.

—Pensé que sería peor… Pensé que me moriría de la pena si un día me veía obligada a abandonar Tarquín, pero no siento eso. Supongo que no podía quedarme en aquel lugar, que en algún momento tendría que irme. Es mejor que me hayan echado ellos, no sé si habría encontrado el valor para irme, mamá. Puede que sea una cobarde a la que no le gustan los cambios.

Su madre bufó.

—Eres la mujer menos cobarde que he conocido en mi vida, salvando a tu abuela, eso sí. Con dieciocho años te fuiste a Madrid y no miraste atrás, y eso que no habías salido del pueblo jamás. No dudaste, sabías lo que querías, cogiste las maletas y fuiste a por ello. ¿Eso es ser cobarde?

—Supongo que no.

«Pero sí una mala hija, una mala nieta y una mala amiga por no venir en tanto tiempo». Había malgastado tres años allí y el resultado había sido nefasto. Tres años que habría podido pasar con la gente a la que quería. Tres años con Nana. Todo para nada.

—No era tu sitio, y no lo digo porque sea tu madre, pero sé de lo que hablo. Eres demasiado para esa panda de liendres, que se creen que de todo saben y de nada entienden. —Ambas rieron por el comentario. Puede que, después de todo, sí que se pareciera más a Nana de lo que ella creía—. ¿No te quieren con ellos? Mejor para ti, ya has perdido muchos años allí encerrada. Sales ganando, créeme. —Los dedos de Carmiña recogieron uno de los mechones de Aura para recolocarlo detrás de la oreja—. Vas a comerte el mundo.

—¿Y si no puedo? ¿Y si el mundo me come y me escupe como ha hecho hasta ahora?

—El mundo no tiene tanto poder para comerse a una Riveiro.

Aura quería llorar y no precisamente de pena o infelicidad. Hacía unos meses habría sido impensable recibir unas palabras así de su madre, toda comunicación entre ellas se basaba en un intercambio de pullas que arañaban la piel y hacía brotar la sangre, pullas que se clavaban como pedazos de cristal de un vaso roto, que se enquistaban en la carne y, al sacarlas, escocía y dolía por igual. Y en aquellos instantes estaba segura de que le patearía el culo a todo el personal de las ocho plantas del edificio de Ediciones Tarquín, solo por ella. Tenía

suerte de tenerla en su vida, y no porque no la hubiera metido en el horno cuando era una cría berreante.

Nana le había dado a Carmiña una fuerza destructiva que conseguía mantenerla en pie a pesar de las adversidades, y eso era lo que Carmiña le había enseñado a Aura desde que nació.

—Te quiero —le susurró a su madre, fundiéndose en un abrazo algo desigual por las diferentes alturas de su asiento.

Capítulo 24

Les habían vendido la moto. Esa era la conclusión final. No a ella, sino a todos. A toda su puñetera generación, y puede que a la anterior y a la posterior. Como mínimo, a cinco antes que a ella y a cinco después. Les habían vendido la teoría de que podían conseguir sus sueños, de que solo necesitaban, para ello, una carrera, no un grado medio, no una formación profesional, no; una carrera. Y un idioma, inglés —para ser más precisos—, pero sin título nada valía. Lo ideal era un B2 de inglés, pero luego, por alguna extraña razón, eso cambió, y era mejor un C1. Y si podía ser francés, mejor que mejor. Un C1 de inglés y un C1 de francés. Y un máster, o dos. Un par de publicaciones, puede que un doctorado, alguna conferencia. Lo importante era tener un currículum amplio, extenso, de los que se enrollan y desenrollan como los pergaminos en las películas de romanos cuando van a condenar a alguien. Podían cumplir sus sueños, cualquiera que fuese, porque eran la generación mejor preparada desde el año treinta y seis.

Qué duro es el golpe de realidad. Menuda hostia se estaban llevando, tirados en el suelo, a lo boxeador que ha recibido una buena piña del contrincante, es decir, la vida. Qué ingenuos, inocentes e ilusos. ¿Cómo se habían dejado engañar con tanta facilidad?

Les habían prometido que cumplirían sus sueños y, de repente, no

podían. De repente, nada funcionaba, ni los títulos, ni las experiencias, ni las conferencias, publicaciones, másteres, erasmus… Nada de ello. Eran papeles mojados con los que la gente se limpiaba el culo después de cagar. Llevaban años rompiéndose los cuellos, partiéndose los codos, dejándose la piel, sobreviviendo con café e insomnio, pluriempleándose. ¿Dónde estaban las recompensas por el esfuerzo? ¿Dónde estaban sus méritos? ¿Y lo que se supone que ellos querían? ¿El buen sueldo, el trabajo soñado? Samuel era camarero pese a sus estudios. María seguía currando en la floristería.

Aura se sentía un poco estafada. Deseaba gritarle al mundo que dónde cojones estaba el futuro que les habían estado prometiendo, porque no lo veían y no era que estuvieran precisamente ciegos. E, incluso así, una parte de ella estaba más aliviada que frustrada —un poco hipócrita, según su conciencia—. Ediciones Tarquín era un collarín metálico que la aprisionaba hasta dejarla sin respiración, que le impedía tragar saliva y le dejaba la garganta reseca cual desierto en el que no florece ni la esperanza. No tener que volver a pisar la oficina era un peso que ya no le hundía los hombros y le montaba los músculos hasta dejarla agarrotada cada noche cuando se iba a la cama.

Pero que les habían vendido la moto, eso no había duda. Replantearse el futuro era abrir nuevas puertas, puertas que jamás pensó que existirían.

¿Y qué iba a ser de ella si todo lo que había estado planeado desde que había cumplido veintidós años se había desmoronado como el castillo de arena cuando sube la marea?

Eric llevaba un par de noches en vela, y no se debía solamente a las patadas que le propinaba su acompañante de cama, que además no paraba de moverse. Últimamente se quedaba mirando el techo durante horas, inspeccionando el gotelé y dibujando diversas formas en él, todas ellas parecían adquirir un rasgo de Aura. Su sonrisa. Sus ojos. Su nariz. Sus labios… ¿Estaba enloqueciendo por culpa de ella? Porque empezaba a planteárselo con mucha seriedad. Se sentía Ulises luchando contra el hermoso cántico de las sirenas, por mucho que se

resistía y ponía a su ingenio por delante de él, la melodía que Aura entonaba le atraía como las polillas a la luz. Iba a estrellarse contra sus rocas, iba a hacerse trizas el navío, iba a ahogarse en el agua. Debía estar loco. Esa fue la conclusión a la que llegó al pensar que ni siquiera esperaría a que la madera del barco se quebrara al contacto con un arrecife, él ya se habría tirado al mar para alcanzar a la joven. Habría nadado a brazo partido hasta ella.

Media respiración se heló en sus pulmones, la otra media no fue capaz de capturarla ni a través de la nariz ni de la boca, la cual contenía el suspiro a duras penas. ¿Qué se había hecho? Aura había abandonado su melena de ninfa acuática. Con aquella camisa azul de lunares blancos, los pantalones vaqueros cortos y su nuevo peinado parecía recién salida de un picnic en los jardines en frente de la Torre Eiffel.

Cuando él había llegado para empezar el nuevo día de obras, se encontró con la puerta cerrada y un pósit amarillo fosforito en ella. «Las llaves están en el ficus. Hay café recién hecho, pan y mantequilla. Vuelvo luego». Lo primero que pensó fue que hubiera sido más fácil si le hubiera mandado un mensaje al móvil que, desde luego, lo habría visto antes. Aunque teniendo en cuenta que no era el hombre que más cuenta le echaba y que lo perdía constantemente, quizá hubiera acertado en el pósit. Lo segundo que se preguntó era dónde estaba Aura. Al fin lo sabía.

—No sé si me gusta más tu nuevo peinado o los labios cereza.

Las mejillas de Aura habían adquirido el color de la grana, a juego con el pintalabios, asemejándose así a frutas maduras. Aura notó cierto calor subiendo por su cuerpo, y un par de manchas rojizas se pintaron en su cuello, delatando lo nerviosa que se sentía. Ya conocía esa reacción, la había percibido un par de veces antes.

Había ignorado el que le parecía guapa, pero aquello… Aquello había sido como tirar una pelota de tenis a dos metros de ella, directa a su cara, y esperar esquivarla con dignidad. Dignidad, que era de lo que ella carecía cada vez que se encontraba delante de Eric. ¿Estaba sonriendo? Efectivamente. Estaba sonriendo cual panoli. Samuel y María se habrían descojonado a carcajadas de ella.

Colapsado ante aquella imagen, a Eric se le había ensanchado la sonrisa. Le encantaría decirle que no lo mirara así, que no era de

acero, que él se derretía con un poco de calor, pero por ese día había sido suficiente. Aura huía cuando se sentía acorralada, ya lo había comprobado. Era un cervatillo asustado que no se acercaba a los humanos por miedo a que la cazaran. Él solo quería acariciarla.

—Bueno, el verano está a punto de llegar y ya iba siendo hora de recuperar a la vieja Aura —había dicho, quitándole importancia al asunto.

—¿No dicen que cuando una mujer se corta el pelo es porque está a punto de dar un gran cambio a su vida?

«¿Pero de dónde ha sacado este hombre esa frase?», había pensado divertida, porque era cierto. Todas sus amigas y conocidas tanto de Madrid como de Luar habían optado siempre por un cambio radical en la peluquería cuando el rumbo que habían tomado se había torcido tanto que se sentían perdidas. ¿Que habían sufrido una ruptura amorosa? Un corte de pelo. ¿Que habían perdido el trabajo? Unas mechas. ¿Que habían sufrido la pérdida de un ser querido? Un tinte diferente. Lo que fuera con tal de no reconocer en el espejo a la mujer que había sido tan feliz antes y que ya no la representaba.

—Quizá esté preparada para un nuevo capítulo en mi vida.

—¿Y has empezado por el cambio de *look*? —Había asentido—. Bien. Me gusta. Avísame cuando llegue la oleada de valentía. La estoy esperando.

—¿Valentía? ¿Qué clase de valentía?

—La que hace que te tires a la piscina. —Cruzó los brazos sobre su pecho.

Aura había tenido que obligarse a mantenerle la mirada, si se despistaba los ojos se le iban solos, y desobedientes, a los bíceps que se marcaban por la posición que había adoptado. Sus labios se contrajeron en un mohín.

—Lo siento. Soy más de playa.

María y Samuel disimularon menos la alegría por el despido. Los fracasos son menos dolorosos al compartirlos con las personas adecuadas, los éxitos se disfrutan más al celebrarlos con los amigos. No era que estuvieran eufóricos porque Ediciones Tarquín la hubiera

mandado a la mierda, pero sí porque al menos ya no estaría a merced de ese vampiro chupasangre que era la maldita empresa. De cualquier circunstancia sacaban lo bueno, por muy terrible que fuera, y si era buena ya de por sí, sacaban lo mejor. Con ellos era difícil estar triste demasiado tiempo, era como una prohibición que se imponía frente a las malas noticias. ¿Un rato? Vale. Pero horas y horas de lástima y desgracia y autocompadecimiento, no. Ese no era el estilo que defendían. Además, Samuel era un cachondo de manual y a María le iba la marcha. Si les daban una tragedia, ellos le sacarían el lado positivo.

—Pues te deben un finiquito, y si se pasan de listos los denunciamos por despido improcedente —rugió Samuel que había dado un golpe tan fuerte con la taza que temieron que se la cargara y se la descontaran del sueldo.

—¿Eso se puede hacer?

María se encogió de hombros.

—Pues digo yo que sí. Esa gente tiene mierda para sacarle por un tubo, como se pongan tontos tienen todas las de perder porque, que yo sepa, es delito ir contratando gente y que estén en periodo de pruebas un mes para luego despedirlas y así no tener que pagarles, y vuelta a empezar. Así que cuidadito.

Ay, los amigos… Esos seres, hermanos de distinta madre, a los que no se puede cabrear porque sacan los dientes y gruñen si te tocan un pelo.

—Se ha visto una serie de abogados —le aclaró María—. *Mad men*.

—Eso tiene sentido.

—Se les va a caer el pelo.

—A veces, un pequeño paso en la dirección correcta promete ser más grande que el televisado en la luna en 1969. Un brindis —sugirió María, alzando el vaso de café en Martiño—. Un pequeño paso para el hombre, un gran paso la Auraridad.

Si la vida tuviera banda sonora, en aquellos momentos Amaral estaría cantando *Son mis amigos y en la calle pasábamos las horas*. Y como decía la letra, ya no tenía que aguantar al imbécil de su jefe ni un minuto más.

Había cometido muchos errores, pero Samuel y María no eran uno

de ellos, porque elige bien y nunca tendrás que arrepentirte.

Ya no tenía excusa para no enfundarse en una camiseta vieja y llenarse hasta los codos de pintura y polvo. Barca y casa. Casa y barca. Iba a ponerse a ello y a dejarse ahí las huellas dactilares si era necesario. Total, no tenía nada más qué hacer. Bueno, escribir la historia de Nana.

Capítulo 25

Las noticias malas de dos en dos, o eso dice el refranero español. Que las desgracias nunca vienen solas.

El estridente sonido de su móvil junto con la vibración, que se negaba a quitar porque conseguía advertirla de que alguien intentaba contactar con ella cuando el jaleo del exterior enmudecía el timbre del teléfono, la despertó de un sobresalto. Había estado soñando, acunada por los mágicos e invisibles brazos de Nana. Las sirenas habían desaparecido para dejar que esta ocupara el mundo onírico en el que Aura encontraba paz. No podía creer que la hubieran arrastrado a la realidad. Ni siquiera miró la pantalla para averiguar quién era el responsable de aquella ofensa que debía penarse con la más terrible de las muertes, simplemente puso el aparato en su oído y contestó.

—*¿Estabas dormida?* —preguntó la voz de María en un susurro nervioso.

—No, imitaba a Drácula en su ataúd. —Aura tenía la lengua pastosa y le costaba hablar. Tuvo que restregarse los ojos un par de veces para espabilarse un poco—. ¿Qué te pasa?

—*Voy para allá.*

—¿Para dónde? —«¿Eso que escucho es el motor del coche?», pensó todavía medio dormida.

—*Para tu casa* —dijo su amiga, rozando la indignación. ¿Para

dónde si no iba a ir a aquellas horas intempestivas de la mañana?—. *Me he peleado con Marcos, no puedo estar con él en el mismo sitio, necesito refugio.*

—Te espero aquí.

A Aura solo le dio tiempo de echarse un poco de agua en la cara, arrastrando con ella las legañas de sus ojos. Se miró en el espejo, un bostezo estiró su cara, adormilada, con unas enormes ojeras y el pelo enredado en una maraña del color del trigo. Las tres de la madrugada. Quiso matar a María con sus propias manos, pero lo cierto era que se la había oído bastante desesperada a través del teléfono y ella nunca conducía hablando por él. Era más, si podía evitarlo, en general, no conducía. Debía ser algo muy gordo para que hubiera abandonado el piso que compartía con Marcos y fuera en coche hasta allí.

Mientras tanto, María pisaba el acelerador, las rígidas manos parecían pegadas al volante, los dientes chirriantes, refunfuñaba con la música a todo volumen. Cuando pasó por la avenida principal del pueblo, algunos de los convecinos oyeron a Lady Gaga a todo trapo.

El timbre de la puerta sonó, reclamando su presencia, Aura abrió para encontrarse con su mejor amiga vestida con una camiseta tan negra como su alma y unos vaqueros desgastados por las rodillas. Llevaba el pelo recogido en una coleta corta, de manera que los mechones se escapaban del elástico. La ausencia de maquillaje no solo delataba las dos marcas violáceas bajo sus ojos debido al sueño, sino también algunas rojeces en la frente por el estrés. Los ojos le brillaban más de furia que de llanto, lo de María no era descargar lágrimas, sino gritos que desgarraban el cielo como si fueran rayos. Era una suerte que la casa de Nana estuviera alejada y no hubiera vecinos a los que incordiar, viendo cómo venía, no dudaba de que fueran a escuchar la mierda que su amiga expulsara por la boca hasta en Madrid.

—Acogiéndote a sagrado, ¿eh? —dijo apoyada en el marco de la puerta, ataviada con una camiseta vieja que le hacía de pijama—. Anda, pasa, Esmeralda, no vaya a ser que te encuentre Frollo.

—Tiene más posibilidades de acabar él en la hoguera que yo.

—Genial, ahora vas de pirómana… ¿Quieres un café? ¿Un té con miel? Nana creía que era el remedio para el corazón roto. ¿Un chocolate caliente?

—¿Tienes chocolate caliente? —preguntó, extrañada, siguiéndola

hasta la cocina—. Es principios de junio, ¿quién cojones tiene chocolate caliente?

Aura no se paró a responderle, continuó dando traspiés hasta la cocina, donde María tomó asiento, dejando caer su trasero en la silla de color verde menta, para hundir el rostro entre sus brazos cruzados.

—Vino… —suplicó, arropada por sí misma cual moribundo clama por su última voluntad—. Dame vino…

«Teatrera», pensó Aura, conteniendo la risa que se escapaba por las comisuras de sus labios. María siempre se negaba a tomar té, catalogaba aquella mezcla de agua hirviendo y plantas recolectadas e infusionadas como aguachirri o, en su defecto, agua estancada. «Si quisiera beber agua caliente, me voy a un balneario y abro la boca dentro de la piscina de burbujas», decía cada vez que alguien le ofrecía una taza. La botella de vino seguía en el frigorífico, solo tuvo que abrirla y servirle una copa a su amiga. Unos minutos más tarde, Aura también estaba sentada, aunque con una taza de té en la mano.

Al menos no había pedido alcohol duro, un chupito de algo que la dejara anestesiada de lo que fuera que adoleciera. En ese caso, se habría preocupado seriamente. Cualquier cosa que hubiera pasado con Marcos no podía ser tan grave como ella lo pintaba. No era la primera vez que reñían hasta el punto de que estaban a dos centímetros de meterse un cabezazo contra la pared, ella tenía un carácter fuerte y mucha mala leche, cortada y desnatada. Él era tranquilo y apacible hasta que llegaba al límite y explotaba. Sálvese quien pueda entonces.

María miró a su salvadora. ¿Cómo había soportado tres años sin verla? Y lo más importante, ¿cómo había podido ocultarle sus actos a pesar de que llevaban juntas un mes entero? Había sido muy difícil guardar silencio. Iba a matarla lenta y dolorosamente en cuanto se enterara. Suspiró, se armó de valor y lo dijo de corrido, casi sin respirar.

—Marcos ha tenido una aventura con otra.

—¡¿Pero qué dices?!

—Lo que oyes. No, no he estado hurgando entre sus cosas ni he cotilleado su móvil. Él solito se ha delatado, por lo visto, se sentía tan culpable que ha tenido que confesar.

Un silencio pegajoso y angustiante se instaló entre ambas. ¿Qué se dice después de eso? ¿Qué se dice cuando el hombre con el que tu

amiga lleva once años de repente la engaña con otra? Lo siento le sonaba miserable, falso e hipócrita. ¿Qué se supone que sentía, que le hubieran puesto unos cuernos con los que no podía pasar por la puerta?

—Supongo que mejor ahora que después de la boda. —La mano de Aura se desplazó despacio hasta la de su amiga, estrechándola con fuerza. María le dedicó una sonrisa que no sabía si era de tristeza o cansancio.

—Supongo que sí. ¿Sabes qué es lo peor?

Aura no creía que existiera algo peor que el hecho de que tu prometido te engañe mientras juntos preparáis la boda, aunque pensándolo bien, sí, podía ser peor. Podía haberla engañado estando ella embarazada y a punto de dar a luz. Decidió que ese pensamiento era mejor no compartirlo con su amiga.

—Que me ha dolido, me ha dolido muchísimo, pero también me he sentido aliviada, y eso no es normal, ¿verdad? No debería sentir que su infidelidad me quita un peso de encima, pero lo hace. —Un trago de vino y una profunda exhalación—. Ahora estamos empatados.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Estás insinuando que…?

Asintió, desviando sus ojos hacia la copa que sostenía en la mano, no podía mirarla a la cara y confesárselo todo. Se sentía… Ni siquiera lo sabía, era una alfombra que guardaba sentimientos bajo su gruesa tela, ocultándolos de la vista de los demás, era imposible seguir acumulándolos sin que nadie se percatara, el bulto había crecido y cualquier pie podía tropezar con él.

María la había conocido una noche en un bar de A Coruña, había viajado hasta allí en coche, huyendo de una nueva discusión con Marcos debido a su compromiso, huyendo de Luar y sus habitantes, de los chismorreos, los ojos curiosos, de sus rincones, todos con un recuerdo de él y su larguísimo romance. Allí estaba Vera, sentada al otro lado de la barra, riéndose a carcajadas con un par de amigas. No sabía si habían sido las cervezas con las que se había propasado, los ojos verdes de ella, que brillaban cuando un haz de luz vibrante del *pub* la iluminaba, o las canciones que habían bailado juntas. Quizá había sido la resaca de la mañana siguiente, que se suavizó con unas buenas tostadas y un café caliente, algo más de sexo bajo las sábanas

violetas de la muchacha y una larga conversación acerca de series y películas. Desde entonces, María solo pensaba en la cálida piel de Vera y en que debía continuar con su enlace para olvidarse de ella, pero el número de teléfono en su pantalla aparecía constantemente y ella… desaparecía de nuevo entre la neblina de su nueva vida.

—¿Soy una mala persona? —le preguntó a Aura tras contarle la historia y rellenarse de nuevo la copa de vino.

—No. No eres una mala persona, tú no le harías daño ni a una mosca, te conozco. Pero sí has sido una mala pareja. Ambas cosas no siempre van reñidas.

A María lo que más le aterraba era la ausencia de culpabilidad, no se sentía culpable, aunque tampoco orgullosa de sus acciones. Y como cantaba Fito y Fitipaldis: «ha sido divertido, me equivocaría otra vez».

—Dime que no te he decepcionado, dime que sigo siendo la misma de siempre a pesar de que… me siento tan confusa.

—Nunca podrías decepcionarme.

—¿Y qué hago? Debería anular la boda.

Todos los planes de su vida habían acabado en el contenedor de la basura. Tendría que interrumpir el envío de las invitaciones, suspender la fecha en la parroquia de Luar, el catering que aún estaba por decidir y la reserva en la venta a las afueras del pueblo que habían elegido para la celebración. No habría paseo hasta el altar, colgada del brazo de su padre. Y en cuanto a la búsqueda de un vestido blanco con el que sentirse una novia de verdad, de esas de las de película, cancelada. ¿Cómo iba a explicarle a los invitados y a la familia que no habría boda?

Cada uno de los pasos de su futuro habían estado marcados, bien delimitados y afianzados, asegurados porque Marcos, sus suegros, sus padres, sus amigos en común y por separados, los vecinos y Luar entera sabían cuál era el siguiente movimiento dentro de la relación. Era lo lógico. Habían cumplido con lo que se esperaba de ellos. Once años de novios, un año de prometidos y… la boda. Una boda que no sería. Y de haber sido, un par de años viviendo juntos y entonces habrían buscado el niño o la niña. Porque eso era lo que deberían hacer, lo que Luar esperaba que hicieran, que siguieran con la tradición.

La claridad del devenir se había convertido en un pozo negro que

la había absorbido. Ni un atisbo de luz le indicaba cuál era el camino a seguir. Le tocaba decidir a ella, no a Luar, ni a los vecinos, ni a sus padres. A ella.

—Deberías empezar por decírselo a Marcos si es que no lo has hecho ya…, y deduzco por esa cara que no. —María se mordió el labio inferior y volvió a centrar la mirada en la copa, con la que jugueteaba dándole vueltas—. Tienes que decírselo, él ha sido sincero contigo, como mínimo se merece lo mismo, y lo sabes. Primero habladlo y luego decidís. Quizá los dos necesitáis un tiempo para pensar, sopesar opciones y todo eso.

—Solo hay dos opciones, Aura. O nos perdonamos mutuamente y seguimos para delante, nos casamos y nos olvidamos del asunto, o se acabó.

—Que sepas que, si os perdonáis, luego no vale echarse en cara mierda del pasado. Si os perdonáis, os perdonáis, con todas las de la ley. Eso de: «no has recogido la ropa del lavadero, miñi miñi miñi», «Bueno, tú me pusiste los cuernos, miñi miñi miñi», no. No funciona así.

¿Se podía llegar a perdonar algo así? Borrón y cuenta nueva. Había relaciones que, incluso heridas de muerte, sobrevivían al paso del tiempo, con esfuerzo y trabajo, renqueantes, sí, pero lo hacían. Probablemente, con la infelicidad intermitente de los miembros de la pareja. A veces, la comodidad y seguridad le puede a todo lo demás, equilibras la balanza y el desamor, el desapego, la escasez de atracción, la monotonía y rutina no pesan tanto como lo otro. Y pese a que solo le quedaran un par de años buenos, la relación se mantiene. ¿Quería ella formar parte de ese grupo?

—Es que tengo miedo. Siempre pensé que Marcos y yo acabaríamos casándonos, teniendo hijos, envejeciendo juntos, y ahora todo ese futuro no es más que una ilusión que se desvanece. —Dio un trago más al vino—. Me enfrento a lo desconocido y no sé cómo actuar. ¿Sabes lo que me dijo Nana antes de morir? Los hombres buenos no son como los autobuses…

—No pasa uno cada quince minutos. —Terminó de completar la frase de memoria. Ambas sonrieron.

—Pero a veces tenemos tanta prisa que nos subimos al primero que pasa, —continuó María, recordando las sabias palabras—, no

tiene nada de malo, siempre podemos bajarnos en la siguiente parada y esperar a que llegue el adecuado.

Aura nunca había escuchado a Nana decir eso último.

—¿Qué pasa si no sabes si es el autobús adecuado? ¿Qué pasa si no subes en el momento exacto?

—No lo sé, eso no me lo dijo —reconoció la muchacha tras un suspiro—. Supongo que seguirá pasando incansablemente hasta que te montes en él. De eso se trata, ¿no? Creo que Nana ya lo sabía, que me miraba a los ojos y veía que no era Marcos.

—Puede ser, Nana veía más allá de lo físico, lo suyo era un don profético. Ya lo podía haber tenido para los números de la lotería…

Habría estado bien ganar un buen millón gracias a su abuela, pero Aura sabía que no funcionaba así. Nana no era capaz de ver los números ganadores del euromillón, la lotería o la bonoloto. No. Esos eran asuntos insustanciales, no tenían importancia alguna para ella. El amor, en cambio, eso era distinto…, siempre había creído que era la energía que movía el mundo, rechazando la idea del dinero. Con ese don adivinatorio que poseía su abuela, Aura siempre se había preguntado qué hubiera sucedido si lo hubiera heredado, o que hubiera pasado si ya hubiera conocido los acontecimientos futuros. ¿Se puede evitar lo que ya está escrito?

Capítulo 26

Era una estafa que ella estuviera dándole consejos amorosos a María cuando todas sus relaciones habían sido un fracaso estrepitoso y la más larga había sido con Ediciones Tarquín, que, si bien no le había puesto los cuernos, la había mandado a la mierda con billete de ida y nunca de vuelta. Quizá no fuera la persona más adecuada para tener un consultorio de amor. «Regalo consejos que para mí no tengo», esa era ella. Porque todo lo que predicaba luego se lo pasaba por el arco del triunfo.

María tenía que ser valiente y confesar a Marcos que ella también había sido infiel. María tenía que decidir si quería perdonar lo imperdonable y seguir con la propuesta de matrimonio, la boda y el futuro juntos. O María tenía que romper con lo conocido y lanzarse a una nueva vida. María y María. María. Pero cuando se trataba de ella misma, escondía la cabeza bajo tierra como si fuera un avestruz, a la espera de que el tiempo pasara y eso solucionara el problema pertinente.

—Siempre he creído que si mi yo del futuro visitara a mi yo del pasado me ahorraría muchos disgustos y tomaría otros caminos. —Era más un pensamiento que otra cosa, pero sin darse cuenta lo formuló en voz alta, en un susurro mecido por cierta ensoñación.

María, absorta en las vueltas que daba el líquido sanguinolento

dentro del cristal cada vez que lo mecía, volvió a prestar atención. Cuando las miradas de ambas se encontraron, fue cuando Aura se percató de que los pensamientos habían tomado forma y que su amiga esperaba.

—¿Pero sabes qué? Creo que no, que al final habría actuado igual, me habría seguido dejando guiar por el corazón y habría cometido los mismos errores.

Era testaruda, a veces demasiado, y, cuando algo se le metía entre ceja y ceja, no había quien la hiciera abandonar. Si le hubieran echado las cartas y le hubieran mostrado dos caminos —a la derecha, el sendero a la felicidad, lleno de flores y pastos, arcoíris y cielos claros, y, a la izquierda, el tormentoso, el que al cruzar te embarras de fango hasta los codos, aquel en el que te cuesta avanzar, el que te hace sufrir —, Aura habría elegido en el que ya tenía puesto el pie. Incluso si ese era el oscuro y tenebroso. Una vez que ya estaba dentro, metida en el jardín —y no precisamente en el de las delicias—, no había marcha atrás.

—¿Hablas de Teo?

Oír su nombre le produjo una presión en el pecho que acabó por dejarla sin respiración un par de segundos. Aún dolía ver cómo unos labios ajenos a los suyos pronunciaban las letras que lo conformaban, trayendo de nuevo una oleada de recuerdos que se paseaban por la orilla de su memoria, resucitando sentimientos enterrados desde hacía tanto tiempo, que olían a putrefacción.

Negarlo era absurdo.

—Sí, hablo de Teo.

Teo, que era más fantasma que Nana, un espíritu que ya apenas caminaba errante en su mente, pero que resucitaba en cuanto alguien lo mencionaba, un muerto viviente que se levanta de su tumba.

—Aura… —El timbre de María había adoptado el dulzor de la miel que se había diluido en el té—. Te hizo mucho daño y todavía arrastras las consecuencias, lo sé. Has estado años encerrada en esa oficina durante todo el día, con la mente puesta en el trabajo porque, si no, temías pensar demasiado, viviendo a un ritmo frenético, o más bien, sobreviviendo. Te estabas consumiendo allí.

Allí. Teo y Madrid. Madrid era Teo, la espina dorsal de la Gran Vía, sus luces y su ruido, el ritmo frenético. Hay ciudades que son

personas, que tienen nombres y apellidos.

—Era muy feliz con esa vida.

—A otro lobo con ese cuento, Caperucita. Puedes mentirle a toda la puta capital, y estoy segura de que hay gente que te creerá, pero no a mí, no yo. —Su cabeza se movía de un lado a otro, como si fuera Will Smith en *El príncipe de Bel Air*, con *flow* y cierto aire del Bronx—. Soy algo más que tu familia, y no puedes engañarme. He conocido el antes y el después de Teo, y ese tío fue un puto misil nuclear que lo destrozó todo a su paso.

—Fue mi culpa, es un error que no volveré a cometer. He aprendido la lección, la llevo grabada a fuego, créeme.

La marca de los caballos y terneros, la del ganado. Una cicatriz en la piel hubiera dolido menos, habría sido menos vistosa y habría traído menos consecuencias. Las del alma, bueno, esas son complicadas de curar, necesitan tiempo —el tiempo todo lo sana—, paciencia y mimo. Escuecen y no por el agua oxigenada, no pueden vendarse y tampoco teñirse con el color rojizo del yodo.

Se habían conocido en la universidad, aunque no habían coincidido en clase ni una vez porque, mientras ella estudiaba Literatura, él se sacaba la carrera de Historia del Arte. El nexo de unión entre ambos había sido Anna, o Nita, como la llamaban todos, que ya no había quien le viera el pelo porque se había trasladado a Londres a currar —gracias a una beca— en el British Museum. Nita se marchó, ellos perdieron el contacto y no fue hasta un año después de finalizar los estudios cuando volvieron a verse.

Teo había estado roto, llevaba muchos años con su novia y ella llevaba muchos engañándolo, era lo que se denomina ser una cabrona, él lo intuía, pero no quería preguntar —la ceguera del amor—. Intentaba sobrevivir a la ruptura; Aura, a su último desengaño amoroso. Con semejante currículum, habían pensado que podrían mantener una relación informal, de esas que solo traen ventajas y ningún inconveniente —o lo que la gente cree que son inconvenientes —. El sexo era bueno, aunque tampoco es que viera fuegos artificiales. Cualquier otra persona diría que una vez que el vicio y el fornicio ya ha sido suplido, cada uno a su casa y Dios en la de todos, pero por las noches iban al cine, cenaban juntos en el parque y Teo la miraba a los ojos y decía que le brillaban cuando estaba con él, que ella era

especial, que se había equivocado al escoger a la que había sido su novia.

A Aura se la enamoraba con la comida, con la risa fácil, con las palabras bonitas, que para eso había estudiado Literatura, y lo sabía. Se las creyó todas, quizá por necesidad, quizá porque le parecía que era tan guapo que le iba a quitar la miopía. En verdad, la culpa la tenían las estúpidas películas de Hollywood en las que te pintaban que dos follamigos se enamoraban y salía bien. Los amores de películas son muy bonitos, pero solo duran dos horas. Y Aura descubrió que Teo se estaba ventilando a otras, que estaba haciendo muchos *spin off* lejos de la comedia romántica propia, y que ella solo había sido un cameo. ¿Cómo podía besarla, acostarse con ella, dormir en su cama, salir juntos a cenar, susurrarle al oído esas maravillas y follar con otras? ¡¿Pero qué coño le ocurría a ese tío?! ¡Pero si le había dicho que ella era todo lo que él necesitaba!

«No puedo fiarme de nadie», había pensado durante años, fruto de una traición que saboreaba amarga y que en el fondo sabía que no tenía sentido. Eran libres, podían conocer a otras personas, no estaban inmersos en una relación cerrada, no eran pareja. Que sí, que la teoría se la sabía de memoria, pero en la práctica habían cometido tantos errores…

—Fue más cobarde que sincero, por mucha mierda que él soltara, y te ha dejado desconfianza y miedo. —La voz de María la trajo de nuevo al presente—. Si pudiera partirle la cabeza, lo haría. Le daría de hostias hasta en el carné de identidad.

Aura puso los ojos en blanco. María y su violencia extrema, María y su extenso vocabulario de palabrotas cuando se cabreaba de verdad.

—Sé que estaba herido, que se estaba defendiendo como podía, que no era capaz de confiar en nadie excepto en mí, y que intentaba ser egoísta. Intentaba no sentir mucho porque…

—Excusas —la interrumpió con brusquedad, harta de escuchar siempre aquellos alegatos a favor del tipo—. Cuando pasamos por una ruptura, todos pensamos que es el momento de ser egoístas porque estamos dolidos. El problema es que hay personas que confunden eso con tener permiso para joder a los demás. Y eso te hace ser un capullo de manual. Todos tenemos pasado. A todos nos han puteado, y no por eso vamos por ahí cual chulos finos destrozando a los demás. Como

decía Nana: «hay que pasar por la vida intentando hacer el menor daño posible».

Aura sonrió.

—Nana siempre tan sabia. Me gustaría poder preguntarle tantas cosas ahora… Ella siempre sabía lo que había que decir, lo que me tranquilizaba, lo que necesitaba.

El poder de las abuelas, un bálsamo curativo compuesto por palabras, caricias y un casto beso en la mejilla. La consolaba de igual manera cuando se caía del columpio y se raspaba las rodillas que cuando un niño en el colegio le había dicho que era la más fea de su clase. El insulto —una nimiedad que apenas recordaba— la había hecho desear no ir nunca más al cole porque, si ese niño decía que era fea, seguro que las demás personas de su alrededor también pensaban lo mismo.

Su ausencia pesaba, extrañaba apoyar la cabeza sobre su regazo, que le chistara mientras acariciaba su melena rubia, que se la trenzara, que le contara cuentos fantásticos donde los finales felices envidiaban a los de Disney. Si tuviera la oportunidad, no gastaría el tiempo en preguntas, pediría perdón por los años de ausencia, gastados en una búsqueda infructífera como la de los españoles con El Dorado.

—¿Te gustaría poder preguntarle por Eric?

Los ojos de Aura, antes enfocados en los pozos del té, se desviaron hacia ella. Eric Hiráldez y su sentido del humor tan peculiar. Eric, con esos iris del color de la madera, y las cejas espesas y el cabello castaño enturbiando su visión. Eric y su mandíbula cuadrada y esas manos grandes y ásperas.

—Porque ya sabes su respuesta, los hombres buenos no son como los autobuses, no pasa uno cada quince minutos.

—Eric es un autobús al que no voy a subirme.

—¿Por qué?

¿Que por qué? ¿Acaso no estaba claro?

—Porque es más fácil huir que hacer frente a lo que sea que pueda suceder. Porque el bagaje sentimental pesa, porque me hunde la espalda, me la encorva, me deja rota como una rama de un árbol. Porque arrastro y arrastro. Porque tengo miedo. Porque desde aquí, desde la lejanía, estoy a salvo pero, si entro a torear en la plaza, puede

que no salga por mi propio pie, puede que me embista el toro. Porque no sé si quiero o puedo correr ese riesgo. No otra vez. Porque no sé qué haré si Eric también es un capullo de manual oculto en una bonita y ancha sonrisa, en una amabilidad disfrazada de falsas intenciones. Porque no quiero descubrir que es otro Teo más en este mundo lleno de chulos finos, como tú dices.

»No sé si puedo enfrentarme a otro fracaso amoroso, si es que podemos considerarlo como tal. Es casi tan duro como no tener oportunidades en el mundillo literario.

Sorbió por la nariz antes de que el agua que se escapaba por ella delatase que estaba a punto de llorar. Tarde, eso no había quien lo tapase y menos ante una amiga. Durante el discurso le había temblado la mandíbula, el labio inferior y un atisbo de puchero se había dibujado en la boca, hasta la voz se le había rasgado, unas cuerdas vocales limadas con una lija.

—Lo importante es que ese hombre sea digno de ti, lo importante es que te publiquen con una obra digna. No estarías satisfecha con menos. Te conozco lo suficiente para saber que, si estuvieras con Teo, serías una infeliz, ya lo habrías dejado porque el sentimiento de ir hacia la deriva te pesaría. Y si te hubieran publicado con una novela chusta en Ediciones Tarquín, te habrías querido pegar un tiro porque odiarías el trabajo.

Chasqueó la lengua.

—Con respecto a Eric, deberías saber que… —María no tuvo tiempo de terminar.

—Lo importante es que seas sincera contigo misma y tomes una decisión —la interrumpió, recomponiendo una falsa sonrisa—. La que ha venido buscando refugio y consejo eres tú, no yo. Así que te diré que el camino fácil no es siempre el correcto.

—¡Le dijo la sartén al cazo! —exclamó en un fingido sobresalto—. Y tú dices que lo tuyo es un fracaso amoroso… ¡Ja! —María elevó la copa y brindó con la taza de su amiga—. Espero que tengas en cuenta que yo estoy cancelando mi boda. Dile adiós a tu puesto de dama de honor.

No fue hasta las seis de la mañana cuando decidieron que había sido suficiente. El dramatismo de la madrugada había concluido, era hora de dormir, especialmente María, que tras cuatro copas de vino

había empezado a divagar sobre la filosofía y el cosmos. Aura tuvo que ayudarla a subir los escalones, la cubrió con una fina sábana y se acurrucó a su lado en la cama de Nana con la certeza absoluta de que juntas serían capaces de superar cualquier adversidad. Pero que un poco de la magia de Nana no les vendría mal a ninguna.

Capítulo 27

«No te ofendas, pero eres un poco gilipollas», eso fue lo que Samuel le dijo a María cuando se enteró de la noticia por una maruja del pueblo. El porqué del insulto lo explicó claramente, se sentía algo defraudado. «Por aguantar tanto con un tío al que ya no quieres. ¡A mamarla! Que la vida son dos días, tía, y ninguno cae en sábado». No pudo reprocharle nada.

Era difícil que una ruptura como la suya con Marcos no recorriera de cabo a rabo todo Luar, convirtiéndose en la comidilla de los habitantes. Podría haber entrado en el *Libro Guinness de los Récords* porque se hizo eco en apenas un día, un tiempo muy breve en el que todos se enteraron de que la relación había tocado fondo por dos infidelidades. Los años que llevaban inmersos en ella, el cariño que se profesaban, la casa compartida y el gato noruego que era una bola de pelo blanca que podía hacerse pasar por una pelusa fue lo que consiguió que no se hayan gritado de la calle al balcón y se lanzaran ropa en un gesto despiadado y cruel. En su lugar, se sentaron, confesaron sus grandes errores y María volvió a casa de sus padres con enormes cajas llenas de su vida en común con aquel hombre, sus pertenencias y Lucifer, nombrado así en honor al minino de la madrastra de Cenicienta. La mudanza, efectivamente, se la comieron Aura y Samuel. Aura le había ofrecido que se trasladara a casa de

Nana con ella, podrían vivir juntas; retornar al nido después de años de independencia se saboreaba como un paso atrás. María se había negado, no quería ser una molestia —que no lo era— y, por encima de eso, lo que realmente sí que quería era asegurarse de que Aura tuviera la casa libre por si en algún momento un arrebate de valentía se apoderaba de su cuerpo. La amistad es así de sacrificada…

Si Aura odiaba la compasión en la mirada de sus vecinos por el fallecimiento de Nana, María sentía la misma aversión hacia el juicio al que la sometían cada vez que se cruzaban con ella o alguien entraba en Viveros Edén. Aquello parecía la caza de brujas de Salem, solo les faltaba portar antorchas y perseguirla hasta su guarida. No creía que fuera a superar la ordalía del agua, la del fuego, la prueba de la aguja, las lágrimas y el peso. Iba a arder en la hoguera cual Juana de Arcos. Era más, estaba segura de que a un par de grados más habían quemado a la heroína francesa, porque era la segunda semana de junio y el calor caía con aplomo.

Para entonces las reformas habían avanzado, como lo hace todo en la vida aunque nos ofusquemos en pensar que no porque no sucede con la celeridad que nos gustaría. Nana solía decir que todo tiene su tiempo, Aura lo entendía un poco más tras la desintoxicación de mes y medio de las prisas de la ciudad madrileña. Las paredes del salón habían sido pintadas de turquesa y del color del alabastro, del mismo tono pálido que el pasillo. La planta de arriba también había sufrido remodelación con la pintura de los cuartos, lo que hizo que Aura se trasladara un par de noches a la planta baja a dormir, más concretamente al salón. Fue idea de Eric que no se intoxicara. Las puertas habían sido recolocadas en sus correspondientes aberturas, así que el *loft* ya no era un *loft* y la privacidad había regresado. Incluso había tenido tiempo para bichear un par de páginas web en busca de un bonito armario que poner en su antigua habitación como sustitución del que habían devorado las termitas, a conjunto con el resto de muebles de roble. Había barajado la posibilidad de jubilar la televisión de caja grande y comprar un plasma, amén de tirar el DVD, que estaba obsoleto.

El trabajo a destajo y las horas ocupadas en el tecleo constante en el portátil con el fin de inmortalizar la historia de Nana, que se convertía en la historia de Carmiña y, así, en la suya, la tumbaban en

la cama sin necesidad de un golpe que la dejara KO en el cuadrilátero. Caía cual saco de grano, de forma pesada. A veces, tal era la extenuación que soñaba con Nana pintado paredes que ya estaban pintadas. Una Nana joven que ella no había conocido, pero que le era cercana, una vieja amiga con la que mantenía interesantes conversaciones. Una Nana que solo había visto en fotos, en blanco y negro, con cinturita de avispa, delgada y espigada, de cabello trigueño largo.

Cuando llegaba la mañana y el sol la deslumbraba, cuando ya se había vestido con un chándal andrajoso —que era el mejor uniforme dada la situación de reforma— y el olor a café se desperdigaba por la casa, se paraba a admirar la obra maestra. No era, ni mucho menos, la Capilla Sixtina, aunque estuviera tardando casi lo mismo según ella. Tremenda carcajada habría soltado Miguel Ángel con la comparación. E, incluso así, sabía a ciencia cierta que a Nana le gustaría. Que aquel hogar cada vez tenía más pinta de hogar, no era que antes no lo tuviera, pero no era lo que ella habría calificado como *su* hogar.

A Nana le habría gustado el nuevo color de las paredes, sobre todo el turquesa del salón, que le daba mucha vida. Y también las puertas que Eric había arreglado y barnizado hasta dejar nuevas, a las que les cambió hasta los picaportes por unos dorados. Le habría gustado lo hermosas que estaban las plantas, que Aura regaba con diligencia, algunas recién trasplantadas porque el tiesto se había quedado pequeño. En ello había intervenido María, como buena señora que todo lo sabía por su trabajo en el vivero de sus padres. Le habría gustado la barca, que funcionaba perfectamente con el nuevo motor y en la que había invertido sudor, esfuerzo y lágrimas. Permanecía en el mar de hierba que era el jardín, a la intemperie. El nombre de Venus resaltaba en negro sobre el fondo de rayas celeste y blanco. Se le había acabado la originalidad, pero no el buen gusto.

Últimamente la veía en todas partes, en cualquier rincón de la propiedad, admirando los cambios con una sonrisa etérea que daba el visto bueno. La sentía en la fragancia del tomillo de la ventana de la cocina, del pescado del horno, de los limones frescos. La escuchaba en el «tac tac tac» de la máquina de costura. Le habría gustado, mantenía la esencia de lo que había sido en vida, de lo que era después de ella.

—No quiero que te emociones por lo que voy a sugerirte, ¿vale?

Eric la observó con una ceja enarcada y una mueca de desconcierto que se traducía en mesarse la barba y apartar los mechones que caían sobre sus ojos.

—¿Vale? —lo apremió ella.

No iba a mentirle, la conversación empezaba fuerte y él estaba ansioso por saber cómo continuaba, así que ya podía prometerle la luna —que si por él fuera se la bajaba junto con el manto de estrellas—, que emocionarse se iba a emocionar.

—Vale.

—Creo que ya es hora de llevar las cajas a la beneficencia y a la biblioteca.

Su boca adoptó una forma ovalada perfecta, delatando sorpresa.

—No.

—Sí —le ratificó entre risas.

Exclamó un aleluya que resonó por todo el salón, hizo el gesto de la victoria y, exultante de júbilo, aferró la cintura de Aura. Sin esperárselo, la muchacha se vio atenazada por sus brazos, elevada en el aire y dando vueltas. Las risas se fundieron en el ambiente. Aura vio el mundo girar a su alrededor, como si estuviera montada en el tiovivo de la feria del pueblo en época de Navidad. Era exagerado, tremendamente exagerado. Estiró los brazos, echó hacia atrás la cabeza y cuando todo movimiento cesó, cuando se irguió de nuevo, se topó con los ojos de Eric. No la soltó, se quedó ahí, contemplándola desde abajo como quien admira la talla de una virgen y reza en silencio. Aura se diría que fue por no perder el equilibrio, ya que estaba en volandas, pero se dejó llevar. Sus manos volaron hasta el rostro de él, encapsulándolo al hundir los dedos en su barba de varios días. Sintió cosquillas. Eric tragó saliva.

Si fuera valiente, como decía María, lo besaría. Si fuera capaz de tirarse a la piscina, como decía Eric, lo besaría. Lo haría. Por Dios que lo haría si no fuera porque… ¿Por qué? Porque una vocecita en su cabeza la instaba a que huyera. «Código rojo. Código rojo, Aura. Cierra los labios y baja de las nubes», se ordenó.

—Vale, vale. Es suficiente.

Descendió con parsimonia, sus pies tocaron el suelo. Estaba en tierra, en tierra firme. Y el contacto entre ambos se había roto, ya no sentía sus manos en torno a su cintura, ni la presión contra su cuerpo,

ni su respiración entrecortada.

—Estoy orgulloso de ti. —Apoyó la mano sobre su hombro con solemnidad—. Pensé que nunca lo harías, que ya habías desistido, que te habías olvidado de ellas y las habías abandonado a su suerte. Han sufrido mucho por el destierro al que las has sometido, pobrecillas, míralas. —Desvió la mirada hasta las torres de cartón—. Huérfanas… ¿No te han dado pena todo este tiempo?

—No seas dramático, son solo cajas. ¿Quieres hacerlo conmigo?

Se cruzó de brazos y esperó a que ella misma reaccionara a la oferta tan tentadora que acababa de lanzarle.

—¿Seguimos hablando de las cajas?

Aura sacudió la cabeza, abrumada por la idea que Eric había plantado en su mente y que ya había sido regada a base de imaginación y un deseo que le ardía en la yema de los dedos. No se podía decir que no lo hubiera pensado antes, no podía negar que lo deseara porque eso habría sido ser una mentirosa. ¡Y Carmiña no criaba mentirosas!

—¡¿De qué si no?! —gritó ofendida. Un calor solariego invadió todo su cuerpo, creó parches rojizos en el escote y ruborizó sus mejillas. A Aura le sobraba la piel, podría arrancársela a tiras y ni así calmaría el picor que sentía.

Eric mostró una sonrisa de satisfacción y se dispuso a cargar las cajas en la camioneta, con Aura pisándole los talones.

—He vencido —le dijo.

—¿En qué? —El jadeo apenas le permitió pronunciar la pregunta, se le escapaba la fuerza por la boca y el peso de la caja le entumecía los brazos.

Ya que tenía tiempo de sobra —era lo que tenía estar en paro, algo que esperaba solucionar cuanto antes— quizá debía salir a correr. Los músculos se le habían atrofiado y las carnes eran una colgadura que le recordaba a las de Nana en su vejez. Estaba rígida cual alcayata, tenía la resistencia de una anciana y, aunque había recuperado algo de tono durante la reforma, seguía siendo una enclenque. La alimentación había mejorado desde que había llegado a Luar, así que solo quedaba echarle ganas al tema del ejercicio.

Tuvo que apoyar la carga en su rodilla como pudo para que Eric se hiciera con ella y la colocara en el interior del automóvil.

—Has pedido ayuda y me la has pedido a mí. Hace un mes ni siquiera dejabas que te la ofreciera, eras un «no» con patas. «No» a todo el mundo.

—Eso no es cierto. Te pedí ayuda para que me trajeras los *croissants* recién hechos el día en que María y Samuel vinieron a desayunar, ¿recuerdas?

—Eso no cuenta.

—¿Y cuando dejé que me trajeras a casa porque me encontraste por la noche en mitad de la calle?

—Eso fue muy galán por mi parte.

Aura puso los ojos en blanco.

—¿Y cuando te pedí prestada la camioneta para la barca de mi abuelo y me ayudaste a dejarla en el césped?

—Eso fue por necesidad pura y dura.

—¿Y esto no? —Colocó los brazos en jarras, al igual que una madre. En esa postura era la viva imagen de Carmiña.

Era una necesidad. Llevar esas cajas ella sola le habría costado un par de viajes y una hernia que le habría dejado para echar azúcar a los pestiños, es decir, hecha mierda —más de lo que ya estaba—.

—No. Esto es… —Lo pensó un poco y no dijo nada.

Dio por zanjada la conversación, se aseguró de que las cajas estaban bien ubicadas, abrió la puerta del conductor y se sentó, dispuesto a arrancar. Aura no preguntó, hay cosas que es mejor no saber. Se subió al asiento del copiloto y, en cuanto escuchó el rugir del motor, encendió la radio. Fuera la canción que fuera, iba a cantarla. Ella lo cantaba todo, aunque tuviera que inventarse la letra y luego echarle la culpa al cantante con un «vaya, se ha confundido Britney Spears». Eric se preparó para los alaridos que le punzarían los tímpanos y deseó que los cristales no estallaran. Internamente tuvo que reconocer que la rubia se estaba haciendo poco a poco con su coche, en los altavoces sonó *When I kissed the teacher* de ABBA, y supo que ahí seguía la lista de música de ella. Ojalá fuera solo eso, ojalá fuera solo con la maldita camioneta que olía a jazmín porque su pelo, todavía mojado por la ducha, lo aromatizaba todo. Si es que incluso cuando berreaba cual histérica con un micrófono invisible en la mano estaba guapa.

—¡Canta conmigo! —Subió un par de números más el volumen

para poder desgañitarse.

—Aura… Ya cantas tú por los dos, créeme, Luar no necesita que yo me una al espectáculo.

El aire entraba por la ventanilla, meciendo su corta melena, mientras ella cantaba a pleno pulmón haciendo gestos peliculeros. El verano estaba ahí, esperándolos, a la vuelta de la esquina. Qué poco faltaba, dos semanas más a lo sumo. Si se despistaban un poco, los acabaría sorprendiendo.

Cruzaron el pueblo, aparcaron en un buen lugar y entre los dos descargaron las cajas, primero las de la biblioteca, donde estuvieron encantados de aceptar el nuevo género. Aura le contó todas las veces que Nana la había llevado allí en verano, como si fuera un premio por su buen comportamiento. De camino, aprovechó para devolver los libros en préstamo. A continuación, llegó el turno de la beneficencia. Y así, la casa de Nana —o la de Aura— ganó espacio, se libró de las cajas que Eric tanto odiaba y avanzó en la reforma.

Capítulo 28

El verano comenzó con la noche de San Juan. Luar se había vestido de gala y fiesta con sus hogueras resplandecientes en las playas, donde los muchachos saltaban por encima de las llamas y armaban jaleo. En el pueblo, una verbena, con sus guirnaldas y su música. La algarabía era buena compañera, lo teñía todo de armonía y un color brillante como cuando el sol sale por el horizonte y te ciega. Olía a pescado frito, a vinagre y a limón, se oía el rugido del mar por encima de la orquesta. El vino se escanciaba, la gente lo bebía como si fuera agua, y las parejas se pegaban cuerpo a cuerpo para bailar. En San Juan, solsticio de verano, todo estaba permitido.

Nana había acudido con sus amigas de la infancia y las horas transcurrían entre risas varias, carreras, bailes y algún tonteo inocente con los muchachitos que las miraban desde el otro extremo de la plaza Mayor, sentados en bancos. En aquellos momentos, todo empezaba así, con miradas precavidas y un espacio de actuación bastante amplio para que el aire corriera y nada se malinterpretara.

—Nana.

Todo el mundo la llamaba así. Era Nana, Nana para sus amigas, Nana para los chicos, para los vecinos, los marineros, Nana para sí misma y Nana para su padre. Únicamente su madre la llamaba María del Mar, que para eso había decidido ponerle el nombre. Lo tenía tan olvidado que a veces incluso le costaba responder a él.

Se giró para enfrentarse a la voz masculina. Marcelo estaba ahí plantado delante de ella, alto como era, con ese semblante serio y los ojos

azules, a juego con el Cantábrico.

—A partir de mañana yo te llevaré al colegio y yo te llevaré a casa.

—¿Para qué? Si tengo dos piernas que me llevan y traen, Marcelo.

—Para poder pedirle a tu padre que seas mi novia.

Un silencio se hizo entre los allí reunidos. Las niñas miraron a Nana, expectantes a su reacción, sabedoras de que él llevaba rondándole un buen tiempo. A Marcelo le sudaban las manos, pero se las apañó para que nadie lo notara. Nana frunció el ceño y dijo:

—Vale.

No se lo creyó. Pensó que más bien se trataba de una broma, que se estaba riendo de él delante de todas sus amistades.

—¿Lo dices de verdad?

—No, de mentira —rezongó, con los brazos en jarra—. Pues claro.

Así de simple. Así de fácil.

No se puede ir correteando detrás de una mocita sin el beneplácito de su padre, y no puede una pasearse por todo el pueblo con un muchacho sin un apalabramiento que indique que existen buenas intenciones.

Nana terminó ese curso escolar y nunca más volvió a pisar un aula. Se despidió de las monjas y sus castigos. A partir de entonces se dedicó a las tareas del hogar y a trabajar de costurera, más por dinero que porque le gustara. Llevaba tantos años enhebrando agujas con su madre que los pinchazos en la yema de los dedos ya no le dolían, tampoco usaba dedal, empujaba directamente con la uña o el callo de su dedo corazón. Hacer caireles se le daba de maravilla, lo mismo bordaba iniciales en toallas que en sábanas para recién casados del pueblo o mantas para recién nacidos. Los vecinos sabían que era la mejor costurera, diligente, cuidadosa y amable, cumplía con los plazos de entrega y siempre tenía una palabra amable para el cliente. Incluso dejaba a fiar en caso de que se tratara de remiendos de ropa necesarios. Llegada a la vejez, habría vestido a casi todos los habitantes de Luar. Nana cosía como Penélope su tapiz hasta la llegada de Ulises a Ítaca. Ahorraba y ahorraba. Guardadito todo bajo el colchón. El ajuar de bodas no se compraría solo. Lo poco que gastaban, si es que lo hacían, iba destinado a los paquetes de pipas que compartían juntos, sentados en la arena de la playa. La primera cerveza a la que Marcelo la invitó se llevó todo lo que tenía en su bolsillo aquel día y se debió a una celebración fastuosa, el cumpleaños de Nana.

A los diecisiete se casó y lo hizo por la iglesia, sin fe ninguna en Dios pero sí en el matrimonio con Marcelo, que le prodigaba cariños, atenciones y caprichos —los pocos que se podían permitir con el humilde sueldo de costurera y pescador—. Nada le faltaba. Eso era el amor, sí, eso debía ser. Y por no faltarle, no le faltó ni tiempo porque debajo de la falta del vestido blanco de novia que ella misma se había confeccionado ya iba bien escondidita Carmiña.

Capítulo 29

Había ido a casa de sus padres en calidad de visitante, pero también de hija, los asuntos a tratar cuanto antes, mejor. Nana seguía ahí, atrapada en la urna negra de un brillante recién pulido, encima de una de las mesas, presidiendo el salón como si se tratase de un busto antiquísimo o el cuadro de un antiguo antepasado. La costumbre de acariciar la tapa y susurrar un «hola, Nana» se había adherido a ella, así que, cuando entraba, era lo primero que hacía. Iba flechada a saludar las cenizas como el niño que corre directo a los brazos de su abuela para darle un sonoro beso en la mejilla y que lo estrechen entre sus brazos. Era extraño hablar con un puñado de arena grisácea que podía haber sido colilla. Del todo a la nada.

Dentro del cofre de madera, que su madre había robado hábilmente del tocador de Nana cuando esta falleció y antes de que ella llegara, descansaban joyas de distinto tipo que su abuela había ido acumulando debido a los regalos que había recibido en vida, principalmente de Marcelo. «Llévate lo que quieras», le ofreció. Aura solo escogió tres piezas, un anillo de oro que había sido la alianza de la boda de sus abuelos, un broche en forma de escarabajo engarzado de piedras resplandecientes, y un collar con un zafiro que bien podía ser más falso que un billete de tres euros. Ella era más de plata y bisutería, de la que te deja los lóbulos de la oreja y los dedos verdosos

porque es una aleación malísima, así que sabía que no se lo iba a poner. No iba a utilizar el anillo, ni el colgante, ni el broche, pero cuando recordaba a Nana, la veía con todas esas alhajas. Pensaba en el anillo, pensaba en el colgante y pensaba en el broche, pensaba en los tesoros que Nana guardaba en el joyero como si fuera el de un pirata y como dejaba que lo volcase en la colcha de la cama para descubrir el contenido. «Un día todo esto será tuyo», le decía, y el día había llegado. Hubiera cambiado todos los cofres de oro hundidos en la inmensidad del océano por ella.

¿Qué iban a hacer con las cenizas? Eso era otro tema. Ese era precisamente el tema. Nana estaba resguardada en el contenedor y su alma deseaba vagar libre, así lo había dispuesto en su testamento. Nada se le negaba a esa mujer de armas tomar.

—Hemos pensado hacerlo cuando llegue San Juan, a la mañana siguiente.

—24 de junio —especificó Aura.

—24 de junio —asintió su madre.

Ya estaba. Tenían fecha.

Sería algo íntimo, reservado a la familia y las personas más cercanas, lo que incluía a José, por supuesto. Mantenerlo en secreto sería una ardua tarea, pero era lo más conveniente teniendo en cuenta que si el pueblo se enteraba en su totalidad, abordaría la playa como si fuera el desembarco de Normandía. Era un adiós, la despedida oficial, especialmente para Aura que no había llegado al tanatorio ni a la cremación. Necesitaba que el momento fuera eso, un momento, un suspiro contenido, no un espectáculo de circo en el que todos lloraran cual plañideras, se tiraran de los cabellos y berrearan. Algo sencillo, algo propio de Nana, algo pequeño.

Su madre había elegido la fecha de acuerdo a las preferencias de Nana, la noche de San Juan era su celebración favorita por encima de cualquier otra. Le encantaba el ambiente que se generaba en Luar, le recordaba a sus años de moza en la plaza Mayor, a la vida que había llevado, a sus padres, al colegio de monjas, al principio de todo —al inicio de los tiempos—. La añoranza del pasado le asaltaba en forma de lágrimas y se sentía tonta cuando lloraba. «Una vieja chocha», se excusaba al ver las hogueras crepitantes en las calas.

El pueblo empezaba a prepararse para la festividad, las guirnaldas no iban a colgarse solas, ni los banderines, y aún había que montar casetas. Aura caminaba con la mirada perdida en los preparativos, en el correteo de personas, en los tablones de madera que se dispondrían en las playas, cuando una vocecita la sacó de su ensimismamiento.

—¿Es una tarta de chocolate?

Aura miró al niño y, luego, el pastel envuelto en papel transparente que trasportaba en las manos. Lo reconocía de la pescadería, de ir de la mano de su abuelo alguna que otra vez, siempre que lo veía era en su compañía, como ella con Nana. Llevaba una camiseta de Spiderman y se agarraba con fuerza a su patinete, sin desmontarlo, un pie en él y otro en el suelo. Menuda chulería.

—Sí.

El pequeño la examinaba muy seriamente, con esos carrillos redondos parecidos a los de un roedor. Quizá quisiera zamparse la tarta. ¿Dónde estaba el abuelo de la criatura? Era obvio que no corría peligro, en Luar se conocían todos, pero dejar a un niño suelto por la calle sin vigilancia alguna era una temeridad.

—¿La has comprado en la pastelería?

—No, la ha hecho mi madre.

—¿Seguro?

Alzó una ceja, extrañada ante el interrogatorio.

—Hombre, pues… —Volvió a mirar la tarta como si tuviera que comprobar que de verdad no la había comprado en la pastelería del pueblo. Era el plato de su madre, la había cocinado esa misma mañana y había insistido mucho en que se la llevara—. Sí, ya te digo yo que sí.

—Yo creo que no, que la has comprado en la pastelería porque te he visto allí.

—¿Me has visto en la pastelería? —Se acuclilló para llegar a su altura y mirarlo a los ojos, marrones con una veta de caramelo digna de un helado.

Él asintió con una mueca más adulta que infantil. Estaba claro que era uno de esos niños que tenían alma de señores ancianos, que hablaban como señores ancianos y cruzaban las manitas en su espalda para ver el discurrir de las obras de las avenidas, como señores ancianos. El niño había nacido jubilado.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Daniel.

—Aura.

—¿Y cuántos años tienes?

—Veintiocho.

Daniel aspiró por la nariz, sus ojos se abrieron de golpe y los labios formaron una perfecta circunferencia que demostraba lo sorprendido que estaba ante semejante número.

—¡Buala! ¡Eres suuuupermayor!

«Genial», pensó ella con un deje dramatismo. Encima se sentía vieja. ¡Solo tenía veintiocho! ¿Cómo podía decirle que era supermayor? ¿Qué pensaría entonces de su abuelo, que era Tutankamón? Recuperó la altura que le confería su edad de supuesto dinosaurio y lo observó desde arriba.

—Aura, ¿quieres ser la novia de mi padre?

Esa vez fue ella la que entreabrió los labios, golpeada por la pregunta. Contuvo las ganas de gritar a pleno pulmón que de quién era ese niño y que, por Dios, alguien se lo llevara. Siempre había tenido buena mano con los pequeños, le gustaban, se llevaba bien con ellos, el instinto maternal lo tenía por las nubes. Cuando cumplió los quince años, había trabajado varias veces de niñera junto con María, que por aquel entonces estaba harta de las flores, las plantas y los matorrales y renegaba a bocajarro del negocio familiar. Una cosa era cuidar de los pequeños de unos conocidos, y otra, que un niño intentara venderle a su padre.

—La verdad es que no me viene muy bien…

¿Sus padres no le habían explicado que era de mala educación asaltar a personas por la calle y ennoviarlas? Claro que lo mismo no sabían que se dedicaba a ello cuando lo perdían de visto, nadie normal pensaría que su hijo tiene ese *hobby*.

—¡Daniel! ¿No te he dicho que no te separes de mí y que me esperes?

No. No podía ser real.

La figura de Eric apareció por la calle al torcer la esquina, apresurado, con un ápice de preocupación en el rostro. Corría a grandes zancadas, solo necesitó tres para llegar hasta ellos. Estaba frunciendo el ceño, lo que él más odiaba que ella hiciera. Parecía como si se hubiera despertado de un mal sueño, frenético.

—Menos mal que está contigo. —El suspiro de alivio hizo bailar los mechones que caían sobre su frente. Eric posó la mano en el hombro de su hijo y lo apretó contra su pierna en un gesto de amor incondicional—. Cada vez que me escapa me da un mini infarto.

—Así que tú eres el padre… —Sonaba como una acusación y se obligó a sí misma a relajar el tono de voz—. Tienes un niño de ¿qué?, ¿cuatro años?

—Cuatro y medio —lo corrigió él con su voz chillona.

Eric se rio con la intervención.

—Vale, cuatro y medio, pero ¿cómo?

—¿Quieres que te explique el procedimiento? —Le guiñó un ojo.

—No, gracias.

Lo que realmente quería saber era el por qué ella no tenía conocimientos sobre ello. Sus inquietudes no salieron a la luz, no las verbalizó. No era nadie para preguntarle, no era quién para cuestionarle ni para echarle en cara que le hubiera ocultado que tenía un hijo. Si ella huía como una cobarde de él, él tenía derecho a guardar sus secretos, ¿no?

—Su madre y yo estamos separados, ella vive en A Coruña, así que Daniel va y viene de aquí para allá. Este finde le toca con papá y estamos deseando que le den las vacaciones en el cole para poder pasar más tiempo juntos, ¿verdad? —Le revolvió el pelo.

—¡Iremos a la playa a ver las hogueras en la noche de brujas! —exclamó excitado.

—¿Y siempre te busca novias?

—¿Qué? —Volvió a mirar al niño, pero este le respondió con una sonrisa que dejó entrever que le faltaba un incisivo de leche. Parecía que le habían arrancado los dientes de un puñetazo, y era gracioso—. Es la primera vez que me entero de que lo hace.

La mirada de severidad que le dedicó al niño se suavizó y solo quedó en ella un brillo de cariño y resignación por las travesuras realizadas. Si Daniel era un terremoto —aunque con la actitud de un señor mayor—, estaba segura de que se debía a la genética. Eric debía haber sido así de pequeño.

—No siempre, es que llevas un pastel. —Se encogió de hombros y señaló el bizcocho que aún sostenía.

—Te juro que no lo llevo para atraer a niños pequeños y

secuestrarlos.

—Lo he supuesto, tranquila. ¿Es de la pastelería?

—¿Por qué todo el mundo cree que es de la pastelería? —Se indignó—. Es de mi madre.

—Eso tiene más sentido que pensar que es tuyo…

—Para tu información, cocino divinamente.

—Haré como que me lo creo hasta que me invites a cenar a tu casa y lo descubra por mí mismo.

—Pero ¿él también viene? —Le echó un ligero vistazo al pequeño, que hacía pruebas de equilibrio colocando los dos pies sobre el patinete sin caerse, agarrado por su padre.

Si se caía de boca, acabaría por saltarse los dientes que le quedaban, la parte buena era que el ratoncito Pérez lo colmaría de regalos en una misma tarde.

—¿Vas a hacer espaguetis con tomate frito y salchichas?

Daniel era el puñetero gato con botas de *Shreck*, como te despistaras mucho te estaba mirando con esos enormes ojos de corderito degollado que te enternecían el corazón hasta diluirlo cual aspirina en vaso de agua.

—Pues no creo, la verdad, no es muy impresionante ese plato.

Como respuesta obtuvo una pedorreta bucal que venía significando que entonces pasaba tres kilos de acompañar a su padre a ninguna parte y menos a una cena de mayores. Ya había dejado bien claro que pensaba que Aura pertenecía al Cretácico.

—Creo que entonces será mejor dejarlo con mi padre. Te veo esta noche.

Sus alarmas se dispararon.

—¿Esta noche? —Trató de que el temblor de su voz no la delatara.

«Espera». No estaba preparada para nada que conllevara montar una cena esa misma noche. Aún no había tenido tiempo ni de asimilar que Eric era padre de un niño de cuatro años y medio. Por Dios, si todavía estaba trabajando en gestionar sus emociones con respecto a la muerte de Nana y a la atracción que sentía por él.

—Sí, me doy por invitado. A las nueve y media estoy en tu casa, tranquila, no hace falta que me mandes la dirección. Trabajo allí.

Ya le había vuelto a hacer el lío. Ese hombre no tenía remedio… Y ella tenía una cena que preparar.

«S.O.S», escribió en el grupo de WhatsApp.

Capítulo 30

Era temprano y eso suponía que Aura había tenido, por primera vez en su vida, un poco de suerte. María seguía currando en Viveros Edén, así que salió escopeteada al recibir el mensaje, colgó el mandil y dejó a su padre en la floristería mientras ella argumentaba una «emergencia amiguil». Si la hubiera pillado a las cuatro de la tarde, a Aura le habrían dado por saco porque a esa hora estaría en A Coruña, comiendo plácidamente en una bonita terraza con Vera. Cuando pensaba en ella se desataba toda una jauría en su estómago, que se enredaba y la atenazaba, impidiéndole probar un solo bocado. Era tonta o se estaba enchochando —que era más factible—. Se moría por presentársela a sus amigos, tan risueña, tan espontánea y graciosa, les encantaría. Solo temía por Luar. Era un cambio demasiado brusco para un pueblo anclado en el pasado, de Marcos a Vera. Si hubiera sido de Marcos a Pablo o a cualquier otro, también habría cierto rechazo. Lo que todos esperaban era un periodo de duelo, un llanto compungido por el futuro que pudo haber sido y no fue, por el destrozo que supone un corazón roto. Había sido toda una vida juntos. No podía recuperarse tan aprisa, o eso decía la sociedad. A ella le importaba un bledo lo que pensaran, dijeran o quisieran. Iba a vivir su vida como se le antojara y con quien deseara. Luar solo tenía dos opciones: aceptar su relación con Vera o cerrar los ojos.

Samuel no tuvo ni que moverse, al contrario que sus amigas. Cuando un S.O.S llegaba a sus móviles, el sitio de reunión era Martiños, y él llevaba allí desde las ocho de la mañana sirviendo desayunos y, en aquellos momentos, cervezas y tapas. Quería un descanso, así que el problema de Aura era la excusa perfecta para tomárselo a golpe de motín. Le pidió a un compañero que lo sustituyera y esperó detrás de la barra, negándose a atender a los clientes con un «lo siento, estoy de descanso».

—A ver si especificamos en el mensaje, que ese socorro podía haber sido porque te hubiera atropellado un coche a la entrada del pueblo o porque se te hubiera roto una uña —dijo Samuel una vez que ambas chicas hubieron aparecido y tomaron asiento en los altos taburetes.

María llegó tan sofocada que su primera petición fue un vaso de agua fresca.

—¿De verdad crees que te iba a pedir ayuda para una uña rota? ¿Desde cuándo nos haces tú la manicura? No sé, pregunto, porque las mías están llenas de abono y me vendría bien una sesión, señor esteticista.

Samuel la obligó a retirar las zarpas de la barra, tras lo cual limpió la zona con un trapo húmedo para asegurarse de que no había manchado nada.

—Joder, tía, que aquí come gente y vas tú y me pones ahí las garras… —se quejó.

Aura tuvo que dar un par de palmadas para que le prestaran atención y dejaran de tirarse pullitas y hacerse muecas raras como si tuvieran cinco años. No sabía para qué convocaba al grupo si, cuando había emergencia de algún tipo, se enredaban en disputas pueriles y se iban por los cerros de Úbeda.

—Esta noche tengo una cena con Eric —confesó abrumada—. No sé cómo ha pasado, él ha puesto en dudas mis aptitudes culinarias y en fin…

—¡Sí! ¡Esa es mi chica!

En un alarde de excitación, Aura se vio aprisionada por los brazos de María, que le dio un achuchón repentino como premio por su valentía. Un premio que tampoco se merecía, no había sido ella la que precisamente había decidido tener una cita, o lo que fuera aquello.

Samuel pareció leerle la mente.

—¿Es una cita? —preguntó.

—No, no —tartamudeó—, no lo sé. No hemos hablado sobre eso, la verdad. —Miró a sus amigos—. No es algo que surja así sin más. Estoy nerviosa, no sé qué preparar para cenar.

—Tía, podrías hacer arroz blanco y un huevo frito que a Eric le daría igual y te diría que está delicioso. Creo que va más bien a probar otro tipo de bocado… —El movimiento de cejas de María provocó una carcajada en Samuel—. Ya va siendo hora de que te depiles, venga.

—¡¿Qué?! ¡No! ¿Por qué no me escucháis? ¡Que no sé qué preparar!

¿Podían dejar de ignorar el verdadero problema?

—Bueno, pues no te depiles, tú haz lo que quieras, yo te apoyo a ti y a tus pelos…, si te enseñara yo los míos… —Hizo el amago de levantarse la pernera de sus vaqueros cuando Samuel la detuvo.

—Genial, todas sois unas ositas amorosas con pelo. Yo me voy a trabajar antes de que Martiño me despida, que ya con una en el paro tenemos suficiente. —Y así, sin más, dio por finalizada la conversación, levantada la sesión y el problema solucionado, pese a que no habían aportado solución alguna—. Suerte para esta noche. Cométela, a él, digo.

—Sois lo peor —refunfuñó la rubia, cruzada de brazos.

—Aprovecha y ve a la biblioteca para sacar el Kamasutra, así vas estudiando para ponerlo en práctica esta noche.

Se frotó el golpe que María le propinó en forma de codazo. Por muy infructífera que hubiera sido la charla, y por más nerviosa que la hubieran puesto —porque sus amigos el tema de tranquilizar a alguien se veía que muy bien no lo llevaban—, María sí que le había ofrecido una buena idea. No el Kamasutra, pero dado que Nana no guardaba ninguna receta propia, y que se había deshecho de los libros pensando que no los utilizaría jamás y que eran un estorbo, sí que podía ir a la biblioteca en busca de un libro de cocina.

Miró el reloj. Era la una y media de la tarde. No. No tenía tiempo para ir a la biblioteca, hacerse con un recetario, ver qué necesitaba, comprar los alimentos y todo el tinglado. Habría que buscar en internet y tirar de recursos.

—Al menos, ya tienes desayuno para mañana. —Hizo referencia a

la tarta que aún cargaba.

De verdad que la siguiente vez prescindiría del consejo de sabios, que daba de todo menos buenas ideas.

El tiempo corre en tu contra si parpadeas más de la cuenta, o esa era la sensación que tenía Aura. El quiché de calabacín y queso de cabra había sido un éxito rotundo que no le había llevado demasiado trabajo. Optar por platos fáciles pero ricos, ese era el truco. Había cortado las patatas en rodajas, regadas de aceite, sal y pimienta, que se encontraban en el horno, haciéndose con el salmón. La salsa agria estaba hecha, no comprada, Nana defendía la teoría de que cualquier comida, por muy deliciosa que estuviera, siempre mejoraba con una buena salsa casera. Era adicta a ellas, especialmente a la de mostaza francesa y miel. Eso sí, nada de kétchup ni botes estadounidenses de esos. Arrugaba la frente cuando veía a la pequeña Aura embadurnando las patatas fritas de kétchup Heinz como si no hubiera un mañana, al igual que la hamburguesa. Eso no era comida.

Con el delantal todavía puesto y sentada en la mesa de la cocina mientras observaba intensamente el cocinado a través de la pantalla translucida del horno, oscurecida en esos momentos, Aura se preguntaba si sería cena suficiente. Un quiché y pescado y patatas. Quizá fuera muy pobre. Quizá Eric esperaría más después de que se hubiera vanagloriado de sus artes culinarias. Se mordió el carrillo interno, nerviosa. Si se daba prisa, podía hacer algo más. ¿Un hummus? No, para eso tendría que haber dejado los garbanzos a remojar la noche anterior. ¿Y un hummus de remolacha con *crudité* de verduras? No pintaba mal, pero quizá fuera algo pijo para él. «A ver, Aura, que son verduras crudas y un puré de remolacha. No es tan pijo. Hazlo y punto», se animó.

Se dedicó en cuerpo y alma al hummus mientras sus pensamientos divagaban de un lado a otro, enredándose cual madeja de lana.

—Eric tiene un hijo. Un hijo que se llama Daniel. Eric tiene un hijo que se llama Daniel. Un hijo de cuatro años y medio. Eric tiene un hijo que se llama Daniel, de cuatro años y medio —repetía en voz alta para concienciarse.

A punto estuvo de rebanarse un dedo mientras cortaba apio y zanahorias. Por suerte, no hubo ningún incidente al final. No sabía si estaba haciendo lo correcto. Para ser más exactos, no sabía ni qué estaba haciendo aparte de preparar una cena. Solo sería eso, una cena. Una cena entre dos colegas. Estar nerviosa era estúpido, pasaban ocho horas juntos al día desde hacía mes y medio. Frustrada, dejó el cuchillo encima de la mesa y se dedicó al hummus. Se estaba comportando como una cría de quince años que no es capaz de gestionar sus emociones. Tenía veintiocho, pertenecía al Paleozoico —según Daniel— y debía ser lógica. La lógica nunca falla y se impone al desbarajuste de sentimientos, entonces ¿por qué no funcionaba con los que se congregaban en su pecho y vientre haciendo que este le doliera? Estaba espitosa perdida, parecía que se había tomado un tripi, con el pie dando toquecitos en el suelo y las manos actuando con una presteza inusitada.

Habían compartido coche más de una vez, le había pedido la furgoneta otras, habían desayunado juntos todos los días.

—¡Cálmate, histérica! —se ordenó con dureza.

El horno sonó. El pescado estaba listo. Dejó el hummus en el frigorífico un par de minutos y se aseguró de que la salsa agria hubiera cogido consistencia. Todo estaba bien, menos ella, que seguía en chándal y delantal de cocina.

Subió a todo correr a la habitación. No se había lavado el pelo y, para ser justos, había pasado de la depilación en un intento desesperado de comportarse como debía. El vello corporal no era precisamente una barrera ni un campo de minas que impidiera las caricias de un hombre, pero ella se había montado la película de que serviría para echarle el freno. No sabía si a él o a sí misma. Se maquilló las pestañas, el colorete melocotón y los labios con un sutil brillo. Se enfundó en una falda larga mostaza con florecitas rojas y una camiseta blanca de algodón. Los pies en las zapatillas de lona, andar descalza en una casa en obras era pedir que te clavaras un tornillo en la planta y acabar en el hospital. Accidentes más tontos había presenciado.

Descendió las escaleras. Colocó el mantel, los platos, las copas, sacó el vino y lo descorchó después de quince intentos y una película de sudor cubriendo sus sienes. Casi se le cayó un anillo en la salsera, y

se quemó con la bandeja de salmón recién sacado del horno. Al principio parecía una simple quemadura, luego fue a más y tuvo que aplicarse pomada. Anotó mentalmente nunca apuntarse a *Masterchef* solo por evitar el tremendo estrés que hacía que el corazón le palpitara a una velocidad parecida a la del infarto. El dolor de estómago no la había abandonado y le provocó que tuviera que entrar en el baño cuatro veces. En un momento de pánico, le escribió a María un mensaje en el que le anunciaba que se cagaba de forma literal, a lo que ella le respondió que era de los nervios.

—Lo has hecho miles de veces —dijo María a través de la videollamada. Estaba tirada en un sofá con los pies apoyados sobre el regazo de Vera, quien no tardó en saludar a Aura con la mano—. En serio, va a ir bien. Os conocéis, os reis juntos, os lo pasáis bien. ¿Cuál es el problema? ¡Es solo una cena! Deja de hacer un drama.

—Tiene un hijo.

—Ya, ¿y?

—¿Cómo que ya? Que es un niño. ¡Un niño!

—Y yo tengo a mi cargo a doscientas variedades de plantas, que también son seres vivos y hacen por chorrientos niños, así que no busques excusas, Lady Tiene Un Hijo.

Tenía un hijo, ese era el problema, eso era lo que había cambiado, lo que le asustaba aún más, si cabía. Y eso que ya estaba aterrorizada por la semilla incipiente de atracción que lo acercaba a él conforme pasaban los días. Un hijo era un asunto serio, era un ser humano. Un hijo enferma y tienes que llevarlo al médico, un hijo llora y tienes que consolarlo, un hijo se hace daño y tienes que curarlo, un hijo tiene miedo y debes apaciguarlo. Un hijo. Un niño con múltiples necesidades que está bajo el cuidado de un adulto que hace su vida más fácil, que lo protege. No es un muñeco que hace caca y pipí de mentira y que puedes dejarlo abandonado en el salón. No es un *tamagotchi* que resucita al darle al botón.

Temía por su integridad emocional, no era plato de buen gusto pasar por un nuevo desengaño amoroso. No quería imaginar un bonito futuro y darse una hostia contra la pared, averiguar que el futuro era su imaginación y que Eric había jugado con sus sentimientos. Y, sobre todo, no quería que un niño saliera perjudicado por ello. Las relaciones empiezan y terminan. Los adultos se reponen, los críos no

lo entienden del mismo modo. Aura siempre caía de pie, como los gatos. Prefería ser la única damnificada.

El motor de la camioneta le alertó de que Eric estaba en el jardín. Se asomó a través de los visillos, vislumbró su silueta gracias a la luz del porche y al atardecer, que cada vez tardaba más en llegar —la eternidad de los días de verano—.

La suerte estaba echada.

Capítulo 31

Arreglado pero informal. Esa era la descripción de Eric, que había aparecido con una botella de vino bajo el brazo del mismo modo que los niños llegan con un pan debajo del suyo —una mentira más grande que un piano—. Estaba arrebatador por el simple y mero hecho de que sonreía de esa forma tan suya que hacía prominente las pequeñas líneas en torno a sus ojos. Olía un poco intenso, algo que no era muy habitual en su persona, por lo que dedujo que había sacado el galán que llevaba dentro con un bote de colonia. Al menos no era una de esas tan fuertes propias de los abuelos que eran masticables y se te quedaban adheridas a la ropa con solo acercarte a ellos.

—Estás muy guapa.

El agradecimiento fue un susurro acompañado por un enrojecimiento de mejillas. Aura se echó un vistazo, por un segundo había olvidado lo que llevaba puesto. ¡Ah, sí! La falda mostaza y la camiseta blanca que esperaba no mancharse comiendo. Quizá no hubiera elegido del todo bien. Él, sin embargo, había sido precavido con esa camiseta negra y esos vaqueros grises con zapatillas a juego.

—Acabo de abrir una —le dijo Aura mientras lo invitaba a pasar.

Enseguida se arrepintió. Tendría que haberle correspondido con un halago, se supone que esas reglas estaban escritas en un código de conducta. Ni que fuera su primera cita para no saber cómo

comportarse.

Eric entró y la siguió por el pasillo. Tampoco era que necesitara que ella le hiciera señal alguna, llevaba tanto tiempo en el interior de la casa de Nana que había noches en las que se despertaba en su propia cama algo desorientado y, al abrir los ojos, no reconocía las paredes que lo rodeaban. Empezaba a confundirse, quizá incluso de vida porque, desde luego, él no vivía allí.

—Bueno, lo mismo necesitamos otra botella para entornarnos, una va a ser poco.

—¿Pretendes volver borracho como una cuba a tu casa? Porque en ese caso no podrás coger el coche, ya sabes eso de: si bebes, no conduzcas. —Imitó con voz grave el anuncio de la DGT—. Así que tendré que darte una patada en el culo para que bajes rodando hasta el pueblo.

—Ja, muy graciosa.

Él sí cumplía con el protocolo que marcaba la sociedad. Además de arreglarse y haberle hecho un cumplido con respecto a su aspecto, había traído una botella de vino como cortesía. Probablemente, si hubiera sido al revés, a Aura se le habría olvidado. Sirvió dos copas y le ofreció una. Eric la alzó en un brindis improvisado y ella dejó entrechocar los cristales antes de beber. Era áspero y sabía a madera, como si le hubiera dado un lametón a una de las tablas del taller que Eric tenía montado en la trastienda de Reformas Hiráldez.

«No te emborraches», se recordó al dar un pequeño sorbo.

—Huele bien. —Dio una palmada en el aire y se frotó las manos, libre de la copa que reposaba sobre la mesa ya dispuesta—. Sorpréndeme, doña Cocinillas.

Con los brazos en jarras y una sonrisa resplandeciente, fruto del orgullo, Aura fue enumerándole los platos cual *maître*.

—De primero, *crudité* de verduras con hummus de remolacha; de segundo, el quiché de calabacines con queso de cabra, y de tercero, el salmón con patatas y salsa agria.

—No sabía que venía a un banquete de boda con primero, segundo y hasta tercero. No me digas que también hay postre…

—Tarta de chocolate.

Eric chasqueó la lengua en una fingida decepción.

—Verás cuando Daniel se entere. Ese niño es un pitbull, te lo digo

en serio, si hay un dulce en casa, es capaz de olerlo aunque esté todavía en la puerta de la entrada. En cuanto llegue y me dé un beso, sabrá que me he comido la deliciosa tarta de tu madre que tanto le ha conquistado el corazón.

—Pero él habrá cenado espaguetis con tomate y salchichas.

—Ni de broma. —Rio con sorna—. Hoy cena puré de calabaza y queso fresco. Si le diera de comer siempre lo que él quisiera, se me habría muerto hace dos años de escorbuto. Tengo que meterle la verdura a base de embudo, es una fiera imposible de domar. Préstame tu látigo, te aseguro que lo necesito.

—Lo siento, lo he guardado.

Hasta entonces, no se había parado a imaginar cómo era la vida de Eric, de hecho, había ido encajando las piezas que él desvelaba para formar un puzle y no sabía si se parecía mínimamente a la realidad porque ni en un millón de años se habría planteado que tuviera un crío con una madre en A Coruña. Eran muchos datos nuevos en la memoria y le costaba procesarlos, ella era lenta para la tecnología.

La imagen que había dibujado en su mente era la de un hombre que se había trasladado a Luar con su padre tras la muerte de su madre, es decir, por motivos sentimentales, algo que casaba muy bien con él. Era trabajador, eso estaba claro, le gustaban las bromas y los chascarrillos casi tanto como tomarle el pelo, era honesto y sincero, y también divertido. Lo de familiar era obvio, así que no suponía un descubrimiento para nadie. Lo de un hijo, eso era otro cantar.

Eric se sentó enfrente de su anfitriona y esta sirvió el primer plato mientras el contenido rojizo del alcohol iba mermando a medida que discurría la conversación, centrada en Daniel. Aura había insistido en que le contara más de él, parecía un niño avispado, y, según las anécdotas de su padre, lo era. Aunque, para ser sinceros, para cualquier padre su hijo es increíblemente especial, guapo e inteligente. Si el amor romántico es ciego, al amor de un progenitor le han arrancado los ojos de sus cuencas con una cuchara de madera.

—Lo quiero muchísimo y desearía pasar más tiempo con él, pero agradezco mucho tener un respiro, ¿sabes? De la maternidad, todo el mundo habla maravillas, a la gente se le olvida lo malo y, ojo, lo entiendo porque luego miro a Daniel a la cara y se me pasa el enfado

que él mismo me provoca, y la desesperación y el cansancio incluso, pero la parte mala está ahí, existe. Y eso que tengo la custodia compartida y a mi padre, que me echa un cable siempre que lo necesito. Desde luego Isabel tiene el cielo ganado.

—¿Su madre?

Era una pregunta estúpida. ¿Quién iba a ser si no? Si diseccionaba los rasgos del pequeño Daniel, si separaba los heredados de Eric de los demás, obtendría los de su madre, y así sabría cómo era Isabel. Seguro que era alta, de una belleza singular, de pómulos marcados y frente despejada, de ojos grandes y almendrados. Seguro que era elegante y tenía una melena castaña veteada de color caramelo, de esas que salían en los anuncios de Pantene.

—Su madre —confirmó, dejándole a Aura el último tallo de zanahoria cruda—. Para ti.

—Hay comida de sobra.

—Para ti.

Aura aceptó y se quedó con lo que quedaba del *crudité* y el hummus. Se preguntó qué habría pasado si en vez de zanahoria hubiera sido el último trozo de pizza, una pelea encarnizada entre ella y Eric tomó protagonismo en su cerebro para que, finalmente, él se alzara victorioso.

—¿Te ha gustado?

—Nunca lo había probado. Tienes que darme la receta, a ver si así consigo que el niño coma sin estar quejándose de que lo verde es comida de vacas.

Las carcajadas se desperdigaron por la cocina.

—Castígalo quitándole algo que le duela. ¿Qué le duele?

—Aura, es un niño de cuatro años y medio. Le duele todo porque todo se le hace un mundo, y al mismo tiempo no le duele nada porque sigue siendo un crío. Ellos sienten diferente.

Hablaba de él con una ternura que empalagaba. A veces, aún le costaba creer que fuera la mitad de ese proyecto llamado Daniel, que la mitad de sí se encontrara encerrado en su ADN y que le hubiera traspasado algo más que las facciones, también gustos y manías. Se reconocía en él. Y en la otra mitad reconocía a Isabel, con la que había creado a una personita maravillosa.

Las anécdotas iban desde aquel día que Daniel con dos años

decidió pintar una pared de la casa con un bote de leche condensada pensando que era la pintura que usaba su padre y su abuelo en las obras —la cosa, efectivamente, terminó mal— hasta aquella vez que se quedó encerrado sin querer en el baño y tuvieron que echar la puerta abajo. Para que no todo fuera negativo, Eric recordó el día en que lo llevaron al zoo y un elefante estornudó y los cubrió al completo de mocos, o cuando preguntó muy interesado por qué un animal que había en una tienda estaba tan quieto y tuvieron que explicarle qué era la taxidermia. Curioso era.

El quiché de calabacines duró tan poco como la botella de vino consumida durante la conversación. Fue un éxito rotundo, quizá porque el queso de cabra en sí es apuesta a caballo ganador. Tendría que hacerle todo un recetario para que Eric camuflara la verdura en diferentes comidas y que así Daniel cediera, como la pizza con base de coliflor que no era algo que a ella le hiciera especial ilusión porque siempre le había parecido que olía a pedo.

—Vas a quedarte. —No era una pregunta sino una afirmación.

Aura elevó el rostro y lo escudriñó, procuró desentrañar cómo había llegado a esa conclusión porque, de haber sido una niña pequeña, habría pensado que le leía la mente, las intenciones o el corazón palpitante. Eric se encogió de hombros y disfrutó del salmón.

—No hay que tener un doctorado en psicología para saberlo. No has tocado la cocina. Te has negado a cambiar la hornilla por una vitrocerámica. —La señaló con el tenedor.

—El pasado tiene su encanto y Nana odiaba las vitrocerámicas.

Jamás le habría perdonado modernizar la cocina, para ella habría sido un sacrilegio de tal magnitud que, de estar viva, la habría desheredado. No. No podía instalar una vitrocerámica porque la comida sabe mejor si se hace a fuego y se remueve con cuchara de madera, nunca de plástico. El plástico deja un sabor raro, al igual que el metal.

—Tampoco has comprado un frigorífico nuevo o un microondas. No es que sea excesivamente viejo, pero seamos sinceros, es pequeño, pequeño para la familia que se mude. O un lavavajillas, hoy en día todo el mundo tiene uno.

«La familia que se mude» echó raíces en su cerebro. La casa de Nana ocupada por extraños, por entes de rostros desconocidos que

hacían vida en su interior, por unos padres que sustituirían el hornillo por una vitrocerámica, y pintarían una de las habitaciones de rosa, y colgarían imanes de sus viajes en la nevera. El aroma de su abuela se disiparía en el ambiente como el sabor de la canela en el arroz con leche. Un hogar en el que se fraguarían recuerdos que nada tenían que ver con ella y su familia.

Se deshizo de los desvaríos, de esas figuras grisáceas que había creído visualizar correteando por la casa, de esos niños pequeños que llevaban persiguiéndola un tiempo y que, pensándolo mejor, quizá fueran los siguientes inquilinos. Una extraña lástima la arrinconó.

—Los electrodomésticos funcionan.

—¿Y los muebles?

—Están todos bien.

—Son antiguos. —Volvió a la carga—. Antiguos que lo mismo alguno es de la época de los Reyes Católicos e Isabel te lo reclama.

Aura bufó. Era un exagerado. Si se hubiera dedicado a la pesca, habría dicho que había capturado un salmón de ochocientos kilos.

—Dijiste que estaban bien —le echó en cara con una mueca de satisfacción y recochineo—. Que solo el armario de mi habitación tenía termitas. Nos deshicimos de él y ya está, asunto resuelto. ¿Para qué cambiarlo todo? ¿Para qué cambiar algo cuando funciona?

—Los muebles son viejos y tú eres una cabezota. ¿Por qué no puedes admitirlo?

La media sonrisa fue un anzuelo en el que Aura picó. Algo se removía en su interior cuando la miraba a los ojos, una bestia encadenada que se retorcía para que la libraran de esos eslabones que la mantenían cautiva. ¿Era el deseo o algo más? Escribir sobre los sentimientos que Eric despertaba en ella sería más profundo que De Profundis.

—¿El qué? ¿Que los muebles están viejos? Vale, no es que sigan el concepto del diseño sueco, pero son muebles, Eric, por Dios.

—No. No desvíes el tema. —Apoyó los codos sobre la mesa y restó la distancia entre ellos—. Que tú no quieres irte. Que no quieres vender esta casa. Tu casa. Que quieres quedarte a vivir aquí, por eso no estás haciendo grandes cambios, por eso solo has hecho las reformas necesarias para entrar a vivir cómodamente, pero no las que haría alguien que quisiera venderla. Sabes a la perfección que, para

que una familia te compre el caserón, tendrías que hacer algo más, algo que no fuera pintar un par de paredes y arreglar las puertas y el techo. Si la reformaras de verdad, la inmobiliaria la tasaría alto, esto se vendería por un buen dinero y tú recuperarías la inversión.

Se levantó de forma brusca, apartándose de la silla, como si el contacto con ella le quemara en el trasero. Se levantó solo para tener las manos ocupadas y no estar allí, haciéndole frente a la verdad de las verdades expuesta por unos labios que la hacían desvariar. Agarró los platos y los depositó dentro del fregadero, junto con el resto de la vajilla sucia con algunos residuos de cena pegados a la porcelana blanca con flores dibujadas.

—No soy millonaria —contestó, todavía de espaldas a él, con la vista fija en la grifería.

Oyó el arrastre de la silla y supo que Eric se había levantado. Cuando se dio la vuelta. lo encontró enfrente de ella, observándola desde esa altura de metro ochenta que a su lado la hacía diminuta. En el más absoluto silencio, la abrazó. Aura se vio rodeada, enterrada en su cuerpo. Petrificada y sorprendida, no reaccionó, se quedó estática hasta que la respiración de Eric, pausada, la devolvió a la realidad. Aspiró su aroma y cerró los brazos en torno a él, aprisionándolo, unidos al fin.

Aquel era el contacto más íntimo que habían tenido, al menos físicamente. Cuando la presión se intensificó y Eric la estrechó con una necesidad inusitada que le impresionó, Aura notó un temblor bajo el suelo que pisaba. La muralla de protección que había construido años atrás y que la había parapetado, resguardándola de todo peligro y posible mal, empezaba a desmoronarse. Las piedras cimentadas caían unas sobre otras como si hubieran sido derribadas por un cataclismo o una bola de demolición. La polvareda cubría el camino y, cuando esta se despejó, solo quedaron Eric y ella, el uno frente al otro, sin ningún muro de por medio que les impidiera estar juntos.

Y entonces entendió que los niños fantasmas que la perseguían y asustaban no eran los siguientes dueños del hogar de Nana, los futuros habitantes, eran sus miedos metamorfoseados en humanos.

—Eres lista, que es distinto. —Su voz fue una brisa cálida que era su aliento en la coronilla de ella—. No quieres irte, Aura, quieres quedarte, y no pasa nada por cambiar de opinión. No es que estés

siendo desleal a tus principios. Simplemente la vida te lleva por otros derroteros.

El camino de entrada y salida a Luar, con su carretera recién asfaltada y ese precipicio que amenazaba con una muerte terrible, y los ciervos surgiendo de la espesura del bosque. Ese paisaje de montañas y verde musgo que se extendía hasta donde la vista alcanzaba y te rodeaba y arropaba, ese aire puro que te inflaba los pulmones y te congelaba hasta el alma. Hacía un mes y medio que había cruzado la linde, un mes y medio desde que había traspasado el cartel que anunciaba el pueblecito costero, y desde entonces no se había atrevido a abandonarlo. Pensar en conducir en sentido opuesto y dejarlo todo atrás ya no resultaba tan tentador como la primera vez en que dijo adiós a Luar. Los dieciocho años habían quedado muy lejos.

Quedarse. Había acariciado esa idea con disimulo al igual que habría hecho con el suéter de pelo gustoso de una tienda de ropa que le hubiera llamado la atención. Quedarse en Luar sonaba extraño y reconfortante.

No quería mirarlo a los ojos cuando se lo preguntara, por eso se quedó ahí, sujeta a él, con la mejilla pegada a su pecho, oyendo los latidos de su corazón y con los dedos marcando el ritmo en la espalda de Eric, donde reposaban sus manos, abarcándolo todo.

—¿Y tú? —Las palabras le arañaron la garganta—. ¿Querrías que me quedara?

—Jamás te diré lo que debes hacer, jamás querría que hicieras algo que tú no quisieras hacer.

Eso no era una respuesta o no la respuesta a la pregunta que había formulado, no la respuesta que ella esperaba recibir. No había sido sincero. No había dicho que sí, y Aura había aprendido muy bien la lección. Los silencios son testimonios, el que calla, otorga. Si no es un sí, es que es un no. Aún aferrada a él, cerró los ojos. En la negrura desfilaron una sucesión de imágenes de tristes finales en las que ella acababa sentada en el sillón de su piso de Madrid, llorando a moco tendido y con *Love Actually* en la pantalla del salón.

—Pero sí, me gustaría que te quedaras. —Recibió un chispazo que recorrió desde su medula espinal hasta sus ojos, abiertos en un segundo. El corazón había bombeado tan rápido que dejó de hacerlo

en ese momento, se había parado por completo y la respiración se le congeló—. Me gustaría que le dieras a Luar una oportunidad, que me dieras a mí una oportunidad. A nosotros.

Eso era una respuesta.

Había dos opciones: huir, como hacía siempre que la cosa se ponía seria en un intento de sálvese quien pueda, o descubrir las cartas que había ocultado con sumo recelo. Lo último era lo justo, y era lo justo porque Eric había puesto las suyas encima de la mesa sin ningún reparo. Si esperas sinceridad, debes dar sinceridad. No recibes aquello que no estás dispuesto a entregar.

Se alzó poniéndose de puntillas, sus manos viajaron solas hasta el rostro de él, sus dedos se hundieron en su barba y un cosquilleo viajó hasta su pecho, una descarga eléctrica. Antes de que pudiera pestañear, sus labios ya se habían encontrado en una unión que llevaban anhelando más de lo humanamente aceptable y reprimible.

Eric se le antojó el paraguas en el que resguardarse durante la peor de las tormentas. Hay personas que son así, un refugio en mitad del caos y la devastación.

Capítulo 32

Cuando Eric pensaba en Aura, se le secaba la garganta y le dolían los huesos porque tenía que tornarse piedra. Si Zeus fue lluvia dorada, si las ninfas fueron árboles florales, si Aracne fue araña, él era estatua cuyos ojos seguían los movimientos de la joven sin emitir palabra alguna por miedo a una huida. Los días empezaban y terminaban con ella, como si fuera alfa y omega, principio y fin. El fin de los días con ella, eso sí que era una angustia instalada en el pecho que a veces le provocaba un golpe dentro de la caja torácica que él mismo confundía con un leve infarto. Pensamos que al dejar atrás los años de adolescencia también superamos esa capacidad de que las preocupaciones del corazón se nos enreden en la mente y nos agarroten el estómago, nada más lejos de la realidad. El corazón late de igual manera a los quince que a los treinta, a los dieciocho que a los veintiocho. Lo que enciende el alma como chispa de pedernal no se apaga con un simple soplido, y Aura era la leña de las hogueras de la noche de San Juan. Mantenerse alejado era un castigo peor que el de Prometeo, hubiera preferido que los buitres le arrancaran de cuajo las tripas y estas se regenerasen cada noche, sufriría menos que al ocultar las manos en los bolsillos de sus vaqueros, reteniéndolas para que no acariciasen su rostro y rozaran sus labios.

Cuando Aura pensaba en Eric, le temblaban las rodillas y el

corazón, esperaba el momento en que su cuerpo le fallara y ella se precipitara al vacío. Impactaría contra el duro suelo y se haría pedazos al igual que un espejo. Fragmentada en cristales cortantes y refulgentes que destellaban con un haz de luz, cortaría la carne de aquellos que la pisaran hasta hacerlos sangrar. Y temía que la piel de la que manara el río rojizo fuera la de Eric, esa piel morena que la hacía delirar en el implacable deseo de recorrerla, erizando los vellos de su nuca. Los ojos nos delatan y a ella le hacían chiribitas.

Pero nada de eso importaba porque el espacio no existía desde que se habían fundido en un beso apasionado que no cesó hasta que la necesidad imperiosa de oxígeno clamó en sus pulmones y los instó a tomar aire. Les supo amargo en comparación con lo que acababan de compartir. Todo lo que no responde al amor es insípido si lo pones en la balanza del amor, y respirar no lo es.

Aura se vio reflejada en sus pupilas y se preguntó si lo que observaba en ellas era la misma imagen que él contemplaba embelesado mientras su mano le recorría el rostro en una acaricia efímera. Giró a tiempo para capturar el dorso de esta y besarla. Él sonrió y las arrugas en torno a sus ojos se pronunciaron. ¿Ya estaba? ¿Todo dicho en un par de besos y unas miradas que no consentían desviarse y se embebían mutuamente?

Miró a su derredor, azorada, con las mejillas incendiadas por el calor de la vergüenza. Estaban de pie en la cocina, con una pila de platos sucios en el fregadero, la ventana abierta que dejaba entrar la brisa veraniega y esparcía el aroma del tomillo por la estancia. No era como se lo había imaginado. Las casas de los padres siempre son profanadas con la lascivia adolescente, la casa de los abuelos debía ser lugar de peregrinación santificado. Pero la casa de Nana ya no era de Nana, era suya. Así que no estaba cometiendo un crimen tan sucio y abominable.

Se asentaron en el salón, abastecidos gracias a la botella de vino de Eric; la tarta había quedado relegada en el interior del frigorífico a la espera de que decidieran dar por concluida la velada con el postre.

—No sé qué voy a hacer —le confesó mientras él escanciaba el vino y le ofrecía la copa.

Habían tirado los cojines en el suelo y reposaban sobre ellos en un campamento improvisado al que solo le faltaba una gran alfombra de

estilo árabe y una mesita pequeña, amén de un par de menaras que decoraran los rincones. Aura lo apuntó mentalmente por si seguía con las reformas.

—No tienes que decidirlo esta misma noche.

—Lo sé. —Se perdió en el líquido rojizo del fondo de su copa. Cuando alzó de nuevo la mirada, Eric seguía anclado a ella, con una sonrisa dulce en los labios—. Pero si yo fuera tú querría una respuesta para saber a qué atenerme.

La risa escapó de entre sus dientes.

—No seas tan dura contigo misma, yo no me voy a ninguna parte, me quedo aquí esperando a que te decidas.

Las manos de Eric aferraron el cojín sobre el que Aura se encontraba y, con un tirón lento y suave, la acercó a él. Tuvo que taponar la copa de vino para que este no se vertiera con el movimiento. Por unos instantes, se sintió Jasmine sobre la alfombra voladora. La acomodó a apenas dos centímetros de distancia y se lanzó en un beso fugaz a probar sus labios. Cuando se apartó, ella se relamió, todavía con los ojos cerrados.

—Eso no es justo.

Eric se encogió de hombros, restándole importancia.

—La vida no es justa.

—Pero yo sí quiero serlo, sobre todo contigo.

—Aura… —Su nombre sonó dulce, y ella inclinó la cabeza hacia un lado al igual que lo haría un cachorro—. Me lanzaría a una aventura contigo, y no me refiero precisamente a una de las que terminan con culebrón en plan jefe y secretaria. Si hay algo por descubrir entre nosotros, quiero hacerlo, y lo hay, porque si no lo hubiera, ninguno de nosotros estaría hoy aquí. Si he de esperar, esperaré.

La había visto y ya no podía dejar de verla. Era Aura y Aura.

—¿Quieres una aventura de cruzar el desierto, excavar en la arena y descubrir sarcófagos enterrados? —le preguntó con un tono burlón.

El semblante de Eric adoptó una expresión seria que la asustó.

—Si es contigo, sí.

Nunca había estado tan seguro de algo. En general, nunca había visto a nadie que no fuera amigo suyo que estuviera comprometido con respecto a una relación con ella, normalmente todo eran vagas

excusas que se concadenaban y que la hacían sentir menos que nadie. En aquellos veintiocho años había hilado relaciones hasta formar un collar de perlas, y cada una de ellas estaba agrietada y sucia. Aún resonaban en las paredes de su cabeza todos esos «no quiero una relación seria y formal» que realmente venían a significar que sí que deseaban una relación seria y formal, pero no con ella, y ahí estaba el quid de la cuestión. Que Aura siempre había sentido que el problema era ella, que venía con una tara incorporada que los hombres veían a simple vista. Porque meses más tarde, cuando cualquier reducto de amorío había sido sofocado, llegaba una nueva chica a la vida de ellos y era la elegida. Ella sí, Aura no.

Aferró el cuello de su camiseta y lo atrajo hacia ella en un beso irresistible.

—Eres un inconsciente y un loco suicida.

—Llámame aventurero.

—Loco suicida —siseó con los labios unidos, lo que ensanchó la sonrisa de Eric.

Ella misma era un suicidio. Si nadie se había atrevido hasta entonces, por algo sería, o eso era lo que había pensado siempre.

—Sin prisas, sin presión, sin decisiones importantes, Aura. Poco a poco, paso a paso. Iremos a un ritmo que a ambos nos permita estar a gusto si eso es lo que tú quieres, cuando estés preparada. Y entonces, si quieres quedarte en Luar, tomarás la decisión, y si quieres volver a Madrid… —Tragó saliva, apesadumbrado—. Entonces tendremos que valorar muchas cosas y…

—Y Dios dirá.

Eric asintió.

—Y Dios dirá.

—Pero, mientras tanto, estoy aquí. —Sus dedos se buscaron hasta entrelazarse—. Contigo.

Hablar del pasado es dar vueltas en una noria, tan pronto estás en el cielo como en el infierno. Los buenos momentos te llevan a la parte de arriba en la que ves un panorama de luces reflectantes de vivos colores y el viento mece tu cabello; los malos son a ras del suelo, hueles al asfalto sobre el que te has arrastrado y llorado. Pero hablar del pasado es vaciarse de dudas y temores, abrir la maleta en la que se acumulan los recuerdos más preciados y pesados que cargas sobre la

espalda. El bagaje emocional hunde. Saber en qué se falló nos permite ser conscientes de nuestros errores y limitaciones, entender el por qué.

Con las piernas enredadas, el vino en las últimas y Aura recostada sobre él, desmadejaron sus respectivas historias. A Eric y a Isabel se les había agotado el amor en un alarde de ese canto de «se nos acabó el amor de tanto usarlo». Para ellos, había sido un chicle que con el mascar de los años se había vuelto insípido, lo alargaron todo lo que pudieron, renqueando en las malas épocas, sorteando los baches que hacían estragos hasta que llegó Daniel. Los niños no salvan las relaciones que ya están heridas de muerte, del mismo modo que lo que está muerto no puede revivir. No iban a condenarlo a un espectáculo lamentable de peleas, hastío e incomodidad. Nadie querría crecer en semejante ambiente, así que fueron adultos funcionales y optaron por la mejor opción, para ellos y el crío.

Lo de Aura era una sucesión de trágicas desdichas que habían ido formando una lista interminable y la había anunciado como profesional de empezar de cero. Desde el primer niño que le dio un beso en el colegio y se fue corriendo porque le gustaba más María, hasta Teo. Con tal historial, lo extraño era que siguiera cuerda y no hubiera perdido el juicio por un machaque que ella misma se autoinfligía o ese célebre voto de castidad que la había llevado a rechazar cualquier contacto con el género masculino. No era que no disfrutara del sexo, era que desde que tenía el *satisfyer* tomaba mejores decisiones.

Oscar Wilde estaba en lo cierto, la única manera de librarse de la tentación es ceder ante ella porque, si se resiste, el alma enferma, anhelando lo que ella misma se ha prohibido. Por esa razón, la de Aura era incandescente, una brasa que no osaba apagarse ni con agua fría, y ella nunca había sido fuego, ella vivía del oleaje del mar. Por eso, la de Eric rozaba la febrícula propia de un virus contagioso que se adhiere con solo respirar el aire. Estaban infectados, y los vapores de la tercera botella de vino habían hecho efecto, embotándoles la mente. El valor avivado con alcohol los sumió en un enfrentamiento de pasiones parecido a un baile.

«Nunca más», se juró. La muralla que había construido la había mantenido indemne durante años, pero vivir encerrada entre cuatro paredes de gruesa piedra era ser cautiva de una misma, el precio de no

sufrir era la más absoluta soledad. Huir de Eric había sido un error que solo había servido para que ambos desearan arrancarse la piel a tiras y arañarse los ojos; en aquellos momentos, por fin, se lamían las heridas.

Eric la alzó y la cogió en brazos, Aura emitió un gritito que pudo haber roto hasta los cristales, pero enseguida derivó en carcajadas y besos. Con las piernas colgando en el aire y sujeta a su cuello, Eric inició el camino escaleras arriba, sin sentir la carga de ese peso de pluma. Cerrar los ojos no fue una buena idea. Besar con los ojos abiertos es romper la magia del momento, el deseo hay que sentirlo hasta en el estómago, a oscuras, con las manos pegadas al cuerpo de la otra persona. Trastabilló y a punto estuvieron de comerse la madera del suelo y partirse los dientes. El daño no llegó a ser real y las risas eclipsaron lo acontecido, lo que sí fue real fue el agujero que se había formado en el escalón y en el que Eric había hundido el pie. El nuevo desperfecto ocasionado tendría que esperar, al igual que la tarta de chocolate que servirían de desayuno a la mañana siguiente, cuando la luz del amanecer los despertara y el trino de los pájaros se hiciera evidente por la bandada que solía posarse en la ventana de la habitación.

El mundo se reducía a ese momento, a las manecillas inmóviles del reloj, al último grano de arena atrapado. Porque al final el corazón quiere lo que quiere.

Capítulo 33

Flotaba en el mar, bocarriba, con los brazos en cruz y las piernas abiertas, como si fuera una estrella que ha caído del cielo y se ha hundido en las profundidades para quedarse allí a vivir junto con los corales y los peces de vivos colores. El cielo estaba despejado, ni una nube que navegara por la cúpula celeste. Al cerrar los ojos, sentía los rayos del sol acariciándole el rostro, allí donde las manos de Eric habían estado, apartando los mechones rubios de su melena para colocarlo tras la oreja, allí donde sus dedos habían rozado la mejilla en un gesto tan cariñoso que ella misma temió derretirse. También alcanzaban su escote, su vientre desnudo y sus piernas, la sensación era diferente, una corriente eléctrica barría su interior cuando lo recordaba surcando su anatomía.

Se dio la vuelta y se sumergió en el agua fría. Buceó hasta que sus pulmones clamaron por una gota de oxígeno, entonces salió a la superficie y abrió la boca para capturar aire. El mar estaba tan tranquilo como la cala desierta. Cuando saliera de allí y se tumbara en la arena, el aroma de la piel de Eric ya no la vestiría. Lo echaría de menos. Se había sorprendido a sí misma olisqueándose los brazos para captar su esencia. Podría acostumbrarse a que sus sábanas olieran así, a que su ropa oliera así. Puede que después de tanto tiempo encerrado en esa casa en obras, construyendo y reconstruyendo, la madera que la

componía ya hubiera absorbido su perfume. No estaba segura, a veces aspiraba y sentía como si Nana hubiera estado allí mismo hacía tan solo un par de segundos. Aún era pronto para que adquiriera un nuevo olor y el de su antigua propietaria se desvaneciera.

Con el pelo largo habría parecido la sirena de sus sueños, sin embargo, dado que ya no le llegaba a los hombros, apenas podía observarlo cuando se hundía en el mar y los mechones bailaban a su derredor mientras pequeñas burbujitas emergían de su nariz. Nadó de un lado a otro varias veces, agotó así las fuerzas que ya flaqueaban de la noche anterior. Nadó porque lo necesitaba, un movimiento constante de brazada que la impulsaba a no sucumbir ante un dolor de cabeza ocasionado por el burbujeo de pensamientos. Una vez que ya no pudo continuar, salió del agua y se tumbó en la arena, lejos de la toalla y la bolsa de esparto que había bajado con ella. Los granos que componían la playa se pegaron a su cuerpo mojado, rebozándola. El hondo suspiro le infló y vació el pecho. Para cuando se dio cuenta ya estaba llorando de forma involuntaria y desconsolada. Tuvo que incorporarse, se abrazó a sus propias piernas y apoyó la cabeza en las rodillas para así no atragantarse con su propio llanto.

Dicen que llorar libera, que es como romper una presa y dejar salir el caudal de un río que ha sido contenido por una acción poco natural. Se llora de pena y de alegría. Se llora de dolor, de rabia, de felicidad y de risa. Romper a reír también es romperse, no siempre hace falta derramar lágrimas. Se llora de impotencia y de desolación. Aura lloraba de alivio. No había sido consciente del peso que había cargado sobre sus hombros, que había sido un yunque que la había doblegado y por eso le dolía todo, hasta las pestañas. Se le había encogido el corazón en un puño, aunque realmente quien lo había encogido había sido ella. Lo había metido dentro de una caja fuerte, más pequeña de lo normal, más incluso que él, para que así no se desbocara, para que no escapara y tuviera a donde ir. Ahí guardadito siempre estaría mejor. Eric le había pegado tal patada a la puerta que había reventado el cerrojo, ya no tenía arreglo. Se había colado en cada grieta hasta inundarlo todo con esa presencia natural y despreocupada, risueña y amable.

¿Alguna vez un hombre la había mirado así, con los ojos brillantes y esa sonrisa que se abría paso en sus labios como si un hilo invisible

tirara de ella? Teo desde luego no. No creía que ninguno anterior a él lo hubiera hecho, ninguno de los muchos que habían desfilado ante ella. Tampoco creía que ninguno la hubiera acariciado y examinado con esa delicadeza, con el miedo de que un gesto más brusco de la cuenta pudiera hacerla añicos, como si fuera cristal. Ella, que siempre se había considerado todo huesos y corazón. Ni siquiera sabía que en una cama podía crearse una burbuja en la que las horas pasaran a esa velocidad entre pestaño y pestañeo, sin sueño ni vigilia. Si hubieran contabilizado los besos que Eric había sembrado en sus hombros a lo largo de la noche mientras él dormía plácidamente, ¿a qué cantidad habrían llegado? No hay mayor muestra de amor que aquella que surge cuando uno no es consciente de que la realiza. Dudaba de que Eric supiera que en mitad de la noche, con ella acurrucada y él abrazado a su pequeño cuerpo, invadiéndola, le había plantado besos. Si hubieran bombardeado la ciudad entera, el mejor refugio hubiera sido esa cama, con sus brazos rodeándola.

Veintiocho años. Llevaba saliendo con el género masculino desde los quince, es decir, trece años de desgracias sentimentales que le habían ido pasando factura. Estaba literalmente exhausta, cansada de esa montaña rusa que subía y bajaba de forma precipitada y le arrancaba gritos de emoción y terror al mismo tiempo. Por cada subida, existía una bajada. Si ella se encontraba en la cima, no tardaría en llegar el descenso. Y eso le preocupaba.

Seguía sin saber si era él, pero ojalá lo fuera. No por ahorrarse el sufrimiento, que también —a nadie le gusta que le partan el corazón—, sino porque, de ser así, habría dado con alguien que valía la pena, y eso era complicado. Eric y ella se parecían en muchas cosas y eran diferentes en otras muchas. Encajar con alguien era misión imposible y más desde que el mundo consumía los amoríos como si estos fueran desechables, exprimiéndolos para sacarle el jugo y luego hincándole el diente a otro. Si los pusieran en fila, serían una sucesión de cadáveres que han perdido la capacidad de sentir. Ya todo se basaba en eso, en relaciones esporádicas con una intensidad sexual que dejaba extenuados a ambos, de manera que ese era el único nexo de unión. Algunos lo defendían bajo la férrea idea de que eso permitía obtener lo mejor de una relación de pareja sin tener que hacer frente a lo peor que eso conllevaba. Aura siempre había supuesto que, cuando se

referían a «lo peor» era, supuestamente, a las obligaciones, a las discusiones. Pero eso también significaba que una vez que el sexo había concluido, las dos partes se levantaban de la cama y ya no volvían a intimar hasta el siguiente asalto. Todo quedaba en un «hasta la próxima» superficial y gélido. Se perdía la humanidad en ese ridículo intento de huir de cualquier sentimiento que fuera puro y les recordara que el pecho no es un escudo que desvía flechas, que todos somos débiles. Y que mostrar la debilidad es una fortaleza.

Desde que el sexo se había vuelto algo tan fácil de conseguir, el amor ya no tenía cabida en el mundo. Estaba muy bien para los que huían de Cupido, pero no tanto para los románticos que aún creían en la costumbre del antiguo cortejo —propio de la época de los abuelos —. Esos últimos, heridos de muerte, en breve iban a ser enterrados a doce pies bajo tierra mientras en el mundo superior continuarían las bacanales y el desenfreno. Les había ganado muy rápido la necesidad de satisfacción y placer momentáneo e instantáneo, a todo correr y sin pararse a pensar ni a sentir. Les estaba saliendo muy barato el no tener que preocuparse por nadie, ni dar explicaciones, ni poner el corazón encima de la mesa, enseñando así las cartas y pudiendo perder la partida. Aura lo sabía desde hacía un par de años, que eran una mala generación porque tenían lo que querían cuando lo querían. Una generación acostumbrada a caprichos y al nulo sacrificio. La generación que hacía carreras de coches, saltaba en paracaídas, hacía *puénting*, cruzaba sin mirar los semáforos, vivía a base de alcohol y tabaco, y, sin embargo, tenía miedo a enamorarse.

Hacía mucho que no se dejaba enredar, que no caía en las garras del amor. Desde Teo, se había casado con su trabajo; si hubiera vivido en otra época, quizá hubiera acabado encerrada en un monasterio tomando los hábitos. El problema era que autoengañarse a uno mismo deja de ser factible cuando el corazón es el que empieza a gobernar y a tomar las riendas. Y el de Aura vibraba cada vez que recordaba los labios de Eric. Se hubiera quedado a vivir en esa noche toda la eternidad.

—Entonces ha ido bien, ¿no? —preguntó María, tumbada

bocarriba sobre su toalla mientras colocaba la mano sobre sus ojos para que el sol no la cegara—. ¿Cuál es el problema?

—El de siempre —dijo Samuel, que se achicharraba bocabajo y le daba sorbos a su botellín de cerveza.

María le hizo un gesto para que abriera la nevera y reemplazara el suyo, que acababa de finiquitar, por uno nuevo. Había vuelto al mediodía, de no haber sido un tema tan delicado y de semejante calibre —no solo puro cotilleo—, habría arrastrado a Vera hasta allí para pasar la tarde con sus amigos en la playa. El clima era benigno y permitía disfrutar tanto del calor del incipiente verano como del agua fría del Cantábrico. Se estaba en la gloria si no fuera porque el resto de Luar había pensado lo mismo. Aura había gozado de la soledad de la cala por la mañana, cuando Eric se había despedido de ella para regresar a su casa, pero a partir de las doce los vecinos habían comenzado a ocupar las diferentes playitas del pueblo.

—Que no se quiere arriesgar y que es una cagueta.

—No os he llamado para que me insultéis —avisó seriamente a su amigo—. Si no vais a ayudar, os pueden ir dando por culo, así que…

—Vale, vale. Lo siento. Prometo no ser un gilipollas.

«Eso habrá que verlo», pensó Aura enarcando una ceja.

—Cuando se trata de dos personas, la cosa es más sencilla, pero con un niño de por medio no es igual, hay que tener el triple de cuidado, hay que protegerlo. ¿Y si se encariña de mí y lo mío con Eric no funciona? ¿Qué pasará entonces?

—Pues que su padre se lo explicará, que para eso es su padre.

—Además, ¿por qué estás ya pensando en qué pasará en caso de que no funcione? ¿Por qué vas con esa idea tan agorera? ¿Así es cómo empiezas tú las relaciones, diciéndoles a los tíos que no va a salir bien? —se mofó Samuel—. Pues anda que los tendrás contentos, doña Optimista.

—Lleva así desde que se enteró de lo del crío —le explicó María tras abrir el paquete de patatas fritas y dejar que Aura hundiera la mano en él.

—Hombre… Me parece un factor a tener en cuenta, ¿qué queréis que os diga? —Fue complicado entenderla debido a que había empezado a masticar y tenía la boca llena—. Que ya podíais haberme avisado de que Eric tenía un hijo, perros.

—¿Para qué? ¿Para darte munición y que busques otra excusa y así no le des nunca una oportunidad al tío por el que estás pillada? —Samuel soltó una carcajada que les impresionó—. Tú te crees que somos tontos o algo.

Una pelota cruzó delante de ellos, perseguida por una bandada de niños en bañador. Durante un minuto enmudecieron, absortos en el juego de los pequeños que con cada patada levantaban una cortina de arena que a punto estuvo de cubrirlos a ellos y convertirlos en esfinge. Samuel estuvo muy cerca de gritarles que tuvieran cuidado y se fueran a molestar a otra parte. No fue necesario, uno de los progenitores del grupo los llamó para que no se alejaran demasiado. Cuando ya se hubieron esfumado, la conversación continuó.

—¿Veis? A eso me refería.

—Mira, Aura, para él no es un problema, y eso es obvio, porque de serlo no se habría acercado a ti, no te habría buscado como ha estado haciendo hasta ahora y mucho menos habría insistido en tener una cita contigo, que se ve que estaba deseándolo. Es su hijo, un hijo importa más que una pareja, eso es un hecho, y si creyera que Daniel puede salir dañado, no habría dado ni un solo paso, él es lo primero para Eric. Habla con él si así te quedas más tranquila. Y pásame la crema solar o voy a ponerme como un gambón a la plancha.

La muchacha refunfuñó. Buscó en el interior del bolso y extrajo el bote, se movió hasta donde se encontraba María y se colocó a su espalda para así echarle la crema pastosa y blanquecina que teñía su piel del color del alabastro —vamos, del de las paredes del salón—.

—No sé…

—Tía, estás buscando excusas, te lo dije el otro día. ¿Eres una lavadora?

Aura dejó de frotar y se asomó a su flanco derecho para mirarla a los ojos.

—¿Qué? ¡Claro que no!

—Pues entonces deja de darle vueltas, que llevas centrifugando ¿cuánto? ¿Mes y medio? Si no es por una cosa es por otra.

Era cierto. Primero, había sido el miedo a volver a abrirse a alguien, a confiar, a desarrollar sentimientos e intimidad. Luego, el miedo a que la hirieran, a que la historia se repitiera en un bucle, un círculo vicioso de sufrimiento en el que nunca levantaba cabeza. Y,

por último, Daniel. Parecía que iba por fascículos y se estaba haciendo una colección que ni RBA en los kioscos.

—¿Y tú qué? ¿No tienes nada que decirme?

Samuel exhaló un enorme suspiro. Se dio la vuelta y se incorporó.

—En algún momento parece que María y yo nos hemos intercambiado los papeles, pero no. —Alzó el dedo índice como advertencia—. Tu problema es que piensas demasiado, no sé cómo no te da dolor de cabeza. Tú vives de alquiler.

—Como todo el mundo en Madrid, guapo, que la vivienda está muy cara.

—No, no. Tú vives de alquiler siempre, entras en la casa y, en un primer momento, todo marcha bien. Luego, empiezas a ver desperfectos, por muy pequeños que sean, como que una gota cae del grifo por la noche o que la calefacción silva sutilmente, y entonces ves más y más cosas que te desagradan. Aunque sea una mínima grieta en la pared, eso te hace sufrir. Piensas que ahí fuera hay un piso mejor, un piso para ti, uno más adecuado que no tenga esas imperfecciones. Por eso te vas. Buscas excusas para abandonar la casa, aunque sean cosas que pueden arreglarse.

—¡Oye, que me han tocado pisos que han sido una auténtica mierda! —Se defendió ofendida.

Entendía la metáfora. Los pisos eran los hombres.

—Eso es verdad, no te lo niego. Llevas una lista que es como salir de Guatemala a Guatepeor, todavía recuerdo el tío ese que tenía problemas con el alcohol.

—Disculpa, pero el peor fue el de la moto. —María puso los ojos en blanco—. ¡Te sacaba diez años y, cuando se resfriaba, tenía que ir su madre a cuidarlo y a llevarle caldo de pollo! ¿Qué tío hace eso?

Era un espécimen raro de encontrar, pero Aura tenía un imán para los tíos que estaban como una cabra harta de papeles y los capullos, y no de flores precisamente. Esa era su maldición. No obstante, algunos de ellos daban muy buenas anécdotas, como aquel tío. Luis le sacaba diez años y ella a él, veinte en cuanto a mentalidad. Había conocido a personas con comportamientos infantiles y luego a Luis, que no era capaz de ponerse un chaquetón cuando hacía frío, cogía la moto aunque lloviera —pese a tener coche— y se iba a jugar al pádel a las doce de la noche en pleno invierno en una cancha al aire libre y luego

a tomar unas cervezas. Esa mezcolanza de malas decisiones culminaba en un precioso resfriado que su madre tenía que cuidarlo día sí, día también, a base de paracetamol, caldo y amor materno. Que con doce años está muy bien, pero rozando la cuarentena no tanto.

—Que nos desviamos del tema —recondujo Samuel la situación—. Que tú nunca firmas contrato. Vives de alquiler. Quizá ya vaya siendo hora de que te dejes de excusas y eches una rúbrica en los papeles, muchacha.

—Daniel es la excusa, por si no lo habías pillado.

Sí. Lo había captado. Lo había captado todo a la perfección.

El miedo a sufrir siempre estaría ahí, era un terror que acechaba como si se tratara de los monstruos que habitan debajo de la cama y amenazan con arrastrarte al infierno en cuanto pones un pie en el suelo. No podía deshacerse de él, pero sí podía controlarlo. Podía enfrentarse a él. Lo único que debía hacer era decidir si merecía la pena el esfuerzo de doblegar a la bestia. Si Eric le ganaba al miedo. O el miedo a Eric.

Capítulo 34

«¿Y ahora qué?», le había preguntado su madre. No lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? Estaba tan concentrada en el día a día que pensar en un futuro que no fuera próximo la agobiaba. ¿Qué? Ni idea. Ni la más remota idea aparte de lo obvio. Continuar. ¿No era eso la vida, un te tropiezas, te levantas, continúas, te tropiezas, te levantas, continúas?

Le había aconsejado que se lo planteara, que lo consultara con la almohada pese a que sabía que caía como un tronco y ya no se levantaba hasta que el despertador sonaba y la luz la deslumbraba. Su relación con la almohada se basaba en babearla y dejarla pringada y mojada para luego plantar ahí la mejilla y darse asco a sí misma. Que Eric aceptara con una sonrisa, y sin inmutarse, que ella le dejara el hombro lleno de babas lo decía todo. Así que había tenido que planteárselo en la ducha, bajo la lluvia de agua de la alcachofa.

«Piénsalo, te saldrá rentable», le dijo. No quería presionarla mucho porque Aura ya había recorrido un buen trecho en la dirección correcta, le asustaba que al ser demasiado directa reculara y saliera huyendo al igual que los ciervos del bosque adyacente. «¿Qué puedes perder? Nada. Lo único que harías sería ganar, te ahorrarías el dinero que estás tirando en ese pisucho de Madrid que sale más caro que un casoplón de reina». Su madre tenía razón, se estaba dejando el dinero

en mantener una habitación en pleno centro. «Tómatelo con calma, Aura, ahora que puedes. De verdad, piénsalo, ya no hay prisas, no tienes por qué volver corriendo. ¿Qué te espera allí?».

«¿Qué te espera allí?». Aura podía hacer una lista de qué la esperaba allí, y por desgracia fue efímera, tan corta que sintió vergüenza porque ¿qué la esperaba allí además de sus pertenencias y sus compañeras de piso? Los años de universidad los había pasado con la nariz enterrada en los manuales y libros. Los amigos de aquellos tiempos habían volado a otros lugares, Nita en Londres, Javier en Salamanca, Amelia en Alemania, y así unos y otros. Y Madrid era Teo, siempre lo había sido. Y Ediciones Tarquín, con el sonido del tecleo de los ordenadores y el bullicio de la oficina, el papeleo incesante que se amontonaba en pilas a punto de derrumbarse, y gritos, y llamadas a ilustradores y a escritores y a librerías y distribuidoras… Y sin ella. Porque Aura ya no estaba en Ediciones Tarquín.

La lista que sí le había sorprendido al incrementarse era la que llevaba mentalmente y apuntaba en la cocina según se le iban ocurriendo mejoras para la casa. El televisor, que ya le había echado el ojo a uno en el Media Markt de A Coruña. Un sofá nuevo que no tuviera un estampado floreado gigante, el que les gustan a las señoras en la senectud. Un cambio de azulejos en la cocina, de los que no se quedan llenos de mierda en las juntas y hay que restregar. Nuevos colchones para las habitaciones. Deshacerse de los muebles más viejos, como las cristaleras en las que las abuelas guardan la vajilla que nunca se utiliza. Sorprendentemente, le molestaban esos muebles de antaño. Remodelar el baño de arriba y el baño de abajo.

En principio, la idea había sido una reforma mínima, breve, algo que permitiera darle un aspecto mejorado a la casa de Nana y que no pareciera que su dueña acababa de fallecer. Una venta rápida y eficaz. Aunque un gusanito en su interior le mordisqueaba los cables del cerebro y la hacía cambiar de opinión. Podía hacer más. Algo más que reparar la techumbre, algo más que pintar las paredes y arreglar las escaleras, algo más que tirar un viejo armario, algo más que cambiar las puertas. Pero esa reforma no sería un mes, ni dos, ni tres. Serían meses y meses de caos infinito y dinero yéndose por el usillo. Meses de entrega y dedicación, meses de inspeccionar cada paso, y no podría hacerlo en Madrid.

Tenía que regresar, más temprano que tarde, quisiera o no, porque el despido y el finiquito estaban esperándola cruzados de brazos. No podía retrasarlo mucho más. Otra mudanza no era lo que le apetecía, empaquetar todos sus efectos personales en cajas —tal y como había hecho con las de Nana y su abuelo— y llevarlas a Luar, de vuelta. Pero la lógica siempre le gana a la pereza, o eso decía Carmiña, una mujer diligente.

«¿Qué te espera allí?», resonó la voz de su madre en su mente mientras conducía la camioneta de Eric. No sabía cómo había conseguido que se la dejara para un viaje tan largo, seis horas de ida, seis horas de vuelta. Bueno, sí, sabía perfectamente cómo lo había conseguido. Una buena ración de mimos, pucheros, una cena en condiciones en un asador que lo volvía loco, dos jornadas de sexo y otra de mimos. No había sido un sacrificio muy arduo, pero eso jamás lo aceptaría delante de él.

Una noche en Madrid. El plan era ir, hacer los papeles pertinentes, firmar lo que tuviera que firmar, rescindir el contrato del piso —algo que ya había hablado con el casero—, meterlo todo en cajas y regresar. Fácil y simple.

Había salido a las seis de la mañana, así no cogía tráfico y llegaría a buena hora a la capital, si es que un cérvido no le procuraba un accidente de tráfico —que nunca se sabía—. Le dolía el cuello de conducir, tenía la espalda agarrotada, y aún le quedaban dos horas para llegar. El teléfono vibró y el estridente sonido se coló a través de la radio, que pasó de emitir música a una llamada en cuanto Aura aceptó. No miró el nombre. Cuando se trataba de conducir, lo mejor era no desviar la mirada de la carretera. Así que respondió sin más, pensando que probablemente fuera su madre que deseaba asegurarse de saber cómo estaba, o Eric. Craso error.

—Aura.

Se quedó callada. Reconocía esa voz. Su cuerpo actuó por voluntad propia, se encogió como si fuera a recibir un golpe y tuviera que amortiguar el dolor que le provocarían los arañazos, los cortes, la sangre que brotaría.

—¿Aura? ¿Estás ahí? ¿Aura?

Hasta su respiración sonaba igual, pese a la distancia y las interferencias. Pese al tiempo.

—*¿Aura?*

—Sí —murmuró, atragantada en recuerdos—. Estoy aquí, Teo. Dime.

—*Te oigo raro. ¿Te pillo en mal momento?*

—Estoy conduciendo, lo siento.

—*Oh, perdona. Es que he vuelto de Londres de ver a Nita y me ha contado lo de tu abuela…* —Un silencio demoledor se hizo eco al otro lado de la línea. Aura se mordió el labio inferior y aferró con fuerza el volante—. *Solo quería tomar un café contigo y charlar, ver cómo estás. Sé lo importante que era ella para ti y…*

—Estoy conduciendo, Teo, ahora mismo no puedo.

Estaba tan rígida que temió partirse por la mitad.

—*Sí, sí, claro, lo entiendo. ¿Te apetece que nos veamos donde siempre, a las ocho?*

Donde siempre. A la hora de siempre. Como si nada hubiera pasado. Un borrón y cuenta nueva. Hay gente que olvida con suma facilidad, del mismo modo que hay gente que hiere con suma facilidad, con un gesto o una risa sarcástica, con una mirada. Teo era de esos. De los que laceraban con una respuesta mordaz, sabedor de que no recibiría contestación ni escarmiento porque Teo era guapo. Era el guapo de los guapos de la carrera de Historia del Arte, el más guapo de la universidad, de la Complutense. Era tan guapo que hasta el *David* de Miguel Ángel miraría al suelo si él estuviera en la misma sala. Así era él. Adonis. Y Aura siempre estuvo agradecida de que se fijara en ella, en una simple mortal.

—Claro.

—*Genial, pues…*

«Colgar. Colgar». Sus dedos buscaron a tientas el botón rojo de la pantalla del móvil. A Teo no le dio tiempo de pronunciar la despedida. Aura respiró, no había entrado ni un ápice de aire en sus pulmones. La bocanada que dio la llenó entera.

La rabia congregada en el estómago reptó por su garganta y se abrió paso en un gruñido gutural que hizo que aporreara el volante y aparcara en el arcén. Se negaba a llorar. No. No iba a llorar. Teo no se merecía las lágrimas ni la pena. Recordaba a la perfección cuando se enteró de que se veía con otras, de que no era la única a la que susurraba palabras bonitas al oído, de que ni siquiera era el segundo

plato. Teo comía en un *buffet*. Recordaba las grietas del corazón, la esperanza hecha añicos y los insultos que ella misma se había dicho frente al espejo de madrugada. «Tonta. Tonta. Tonta, que lo sabías y te has hecho la tonta. Es que mira que eres tonta, Aura. Te lo mereces por tonta». Había sido ingenua, se había anudado una cinta que la cegaba, había preferido no ver, o eso creía. María no estaba de acuerdo, la culpa no había sido de Aura por creer, la culpa había sido de Teo, que había resultado ser un cabronazo que se merecía que le dieran una patada en los huevos.

«Eres demasiado buena como para estar con alguien que no está seguro ni de sí mismo», le había dicho Nana cuando la llamó por teléfono. «Ven mañana a casa, te preparé tu comida favorita. Lo que necesitas es dormir, calor hogareño, unas vacaciones al lado del mar, una manta calentita y un té con miel. El té con miel arregla el mal de amores. Eso es lo que necesitas, pequeña, volver a casa». Sentía el escozor que le hacía querer arrancarse la costra de las heridas del columpio cuando era una niña. Y encontraba cierto placer en esas capas de sufrimiento que la envolvían como una cebolla, cómodamente, resguardada en su interior, sin que nadie pudiera traspasarla.

Aura no había vuelto a casa, era más, no volvió hasta que fue demasiado tarde, y en aquellos momentos, entre maldiciones y maldiciones que salían de su boca, sapos y culebras, deseaba haberlo hecho.

¿Qué se supone que quería? ¿Darle el pésame? No era necesario, era más, era de todo menos necesario. Se lo podía meter directamente por el recto hasta alcanzar el punto G. Ya no había nada entre ellos, nada de lo que hablar, nada que los uniera, ni siquiera la amistad con Nita, quien se había ido, por lo que ellos estaban distanciados. Nita había tenido que elegir y eligió no meterse en asuntos que no fueran de su incumbencia, mantenerse neutral, pese a que la relación con Teo se había enfriado y con Aura hablaba semanalmente. No le quedaban ni los recuerdos, si por ella fuera, Teo se los podría llevar consigo, se los escupiría en sus deportivas Nike. Que se llevara también el desprecio.

Había sido tonta, había pecado al igual que años atrás. Debía haberle dicho que no, que se fuera a la mierda. Eso le habrían

recomendado María y Samuel, y su madre, y Nita incluso. Eso le habría recomendado Eric, conocedor de su pasado, aunque él siempre decía que el mayor desprecio era no hacer aprecio. Los recuerdos de las noches juntos la asaltaron, de repente, el mero hecho de no encontrarse rodeada por sus brazos le pareció una tortura. Si pudiera dar marcha atrás, si pudiera parar el tiempo… Se habría quedado a vivir en la cama desordenada, en el sube y baja del pecho de Eric, en su mano acariciando la suya, en los besos en el pelo a media noche. Se habría quedado a vivir en los atardeceres que ya habían compartido cenando un sándwich tras la dura jornada de trabajo para luego bañarse en el mar, o en las caminatas por el bosque acompañados de un Daniel quejica del que tenían que tirar y engatusar con premios, o en el cine de verano que ya se había iniciado con una sesión especial de la película *Stand by me*.

Maldito Teo. Llegaba en mal momento, como siempre, nunca había sido muy oportuno. Esa puerta estaba cerrada con candado, ¿es que no lo veía? ¿Por qué tenía entonces que aporrearla? ¿Por qué timbraba? ¿Por qué cojones la visitaba después de años? No había sitio para él, ya no. Pero claro, como solía decir Nana: «quien se va sin ser echado, vuelve sin ser llamado».

—¡¿Y ahora qué?! —le gritó al techo de su coche.

El techo daba al cielo abierto de la carretera y, si alguien era merecedora de estar en el Cielo del cristianismo, aunque no creyera en él, esa era Nana, que había sido una santa. No recibió respuesta. No desde el paraíso, para ser más exactos. El móvil vibro nuevamente y Aura echó un vistazo. Era Eric.

> Espero que estés descansando y no te estés haciendo todos los kilómetros de una sentada.
> Tranquila, estoy cuidando de la casa.
> A cambio, cuida tú de mi camioneta porque estoy deseando verla.
> Bueno, a ti también estoy deseando verte, pero solo si no me la estrellas, si no, más te vale huir del país.
> Daniel dice que «hola».

Contuvo las lágrimas que estaban cerca de derramarse. Era consciente de que le temblaba la mandíbula y que estaba haciendo

pucheros, en aquellos momentos tenía exactamente la misma edad que Daniel. Era muy muy muy pequeña. Era liliputiense. Y solo quería que Eric la abrazara tan fuerte que la respiración se le congelara en el pecho y él se la devolviera con un beso.

Y así la rabia dio paso al profundo agradecimiento, a que Eric estuviera allí con ella incluso cuando no estaba, envolviéndola en un halo de protección y seguridad que la empujaba a seguir adelante.

Pasado pisado.

El futuro estaba esperándola en Luar, con las manos llenas de serrín.

Capítulo 35

El día había empezado dándole un puñetazo —no vamos a engañarnos— y Aura ya sabía que le tocaba pasarse la mudanza en nivel difícil. Estaba acostumbrada a manejar los mandos y a operar así, pero no esperaba tener que presentarse en Ediciones Tarquín para recoger los papeles del despido y, encima, enfrentarse a Teo. Una cosa, vale. Dos, ya es pasarse. La vida es una sucesión de problemas que hay que ir solucionando hasta que uno estira la pata, aunque hubiera agradecido que le diera un respiro y aquello no se convirtiera en una yincana.

¡Oh, Madrid! Ajetreado, grisáceo y contaminante Madrid, cuna de *influencers* y *youtubers*, jungla de asfalto y elevados edificios… La Nueva York de España… Si antes había suspirado por pisarla, en aquellos momentos hubiera vendido su alma al diablo por desaparecer de allí en un chasquido de dedos. Extrañaba el aire puro de Luar, el silencio paliado por las chicharras, el rugido del mar y la brisa veraniega. Extrañaba la calma, la ausencia de tráfico y de cláxones, los vecinos y sus sonrisas, la comunidad, la familiaridad. Allí todo eran prisas y golpes, codazos, semáforos en verde que pitaban y la dejaban sorda, humo de tubos de escape, un «corre que te cagas» que le estaba subiendo las pulsaciones y la ansiedad. ¿Cuántos infartos se producían en aquella ciudad?

Entró en Ediciones Tarquín con grandes zancadas, cuando de normal lo hacía con la cabeza gacha y apresurada por el trabajo, con un montón de papeles entre las manos y una taza de café para Pedro. La chica de los recados ya no era la chica de los recados. Se plantó en la oficina de su jefe, sin preguntar, sin pararse a hablar con nadie, sin responder preguntas. Le intrigaba saber quién había ocupado su lugar, quién era la nueva «ella». Que Dios se apiadara de su joven y pobre alma porque la editorial era un dementor de los de Harry Potter, te absorbía la alegría y te quedabas en nada.

—Los papeles del despido. —Fue lo único que dijo.

Pedro levantó la cabeza del ordenador, chorreaba de sudor y tenía la camisa remangada hasta los codos. Aún no había probado bocado del *tupper* de arroz integral que le había preparado su mujer. Pasaban los años y en la editorial nada cambiaba, a excepción de los becarios y ella, los prescindibles.

—Aura, qué bien que estés aquí. Es una alegría que hayas venido de visita.

No parecía excesivamente complacido con su presencia, pero sí aliviado, como si verla allí fuera a solucionar los problemas que se acumulaban sobre su espalda. Su despacho estaba aún peor de lo que recordaba, o había cambiado el método de ordenación o la nueva ayudante no tenía ni idea de cómo trabajar. Fuera lo que fuese, ya no era asunto suyo.

—Los papeles del despido —le repitió.

—En Recursos Humanos.

Asintió y se encaminó a la salida.

—Aura… —La voz fue lastimera. Paró en seco y se giró para observar al hombre al que había servido durante años—. Lo siento.

No se merecía aquello, esa indiferencia despiadada de la que hacían gala los rencorosos incapaces de perdonar. Ella no era así, nunca lo había sido. Sonrió. Lo sentía de verdad, él siempre iba con la lengua fuera, al igual que ella. En la cadena de mando, los de arriba presionan a los de abajo, Pedro estaba en medio, sus superiores le pisaban el cuello y, como Aura estaba en un escalón inferior, él se lo pisaba a ella. No era un mal hombre, solo era… un hombre estresado que necesitaba unas vacaciones.

—Lo sé, y sé que esto es todo lo que tendré de vosotros. Gracias,

Pedro, por todo.

No hubo nada más.

Decidió que lo poco que ellos le habían dado y lo mucho que ella había sacrificado por la empresa era más que suficiente. No se despidió de nadie, no echó un último vistazo para grabar en su memoria el lugar en el que había pasado horas y horas deslomada, con los ojos inyectados en sangre por la pantalla del portátil y dolor en los pies. Así que descendió a la última planta del edificio, recogió los papeles en Recursos Humanos, firmó lo pertinente, echó en el bolso el finiquito y se fue.

Ahí acababa la historia en Ediciones Tarquín, con un tremendo punto y final.

Nunca le había gustado el café del Starbucks, acostumbrada al de Martiños y al de la cafetera de Nana, a fuego lento; el de la cadena americana le sabía a bazofia. Decir que eres adicto al café y que este sea de allí es como decir que tu postre favorito es el helado y que solo lo comas en el McDonalds. Incongruente y con un sentido pésimo del gusto. Si hubiera sido lista, eso le habría dicho algo sobre Teo, pero en sus años mozos él se estaba fijando en ella y Starbucks había sido el sitio elegido para la primera cita. Decir que Teo tenía mal gusto hubiera sido echar tierra sobre su propio tejado.

Podía verlo a través de la enorme cristalera, sentado en uno de los sillones marrones, con el café humeando entre sus manos y él soplando porque desde que se inventó el soplar solo se queman los gilipollas y los impacientes. Ya podía convocar una puñetera ventisca, que Teo era lo primero. Gilipollas a secas. Un gilipollas bien guapo porque mantenía esa sonrisa de dientes blancos perfectos, la nariz ancha y la barba rasa. Lo prefería rapado, el pelo largo no terminaba de sentarle bien. Se regodeó en esa firme certeza, a Eric le quedaba mejor el pelo largo que a Teo. Se apuntó una victoria estúpida que le dio algo de valor.

Revisó el mensaje de Eric una última vez. Cuando conoces a alguien desde hace un tiempo, puedes leer con su voz aquello que escribe. Necesitaba su voz, su grave, bromista y reconfortante voz. Y

entonces, entró.

—Aura —la saludó con un ensanchamiento de sonrisa.

Llevaba una camiseta azul que le remarcaba cada uno de los músculos esculpidos en el gimnasio a base de mancuernas. Hacía años bromeaba con él diciéndole que en vez de sonajeros sus padres le habían dado pesas, y en aquellos instantes el chiste no le hacía ni puñetera gracia.

Hizo un amago de darle dos besos, pero se quedó congelado en el movimiento; Aura se sentó antes de que la mano de Teo llegara siquiera a rozarle. Sin ningún contacto. Sorteó la situación como buenamente pudo, con un carraspeo y una sonrisa. Tomó otra vez asiento y le ofreció el café que había pedido para ella.

—Así no tienes que ir a por él. Invito yo.

—Muy amable.

Tampoco tocó el café. En el vaso de cartón estaba escrito su nombre: Teo. Apoyó las manos sobre sus rodillas y lo miró con fijeza.

—Así que Nita… —Rompió el silencio instalado entre ellos.

—Nos vimos allí en Londres, me enseñó el British Museum y se la veía muy en su salsa, parece que le ha venido bien el curro. Me lo contó comiendo uno de los días, pero estaba de vacaciones, ¿sabes? Me las he pedido en mayo porque, ya sabes, junio, julio y agosto son una locura, todo se peta y es imposible hacer nada, además los precios están más bajos. Cuando me lo dijo, pensé en llamarte, de verdad, pero estando fuera, me pareció demasiado frío e impersonal, por eso he tardado un poco más. Llegué hace dos días, te lo juro, ha sido el tiempo de deshacer maletas y reponer comida en la nevera.

Aura efectuó un sonido que fue mitad gruñido mitad bufido. Le estaba dando más explicaciones que el día en que ella le recriminó meterse en las bragas de otras.

—Lo siento mucho. Quería darte el pésame en persona. Sé cuánto la querías, lo unidas que estabais. —El cuerpo de Teo se impulsó hacia delante, restando parte de la distancia—. Ha debido ser muy duro para ti estar lejos en ese momento, sé que, si hubiera sido por ti, no la habrías dejado que se fuera sola, que habrías sostenido su mano hasta el final.

La muchacha que habría sostenido su mano hasta el final, la muchacha que no apareció porque estuvo tres años encerrada en una

editorial y en su piso de Madrid, impertérrita ante la petición de familiares y amigos de que volviera a casa, incapaz de cesar en su ajetreada vida. Si paraba, pensaría en Teo, y si pensaba en Teo, no tardaría en romperse. La muchacha que no había sostenido la mano de su abuela.

—Gracias, muchas gracias. —Sonó severa.

—Pensé que necesitarías algo de consuelo, un hombro sobre el que llorar, pero se te ve muy entera.

No. No era justo. Utilizaba la muerte de Nana y su dolor para atraerla como las abejas a la miel. Le dio asco, y eso se tradujo en la expresión de su rostro, la nariz arrugada y el ceño fruncido. Negó con la cabeza, decepcionada. Había caído en un nivel de bajeza que jamás habría imaginado en él. Y la juzgaba, la juzgaba porque no mostraba cuán hondo era su pesar por la pérdida de Nana, porque no llevaba un cartel gigante que anunciaba su duelo.

—No necesito un hombro en el que llorar y, si así fuera, te aseguro que no escogería el tuyo.

Teo se echó hacia atrás, encajó el golpe entre el alucine y la incredulidad, descansando contra el respaldo del sofá.

—Han pasado tres años, no puedes seguir enfadada.

—¿Que no puedo qué? —La indignación bullía dentro de su pecho —. ¿Tú vas a decidir lo que puedo hacer y lo que no? ¿Cómo puedo y no sentirme?

—Era joven y estaba sufriendo. —Su voz se intensificó—. Mi novia de toda la vida me había engañado y dejado sin ninguna explicación, me había reventado, lo único que quería era aplacar el dolor. No me di cuenta de lo que hacía hasta que…

—Fue una equivocación, ¿no?

Se quedó en silencio y, durante un par de segundos, cerró los ojos, abrumado por el peso del pasado. Aura lo observó atentamente. Con las facciones congeladas y la mandíbula tensa era más el dios de la guerra que el de la belleza.

—Eso fue lo que me dijiste cuando mis amigos te vieron besándote con otra chica. Lo primero que pensé era que te referías a ella, pero no. Me dejaste muy claro que la equivocación éramos nosotros, tú y yo. ¿Sabes lo duro qué es que una persona te denomine así? Una equivocación. —Paladeó la amarga palabra.

—Reconozco que no debí decir eso. Me equivoqué.

No. Una equivocación era confundir a Tolstoi con Dostoievski, a Cristóbal Colón con Napoleón, y al Románico con el Barroco.

—Estuve esperando meses a que recapacitaras y te dieras cuenta de lo mucho que me querías. ¿Y sabes qué? Que ahí debí de tener algo de dignidad, la suficiente para comprender que una persona que te cataloga como una equivocación no te quiere. Pero lo más probable es que haya perdido las neuronas que me quedaban en algún momento porque seguí ahí, esperando a que volvieras porque pensé que lo harías. Pensé que eras lo suficientemente inteligente como para ver que lo que teníamos era especial, pero quizá solo lo fuera para mí.

—Aura, puede que no lo viera, pero la gente cambia y madura. Estoy intentando compensarte, estoy intentando verte y explicarme. Estoy intentando decirte cuánto lamento todo lo que ha ocurrido. Estoy intentando apoyarte con lo de Nana.

—No.

Parpadeó un par de veces, el asombro se dibujaba en su rostro. Aura se preguntó cuántas veces le habrían negado algo, cuántas veces una chica se le habría resistido o lo habría mandado a freír espárragos. Una cura de humildad, eso era lo que tanto necesitaba. Una jarra de agua fría que le recordara que por ser guapo el mundo no estaba a sus pies.

—¿No qué?

—Que no. Que no te ofendas, pero que no quiero tus explicaciones, y tampoco quiero tu pésame, ni tu café. —Miró despectivamente el vaso de cartón que no había tocado.

—Te comportas como una mujer despechada, revanchista y vengativa.

La había llamado equivocación, después de eso, cualquier adjetivo que saliera de sus labios era inocuo.

—Me da igual que te hirieran, me da igual lo asustado y dolido que estuvieras, y me da igual que creyeras que tenías derecho a ser egoísta. No me interesan tus excusas de niño de quince años, porque yo también era joven y jamás te habría hecho eso. Nunca. Hay que pasar por la vida haciendo el menor daño posible. Así que no, no quiero verte, y no, no quiero tomar nada contigo ni hablar sobre el pasado o el futuro, y menos sobre mi abuela.

Se levantó de la forma más grácil posible. Las comisuras de sus labios se estiraron en una sonrisa plena que le hinchó el pecho de orgullo. Repasó cada uno de los bellos rasgos que componían su perfecta cara y sonrió aún más. Era guapo, guapo a rabiar, guapo a morir, e incluso así, lo guapo que era palidecía frente a lo honrado y genuino que era Eric.

—Si lo que quieres es mi perdón, lo tienes desde hace mucho tiempo, pero eso no significa que te quiera en mi vida.

A veces, hay que saber decir «no». A veces, hay que tomar las riendas de la vida y decidir que el camino de la tragedia no te pertenece, que no estás dispuesta a que te torturen a placer porque ese sufrimiento no te lo mereces, que vas a ahorrártelo. Así que no. A cualquier cosa que vaya a hacerte daño, no. A cualquier mierda, no.

Hay que dejar que se te llene la boca cuando sueltes ese no.

Capítulo 36

De regreso. Era un alivio saber que estaba de regreso, mirar por la ventanilla y no observar esos enormes edificios y el barullo de la gente, los semáforos en rojo pitando y los coches expulsando humo hasta cubrir por entera la ciudad en una cúpula grisácea. El verde del follaje había sustituido a la vegetación de cemento y asfalto, las casas de pintura blanca y ladrillos vistos la rodeaban a medida que conducía pueblo arriba hacia el promontorio. Lo hacía como un autómata, del mismo modo que al despertarnos por la noche somos capaces de recorrer la casa en oscuridad y dar con el baño y el váter sin tropezar con nada ni golpearnos. Lo reconocible otorga seguridad, por eso Aura podía respirar sin la opresión en el pecho desde que había traspasado la frontera de Luar. Su cuerpo agarrotado recuperó la flexibilidad y ella dejó de estar pegada al volante como si la hubieran anclado y no pudiera moverse más que para cambiar de marcha y pisar los pedales.

Cuando aparcó en la frondosa explanada de hierba y descendió, Eric salió de la casa. Captó su figura a través del espejo retrovisor del conductor, donde su reflejo fue una aparición. Se giró para sonreírle.

—Gracias a Dios —exclamó, seguido por un suspiro que demostró su preocupación hasta ese momento en que había visto la camioneta a lo lejos y el rugido que la precedía—. Te he echado de menos.

Si no hubiera sido por los dos golpes que le dio a las puertas, Aura habría pensado que el alegato de añoranza se debía a ella. Puso los ojos en blanco y Eric rio.

—No me quieras tanto, que me abrumo —se quejó con sorna.

Descubrió la carga que portaba y que había estado dando bandazos dentro de la furgoneta durante las seis implacables horas de trayecto entre curvas y baches. Varias veces había rezado para que no se hubiera roto nada frágil.

—Otra mudanza.

—Otra mudanza —ratificó con los brazos en jarra y el cansancio atenazándole la zona de los hombros. Estaba segura de que se le habían montado los músculos, se masajeó uno de ellos con fruición.

Eric tenía las manos en las puertas abiertas, sus ojos estaban perdidos en el interior de la camioneta, a rebosar de trastos variopintos, además de un muro de cajas de cartón con cinta de carrocero y palabras escritas con un rotulador negro. Normal que le hubiera pedido la furgoneta, habría tenido que hacer veinte viajes para trasladar todas esas pertenencias en su coche. Era como si se hubiera convertido en un trastero con ruedas, la casa ambulante de una persona con síndrome de Diógenes.

—¿Cuántas cosas has podido acumular en Madrid?

—Desde los dieciocho que me fui —resopló—, ahí hay de todo, libros, ropa, una cadena de música, menaje de cocina…

—Aura, ya nadie dice menaje.

—Menaje de cocina —repitió con un mohín en los labios—, cuadros, un par de muebles que compré para mi habitación, una lámpara…

Tenía sentido que eso fuera lo que estaba ahí de pie, la pantalla de una lámpara de tela rosácea con un tacto rugoso y unos flecos deshilachados que caían sin gracia y tenían pinta de prenderse en caso de que la bombilla profiriera demasiado calor. Parecía rescatada de un mercadillo o de la mismísima basura. Esperaba que al menos hubiera dejado algo en el piso de Madrid.

—Y cajas. Más cajas, otra vez. —Se mesó la barbilla con la palma de la mano, moviendo la mandíbula ante la ronda de duro trabajo que se avecinaba—. Cajas y cajas que se van a acumular en el salón otro mes y medio hasta que les salgan telarañas. Qué divertido.

Echaba de menos esas críticas mordaces y socarronas que solo él podía lanzar al estar descargadas de veneno. Le echó un leve vistazo y disfrutó de su perfil de cejas alzadas, aletas de la nariz infladas y paciencia extrema. Aura se percató de que estaba sonriendo como una tonta, embelesada por la imagen, inundada de una sensación de calidez extrema que le costaba especificar, pero que sabía, a ciencia cierta, que se alojaba en su pecho. Era una bola que irradiaba calor. Exhaló un enorme suspiro que le llenó los pulmones del aire salado que la brisa traía del mar. Agarró la cara de Eric y le plantó un beso al que él correspondió, un beso que alargó todo lo que fue posible y que les renovó la energía a ambos.

Nunca sabes cuánto extrañas a alguien hasta que lo ves acercarse por la acera de enfrente, aguardando a que los coches dejen de circular y el semáforo cambie a verde, a solo treinta segundos de cruzar la carretera y que los cuerpos colisionen y no se desprendan. Ahí es cuando entiendes la magnitud de la lejanía, de la ausencia, del tiempo. No es echar de menos, es echar en falta, y él también había echado en falta su presencia de terremoto que todo lo ponía patas arribas y hacía temblar las infraestructuras más sólidas.

—Qué gusto estar en casa.

La hora siguiente la dedicaron en exclusiva a descargar y trasladar todos los objetos personales que habían viajado desde Madrid a Luar y que, por el momento, tal y como Eric había previsto, ocuparían el salón. A veces se sorprendía de que pudiera anticiparse a las decisiones erráticas de Aura, pero es que ese desorden formaba parte de su peculiar personalidad.

—Si no vas a usar la barca como parterre para las flores, deberíamos bajarla cuanto antes al puerto, que para algo sigues pagando el embarcadero —le recordó Eric que enfilaba el camino hacia la camioneta, donde quedaban los últimos bártulos que guardar —, así puedes utilizarla directamente cuando quieras y no tienes que cargar con ella.

Aura le seguía el paso.

—¿Y si lo hacemos hoy?

Él se giró, sorprendido. Aura era eficaz, práctica, con una tendencia obsesiva al trabajo, odiaba quedarse de brazos cruzados mientras los demás continuaban con sus tareas, la ociosidad la mataba

por dentro. No obstante, todo lo relacionado con las mudanzas terminaba siendo una postergación, un dejar para mañana lo que podía hacer hoy. Para que actuara, tenía que recibir una señal, como la sirena de sus sueños que la había llevado a la barca. Aura se guiaba por intuiciones, igual que Nana.

No se refería únicamente a llevar la barca hasta el puerto, no, eso podía hacerse en cualquier momento. Además, no creía que Venus fuera a tener queja alguna de su ubicación actual. No, ella iba más allá. ¿Y si se tomaban el día libre y lo pasaban juntos? ¿Y si aprovechaban y navegaban un rato? Los días a bordo de la barca con su abuelo al timón de ella, manejándola con soltura y determinación, era uno de los recuerdos que atesoraba con cariño. Un año después, tras su jubilación, falleció y Venus quedó huérfana y abandonada. La había sacado alguna vez al mar desde que la había restaurado con la ayuda de María y Samuel, pero al final de la jornada siempre la traía de vuelta a casa, como si el hecho de que estuviera allí, en el jardín, creara un nexo entre sus abuelos. La casa era Nana, la barca era su abuelo. Imaginaba que un retazo de sus almas había quedado adherida a los materiales que los conformaban, que eran ellos mirándose enamorados el uno al otro. Juntos.

Pero Eric tenía razón. La barca funcionaba, lo había demostrado, y era absurdo tenerla criando malvas en el jardín cuando debería estar en su elemento natural, el mar. Era la excusa perfecta para pasar tiempo juntos y descubrirle sus habilidades de navegante. Total, ya no había prisas por terminar la reforma cuanto antes, Eric podía descansar y disfrutar, y ella tampoco es que tuviera un curro al que volver al instante.

En cuanto acabaron con las cajas que quedaban, Aura subió a por un bañador mientras él se ocupaba de enganchar la barca con remolque incluido a su vehículo. De camino al puerto, pararon para comprar un par de sándwiches y botellines, y una vez que estuvieron bien abastecidos continuaron con su «fin de semana» entre semana improvisado. Como en cada viaje en coche, Aura dominó la radio y Eric aguantó sus berridos de cantante frustrada.

A su abuelo le habría gustado Eric Hiráldez. La forma en que tenía de aferrar la manivela del motor, de dirigir el timón, de que Venus le obedeciera sin ser brusco, sin dureza en sus acciones ni vacilación. La

barca ronroneaba casi tanto como ella cuando sentía sus recias manos posadas sobre la cara interna de su muslo. Las salpicaduras del mar les rociaban el rostro, salando sus labios y cuarteándoles la piel, vistiéndolos con una fina capa que se advertía por el blancor de los vellos del brazo. Se besaban y sabían a la inmensidad que los rodeaba, a esas tres cuartas partes de masa líquida que poblaba el planeta. Siguiendo las instrucciones de Aura, se había convertido en un experto en tan solo un viaje, un marinero al que Marcelo habría aprobado. Era algo más que la navegación.

—Mi pintauñas hace juego con tus ojos. —Tenía el pie desnudo pegado a su cara, comparando las tonalidades, pese a que el de la laca de uñas era un borgoña y el de sus iris, un marrón oscuro. Cuando pensaba en Eric, pensaba en la madera que trabajaba con sus manos, y ese borgoña era el color de la caoba.

Eric lo capturó antes de que lo retirara, ni un depredador habría atrapado con tanta rapidez a su presa, y le besó el empeine. Aura se mordió el labio inferior, tumbada en la barcaza, disfrutando de los apetecibles rayos del sol y contemplando el panorama de las dos cosas que la llenaban de felicidad. Eric y el mar.

—Así que has destrozado a Teo con esa gelidez de la que haces gala cuando te conviertes en Atila, rey de los hunos.

—No lo he destrozado. —Se regodeó en el masaje que había iniciado en la planta de su pie derecho—. Ya sabes que de buena soy tonta, y de tonta, un poco gilipollas.

Al desperezarse, crujieron varios huesos del cuello que la libraron de la escasa tensión que aún pervivía del viaje en coche. Gateó con cuidado hasta la zona de proa, donde se hallaba Eric tendido, y descansó la cabeza sobre su pecho, en el que apenas quedaban gotas de agua del remojón. La ropa desparramada y el bolso de esparto paliaban la incomodidad que pudieran sentir sus columnas al reposar sobre las tablas de madera.

—He estado pensando en una historia.

—¿Una historia? —se interesó—. ¿Aparte de la de Nana?

Asintió.

—Una historia sobre un viejo lobo de mar que pasa sus últimos años de vida encerrado en casa, rodeado de mascarones de proa de antiguos pecios, de barcos naufragados. Está enfermo y se va dejando

morir.

Alzó la mano para cubrir el sol con ella, lo abarcaba todo, lo envolvía. Su rostro se nubló al instante. Allí, en el cielo, parecía tan pequeño que podía cogerlo como si fuera una moneda, ocultarlo de la vista de los demás y guardarlo en su bolsillo. Cuando apartó la mano, volvió a brillar y tuvo que cerrar los ojos para no deslumbrarse con la claridad.

—Los bustos de las mujeres esculpidos en madera le susurran en sueños historias de amor que pueden adivinarse en los ojos de sus figuras, son las mujeres de los capitanes de los barcos, las que quedaron en tierra y las que osaron lanzarse al mar a perseguirlos.

Eric la estrechó contra sí, sobrecogido por la dulce pena que se percibía en su voz.

—¿Son historias tristes?

Al oírlo se incorporó.

—No —le respondió con una sonrisa infantil en los labios y un ligero meneo de cabeza que hizo bailar su melena rubia—. No son tristes ni trágicas, tienen finales felices. —Se tendió nuevamente con él, sus dedos ejecutaron todo un ciclo de caricias sobre su pecho—. La vida ya es dura en muchas ocasiones como para que también los libros sean amargos, no nos permitirían escapar de la realidad en la que vivimos. No todo debería ser Dido y Eneas. Mi historia es de amores eternos. ¿Crees en los amores eternos?

—Creo en el amor y en la eternidad, aunque no siempre vayan de la mano.

—Pero es precioso cuando sí, cuando caminan juntos. Nos hemos acostumbrado a las tragedias de Shakespeare, a que los amantes se separan por culpa de un destino truncado, de los hados y las estrellas. Está bien recordar que hay esperanza ahí fuera.

Sin querer se había perdido en un mundo paralelo en el que un hombre de piel ajada, arrugada como las antiguas cartas de navegación, se empequeñecía en el interior de su hogar a medida que las voces surgidas de los bustos femeninos de pechos turgentes y melenas al viento lo sumergían en historias pasadas.

—¿Y tú? ¿Crees en los amores eternos?

—Creo en la eternidad del amor. —Sonrió al pensar en Nana.

—No es lo mismo.

—Nada lo es.

Eric emitió una risa sorda que sonó al vacío en sus pulmones.

—Esto no es Cartago, es Luar. —La besó con los ojos cerrados, recreándose en el contacto de sus labios y el salitre que los había secado—. Nadie va a ahogarse en el mar. —Acarició su cabello con delicadeza, enredándose en oro, buscando la aguja en el pajar—. Cuéntame la historia del viejo marinero y los mascarones de proa que colecciona. ¿Cuáles son esos amores eternos que le susurran y que traspasan el tiempo?

Eric habría bebido agua dulce de su ombligo de haber sentido la sed ardiéndole en la garganta. Ella se acomodó sobre su torso, en el hueco perfecto que le confería su cuerpo y que le servía de refugio, al igual que una balsa en mitad de un naufragio. El aroma de su piel la transportaba a un bucle de calma, a la deriva, siempre a la deriva. Todo olía a él, incluso ella misma.

En otra época, habrían sido mortales temerosos de dioses vengativos y retorcidos que se cebaban con la humanidad; en otra época, habrían sido pescador que faena con las manos curtidas en las ásperas redes de su pequeña barca en una costa griega de aguas cristalinas y una mujer que narra historias y entretiene con voz pastosa. Él habría trabajado oyéndola, ella habría inventado leyendas para él. Personas anónimas en un mundo de héroes, divinidades y guerra. El anonimato da ignorancia; en momentos de conflictos entre aqueos y troyanos, solo eso garantiza la paz y supervivencia. El no ser nadie. Quizá hubieran sido más Penélope y Ulises que Dido y Eneas, más mitológicos que simples mortales. Luar era Ítaca, y la vuelta de Aura había sido una odisea, pero por fin estaba en casa. No pensaba embarcarse en un nuevo viaje que la alejara de sus tierras.

Capítulo 37

Luar se vestía de gala, pompa y festejo. El día de San Juan había llegado y desde el amanecer el pueblo se había sumido en una carrera contrarreloj para tener los preparativos listos para la ocasión. Siempre llegaban a tiempo, por muchas vicisitudes que surgieran, los habitantes eran más poderosos que la avalancha de mal fario. Algo muy gordo tenía que suceder para que el solsticio no llegara a celebrarse, un cataclismo, un virus mortal, una guerra armada, e incluso así, durante la Guerra Civil, Luar siguió con las tradiciones. Si las hogueras habían sobrevivido al periodo más trágico de España, sobreviviría a los posibles contratiempos.

Codo con codo, los vecinos ayudaban con los últimos retoques. Se disponían las sillas en la plaza Mayor, la tarima en la que la orquesta tocaría, las casetas en las que se servirían bebidas y pescado frito terminaban de abastecerse, se aseguraban de que las guirnaldas estuvieran derechas y que las calles resplandecieran tras una dura jornada de limpieza intensiva. La leña recogida ya había sido amontonada en algunas calas y zonas de la playa, de manera que solo hubiera que prender fuego para dar comienzo a la fiesta. Viveros Edén había suministrado los adornos florales, centros de mesas veraniegos y ramilletes que se venderían para los correspondientes ritos. Martiños se encargaba de la gastronomía, lo que significaba que Samuel había

estado currando hasta el último momento. Y Aura, con afán de ayudar e involucrarse, había echado una mano a unos y otros. Sabía que a Nana le habría gustado verla así de implicada después de tres años sin pisar Luar, tres años sin acudir a la noche de San Juan.

De pequeña, la familia se reunía para pasear entre los puestos y cenar juntos, Carmiña era implacable, pero Nana siempre cedía a comprarle algo a Aura, un dulce, un globo o una pulsera de cuentas de colores. Era ella quien la llevaba a ver las hogueras y le insistía en que debía escribir los sueños que quería cumplir en un papelito para lanzarlo a las llamas, eso sí, era un secreto que debía guardar en silencio. Desde entonces tenía la malsana costumbre de callar los deseos que más ansiaba, temerosa de que, al desvelarlos, al pronunciarlos en voz alta, estos se gafaran.

A Daniel iba a encantarle. Era su primera vez y no existe nada más emocionante para un niño de corta edad que una fiesta en la que desbocarse y pasarlo piruleta siendo la primera vez. Estaba deseando verle la cara cuando los fuegos artificiales surcaran el cielo nocturno y estallaran en un millón de ráfagas de distintos colores, estrellas vibrantes que se derramaban y mezclaban como si fueran acuarelas. Un nudo en el estómago le advertía de los nervios.

Eran las ocho y media de la tarde. Habían quedado en el habitual itinerario: paseo por las casetas, cena, algún bailecito al son de la orquesta y corriendo a la playa a ver las hogueras y pedir deseos. También debían recoger agua del mar, para así limpiar la puerta de los hogares con ella, lo que protegería a los habitantes de la casa de los malos espíritus. De todos era sabido que el agua de la noche de San Juan era terapéutica y mágica, solo había que sumergirse en ella para eliminar lo negativo y asegurarse la fortuna —no siempre económica—.

El reloj dio la hora exacta y Aura, que había esperado diez minutos la impuntualidad de su doble cita, se impacientaba. Doble cita no es igual que una cita doble, la última supone que han de verse dos parejas, la primera significa que Aura había quedado con Eric y Daniel que, desde que le habían dado las vacaciones en el colegio

hacía un par de días, formaba parte del *pack* de yogures. A pocos sitios iba Eric Hiráldez sin su hijo, se pegaba a él como una lapa y ya alguna vez había merodeado entre el estropicio de la casa en reformas. Podría decirse que no era el sitio ideal para un mocoso con altas probabilidades de clavarse un tornillo en la planta del pie o amputarse la mano con una sierra, no obstante, estaba bien vigilado. Dos pares de ojos son mejor que uno, y tres todavía más. Mientras Eric seguía con las reparaciones de las hundidas escaleras y Aura ayudaba en lo que buenamente podía, Santiago Hiráldez —el padre de Eric— se dedicaba al arte de la pintura. Hacía mucho que había compartido con él la idea de pintar en una de las paredes alabastro del salón un dibujo realista que simulara un arco con profundidad en el que se divisara al otro lado un jarrón en una mesa. Había extraído la idea de un reportaje que María le había mandado por WhatsApp, y pensó que ramas verdes con negras olivas colgando sería un toque precioso que a Nana le habría gustado.

Si Nana hubiera visto las remodelaciones… Si Nana la hubiera visto rodeada de tres generaciones de hombres le habría dicho que una cosa era la buena compañía y otra abusar de ella a esos niveles, que era una reina de Saba. Ella se hubiera reído.

Miró el reloj del móvil, habían pasado otros diez minutos. Eric llegaba tarde, sorprendentemente, y eso que siempre era el primero en aparecer. La plaza Mayor era un ruido que perforaba tímpanos, un caleidoscopio de voces que gritaban y reían a carcajadas y que se aunaba con una banda sonora procedente de una radio y que se multiplicaba gracias a los altavoces colocados en el escenario improvisado. Los vecinos se congregaban y la fiesta había dado comienzo. Las siluetas de un hombre y un niño se dibujaron a un par de metros, Aura respiró tranquila al reconocerlos. El retraso se debía a que Daniel había tenido ciertos problemas con la indumentaria, elegir qué ropa era la adecuada para la noche de San Juan no era tarea fácil y había derivado en la consiguiente pelea porque él quería la camiseta de Spiderman, los pantalones vaqueros y los botines de Hulk, pero la camiseta del hombre araña estaba en la lavadora.

Eric lo había peinado para la ocasión con una raya al medio que le duraría poco al echarse a correr con los demás niños. Él llevaba una camisa blanca de lino, que parecía sacada de una fiesta ibicenca del

2011 y que contrastaba con el moreno de su tez. A Aura se le hinchó tanto la sonrisa que temió que se le rajaran las comisuras, pero es que Eric había salido de la película de *Mamma Mia* y a ella le faltaba un poco para ser Donna. Cuando pensaba si realmente era merecedora de un hombre como aquel, recordaba que sí, que lo era.

El beso fue casto y puro, un beso en la mejilla que se torció para que los labios de Eric apenas le rozaran los suyos. Intentaban no alardear de pasión delante de Daniel, y mucho menos delante de los demás habitantes de Luar, en general. Ya lo sabían todos, solo habían necesitado verlos una única vez en la playa para señalarlos y gritar a los cuatro vientos que había nueva pareja. Decidieron que era mejor guardar silencio, aún era pronto para hablar de parejas, aún era pronto para hablar de cosas serias, de momento solo querían ser ellos.

—Lo he traído medio engañado —le confesó en un susurro una vez que Daniel había iniciado el camino de casetas, lo que les regaló unos minutos de efímera intimidad que se evaporaron rápidamente al tener que estar pendiente de él—. Le he prometido que tu madre haría tarta de chocolate.

—Con tanto que ver, se le acabará olvidando.

Era imposible que se acordara de la tarta de chocolate estando rodeado de tantas novedades y estímulos.

—¿Un ramillete?

Detrás del *stand* de madera, María sonreía mientras ofrecía toda una variedad de plantas unidas en un bonito cordón. A su lado estaba Vera, varios centímetros más alta que su amiga, con unos rizos tan pequeños que un peine quedaría atrapado en ellos, suaves y sedosos caían hasta la mitad de la espalda formando una melena similar a la de un león. La había visto en contadas ocasiones y siempre que lo hacía pensaba lo mismo. Que Vera concordaba con María, solo hacía falta verlas. Con ese pendiente de aro en la nariz y ese *piercing* en la lengua, con esos ojos tan pintados y esa actitud aventurera y divertida. Los polos opuestos se atraen, y ellas eran la excepción que confirmaba la regla, porque Aura y Eric eran esa regla que precedía a la extraordinaria excepción que las hacía únicas.

—Mirto, ruda, romero, malva, hierba luisa, menta, lavanda, fiuncho, flor de San Juan y flor de Santa María. —La muchacha la miró, satisfecha con su memoria—. ¿Lo he dicho bien?

—Perfectamente.

Vera le dedicó la sonrisa de los enamorados, esa que hace que los ojos se achinen y brillen. En la serie de Sherlock habían comentado que los síntomas del enamoramiento eran claros, que podían detectarse si uno se fijaba. Pupilas dilatadas, pulso acelerado… Lo más parecido a que un adicto consumiera. Estaba segura de divisarlos en María y en Vera, se preguntó si también serían evidentes en ella. En los ojos no hay nada que ocultar, todo lo delatan.

—Estás muy puesta.

—María me está enseñando. No es tan complicado cuando le pillas el truquillo, pero a mí todas las hierbas me parecen iguales.

—¿Para qué sirven? —quiso saber Daniel que, de puntillas, trataba de observar por encima del puesto.

—Para hacer magia —le explicó Aura.

—¿Magia? —preguntó escéptico, mirando a su padre, quien se encogió de hombros con una risa pugnando por emerger de la garganta. Daniel estaba mucho más acostumbrado a otro tipo de hechizos, nada natural, nada que ver con la flora, sino con una varita que lanzara destellos—. ¿Qué clase de magia?

—De todo tipo.

Frunció el ceño, no estaba convencido. Probablemente, Aura lo estuviera engañando, igual que aquellas mujeres que vendían césped y florecitas.

—Para tener buena suerte. —María le mostró uno de los ramilletes—. Para librarse de los malos espíritus y las desgracias, o para tener buena salud y alejar a las enfermedades, o para atraer el dinero.

—Para encontrar el amor. —De nuevo esa mirada llena de dulzura y complicidad—. O para favorecer la duración de las parejas ya consolidadas.

—¿Eso es verdad?

—¿Qué es lo que tú quieres, Daniel?

—Yo… —Durante un par de segundos lo meditó mientras se mordía la lengua en un gesto que denotó el grado de concentración del pequeño—. Un globo de la Patrulla Canina.

—Mi hijo pide poco.

—Eso está bien, te sale barato —rio Vera.

Prometieron que en cuanto cerraran la caseta se encontrarían en

la playa para disfrutar de las hogueras, para saltarlas el número impar de veces que fuera necesario, para mojarse los pies en el frío mar del Cantábrico y para sentarse en la cálida arena, como antaño. Siempre habían sido Samuel, María, Marcos y ella. Luego, dejaron de ser cuatro para ser tres. Algunos se habían ido, otros habían vuelto, y otros eran nuevos. El ciclo de la vida.

Daniel no dio lugar a despedidas, corrió directamente al puesto de globos para hacerse con el más grande y divertido, a falta de uno de los personajes de la Patrulla Canina se decantó por uno con pinta de pez globo. A Aura le pareció irónico cuanto menos. Agarrándolo con fuerza, ya que se negó a que se lo ataran a la muñeca para que no se le escapara en un descuido, recorrieron el camino de casetas con farolillos, perdiéndose en la venta de dulces, pulseras de cuero, collares y pendientes hechos a mano, quesos de una gran variedad, libros de segunda mano… Se resistieron a caer en la tentación de la comida, que es la más poderosa de las llamadas, sabedores de que les esperaba la cena con sus respectivas familias. Lo que no pudieron evitar fue que, como el globo había sido poco, Daniel se agenciara un cuento con dibujos y una enciclopedia de animales. La lectura es conocimiento, y el conocimiento es la mejor de las inversiones. El dinero gastado en libros es dinero bien aprovechado, así que al pequeño empezaron a faltarle manos para llevar sus nuevas adquisiciones.

—Aura. —Su voz sonaba a caramelo, a aquel dulce marrón que habían visto en el puesto y al que había querido hincarle el diente. Lo habría hecho de no ser porque su padre se lo impidió—. ¿Me lo coges?

La muchacha miró el pez globo que volaba en el aire con ojos saltones y pinta de pazguato, para luego mirar a Daniel, que le mostraba su mejor cara de corderito degollado. Si se lo hubiera atado a la muñeca…

—¿Quieres que te lo lleve?

—No. Que me lo sujetes hasta casa —aclaró.

Eric se rio a carcajadas de la ocurrencia y Aura acabó aceptando el cordel que le tendía insistentemente. Un mohín se dibujó en sus labios.

—Sí, vamos, que te lo lleve.

Era evidente que para Daniel no era lo mismo. En el mundo de los

niños de cuatro años y medio, y puede que hasta cinco, sujetar el globo hasta casa o el coche no significa que se lo lleves, significa simple y llanamente que se lo sujetes hasta que él decida volver a hacerse cargo de él, es decir, hasta casa o el coche. Tenía sus prioridades. Y en aquellos instantes su prioridad era ojear con suma atención los dibujos de los animales que había en el libro mientras su padre pagaba y Aura devolvía a su sitio el volumen al que le había echado un vistazo.

—¿Te ha comentado tu madre la propuesta? —le preguntó la encargada del puesto.

—¿Qué propuesta?

—¿Cómo que qué propuesta? Pensé que Marisa se lo había dicho a tu madre y que tu madre te lo diría a ti.

Iba a necesitar un poco más de información para saber a qué se estaba refiriendo, o si no un par de subtítulos o una voz en *off* que le indicase algo. Estaba perdida en la conversación, había visto a su madre el día anterior y no le había mencionado nada que fuera relevante y mucho menos sobre Marisa, la bibliotecaria.

—Pues aún no me ha dicho nada, ahora le preguntaré cuando cene con ella. ¿De qué se trata?

—¡Ah, no, no! —La mujer alzó las manos mientras negaba de forma contundente—. Eso no son cosas mías, que luego me llaman chismosa, y ya sabes cómo es Marisa.

La bibliotecaria, que era más vieja que un bosque, y la librera de Luar tan pronto eran hermanas como enemigas, sus colaboraciones surgían y culminaban con la misma celeridad. Un día se llevaban bien, al siguiente mal, y al pueblo lo traían de cabeza, así que la mitad de las veces optaban por ignorar las riñas.

—Está bien… —Se dio por vencida—. Le preguntaré a mi santa madre.

—Yo no he dicho ni mú. —Acto seguido, la mujer imitó una cremallera que le cerraba los labios.

—¿Tú sabes algo? —interrogó a Eric un par de casetas más allá, a punto de terminar la hilera de estructuras de madera que cobijaban en su interior a los vendedores y sus productos. Daniel les llevaba cierto margen de ventaja y ya se encontraba en la calle de enfrente, dando la vuelta al circuito.

—¿Por qué iba a saberlo?

Aura se detuvo, alzó una de las cejas y se cruzó de brazos, con el globito acompañando a las pulseras que decoraban su muñeca. No podía evitar sentirse un poco ridícula.

—¿Por qué según tú no te interesan los cotilleos, pero luego eres una maruja que viene corriendo a preguntar si me he enterado de esto o aquello?

Eric chasqueó la lengua y negó con la cabeza en un gesto de fingida decepción que provocó que la muchacha pusiera los ojos en blanco. Podía negarlo todo lo que quisiera, pero era una vieja de visillo a la que le gustaba regodearse en el cotilleo. No era la primera vez que venía a comentarle algo que había escuchado por ahí, por eso se llevaba tan bien con Samuel y María. Por desgracia, ella también sucumbía al enganche de la tremenda narrativa de amoríos y traiciones que se cocía en el pequeño pueblo y del que ellos eran partícipes. Eso de «yo no me meto en la vida de los demás para que los demás no se metan en la mía» era una teoría que estaba muy lejos de la realidad.

—Quizá se jubila por los achaques de la edad.

—No creo. A Marisa habrá que sacarla de la biblioteca con los pies por delante.

Del mismo modo que a su abuelo hubo que obligarlo a retirarse de la pesca cuando sus huesos ya no pudieron continuar con semejante ritmo de trabajo, y un año más tarde todo terminó. Nana decía que la mar era la mujer de su vida, pero que a ella la quería más.

Y si eso no era amor, que bajara Dios y lo viera.

Capítulo 38

La noche cayó con un manto oscuro de estrellas engarzadas y una luna que iluminaba más que los farolillos con bombillas que habían colgado de farola en farola, vistiendo casetas y decorando el escenario. El rugir del mar se confundía con el sonido de las chicharras y la cálida brisa del verano, con el tintineo de los cubiertos y las copas al brindar, y el griterío de los niños que corrían encima de los bancos para luego regresar a donde se hallaban sus padres y abrir la boca cual gorriones, a la espera de alimento. La orquesta tocaba diversas canciones populares, y para oírse unos y otros debían gritar y agudizar los oídos.

Aura había tomado asiento en un taburete que sus padres le habían reservado. Se pelaba los dedos al arrancarle la piel al pescado frito, que olía a carbón y a limón, y sabía a Nana. La ración estaba constituida por pulpo, una bandeja de frito variado y vino. Su madre no había estado a favor del paquete de patatas fritas versión gigante, pero su padre, defensor profundo de que los vicios en familia son menos perjudiciales, sí que había apoyado a Aura en su decisión. En eso se parecía a ella. Nana se mantenía alejada de las patatas fritas por ser su perdición, si comía una, debía acabarse el paquete entero.

Un par de meses atrás habría sido impensable estar ahí, cenando en mitad de la plaza Mayor con sus padres, charlando de cuestiones

diversas entre risas, sin tensión entre ella y su madre, sin presiones, ni ataques velados, ni miradas intimidatorias. Habría sido impensable estar en Luar, una noche más, celebrando San Juan siguiendo la tradición que Nana había marcado. Canturreaba a medida que comía y, según su abuela, eso era señal de felicidad. Era como si estuviera con ella en ese mismo instante, sentada a su lado, un comensal más en la mesa. Nada había cambiado y, al mismo tiempo, todo había sufrido una increíble alteración hasta ser irreconocible porque nada es inmutable.

Alargó lo máximo posible la tranquilidad que se respiraba en el ambiente antes de interrogar a su madre por la supuesta noticia que debía haberle dado.

—¡Ah! Sí, estaba esperando un buen momento para decírtelo —se excusó tras darle un sorbo a su copa y proseguir con la cena—. Es que Marisa está pensando subirse al carro de los cursos, como el de cerámica que hacía Nana, no esa masilla blancuzca que te compraba el abuelo en la tienda del todo a cien que se mojaba y se secaba al sol. —Se refería al cuenco que con siete años le había hecho a sus abuelos y que aún estaba en la mesita de la entrada.

—Era barro —defendió su trabajo de manualidades.

—¿Qué iba a ser eso barro, cariño? No era ni arcilla… Era una plastilina que se puso dura por estar mucho tiempo en el porche, te lo digo yo, que de pequeña te la comías y había que quitártela de las manos y el pelo. A lo que iba, que Marisa quería proponerte que participaras en el curso.

—¿De plastilina?

—Cómo eres… —Suspiró exhausta su madre—. No, de profesora de literatura.

Profesora. El oficio en el que había temido caer desde que se marchó a Madrid en busca de sus sueños, esos sueños que había escrito en un papel y que había quemado cada año en las hogueras de San Juan, a excepción del nombre de algún muchacho debido a un enamoramiento fugaz. Puede que quemar las aspiraciones no las convirtiera en realidad, puede que simplemente se chamuscaran como las chistorras y los filetes.

Su padre no tardó ni un segundo en percibir la desazón, palpable en ese rostro demudado cuyos labios se habían tornado en una fina

línea.

—Sabemos que no es lo que más ilusión te hace, pero según Marisa son cursos destinados a dos rangos de edad: jóvenes y adultos. Tendrás la oportunidad de transmitir tu amor por la literatura, los clásicos y los no tan clásicos. Y si todo sale bien podrías, no sé, dedicarte a hacer algunos de escritura creativa.

—No es el mejor sueldo, las cosas como son, pero…

—Sí.

Carmiña y David intercambiaron una mirada de sorpresa.

—¿Sí? —La voz de su madre sonaba a incredulidad absoluta y sospecha—. ¿No te lo vas a pensar un poco más? No hay prisa, cariño, tienes tiempo. Puedes hablar con Marisa y su hija sobre el tema, preguntarle lo que sea que te preocupa, aclarar las dudas que te surjan. No tenían pensado ponerlo en marcha hasta septiembre con el inicio del nuevo curso.

—Sí, ¿por qué no? Estoy en el paro, la casa de Nana aún tiene que pasar por alguna que otra reforma, el dinero del finiquito no va a durarme de por vida y volver a Ediciones Tarquín no es una opción. ¿Qué otra cosa me queda?

¿Qué otra cosa le quedaba? Dependiendo del sueldo, tendría que buscar un segundo trabajo y recurrir al pluriempleo, tirar de ahorros era una causa perdida, ya que habían volado con las obras por mucho que sus padres hubieran pagado dos terceras partes del presupuesto. Dinero que ella pensaba devolverles, junto con el impuesto de herencia.

Las señoras del pueblo decían mucho esa famosa frase de «los caminos del Señor son inescrutables». A Aura nunca le había parecido tan verdad como en ese momento. Puedes pasarte diez años huyendo de un empleo, de una persona y de un lugar, que si tu destino está atado a ello no importa cuánto corras, porque los senderos que escojas te llevarán a Roma. No había querido regresar a Luar, y se encontraba en Luar. No había querido ser profesora, y le ofrecían un puesto. No había querido enamorarse, y ahí estaba, en el proceso de conocer a alguien que hacía que se le encogiera el estómago y hasta los dedos de los pies. Qué ironía…

—Esto no significa que tengas que renunciar a tus sueños.

—Lo sé, papá.

Lo sabía, de verdad que lo sabía. No renunciaba a sus sueños, ni siquiera los dejaba en *stand by,* trataba de alcanzarlos utilizando una nueva estrategia. Trabajar llevando cafés, haciendo fotocopias, llamando a ilustradores y a escritores, ordenando papeles y contratando hoteles para los reconocidos artistas en sus giras de libros con Ediciones Tarquín no había servido. En esa gran empresa dedicada a publicar historias sin ningún valor pero con muchas ventas gracias al nivel de famoseo de ciertas personalidades de internet —con nulo sentido literario— había sido el último mono. En la cadena trófica a ella se la habían merendado. No obstante, había aprendido.

En ese conjunto de lecciones que la vida le había enseñado con la técnica de «la letra con sangre entra», Aura atesoraba un par de ellas:

1. Si el plan A no funciona, tienes el plan B, y el C, y el D, y así todo el puñetero abecedario y, si no, vuelta a empezar.

2. Que, a veces, nos centramos mucho en soñar y desear algo perfecto, y la perfección no existe. Que, a veces, llega lo adecuado, que nunca es tan brillante como pensábamos, pero sí más real y proporciona más felicidad porque no pinta castillos en el aire ni te hace reina de territorios imaginarios. Y con eso basta, o debería bastar, conformarse no siempre es ser cobarde, es saber qué te merece la pena.

3. Que hay que tener los pies en la tierra.

4. Y que, como diría Nana, hay que saber cuándo rendirse, y la respuesta es: nunca.

—Tú sigue escribiendo —la animó él.

¿Acaso existía la opción de no hacerlo? Desde que la biografía de Nana fluía por sus dedos, había acumulado un total de ciento cincuenta páginas en las que se dedicaba a destripar su vida. Su intención era hacer un primer borrador para luego dotarlo de mayor realismo gracias a las anécdotas que las amigas de su abuela compartirían con ellas, su propia madre, su padre e incluso José. Una labor de investigación que conllevaría rebuscar en álbumes familiares y en su memoria, el cajón donde almacenaba las historias que le había ido contando cuando era pequeña.

Dejar de escribir… Para que eso sucediera alguien debía arrancarle los dedos con tenazas al rojo vivo. Pensándolo bien, una de las ventajas de trabajar en el curso de Marisa era que tendría tiempo

libre para seguir dedicándoselo a la escritura.

—Podríamos haber cenado con Eric y su familia —se lamentó su madre.

En el otro extremo de la plaza se hallaban los Hiráldez, sentados en taburetes alrededor de una mesa alta, lo que hacía que el pequeño de ellos balanceara los pies en el aire. Atado a su asiento, el pez globo volador indicaba su posición. La escena le hizo gracia.

Inclinó la cabeza hacia la derecha, de su nariz escapó una risa silenciosa.

—Mamá, tómatelo con calma y deja de preparar mentalmente la lista de invitados a mi boda.

—Eres una muchacha negativa. A veces, las cosas van bien, alégrate por ello y da las gracias. No busques inconvenientes y problemas donde no los hay, los problemas llegan solos, por eso no te preocupes. —Unas palmaditas en su mano la reconfortaron—. Disfruta.

—Estoy disfrutando.

—Hay que aprovechar lo bueno sin pensar constantemente en que algo malo va a suceder porque, si no, vives en un bucle. Sufres por un futuro hipotético que aún no ha llegado y puede que nunca lo haga, y entonces estás sufriendo para nada.

—¿Y si llega?

—Pues entonces habrás sufrido el doble, antes de tiempo y cuando es el momento oportuno.

Librarse de las preocupaciones y los miedos, eso que todo el mundo recomienda, pero que nadie sabe cómo aplicar. Prefería ir despacio, con pasos firmes, sobresegura, con pies de plomo. Quien mucho corre, poco tarda en tropezarse al no percatarse de las piedras del camino. Sollarse las rodillas al caer no era su intención. Esa vez lo haría bien, como Dios mandaba. Aura sabía que el amor se definía de la forma en que se experimentaba. Para María era una explosión, la lava ardiente que escupía el Vesubio, el deseo que quemaba y lo reducía todo a cenizas, el fuego descontrolado que arrasaba con hectáreas de bosque. Para María, el amor era la pasión. Para Aura, era la seguridad de un buen sueño, el descanso apacible en una mullida cama, el despertar con los incipientes rayos del sol bañando de dorado su rostro, calentando las sábanas. Era el olor a café de por la mañana,

el tacto de la madera en los pies, el abrazo en la cocina sintiendo los labios de Eric sobre su pelo, estrechándola, rodeándola. Era el olor cuando apoyaba la cabeza en su pecho, el silencio de las miradas, las sonrisas entre beso y beso.

Las reformas tardan un tiempo. Las relaciones se fraguan a fuego lento, al igual que las mejoras comidas, en el hornillo.

—Tú confía.

Confiaba, confiaba tanto que se daba miedo a sí misma.

Su padre la invitó a bailar. Durante un par de canciones no hicieron más que eso, dejarse llevar por la música de orquesta, sufrir los pisotones que Aura propinaba casi sin darse cuenta debido a sus dos pies izquierdos. Luego fue el turno de Carmiña, quien ocupó su lugar. Aura pidió una nueva copa y se dedicó a contemplar el balanceo de los cuerpos mientras degustaba el vino, acunada por la música y los vapores del alcohol. Quince años atrás, sus abuelos habían sido unos más de los habitantes que bailaban congregados en la plaza al ritmo de cualquier bolero, rememorando los años de juventud en aquel mismo lugar en el que Marcelo le había declarado a Nana sus intenciones. Lo de jurarse amor eterno delante de todo un grupo de amistad a los catorce años y en plena noche de San Juan les había salido bien. Marcelo fue valiente, expresó su deseo en voz alta y se cumplió. Quizá no trajera mala suerte, como ella había creído durante años. La noche de San Juan era solsticio de verano, noche de magia. Quizá durante unas horas todo fuera posible.

Su mirada se encontró con la de Eric, sorteando los cuerpos de las parejas que se movían en el amplio espacio. Ninguno de los dos se movió.

Aura cerró los ojos y, durante unos segundos, volvió a divisar entre los grupos de bailarines nada profesionales a sus abuelos. Una joven Nana en blanco y negro, sacada de alguna fotografía, de largas trenzas, daba vueltas, cogida a la mano de Marcelo, con la de este en su cintura. Una Nana anciana que se movía con menos soltura e igual alegría, de colores brillantes y cegadores, de arrugas prominentes. La Nana que ella recordaba, de hacía tres años, agarrada a un Marcelo de hacía quince. Abrió los ojos. Las figuras se disolvieron cual fantasmas del pasado, en una brisa de cenizas que le recordó a lo que eran, remolinos en el viento veraniego.

La velada discurrió sin que nadie se atreviera a pronunciar que en unas horas sería 24 de junio. El comienzo del verano era el fin de una etapa y el nacimiento de otra.

Capítulo 39

Si la plaza Mayor era el centro neurálgico de Luar para mayores y ancianos, las playas y calas recónditas de frías aguas y fina arena era el de la juventud, reclamadas para sus aventuras y escarceos amorosos cada noche. En San Juan adquiría una belleza aún mayor, si es que eso era posible.

Las dos fogatas grandes de al menos cuatro metros chisporroteaban con fuerza, elevando la temperatura y provocando sudores a todo los que paseaban por su lado para depositar en ellas los deseos. Eran torres que lamían el cielo con sus lenguas llameantes, que otorgaban luz y creaban juegos de sombras reflejados en la explanada de arena, alargando las figuras hasta volverlas fantasmales. Entre ellas se habían dispuesto hogueras pequeñas que no alcanzaban el metro. Allí se congregaban los valientes jóvenes que saltaban por encima del fuego un número impar de veces, asegurándose la buena suerte. A su derredor se reunían para fumar, beber y abalanzarse unos sobre otros cual jauría de fieras deseosa de probar carne fresca. Las borracheras no tardarían en llegar y entonces el mar acogería en sus fríos brazos a los que se sumergieran en él. A altas horas de la madrugada, el pudor era una palabra que no estaba recogida en el diccionario, y el exhibicionismo se hacía patente con los cuerpos desnudos de quienes se atrevían a nadar en el Cantábrico. Al cumplir los dieciocho años,

Aura había sido una de ellos y a Samuel le encantaba recordarlo.

Qué de diferencias había entre esa Aura alocada con una mayoría de edad recién cumplida, alimentada de sueños, y la Aura en la que se había convertido. A menudo se preguntaba si esa muchacha estaría orgullosa de en quien se había convertido o si, en cambio, estaría decepcionada al haber llegado a los veintiocho sin haber tachado algunas cosas de su lista personal. La vida no podía planearse porque, cuando ibas a dar un paso, de buenas a primeras, te cambiaba las reglas. Claro que eso no lo sabía la Aura del pasado.

Cada persona tenía un ritmo. Había compañeros del colegio que con su misma edad ya estaban casados y con un hijo en camino. Otros tenían hijos de cinco años ya. Otros no querían tenerlos. Otros se habían independizado recientemente. Otros seguían viviendo con sus padres. Otros estaban solteros y otros acababan de encontrar pareja. Otros ni siquiera querían y tampoco era su prioridad. Otros seguían en el paro. Y otros estaban estudiando. Cualquiera de las opciones era válida. No tenía por qué autoflagelarse, aunque a veces lo hiciera. Las comparaciones siempre son odiosas, pero que tire la primera piedra quien no se ha sentido de menos alguna vez al poner en una balanza sus éxitos y los de otra persona. A Aura le sucedía más de lo que le habría gustado reconocer.

—Tienes que escribir un deseo y quemarlo en la hoguera. —Aura le entregó un trocito de papel y un bolígrafo.

—¿Puede ser cualquier deseo?

—Claro.

—¿Segura? —Daniel alargó la última vocal con esa voz cantarina —. Todos los deseos tienen truco. Tienes que frotar la lámpara del genio de la lámpara, y solo tienes tres deseos como en Aladdín, pero el Hada Madrina de Cenicienta te concede más de tres porque es un hada madrina. Y el hada de Pinocho puede convertir a un muñeco en un niño de verdad. ¿Cuántos deseos tengo yo?

Le enseñó los dientes en una mueca que denotaba lo mucho que lamentaba que no todo fuera como en Disney.

—Lo siento, solo uno.

—¿Pero puede ser lo que sea?

—Los deseos son deseos, no importa cuál sea su naturaleza —le explicó Eric poniéndose en cuclillas. Daniel miró a su padre, confuso.

Siempre había pensado que hablar con un niño era muy difícil. A ella se le daba bien, se había acostumbrado gracias al oficio de canguro que había arrastrado durante su juventud con María, pero hablar con un niño era difícil. Los adultos suelen adquirir voces chillonas y explicar los conceptos sencillos de una forma aún más sencilla, obligándolos a adoptar nombres absurdos. El perro no era perro, era «gua gua», y el pajarito no era el pajarito, sino el «pipi», al igual que el caballo era la «jaca». Eric no actuaba así, le hablaba de forma calmada, procuraba que lo entendiera todo sin tener que simplificarlo y no trataba a Daniel como si tuviera cuatro años y medio y, por lo tanto, no estuviera a su nivel intelectual. «Los niños son listos, son más listos que muchos adultos, pero si los tratas como si fueran tontos, se vuelven tontos». Y Aura estaba de acuerdo, por eso no era partidaria de esas adaptaciones literarias de grandes clásicos que solían mandarse como tarea en los institutos incluso hasta cuatro de la E.S.O. Aunque esa defensa acérrima la llevaba a un enfrentamiento con su padre, profesor de instituto.

—Eso significa que sí, que puedes escribir lo que quieras, desde un coche teledirigido a tener superpoderes o ser millonario o tener una montaña de algodón de azúcar. —Eric se agachó para prestarle su rodilla como mesa improvisada para escribir—. Vamos, yo te ayudo. Aunque con lo grande que haces las letras quizá necesitemos un folio entero.

—Apañaos con el papel que hay.

—Voy a tener que pensarlo —les avisó él.

Era un crío concienzudo.

Tras recordarle a Eric que él también tenía que hacerlo, se alejó un par de metros para escribir el suyo propio. Su abuela le había inculcado el secretismo, no solo no podía decir qué era lo que lanzaba al fuego de la noche de San Juan, sino que tampoco nadie podía ver qué era lo que escribía. Era una especie de examen en el que no dejabas que ningún compañero echara un vistazo por encima de tu brazo. Si alguien se acercaba, tú lo tapabas rápidamente.

Instaron a Daniel a que esperara su turno, a que los adolescentes —en su mayoría muchachitas— terminaran de entregar pasiones ocultas, esperanzadas de que estas se hicieran realidad. Luar era el pueblo más creyente, no tanto en Dios, sino en la magia. Una vez que

la manada de hormonas con patas hubo finalizado y se movió hacia la zona de pequeñas hogueras en la que los chavales saltaban, Daniel se acercó. Primero corrió, luego frenó y durante un par de minutos observó a los demás niños, algunos acompañados por sus padres, depositar sus papeles doblados. Se sentó en la arena y dobló el suyo un par de veces.

—¿Qué has escrito? —Eric tenía la mirada fija en las lenguas flamígeras que devoraban el cielo nocturno.

—Nana decía que los secretos no se desvelan, que se queman y se espera a que se cumplan.

—¿Y se cumplen?

Aura se encogió de hombros. Si se cumplieran, todo sería mucho más sencillo. No habría tantos problemas en el mundo, con desear una solución se resolverían. Daniel regresó corriendo, excitado, la sonrisa se le desbordaba y las mejillas habían adquirido el color de las ciruelas debido al sofoco de la quema de madera que ardía salvajemente. Ya había entregado su deseo a las llamas. Estaba orgulloso.

Los niños poseen una dulce inocencia que es necesaria encapsular en una botella pequeña de cristal, de manera que se abra en los momentos en que el mundo se desmorona y oscurece. Esa inocencia huele a limpio, a polvos de talco, a la piel de un recién nacido. Suena a risas y a chapoteos en el mar, a las carcajadas fruto de las cosquillas, a los berrinches que te cogen desprevenido al cruzar la calle. Saben a gominolas, a paquete de gusanitos, a puré de verduras y a hamburguesa cortada a trocitos, a espaguetis con tomate en lata y salchichas. La inocencia de los niños era la simpleza que Aura desearía destapar en las noches tristes.

—¡¿Me has visto?! ¡¿Me has visto?! —preguntó mientras saltaba y agarraba a su padre de las manos—. ¡Aura! ¿Me has visto?

Lo había hecho, y la ilusión de él la había conquistado.

Era su turno. Esa vez había sido racional y lógica. No había pedido grandes acontecimientos como ganar el Euromillón, o ser famosa, o que el chico más guapo de la clase de sexto de primaria se fijara en ella y la besara. Una de las cosas que le gustaba a Aura al recibir un regalo era la practicidad, así que hizo gala de eso precisamente y fue práctica. ¿Qué era lo que quería? ¿Qué era lo que

deseaba? Un deseo no era un milagro. «Que todo siga bien, tal y como está ahora».

Era fácil. Nada muy enrevesado. Quizá, según la óptica de un niño, debería haber pedido algo más específico porque de todos es sabido que los deseos que no se especifican con claridad dan lugar a mal entendidos.

Las llamas bailaban ante sus ojos en una espiral de rojos, amarillos y naranjas que le derretían el rostro como si estuviera compuesto de cera. Aspirar el aroma de la candela y la leña chamuscada le recordó a cuando Nana le decía que no abriera la boca, que los espíritus del fuego se le meterían en la lengua y le quemarían la garganta, y le dolería la tripa. Abrió la mano y dejó escapar el trozo de papel, que se consumió enseguida.

—Es tu turno —le indicó a Eric.

Eric la miró de frente y desdobló el mensaje escrito. Daniel gritó un trágico «no» similar al de un soldado que trata de salvar de una bomba a su compañero de batallón, a pleno pulmón y bastante enérgico. Se aferró a su pierna derecha y tironeó de él en un vano intento de evitar que descubriera su secreto. Aura cerró los ojos. La risa de Eric la invitó a abrirlos, primero el derecho. No había nada. Luego el izquierdo. Estaba en blanco, impoluto. Efectivamente, no había nada, ni un triste trazo de tinta negra, y él lo mostraba con una sonrisa.

—¿No has escrito nada?

—No.

—¿Por qué?

—Porque desear algo es querer una cosa que no tienes, y yo soy feliz con lo que tengo en estos momentos. No necesito nada más.

Le dedicó una sonrisa que despejó todas esas dudas formuladas en su cabeza. Ella entraba dentro de la ecuación. El corazón le perdió un par de latidos y la respiración se quedó alojada en su pecho cuando los dedos de Eric buscaron los suyos, entrelazándose.

—También puedes desear que todo siga igual, que nada cambie.

—Eso no basta con desearlo, hay que trabajarlo.

Aura no pudo evitar depositar un beso en sus labios.

Daniel fue muy observador, si su padre no quería ningún deseo, no existía una norma en el ritual de la noche de San Juan que le

impidiera cedérselo y que él lo utilizara en su propio beneficio. Aura no pudo negárselo, así que el pequeño se quedó, literalmente, con el papelito de su padre. Escribió un nuevo deseo y lo lanzó a la hoguera. En las horas siguientes se dedicaría a jugar con los niños de su edad y a asaltar adultos, como si fueran una banda de maleantes, para convencerlos de que les regalaran sus deseos. Al final de la noche recaudaron una veintena.

A medida que el tiempo fue transcurriendo, la playa se transformó en un campamento. El murmullo del suave oleaje y la brisa del viento habían quedado opacados por el crepitar de las llamas, las risas y el griterío. Luar despedía vida, supuraba alegría. Con Daniel jugueteando con los demás niños del pueblo y supervisados por su abuelo, Aura arrastró a Eric a remojarse los pies en la salada orilla, tal y como dictaba la tradición. El anonimato de la noche les permitió alejarse del cúmulo de vecinos y enredarse en un paseo bajo el reguero plateado de la luna, siguiendo el sendero de diamantes que se contemplaba en la superficie ondeante del mar debido a la luz que nacía del poderoso faro. Si su mirada seguía la hilera resplandeciente que marcaba, si agudizaba los ojos, encontraría el promontorio y, allí, el hogar de Nana, su hogar.

Entre risas y besos, se desnudaron y echaron una carrera veloz —en ropa interior— hacia el mar. Aura se lanzó sin pensárselo dos veces, aguantó la respiración y se zambulló, sabedora de que el maquillaje duraría un suspiro y que luego regresarían con la ropa pegada a los cuerpos como una segunda piel, delatándolos. Los mirarían y los señalarían, no en el peor de los sentidos, pero sabrían que habían estado nadando juntos. Y nadar juntos era un eufemismo de cosas que se hacen juntos cuando la noche ha caído, la playa está desierta y el mar en calma.

La mano de Eric tiró de su pie mientras buceaba, lo que le hizo retroceder y que su boca se llenara de agua salada al abrirse por la sorpresa. Emergió a la superficie y tosió, prácticamente ahogada.

—Jo-der.

—Ay, esa sirena con boca de lobo de mar… —se mofó.

La tos intermitente se prolongó durante un par de minutos, el agua le había entrado por la nariz y por la boca, se sentía una pecera que rebosaba. Al ver que no cesaba el semblante de Eric, antes

risueño, se tornó preocupación. La atrajo hacia sí y la abrazó, acariciando su espalda y dejando que el aire entrara nuevamente en sus pulmones a medida que susurraba cuánto lo sentía. Lo sentía de verdad, como un pinchazo en el corazón. Había muchas cosas que él no soportaba, como aquella noche que encontró la tristeza perfilada en los ojos de la joven, disfrazándola de alma en pena, o la madrugada en que se dio un golpe contra la pared retozando en la cama, o cuando le pisó el pie bajando las escaleras. Esos daños mínimos, estúpidos en muchos casos, indoloros en la mayoría de ellos, le atenazaban la garganta. Un atisbo de sufrimiento en ella era como si un pitido le perforara los oídos y se asentara en su mente, un código rojo. Aura sabía que estaba a salvo con él, que estaba segura, no de sí misma, pero sí de ella misma.

El frío del Cantábrico atenazaba sus músculos y la hacía tiritar. Envuelta entre los brazos de Eric, con el agua removiéndose en torno a sus torsos sumergidos, enganchó las piernas alrededor de su cintura para mantenerse, así, a su misma altura. Su perfil, recortado por las tonalidades anaranjadas de las lejanas hogueras, gozaba de un aura cálida, asemejándolo al lar de una casa, a un refugio en pleno invierno. Besó su mejilla y se abrazó a él, colocando su barbilla sobre el hueco de su cuello, hecho a la perfección para ella. En esa posición captaba el aroma de su piel.

—Me parece increíble —le susurró al oído mientras veía a lo lejos el resplandor del fuego y las figuras de los habitantes.

—¿El qué?

—Esto. Nosotros. Hace cinco meses ni siquiera nos conocíamos, no sabíamos ni que existíamos.

—Bueno, yo sí que sabía que existías. Nana me hablaba de ti cada vez que encontraba la oportunidad, puede que estuviera tratando de tenderme una emboscada.

Se le escapó una carcajada al imaginar a su abuela actuando cual alcahueta. Eric la estrecho aún más y Aura sintió el balanceo que había iniciado, como si estuvieran siguiendo una música sorda, un vals que los llevaba a mecerse al ritmo del suave oleaje. Puede que Nana ya lo supiera, que fuera adivina y, al ver a Eric por primera vez, identificara una conexión profunda que la ligara con ella, un hilo rojo imposible de sesgar que se enredaba y alargaba y los mantenía unidos.

—Sabes a lo que me refiero. —Besó su cuello y se posó nuevamente en él—. Nuestros mundos eran distintos, y de repente pertenecemos al mismo, como si fuéramos dos cometas que hubieran colisionado en mitad del espacio, por casualidad.

La risa de Eric retumbó en su pecho.

—Qué profunda eres.

—Es que…

Durante unos segundos se quedó callada. Alejó su torso para poder mirarlo de frente. Se perdía tanto en esos rasgos que le costaba mantener los labios sin rozarlo. Sucumbió a los dos segundos, le besó ambas mejillas, los labios, la nariz y hasta la frente. Eric rio y repitió el mismo proceso llenándola de besos.

A veces sentía que eran dos adolescentes, de esos que se recuestan en el colchón y que pueden gastar horas y horas únicamente en observarse el uno al otro, sin necesidad de hablar o hacer nada. No importaba el dónde, sino el con quién, como tampoco importaba el qué. Estar juntos era suficiente, más que suficiente. ¿Era una locura? Probablemente. La época de los enamoramientos propios de quince años había quedado muy atrás.

Quería explicarle que el mundo estaba en plena destrucción, que entre pandemias, el calentamiento global, el agujero en la capa de ozono, las fábricas que vertían deshechos al mar, el nulo reciclaje, la deforestación, el abandono de animales, la industrias cárnicas, la explotación de grandes empresas del sector textil, las políticas agresivas, las guerras en Oriente Medio, el Daesh, la alta tasa de paro, y los otros veinte millones de desastres y desgracias que se sucedían, ellos se habían encontrado. Contra todo pronóstico estaban allí. Y pese a que no creía en Dios, eso sí que era un auténtico milagro.

—Déjalo —le dijo él, sesgando las palabras de su lengua—. No hace falta que digas nada. Ya lo sé.

—¿Ahora eres capaz de leerme la mente?

—Siempre he sabido que hay personas que son fáciles de descifrar, un libro abierto, que no pueden ocultar nada porque los gestos las delatan. A ti te pasa mucho cuando estás enfadada o triste. Hay personas que lo dicen todo con la cara. —Los dedos le apartaron uno de los mechones para recolocarlo tras la oreja. Aura cerró los ojos y le besó el dorso de la mano cuando le acarició el rostro—. Pero hasta

ahora no sabía que los ojos pudiesen mostrar tanto sentimiento.

—¿No se supone que son el espejo del alma?

—Eso dicen, sí.

Lo que veía en los ojos de Eric, en esos iris del color de la madera, no era su propio reflejo, sino una ternura que la envolvía. Porque él no la miraba con los ojos, abarcaba mucho más, abarcaba tan profundo que llegaba al flanco izquierdo del pecho, debajo de las costillas, de los huesos y los músculos. Las miradas no mienten, gritan a voces lo que la garganta calla. Habían desechado las palabras en pos de los actos. No lo necesitaba a su lado, pero sí lo quería justo ahí, donde se encontraban en ese mismo momento. Lo prefería en prioridad, hoy más que ayer, ayer más que antier, hoy más que nunca, mañana más que hoy.

Había contado su ausencia como un preso los días de su encierro más injusto, y ya no pensaba moverse de su lado. Iba a quedarse, pese al miedo, pese al riesgo. Iba a quedarse con todo lo que implicaba. Iba a quedarse con la esperanza intacta. Por Eric, por ella, por un futuro juntos. Iba a apostarlo todo.

Si algo había aprendido, era que al miedo de cara, de frente, sin mirar atrás porque, si no, estás perdida en la laguna de recuerdos y pesadillas que termina por ahogarte. Al miedo de pie, incluso cuando estás en ruinas como los templos arrasados por la barbarie, civilización destruida en la memoria de unos labios. Que puedes ser vencida y no estar muerta ni enterrada. Que no hay réquiem ni homilía. Que hay que luchar por lo que merece la pena aun sufriendo estertores. Al miedo de cara, como los valientes, con el corazón en la mano.

—Háblame del futuro. —El beso intercambiado le mojó los labios y supo a salitre—. Que pasado tenemos todos.

Capítulo 40

La ropa se les pegaba al cuerpo como la piel mudada de una serpiente que no termina de abandonarla, que aún le queda por descamar, eso que la ata a su otro ser. Así se sentía Aura en esa noche de San Juan, mitad renacida al emerger de las profundidades del mar, mitad muerta al quemar los deseos en las llamas de las hogueras.

Caminaron de vuelta bajo la luz de la luna, con los dedos entrelazados y los zapatos en la mano libre. Aura buscaba la cercanía, el aroma de Eric, se había levantado una brisa más fresca de lo normal y le arrancaba tiritones debido al agua de su pelo, pajizo por la sal del mar, chorreando sobre sus hombros una catarata. Le aportaba calor, un calor que le recordaba al de las fogatas a las que se dirigían, esas que carbonizaban sueños, que se alimentaban de ellos y de troncos de madera. A lo lejos parecían señales de humo que querían comunicarle un mensaje del Más Allá, de Nana. El futuro resplandecía y chisporroteaba, crepitaba con lenguas flamígeras.

Cuando llegaron a la zona donde se congregaban los vecinos del pueblo, ya habían dado la una de la mañana, la fiesta se había descontrolado y aquello era un carnaval sin disfraces ni máscaras que ocultaran identidades, todos se mostraban tal y como eran, desinhibidos por el alcohol y la magia del solsticio. Se sentaron en la arena junto a Samuel, María y Vera, quienes habían abierto unos

botellines recientemente y se habían apoderado de un pequeño fuego en el que calentarse los pies desnudos. Ellos también se habían aventurado a un baño nocturno.

—Este 2019 siento que nos ha dado ochenta vueltas a todos —reconoció María a media voz—, y solo estamos en verano.

—Ha sido un año extraño —le dio la razón Samuel tras un largo trago de cerveza.

—Un medio año —matizó la rubia, encogida entre los brazos de Eric.

Todos estuvieron de acuerdo.

Los tres años anteriores en la mente de Aura eran un extraño vacío, un folio en blanco en el que no había sucedido absolutamente nada digno de mención, una consecución de días basados en el trabajo sistemático, el hastío prolongado y la frustración. Había sido otra vida. Como si una mano divina la hubiera interceptado en su caminar y la hubiera lanzado en un lugar distinto, con unos sentimientos distintos y una vida distinta. Si miraba hacia atrás, ni siquiera se reconocía en sus actos. No encajaría en los zapatos que había estado usando hasta entonces, le estarían varias tallas más pequeños.

—Yo he salido ganando. —Vera se tumbó en la arena y posó la cabeza sobre el regazo de María para contemplar el cielo estrellado.

Aura intercambió una mirada con sus amigos, María procuraba que la sonrisa no la traicionara, pero las comisuras se elevaban y ya se le veían los dientes. El incidente que hacía unas horas se había producido debido a un encontronazo con Marcos había sido olvidado, aunque aún planeaba sobre sus conciencias. Aura y Eric no lo habían presenciado, pero en aquel rato se lo habían contado con todo lujo de detalles —como se cuentan los buenos cotilleos—. No había sido tan grave, simplemente Marcos se había tomado muy a pecho que Vera estuviera con ella, paseando agarrada de la mano de María como si llevaran toda la vida juntas y él no hubiera existido. Así que se había acercado y le había reprochado que no hubiera esperado para traerla al pueblo, a lo que ella le había contestado que sus vidas ya nada tenían que ver y que hacía lo que le daba la gana. Tenía algo que ver que Marcos ya se hubiera pimplado tres cervezas grandes con sus amigos, las cosas como son, y que María, por haber estado trabajando, estuviera sobria. De haber sido al contrario, lo habría mandado a

llorar a la llorería. Salvando eso, la noche de San Juan había sido un soplo de aire fresco, un punto de inflexión.

—Yo no me puedo quejar, sigo en el curro que, aunque sea una mierda, es un curro que me da dinero para ser un adulto funcional, estoy con Claudia y, bueno…, desafortunado en el juego, afortunado en el amor. —Se encogió de hombros.

Samuel acabaría renunciando a su puesto en Martiños en algún momento, cuando se viese preparado.

—Yo estoy en un setenta por ciento bueno y un cuarenta, malo. Lo malo es haber vuelto a casa de mis padres, que conste, porque visto lo visto, a Marcos le tendría que haber dicho antes «*ciao,* pescao´».

—Amén a eso. —Eric y María brindaron con sus botellines—. Me toca a mí, ¿no? Pues a ver… No se puede ser feliz a un cien por cien, la felicidad está en las pequeñas cosas y se da en pequeñas dosis, pero en lo que va de 2019 todo marcha sobre ruedas. Estoy contento con lo que me ha deparado.

Besó su mejilla y eso la balanceó hacia la derecha, dejándose arropar por él aún más. Las miradas de sus amigos se clavaron en ella, y la suya estaba fija en el fuego que bailaba ante sus ojos y le secaba el pelo. Cualquier atisbo de frío había desaparecido, aunque sentía la piel tirante, ahí donde el salitre seguía pegado a ella, recordándole que en el mar las lágrimas eran tan pequeñas que los males eran burbujas a su alrededor. Carraspeó para invocar la voz, temerosa de que se hubiera roto en su garganta y se hubiera quedado muda.

—He perdido mucho y he ganado mucho. —Hizo una pausa que se le clavó en el costado y la dejó sin aire—. También me arrepiento de mucho, así que no sabría decir cuál es el porcentaje, pero hacía años que no sentía que estaba en el lugar correcto y en el momento correcto, con las personas correctas.

Podría haber aprendido la lección sin el golpe, sin el daño, sin los moretones invisibles que estaba segura de que surcarían su piel porque lo de Nana había sido una lapidación. Los proyectiles habían llegado desde todos lados y habían impactado duramente. Agradeció tener a Eric a su espalda, cercándola con su cuerpo como si fuera una muralla, resguardándola, encontraba consuelo en ello, en su aliento rozándole la nuca y sus labios besándole la coronilla.

Durante media hora permanecieron en círculo, dando buena

cuenta de los botellines para luego llenarlos con el agua salada del mar que verterían en la puerta de sus hogares con el fin de alejar a la mala suerte. Tampoco querían demorarse mucho más, ya era tarde.

—Como en los viejos tiempos. —Fue la despedida—. Gracias por estar y gracias por ser.

—Como en los viejos tiempos —recitó María, abrazada a sus amigos, fundidos en una unión de tres miembros que los hacía ser un triángulo, la figura más estable.

—Gracias por estar y gracias por ser —concluyó Samuel.

Esa era otra de las tradiciones que habían incorporado a los dieciséis años; para la mitad de la población, el contador se ponía a cero el día de nochevieja, para otros, cuando empezaba el curso, es decir, en septiembre. Para ellos, la noche del solsticio, cuando el verano llegaba y con él la abundancia a la que rezaban los paganos. Así que hacían un recuento, un balance. Estaban allí un año más, aunque Aura hubiera faltado los tres anteriores. Estaba allí, estando y siendo, como de costumbre, como nunca debía de haber dejado de ser.

Se abrazaron una última vez antes de que Aura hablara.

—Os veo por la mañana.

Asintieron, sabedores de que en unas horas sería la despedida, de que las manecillas del reloj descontaban el tiempo sin piedad. María le entregó varios ramilletes del vivero, que llevaba en el bolso y que había guardado especialmente para ella bajo la excusa de que los usara según creyera conveniente, lo que venía a significar como habría hecho Nana, siguiendo las costumbres, con fe y magia. Aquella era la noche. Prometió hacerlo si el sueño no la vencía en cuanto pisara la casa.

Sus padres ya se habían marchado, y la plaza Mayor estaba desinflada de los vecinos que la habían poblado entre gritos y fiestas, bailes y risas. Solo quedaban aquellos que habían decidido cerrar los bares y algunos pequeños que correteaban sin apenas fuerzas. Santiago Hiráldez los esperaba donde habían quedado, con Daniel en brazos, recostado sobre su hombro, con el globo de pez todavía atado a la muñeca. Había caído en batalla. Eric cargó con él y los tres adultos se dirigieron al coche de la familia, que no a la furgoneta que usaban para el trabajo de reformas. En un primer momento, Aura había insistido en ir andando, pero al final había cedido ante Eric, que

estaba dispuesto a echársela sobre el otro hombro cual saco de trigo y meterla en el coche a la fuerza con tal de que no anduviera a la una y media de la noche el trayecto hacia el promontorio. «No son horas, no es el momento y tú no estás para cruzarte todo el pueblo, así que déjate de cabezonerías y déjanos que te llevemos», le dijo.

Con Daniel roncando en los asientos de atrás y acompañado por su abuelo, amén de un bonito pez globo que este tenía que sujetar para no obstaculizar la visión del espejo, tomaron el lugar de piloto y copiloto. No tardaron mucho en llegar a la casa de Nana, sobre todo porque a esas horas el tráfico era inexistente y él se permitió correr un poco carretera arriba, siempre con precaución. Aura le dio un beso a Daniel, que se removió y sonrió, adormilado, para a continuación despedirse de Santiago. Eric la acompañó hasta el porche, con los faros del vehículo alumbrando la entrada a una distancia prudencial que no los dejara ciegos si miraban en su dirección.

—¿Quieres que me quede a pasar la noche?

—¿Y tu padre y Daniel?

—Los llevo a casa y luego subo.

—No vas a hacerte el camino de ida y vuelta ochenta veces en una noche para simplemente dormir conmigo. —Se cruzó de brazos con una sonrisa en los labios.

Le enternecía que fuera capaz de hacer esos sacrificios por ella, que no eran sacrificios, que se hacen por voluntad propia, y no tanto que los hiciera o estuviera dispuesto, sino que quisiera. No le sorprendía, Eric era todo corazón y sarcasmo. Tenía suerte, una suerte inmensa.

—No me importa.

—Lo sé, pero a mí sí.

Él cuidaba de ella y ella cuidaba de él de *motu proprio*, como debía ser.

Se acercó para estrecharla entre sus brazos y besarle el pelo. Aura se encogió, reposando la cabeza sobre su pecho, aspiró su aroma personal entremezclado con el olor a humo y a salitre del mar, incluso captaba su esencia, la de ella, pegada a su piel.

—Solo quiero asegurarme de que duermes, de que no te recorres la casa o te quedas sentada en una silla de la cocina martirizándote y pensando en lo que va a suceder mañana.

Notaba la preocupación en su voz tirante, en la tensión de sus músculos, en cómo la abrazaba en un intento de retenerla a su lado un segundo más. De haberlo dejado, habría velado sus sueños. Así era comprensible que todo el que la quisiera, la quisiera con él.

—Dormiré, te lo prometo. —Se alejó para observarlo, aún con los brazos alrededor de su torso—. Hoy prefiero pasar la noche sola.

Eric asintió. En ocasiones, necesitamos compañía y en otras, soledad. Era una mujer independiente en cuanto a sentimientos, si algo la atormentaba, prefería solucionarlo por su cuenta, sufrirlo en silencio. Espacio, eso era lo que en aquellos momentos requería, espacio para desentrañar por sí misma cuáles eran sus emociones con respecto a la despedida final.

—Te veo mañana por la mañana.

Y así, sin más, le ofreció el último beso antes del amanecer.

—Gracias —le dijo antes de que descendiera los escalones del porche, ya cuando estaba a punto de irse. Él se giró para mirarla—, por ser tan genuino.

«O por sentir esto por mí tan genuinamente», calló.

Capítulo 41

Tras el casamiento, Nana y Marcelo se marcharon a vivir a la casa de los padres de este, y allí permanecieron hasta que la hija que tuvieron, Carmiña, cumplió un año de edad. Fue un intento —la mar de exitoso— de ahorrar hasta la última peseta con el fin de poder independizarse y comprar la casita que presidía Luar, en ese verde promontorio desde el que se avistaba el faro del pueblo y el sinfín de viviendas blanquecinas que lo componían. Marcelo tenía grandes planes de futuro para su familia. No les fue mal, ambos eran personas laboriosas y, pese a la juventud de Nana, la novia administró muy bien todo el dinero que entraba en casa, haciendo auténticos malabares con el sueldo que percibían con sus correspondientes oficios. Todas las vecinas la alababan con respecto a eso.

Hasta que llegó el momento de hacer las maletas y trasladarse al que sería su nuevo hogar, Nana se encargó de limpiar la casa de sus suegros de arriba abajo, cocinaba cada día, hacía la colada y la compra, y, por supuesto, se dedicaba a seguir cosiendo y confeccionando. A eso se le sumó el cuidado de la madre de Marcelo, que había enfermado y, postrada en la cama, necesitaba atenciones constantes. Acostumbrada a que todo se hiciera a su manera, Nana tuvo que adaptarse al proceder de la señora, como limpiar el suelo de rodillas. Aquel periodo se le hizo tan extenso como los ovillos de lana con los que tejía, especialmente durante el embarazo. Su marido no tenía la posibilidad, como otros hombres que

trabajaban en fábricas e industrias, de pedir un préstamo a su jefe, que devolverían en cómodos plazos para así adquirir una vivienda. Durante aquel tiempo todo se basó en un ajuste de cinturón que los dejó casi sin respiración. Por fortuna, habían pasado penurias y aquello no se parecía en nada a lo que contaban sus mayores.

En cuanto tuvieron la oportunidad, la pareja —con niña incluida— se mudaron, dispuestos a formar una familia en el emplazamiento elegido. Nana se había enamorado de ese caserón antes de enamorarse de Marcelo, aunque nunca había aspirado a ser la dueña de él. Cuando cruzaron el dintel de la puerta por primera vez, se le antojó el estómago vacío de una ballena, el esqueleto ruinoso de un animal enorme que había varado en las playas de Luar, tan tétrico y vacío en su interior. Las paredes lloraban la historia de una familia que había decidido huir en cuanto se produjo el golpe de Estado, y fue abandonada.

Con los pocos muebles con los que contaban trataron de adecentarla. Una cama de matrimonio, la cama de la pequeña Carmiña, una cómoda, un armario, un par de sillas y una mesa. El repentino fallecimiento de la madre de Nana, algo totalmente inesperado, le permitió heredar la máquina de coser que instaló en el salón. El «tac tac tac» de esta siempre le recordaría a su madre. Para convertir aquella casa en un hogar, tendrían que redoblar los esfuerzos y minimizar al máximo los gastos, lo que era bastante difícil teniendo en cuenta que una criatura supone un desembolso de dinero importante. Pero ya habían llegado muy lejos y siempre juntos, codo con codo, era lo único que sabían hacer: trabajar en la construcción de sus sueños.

Nana se dejó los dedos y los ojos en la costura, Marcelo se dejó las manos en el mar. Mientras Nana bordaba cojines, sábanas, visillos y cortinas, mientras hundía los dedos en la tierra húmeda en la que plantaba flores con las que decorar el jardín que los circundaba, él fue haciendo pequeños arreglos aquí y allá según iban surgiendo, sabedor de que lo suyo era la pesca, no la madera. Sus amigos los ayudaron. Luar en su totalidad se volcó con ellos. Existía una red de colaboración creada desde tiempos inmemoriales que los unía a todos. Si tu vecino necesitaba algo, debías ayudarlo, no porque hubiera una ley escrita en piedra, sino porque un día quizá fueras tú quien se viera necesitado de una mano y entonces desearías que alguien te la prestara. Podían llamarlo caridad cristiana, pero era pura empatía.

Para cuando Carmiña cumplió los siete años, la consideraron un milagro, y eso que Nana rechazaba a Dios con un «ese Señor no entra en mi casa». Por más que lo intentaron, el vientre no albergó una nueva vida y en algún momento desistieron, cansados de la pérdida constante, de los regueros sanguinolentos que aparecían tras dos meses de supuesta gestación, del llanto desconsolado. Pero no hay que dejar que la pena arañe los huesos, eso decía Nana, porque si no no hay quien sostenga el cuerpo, por eso hicieron de tripas corazón. La naturaleza era sabia, o eso se empeñó en creer. Con renovadas energías se dispuso a continuar con la mejora del caserón y no cesó hasta que quedó satisfecha.

Puede que no fuera digno de la realeza, que no fuera el más grande ni el más lujoso —eso por descontado— y tampoco el más bonito, pero era un hogar que habían levantado con esfuerzo, cariño, determinación y privaciones. Cuando los sacrificios dan frutos, suelen ser tan dulces como el propio almíbar. Habían trasformado el sufrimiento de una infraestructura lúgubre con un pasado aún más lúgubre en las memorias de lo que sería la generación de las mujeres Riveiro.

Capítulo 42

Parpadeó un par de veces. Sus sentidos le mentían, sus ojos le mentían, sus oídos, su olfato… El mundo sensorial no era más que una burda recreación de una realidad que lo superaba. ¿No era eso lo que le habían enseñado en la asignatura de Filosofía en el instituto? Y en caso de que fuera cierto, ¿podía fiarse de sus sentidos? Quizá fuera su imaginación, quizá se hubiera quedado ciega, sorda y no fuera capaz de captar los aromas que la rodeaban. Eso tendría lógica. Pero no, porque en algún artículo había leído que el olfato evoca recuerdos mucho más fuertes que los sonidos o las escenas que pudiera observar a través de sus ojos. Que el olfato detona recuerdos vívidos, de fuerte carga sentimental, todos ellos propios de la infancia, por eso aún podía sentir el aroma a canela que a veces desprendían las tartas de Nana cuando abría un bote de dicha especia.

Era real, o todo lo real posible, ya que Nana no estaba de cuerpo presente, más bien era todo cenizas. No obstante, la imagen que tenía ante ella, la persona que la observaba con esos ojos marrones era, sin lugar a dudas, su abuela. Nana. La reconocería en cualquier parte. Nadie olvida a una abuela. A su abuela.

Estaba sentada en la butaca de estampado floral que ella siempre había odiado porque le parecía que era del gusto típico de una anciana, todas las abuelas de sus amigos tenían el mismo sofá y lo

achacaba a la avanzada edad. Su teoría era que con el paso del tiempo no solo se atrofiaban los músculos, también lo hacía el gusto con respecto a la moda. Nana le sonreía, acomodada entre los cojines, como si las manecillas del reloj no avanzaran. Aura miró el reloj del salón. Estaban inmóviles, no transcurrían los minutos ni los segundos, y mucho menos las horas. Estaba paralizado. Cuando volvió a centrar la mirada en Nana, esta golpeó varias veces el reposabrazos para que se acercara, en un gesto confidencial.

Se sentó en el suelo al igual que cuando era una niña, con las piernas cruzadas al estilo de los indios de la película de Peter Pan. Alzó la cabeza para poder contemplarla. Su sonrisa era balsámica, de repente cualquier ápice de inseguridad quedó ahogado por una película de líquido dulce y pegajoso, la miel de las tostadas, la miel del té. Estaba arropada pese a que ninguna manta le cubría los hombros. El ambiente era tan cálido que pensó que quizá alguien hubiera encendido una chimenea, no se oía el crepitar del fuego y a través de las ventanas una lluvia torrencial arreciaba contra el hogar de Nana. La tormenta no tenía eco en el interior del salón, había sido silenciada. Fuera se hallaban los miedos. Dentro, el amor.

Colocó la mano sobre el reposabrazos y Nana la tomó para acariciarla con parsimonia. Le sorprendió lo templado que era el roce, no había ni rastro de la frialdad que se suponía que debía caracterizarla, esa que tanto le había asustado en sus sueños. ¿Era eso, un sueño? Probablemente. Se la veía sana, rebosante de vida, con las mejillas redondas y la ancha sonrisa, los labios de coral y una vitalidad que la hacía parecer joven. Se fijó en que ambas llevaban el mismo vestido: ella, el que había sido, adornado con el broche de escarabajo; Aura, el que había modificado ajustándolo a su figura, carente de cualquier ornamento. Sí que repicaba en su muñeca la pulsera de cuentas de cristal que un día le había comprado en una de las casetas de la feria de la noche de San Juan.

Había extrañado sus caricias, sentir la palma de su mano, las venas que surcaban el reverso y que se asemejaban a enormes cordilleras azuladas.

—Nana —la llamó. Su abuela asintió y así supo que la oía—. Tengo miedo. Tengo miedo a equivocarme otra vez.

—A equivocarme —repitió, divertida, mientras continuaba con ese

contacto—. La gente se equivoca todo el tiempo y no pasa nada. Es ley de vida.

Ley de vida también significaba morir y nadie en el mundo desea hacerlo a no ser que esté sufriendo terriblemente y la muerte sea un cese a ese infinito dolor.

—No quiero que me rompan el corazón, no quiero tener que volver a pasar por ese trance. Otro par de años gastados en sanarme emocionalmente, en buscar la confianza que perdí en las personas, en aliviar la frustración y decepción. Tengo la sensación de que conmigo los hombres siempre están de paso, como Teo. Ninguno se queda, aparcan para repostar y luego continúan su camino. No quiero sentirme como una gasolinera. No quiero que el siguiente en marcharse sea Eric.

—No eres una gasolinera. Eres el Stonehenge.

Aquella afirmación hizo que Aura doblara el cuello para mirarla. Seguía sonriendo, tan dulce como la melaza. Las lágrimas le empañaron la visión.

—Durante muchos años, la gente que conducía por la carretera de al lado del Stonehenge no se paraba a mirar. Simplemente conducía y conducía. —Nana utilizaba la voz narradora de un cuentacuentos—. Y, cuando giraba la cabeza, lo único que veía era un puñado de piedras enormes mal puestas, así que seguía conduciendo, desconocedora de la naturaleza de la construcción. Hay gente que no ve más allá de la carretera. Y un día a alguien se le ocurrió parar y los estudiosos descubrieron que se utilizaba como observatorio astronómico para predecir las estaciones y como círculo para ceremonias religiosas de culto a los muertos y a la vida. No eran piedras mal dispuestas. Eran piedras con un valor incalculable. Piedras de rituales, mágicas.

En algún momento de la narración, le había empezado a temblar la mandíbula, del mismo modo que el pecho había adquirido un movimiento de respiración acelerado a causa del llanto silencioso que le comprimía los pulmones.

—Tú eres como el Stonehenge. —Una nueva caricia en su mano le arrebató un sonoro sollozo—. Tú eres todo magia.

Su abuela no era más que una silueta borrosa, quería ponerse en pie y abrazarla. Abrazarla hasta que ambas se quedaran sin

respiración o se le quebraran los huesos de la fuerza ejercida. Abrazarla hasta que amaneciera. No despegarse de ella ni aunque la muerte llegara para llevársela nuevamente a donde fuera que estuvieran el alma de los difuntos. Ni aun así consentiría alejarse.

No se movió por miedo a que desapareciera, a que un acto, por muy pequeño que fuera, supusiera romper las reglas del mundo onírico y eso convirtiera a Nana en volutas de humo. Así que siguió llorando muy quieta y dejando que el roce de su arrugada piel y las palabras la consolaran.

—Ahora que te conoce, ahora que te ha descubierto, sé de buena tinta que Eric Hiráldez no querrá moverse de tu lado. No abandonará el círculo de piedras, se quedará ahí a vivir.

Vivir en la intemperie era una locura. Nadie viviría en mitad del Stonehenge, por muy hermoso que fuera, por muy importante que fuera, por muy poderoso que fuera. Las inclemencias meteorológicas matarían al insensato que se lanzara a esa aventura.

—¿Y si se va y yo me pierdo otra vez?

Nana meneó la cabeza.

—Ya has encontrado la luz del faro, ¿no?

Hizo el amago de echar un ligero vistazo a través de la ventana del salón, pese a que desde ahí no se veía con tanta nitidez. Las lágrimas que caían a borbotones y ardían en sus mejillas tampoco le permitirían distinguirlo en la lejanía, además la lluvia golpeaba los cristales.

—Esta. —Con la mano libre se dio un par de toquecitos en el pecho, en el lado izquierdo—. Esta es la luz del faro que has de seguir, la que debe guiarte. Esta es la que te trae de vuelta a casa. Todo irá bien, pequeña. Todo irá bien.

Tenía sentido.

—¿Es él? —le preguntó, todavía inquieta ante la posibilidad de que la suerte se truncara.

Perder a alguien siempre es doloroso. Había sufrido por los tíos más estúpidos que poblaban el planeta Tierra, y no solo por sus partidas, sino también por las mentiras y engaños. Había sufrido tanto que en las noches de insomnio paseando por la habitación había sentido que algo fallaba en ella, que algo se había roto y era algún órgano más aparte del corazón. No quería imaginarse lo que debía

doler perder a alguien que sí merecía la pena, a alguien bueno y genuino. No quería experimentar la pérdida de Eric. Se desgajaría por la mitad. Ya había tenido que renunciar a Nana.

—¿Es él? —repitió, cada vez más nerviosa.

En caso de que no lo fuera todavía, podía salir corriendo, evitar el desastre.

Nana sonreía. Aura lloraba y no sabía si la causa era la ausencia de respuesta o el rostro de su abuela, su figura recortada en la oscuridad del salón, alumbrada únicamente por la claridad que nacía del exterior y que entraba por el ventanal. La caricia que había continuado durante la conversación remitió. La muchacha observó el dedo inmóvil de Nana sobre su mano.

—Es él.

La respiración, antes contenida en el pecho, escapó de sus labios entreabiertos. Se había convertido en la misma tormenta, en ese diluvio que descargaba goterones. Mientras que en los cristales la lluvia competía en una carrera imposible de ganar, las lágrimas se precipitaban desde su barbilla. Compungida, resonaba por todo el caserón.

—¿Estás segura, abuela?

—Estoy tan segura como que esto es un sueño. —Nana elevó la vista—. Mira, comienza a amanecer.

Si no se giraba, si no miraba y la luz, probablemente de su habitación, no la deslumbraba, seguiría durmiendo. Podría quedarse unos minutos más gozando de la compañía de su abuela, aspirando el aroma que emergía del vestido compartido.

—Todo irá bien, mi niña. Todo irá bien.

—Lo siento mucho, Nana. —El hipo se había apoderado de ella—. Lo siento de verdad.

—Todo irá bien, mi niña. Todo irá bien. —Fue lo único que le dijo mientras su arrugada mano se alejaba de la de su nieta.

Los márgenes que la definían se fueron disolviendo en la calidez del ambiente, como si se derritieran debido a una vibración que los convertía en un contorno difuso. Su cuerpo adoptó una tonalidad neutral, blanquecina, y unos segundos más tarde, semitransparente. Podía ver los objetos que había detrás de su abuela. Ya no era tangible. Si alargaba la mano, no la encontraría, no sería su piel la que

rozaría ni su carne la que tocaría. No había nada allí. Nada que no fuera un espíritu que regresaba a la morada de los difuntos, al lugar al que pertenecía. Se le encogió el corazón. Aura se quedó sola, con la etérea sonrisa de su abuela aún grabada en la memoria.

Se despertó antes de que la alarma del móvil sonara, con la luz matutina incidiendo en sus párpados cerrados y coloreando la oscuridad de motas rojizas, naranjas y amarillas. La almohada estaba inundada, a simple vista se veían los surcos del reguero de lágrimas que había mojado la tela. Probablemente, incluso oliera a salitre. Luar era así, ese pequeño pueblecito costero del norte de Galicia en el que la solución siempre era el agua salada: bañarse en lágrimas o en el mar.

Posó las manos sobre su pecho, estaba en calma.

Esa debía ser la sensación de estar en paz con uno mismo.

Epílogo

Había pensado mucho en la despedida, en la amarga pena que sobrevive al adiós y que se adhiere a tu piel una vez que te das la vuelta y te dispones a regresar a casa. Esa que echa raíces en tu estómago y que va apoderándose de ti, que florece marchita, que se te enreda en la tráquea y te estrangula. Ya la había experimentado con anterioridad cuando, pegada al delgado cuerpo de Nana, en el calor del verano del mes de agosto, agarrada a sus brazos flácidos, despidió a su abuelo. Aquel día le pareció un insulto que el sol se atreviera siquiera a salir, que el mar lamiera la orilla en un vaivén rítmico, acompasado a los latidos de su corazón, y que la cala de los enamorados fuera un bello paisaje que nada concordaba con aquel funesto momento. Hubiera preferido la tristeza de una niebla espesa, un cielo encapotado por unas densas nubes grises, un diluvio que los ahogara. Eso habría casado con su ánimo. Estaba tan desconsolada como enfadada, desconsolada porque perder a alguien es un dolor que se te clava hondo, enfadada porque el mundo seguía girando. Nada se había detenido, los pájaros habían salido a cantar por la mañana, las horas transcurrían del mismo modo, y Luar era precioso pese a que había disminuido el número de sus habitantes. El mundo no se había parado para que ella respirara. Todo continuaba como siempre, como si su abuelo aún estuviera allí. Y eso la enfadaba.

Recordaba a su madre sollozante, los hipidos que hacían que se sobresaltara. Recordaba a su padre abrazándola, las caricias ascendentes y descendentes sobre su espalda, como si así pudiera consolarla. Un refrote parecido al de dos manos sobre un palo y yesca para encender fuego en el húmedo bosque, de ahí no brotó ni una chispa diminuta. Nana, en cambio, se había mostrado impasible, entera. No la había visto llorar jamás, a menudo se preguntaba si su abuela conocería un estado anímico que no fuera calmado, exultante, divertido y risueño. Cuando abrió la tapa de la urna y lanzó al viento las cenizas de Marcelo, la idea cruzó otra vez por su mente. Alzó la cabeza solo para asegurarse, su semblante era serio, ni por esas, ni una lágrima en sus ojos, ni una en sus mejillas. Carmiña y Aura lloraban mares, y Nana era un páramo desértico.

«¿No te da pena que el abuelo ya no esté?», le había preguntado de regreso a casa en un tono acusatorio. Iba cogida de su mano y tan cerca de ella que podrían haber sido siamesas. El sofoco aún no la había abandonado, le escocían los ojos y tenía la nariz irritada por el llanto. Cuando se cruzaba con alguien, se escondía tras su abuela para que nadie viera que su respiración todavía era trabajosa y que, si pronunciaba una palabra más de la cuenta, la voz se le quebraba como una rama diminuta. Con trece años no comprendía por qué había un lamento por parte de todos excepto de Nana. Incluso los vecinos se paraban y le ofrecían las condolencias, algunos tan afectados que no reprimían una mueca de dolor repentina que les contraía el rostro. Era su mujer, habían convivido juntos más años de los que ella conseguiría cuando tuviera novio. «¿Cómo no me va a dar pena, si tu abuelo es todo lo que yo conozco?», le respondió. Pero ella no lo entendía.

Decía que se había ido en paz, con los cabos bien atados y una vida plena, así que la pena nacía de la soledad que a partir de entonces la acompañaría, no de su partida. Nadie tiene derecho a atar a una persona a su lado. Se lo había llevado el rumor de las olas, la barca de los sueños que lo había acunado hasta que llegó el momento. Nana se había levantado al notar que estaba frío cual tempano de hielo, lo había arropado un poco y había seguido durmiendo. Cuando la gelidez se hizo insoportable, la muerte ya hacía horas que había cumplido su cometido. No se enteró, y el hecho de que ella no se

hubiera enterado significaba que él tampoco, ese era su consuelo. El corazón le había dejado de latir en alguna hora de la madrugada, y de eso no te avisa ninguna alarma. De la mañana a la noche ya no estaba. Así terminan los grandes amores, te duermes sabiendo que alguien te ama, y te despiertas destrozado por su ausencia cuando eres consciente de que ha partido.

De eso habían pasado quince años, quince largos años que regresaban con un golpe en la nuca que la había dejado anclada en la orilla entre los recuerdos y la realidad, el pasado y el presente. Ella ocupaba su lugar, de pie, justo donde Nana había estado entonces, pétrea cual estatua, carente de atisbos de sufrimiento. Lo entendía un poco mejor, que el luto va por dentro. Que no hay que tironearse del cabello y arrancarse mechones, que no hay que abalanzarse sobre el cadáver a besar los labios putrefactos, que no hay que llorar hasta que tus quejidos sean truenos, que no hay que arrancarse los ojos. No hay que ser plañidera. Ni hay que ser Bernarda Alba y encerrarse en el hogar detrás de la puerta con las cortinas echadas y el cerrojo.

El cielo, teñido del color del arrebol debido al amanecer, la cegó momentáneamente. Le lagrimearon los ojos, aunque no tenía nada que ver con la luz brillante del sol, no era el efecto del deslumbramiento. Sujetó con fuerza la urna que sostenía contra su pecho, acurrucada. Nana no solo se quedaría impregnada en su piel como la sal marina había vestido el cuerpo de su abuelo cada uno de los días que había salido a faenar. No. Nana se había colado hasta la médula, en sus huesos, formaba parte de ella tanto como ella, que había salido de sus entrañas al salir de las de su madre. De Nana no podría librarse. En la vida.

Dio un paso al frente. Sus pies se hundieron en la cálida arena, le hizo cosquillas en los dedos y en la planta. María y Samuel la miraban, juntos, siempre juntos, sentía los ojos clavados en su espalda. Su madre y su padre esperaban, esa vez, ninguno lloraba. Con Nana, las lágrimas se habían agotado pronto, quizá porque su muerte había sido una puñalada que los hizo llorar todo de golpe y no intermitente, como si fuera un chubasco y no el *orballo*. José sí tenía los ojos húmedos y las manos temblorosas, le sobraban, no sabía qué hacer con ellas. Eric le sonrió, una muestra de afecto que en un cementerio habría pasado por inadecuada porque en la casa de los difuntos solo

debe apreciarse el dolor de la pérdida, por eso los pésame. Pero estaban en la cala de arena dorada y agua fría, en la cala de los enamorados, no en el cementerio de tumbas grises y anodinas, de flores secas, de cipreses altos que señalan el cielo.

Solo tenía que abrir la urna y dejarla ir, que se marchara. Destaparla. Cumplir con la última voluntad de Nana, que sus restos fueran esparcidos por la playa y se encontraran con los de Marcelo, en algún lugar muy lejos del Luar que tanto habían amado. Se aferró a las cenizas y sorbió por la nariz, acuosa. Era la última vez que la tendría así de cerca físicamente, de repente le pesaron los abrazos que se habían quedado en el tintero, a medio camino entre su pueblo y Madrid. El nudo en la garganta era un pinzamiento, las miles de agujas que Nana había utilizado para coser la arañaban desde dentro, destrozándole la tráquea, sangrándole la lengua, pegándosela al paladar en el vano intento de no derramarse.

Todo iba a ir bien, así lo había dicho en el sueño. Todo iba a ir bien. Las abuelas nunca mienten, y Nana veía el futuro con ese don profético que las estrellas le habían conferido. Trató de convocar su melodiosa voz, el eco que resonaba en sus oídos del mismo modo que el oleaje estaba encapsulado dentro de las caracolas. Sus manos, otrora rígidas al sujetar la urna, se relajaron. Podía sentir en ellas la caricia que Nana le había regalado, el roce de su piel, el aroma que la impregnaba. Estaba allí. Su presencia traía consigo el aroma a canela, a manzanas, a sábanas limpias recién planchadas porque para Nana era esencial que la ropa de cama estuviera presentable. Nunca había estado tan viva.

Tenía que hacerlo. Destapó la caja funeraria. Echó un vistazo a su interior, todo gris plomizo, árido y fino, como hundir los dedos en la arena de la playa. Sonrió. Una brisa veraniega meció su corto pelo rubio, esa sería la que se llevaría a su abuela muy lejos de allí. Había llegado el momento. Era la despedida.

«Ya puedes irte, Nana. Puedes irte tranquila y descansar en paz. Buscar al abuelo, encontrarlo y recorrer el mundo juntos, tal y como siempre habíais querido. Estoy en casa, en Luar, donde debo, y tú puedes volver en sueños siempre que quieras, aquí te estaré esperando cada una de las noches».

Elevó el contenedor con aire ceremonial y lo volcó, el suave

viento del recién iniciado verano hizo el resto. El remolino de partículas azabaches y argénteas bailó ante ella unos segundos para luego ser arrastrado en dirección al ancho mar, al horizonte que no terminaba de captar ni aguzando la vista y entrecerrando los ojos, desviándose hacia el faro.

Exhaló un suspiro que abrió las compuertas de las lágrimas que se habían quedado atascadas, unas lágrimas brillantes que rodaron por su rostro confiriéndole el aspecto de una virgen que llora cera. Los brazos de Eric la abarcaron desde la espalda, se aferró a ellos como quien se encoge al estar cubierto por una manta que lo guarece del frío del invierno, segura. La urna cayó en la arena, dejando allí su rastro.

—Aún tienes una historia de amores eternos por escribir —le susurró al oído antes de besar su mejilla surcada por riachuelos salados.

Lo había aceptado todo. La herencia, el libro, la barca, el viejo caserón, el perdón de su familia y amigos, a sí misma. Había aceptado las migas de pan que Nana había espolvoreado en el camino, las enseñanzas con las que le había ilustrado en esos dos meses. Había aceptado el miedo. Lo que el destino le deparaba. Y allí estaba, alimentada. Sabía a dónde apuntaba la brújula, cuál era el norte y cuál era su sitio. Que nunca debía renunciar al mar, que la mitad de ella estaba compuesta por él. Distinguía las sombras más claras, el futuro prometedor y el alma tranquila, libre de remordimientos. Con las cicatrices a medio curar, con los sueños intactos y los deseos a flor de piel, con el corazón en buenas manos. Y a buen entendedor, pocas palabras bastan. Nana se lo había explicado todo, se lo había explicado bien. Que para que la pequeña Aura estuviera orgullosa, ella debía estarlo también. Que antes de morir, hay que vivir. Y para vivir, hay que amar.

El amor es como la lluvia, cae, arrecia y arrasa. Puedes correr y buscar refugio, decidir no empaparte, pero para cuando estés bajo techo, te habrás mojado. Puede que no entera, pero sí en parte, aunque sea el pelo y las botas al hundirte en los charcos. También puedes quedarte ahí, abrir los brazos y dejar que la lluvia te bañe, que te cale hasta los huesos. Aguantar el chaparrón.

La cosa es que el amor llega como las tormentas de verano, de un

día para otro, sin que te enteres. Tú no decides el cuándo, solo si quieres empaparte de él o no.

Y Aura, sedienta, se bebía el diluvio que la ahogaba.

Agradecimientos

Empecé a escribir esta novela en el verano de 2018, con un intensísimo parón de por medio a causa de la noticia de publicación de la bilogía *Crónicas del mar*. Para cuando hube de retomar el proceso de escritura —algo que me inoportuna, ya que supone dejar una historia a la mitad en la que estaba sumergida—, reparé en que había sido lo mejor que podía sucederme. No solo por el aprendizaje de las novelas anteriores, sino también por todas las personas que han ido acompañándome en este camino e influyendo en él.

En primer lugar, y como siempre, gracias a mis padres y hermano, por el apoyo constante y las preguntas diarias de ¿cómo va el libro?, sin importar cual sea en el que esté trabajando ni cuan frustrada me sienta. O lo que vendría a ser un: por aguantarme.

Gracias a mis abuelos, especialmente a mi abuela Carmela, por ser parte de los retazos en blanco y negro de esta historia. Y gracias a mi abuela Rosa, por ser una presencia tranquilizadora que me visita en sueños.

Gracias a Penélope, porque veintiséis años juntas son muchos años.

Gracias a mis amigos, María, Cristina, Ana, Irene Noelia, Anzurro, Manuel, Antonio y Kiko, por haber inspirado muchísimas de las anécdotas que aquí quedan recogidas y por ser, indudablemente, el

mejor consejo de sabios que una podría desear. Sois la otra mitad de este libro.

Gracias a mis chicas de literatura, Nía, Nana, Ría y, sobre todo, a Lucy, por echarme un cable en todo lo que he necesitado, por mantenerme cuerda en esta locura y por verbalizar siempre lo que necesito oír.

Finalmente, gracias a Selecta y a Camino, por creer que la historia de Aura merecía ser contada. Y, por supuesto, gracias a ti, lector, por haber recorrido el pueblecito de Luar a mi lado y seguir la luz que despide el faro.

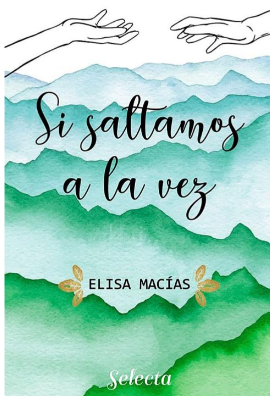
Si te ha gustado

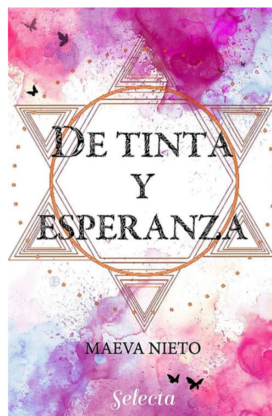
Bajo la luz del faro

puedes disfrutar de estas

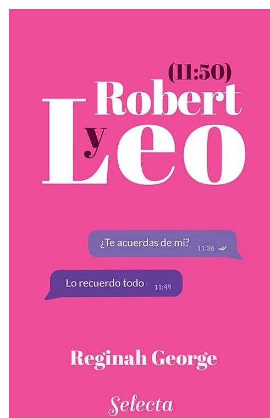




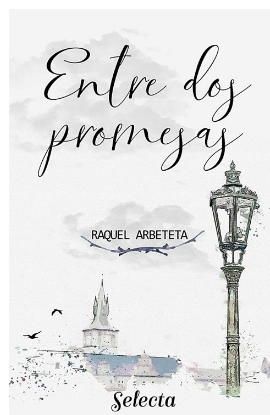





Helena Vicente y Vincent L. Ochoa
La rosa del acantilado
Selecta

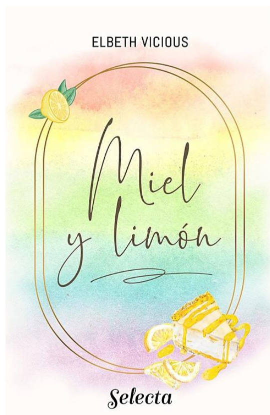
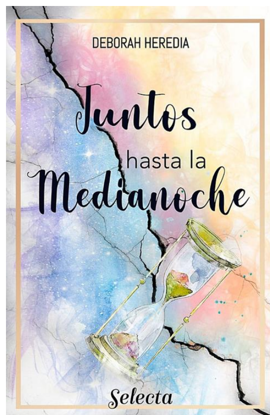
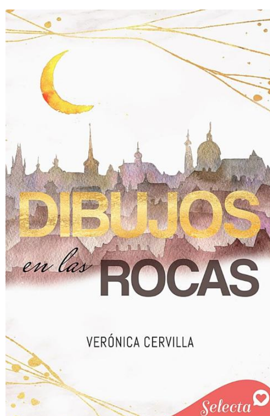

(11:50)
Robert y Leo
¿Te acuerdas de mí? 11:36
Lo recuerdo todo 11:49
Reginah George
Selecta


ARENA en los OJOS
CARLA CALVO
Selecta


Entre dos promesas
RAQUEL ARBETETA
Selecta


Liz y Cath
PRIMERAS VECES
MERITXELL MATAS
Selecta

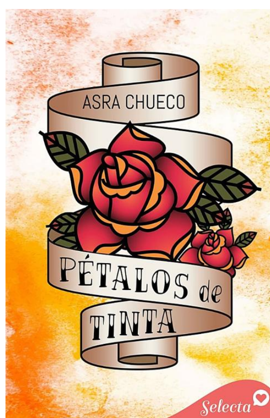

VOCES ENTRELAZADAS
SARA SAUDADE
Selecta

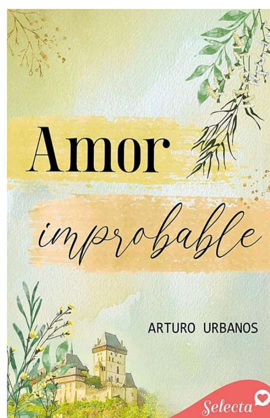

ELBETH VICIOUS
Miel y limón
Selecta

DEBORAH HEREDIA
Juntos hasta la Medianoche
Selecta

DIBUJOS en las ROCAS
VERÓNICA CERVILLA
Selecta

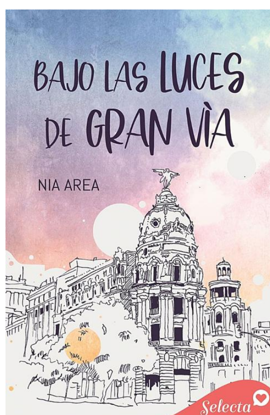
LUCÍA G. SOBRADO
SOMOS PÍXELES
Selecta

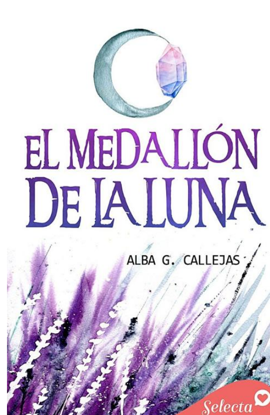
CRISTINA PRIETO SOLANO
DES CON EXI ÓN
Selecta

ALEJANDRO D. MARTÍNEZ MARTÍN
ESTEFANÍA CARMONA SÁNCHEZ
De flor en flor
Selecta

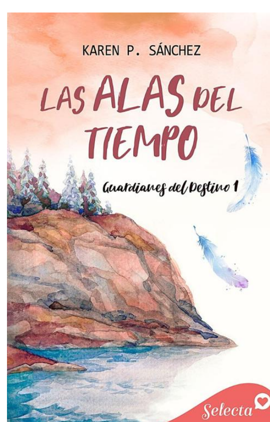

ASRA CHUECO
PÉTALOS de
TINTA
Selecta


Amor
improbable
ARTURO URBANOS
Selecta


BAJO LAS LUCES
DE GRAN VÌA
NIA AREA
Selecta


EL MEDALLÓN
DE LA LUNA
ALBA G. CALLEJAS
Selecta


LUCÍA
SIN SONRISA
ARIADNA ESPINO
Selecta


KAREN P. SÁNCHEZ
LAS ALAS DEL
TIEMPO
Guardianes del Destino 1
Selecta

De pequeña, Aura soñaba con ser sirena. Ahora sus sueños están aplastados por una jungla de asfalto, las responsabilidades y un trabajo en el que no se la valora.



Cuando su abuela Nana fallece, Aura se ve obligada a retornar a Luar, el pueblo de su infancia. Allí le esperan las cenizas y la herencia: la casa en la que vivía su difunta abuela, la barca de pesca de su abuelo y un libro de cuentos.

Para regresar a la normalidad debe vender el viejo caserón, pero primero tiene que reformarlo, lo que supone alargar aún más su estancia en el pueblecito costero de Galicia y retrasar su vuelta a Madrid y a su estresante vida. Sin embargo sus amigos, su familia y Eric, el atractivo encargado de la obra de la casa, le mostrarán el camino a recorrer en este viaje que le permitirá reencontrarse consigo misma. Porque Aura lleva perdida desde hace años.

Entre giros del destino, sorprendentes descubrimientos sobre la vida de su estrafalaria abuela, a la que de repente cree no conocer tanto, el amor llamando a su puerta, y el pasado más nítido que nunca, Aura debe decidir.

Luar o Madrid. Sirena o escritora. La antigua Aura o la nueva Aura. Amar a corazón abierto o huir nuevamente.

Andrea D. Morales (1995, Sevilla). Graduada en Historia por la Universidad de Sevilla, postgraduada en el Máster de Educación y Enseñanza de profesorado, y estudiante del Máster de Estudios Históricos Avanzados en la especialidad de Medieval.
Sus pasiones son las series de ficción histórica, mancharse los dedos al pintar con carboncillo, y escribir la mayor parte del tiempo, además de hundirse en su particular pila de libros por leer. En sus novelas intenta combinar elementos históricos con su interés por la medicina, oficio frustrado.
En 2019 fue seleccionada para *Por el Fólkvangr y el Valhalla: una antología vikinga* (Ediciones Freya) con su relato «La fuerza del hogar», y para la antología *El hilo rojo* (Pluma de Cristal) con «El viento del jamsin». Más recientemente, en marzo de 2020, salió elegida en *Katana: una antología samurái* (Ediciones Freya) con «Ecos del pasado».
Es autora de la bilogía *Crónicas del mar*, cuya primera parte, Venganza, salió en noviembre de 2019 (Ediciones Freya), y la segunda, Legado, lo ha hecho en mayo de 2020, una novela marítima de aventuras basada en la época dorada de la piratería.
En 2021 publicará Proyecto Cornualles.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: septiembre de 2021

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
ISBN: 978-84-18497-15-5
Composición digital: leerendigital.com

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin Random House Grupo Editorial



Penguinlibros

Índice